**LA LENGUA DE LA DEMAGOGIA**

**El poder sin la máscara**

**De la concertación populista a la explosión social**

Luis Britto García

**3**

**Introducción**

Desde hace más de medio siglo, la historia de América Latina

gira en torno a los movimientos populistas. Pero, ¿qué es el populismo?

Todos creemos saberlo, hasta que se nos formula la pregunta.

¿Habremos sido, entonces, dominados por lo innominado? Definir,

es liberar.

En nuestro libro anterior, *La máscara del poder: del demócrata*

*necesario al gendarme necesario*, determinamos que existe populismo

cuando un proyecto de colaboración de clases es legitimado con un

mensaje centrado en la tradición cultural popular.

En Venezuela, a partir de 1935, se han desarrollado diversos

movimientos cuyos rasgos coinciden con los señalados por los especialistas

como propios de los populismos latinoamericanos. Estos

últimos aparecen dentro del marco de la transición distorsionada de

una sociedad rural y agrícola a otra urbana e industrial. Encuentran

sus audiencias entre las masas “disponibles” movilizadas por tal coyuntura.

Las organizaciones populistas cumplen una función de mediación

entre los sectores así movilizados y el bloque de poder. Tal

mediación se traduce en postular la colaboración de clases a favor de

las burguesías emergentes, y la aminoración o postergación de los

conflictos clasistas mediante el otorgamiento de dádivas financiadas

con excedentes del sector primario exportador. Los gerentes de dicho

pacto son dirigencias partidistas surgidas de sectores medios en condición

de disonancia de estatus. Tal pacto es justificado mediante un

mensaje que utiliza de manera asistemática rasgos superficiales de la

tradición cultural de las clientelas. Y el principal vehículo de difusión

de tal mensaje es el líder “carismático”, cuyo personalismo determina

la suerte y evolución del movimiento, sean cuales fueren las proclamaciones

de institucionalidad y civismo de éste.

Bajo tales auspicios, a la paz gomecista sucede la paz populista.

Represión, redistribución y retórica permiten constituir un desigual

frente, integrado por campesinos en proceso de migración a las urbes,

Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Isis Ochoa Cañizales

Ministra del Poder Popular del Despacho de la Presidencia

Iván Maiza Gerendas

Director General de Gestión Comunicacional

Ariadna Alzuru Mogollón

Directora de Archivos y Publicaciones

Gladys Ortega Dávila

Jefa de División de Publicaciones

La presente edición ha sido tomada de.

3ra Edición

© Ministerio del Poder Popular del Despacho de la Presidencia

*La lengua de la demagogia. El poder sin la máscara.*

*De la concertación populista a la explosión Popular*

Ediciones de la Presidencia de la República

Caracas - Venezuela, 2009

Depósito Legal: lf5332006900106

ISBN: 980-03-0357-X

Montaje: Raúl Tamarís

Corrección de Textos: Francisco Ávila, José Cuevas, Iris Yglesias

**4 5**

clase obrera emergente inducida a la paz laboral, sectores en situación

de marginalidad y clases medias heterogéneas, a quienes se hace creer

que sus intereses coinciden con las de la antigua oligarquía terrateniente

en trance de devenir empresaria del campo, con los del capital

foráneo, y los del gran capital comercial, industrial y financiero. La

compra de la conciencia permite coronar la paz sindical con otra paz:

la intelectual. Y éste es el fondo sobre el cual una paz política reduce la

participación al quinquenal voto por la rotación bipartidista. El asalto

al Estado –y a la renta petrolera– permitió durante décadas aliviar las

más graves fricciones del sistema, transfiriendo la riqueza pública al

bloque de poder y determinando una cada vez más injusta distribución

del ingreso.

Tal conjunto de procesos económicos y sociales constituye las

condiciones existenciales del fenómeno, pero no lo explica. La clave

del enigma populista es cultural. Reside en el mensaje “tradicional popular”,

y en el caudillo carismático que, al transmitirlo, lo encarna.

Como indicamos en nuestro libro anterior, el primer artículo de

fe del mensaje populista es el de que *el partido es igual al pueblo*, y,

por lo tanto, el partido *es* el pueblo. En el discurso que constituye la

partida de nacimiento de Acción Democrática, Rómulo Betancourt

declara que la misma aspira a ser “el cemento que amalgame –para hacerla

cada vez más fuerte y viril– el alma inmortal de la nación”. Todos

repetirán el dogma: para Manuel Peñalver “Acción Democrática es el

pueblo venezolano”; para Carlos Andrés Pérez, es la “expresión más

cabal de nuestro país”. Al extremo de que Moisés Moleiro considera

oportuno “impugnar la leyenda según la cual es necesario ‘parecerse’

a los adecos para atrapar así una esencia o extracto del modo de ser

venezolano y tener expedito el camino al triunfo”.

¿Qué piensan en realidad los líderes populistas del pueblo, al cual

dicen parecerse tanto? En *La máscara del poder* analizamos muestras

de una extensión de 25.000 palabras del más connotado dirigente populista

venezolano. Los resultados fueron sorprendentes. De un total

de 788 menciones de sujetos que contiene la muestra, el autor se dedica

–como líder, partido o gobierno– 563 (71,44%), mencionando

al pueblo sólo 225 veces (28,55%). Es decir, el dirigente se menciona

unas tres veces a sí mismo por cada vez que se ocupa del pueblo. Los

calificativos que más se autoatribuye son (en orden de frecuencia):

Dirigente, elevador de salarios, abastecedor, activo, anticomunista,

dador de ayuda, sancionador, perseverante, analítico. En las 563 menciones,

aparece 547 veces (97,15%) como sujeto activo; en 174 instancias

(31,43%) como sujeto que da cosas.

No puede ser más opuesta la caracterización que dicho dirigente

hace del pueblo cuyo apoyo solicita. En las 225 menciones que le dedica,

lo califica 198 veces (89,18%) como ente pasivo. En 90 menciones

(40 % del total) recibe cosas. 51 veces (22,66 %) es definido por

sus carencias. Los calificativos que más se le dedican son (también en

orden de frecuencia): Receptor de alimentos, hambriento, receptor

de aumento de salarios, se organiza, votante, objeto de análisis, explotado,

receptor de educación, luchador, pobre, receptor de ayuda,

vicioso, ignorante, e incapaz de mejorar por sí mismo.

En estas desnudas cifras está, en cápsula, la clave de la retórica

populista. No hay pueblo, sino un ente al cual se califica de dependiente,

pasivo e incapaz, es decir, de clientela; no hay ideología, sino

dádiva. No hay partido, sino Providencia, la cual, en última instancia

se personaliza en caudillo.

No existe, por tanto, tal “identidad”. El mediador entre la infinita

necesidad del cliente y la infinita disponibilidad de la dádiva, es

la omnipotencia del caudillo populista. Agudos observadores, como

Ramón J. Velásquez, Guillermo Morón y Juan Liscano, han apreciado

en las dirigencias populistas supervivencias de los rasgos constitutivos

del “carisma” del antiguo caudillo rural.

Tales caracteres no habían sido sistematizados hasta el presente.

Valiéndonos del estudio de los principales dirigentes históricos de

Venezuela, hemos aislado una constelación de rasgos que presentan

todos ellos, casi sin excepción. Los mismos constituyen una suerte

de breviario de prácticas simbólicas que sirven para obtener, afianzar

**6**

y conservar el mando de nuestro país. Son constantes en caciques y

conquistadores, libertadores y caudillos, demócratas y gendarmes.

Tales rasgos, en lo relativo a los dones propios del caudillo, son

el personalismo, la protección por las fuerzas invisibles, la resistencia

física, el machismo y la astucia. En su relación con los allegados, los

dirigentes blasonan de origen modesto, patriarcalismo, particularismo,

intenciones de retiro voluntario e imposición del sucesor. Caudillos

y líderes, asimismo, enfatizan su afiliación a la comunidad cultural

y a sus tradiciones mediante el gusto por las comidas criollas, el traje

ruralizante, el amor por los animales, la práctica de entretenimientos

populares y el “habla popular”. En su relación con los gobernados, en

fin, hacen gala de contacto con el pueblo, “igualitarismo”, entroncamiento

simbólico con el Libertador, inserción en una causa y, ante

todo, por encima de todo y después de todo, de promesas de dádiva.

Imágenes, palabras y rituales vehiculan esta adopción superficial,

descontextualizada y premeditada de los rasgos del extinto caudillo

rural por el dirigente urbano. Todos los códigos del mensaje político

integran una máscara del poder, bajo la cual las funciones del antiguo

gendarme necesario se prolongan en las retóricas del demócrata necesario.

Esta máscara desvanece los actores del campo político y crea

una leyenda o mito que aniquila la historia misma en aras de la paz

populista, para conjurar el oculto pero omnipresente polo opuesto

del discurso, la explosión social.

Se lee, pero también se es leído por otro. Interferencias

de esas lecturas. Forzar a alguien a leerse como lo

leemos (esclavitud). Forzar a los otros a leernos como

nos leemos (conquista). Mecanismo. Casi siempre,

diálogo de sordos.

Simone Weil,

*La Pesanteur et la Grace*.

París, Plon, 1948, p. 155

De manera que aquí no se trata de un enfrentamiento

entre ricos y pobres. No se trata de desenfundar la tesis

de la lucha de clases.

Carlos Andrés Pérez,

*Concertación y democracia.*

Caracas, julio de 1988, p. 50

Fue una acción de los pobres contra los ricos, contra

las riquezas, y no contra el gobierno.

Carlos Andrés Pérez,

*El Nacional,* 4/3/l989, p. D-1

**PRIMERA PARTE**

**Los códigos**

**del mensaje populista**

**11**

**1. El mensaje icónico: las imágenes en el populismo**

Pues los hombres en general juzgan más con los ojos

que con las manos, porque todos pueden ver, pero pocos

pueden tocar.

Nicolás Maquiavelo,

*El Príncipe.* Cap. XVI

Todo mensaje consiste en un conjunto de señales que el *emisor*

envía al *receptor*. Para que estas señales constituyan vehículo de información,

es decir, para que tengan un *significado*, tanto el emisor

como el receptor deben interpretarlas de acuerdo a un mismo sistema

o *código*. Así, un orador (emisor) emite ciertos sonidos (señales). Para

que el oyente (receptor) extraiga información de ellas, ambos deben

manejar el mismo idioma (código).

El código es, según Mounin, “el *stock* dentro del que se escogen

las unidades para construir mensajes o enunciados”, y comprende

“también el conjunto de reglas según las cuales está permitido combinar

estas unidades entre sí, pero en este sentido se suele hablar más

bien de “sistema”.1 Para Greimas y Courtes, código designa “un inventario

de símbolos, arbitrariamente elegidos, acompañado de un conjunto

de reglas de composición de ‘palabras’ codificadas, a menudo

paralelo con un diccionario (o léxico) de la lengua natural”; sería,

también, “un lenguaje artificial derivado”.2

La señal constituye, entonces, un *significante*. Al apreciarla de

acuerdo con un *código*, le atribuyo un específico *significado*. Por esta

operación, que vincula a un significante con un significado, he convertido

la *señal* en *signo.*3 Para que exista comunicación plena, el emisor y

el receptor han de estar de acuerdo en que determinados significantes

1. Mounin, Charles. *Claves para la lingüística*, p. 75.

2. Greimas, Algirdas, *et al. Serniotique, dictionnaire raisonné de la théorie du langage*, p. 39.

3. Morris, Charles. *La significación y lo significativo*. Cap. II. pp. 35-58.

**12 13**

corresponden a específicos significados; en que, por tanto, ciertas señales

constituyen específicos *signos*.

La naturaleza de esas unidades básicas determina que puedan

existir diversos tipos de código:

1) *Código icónico*, cuando las mismas están constituidas esencialmente

por imágenes, por signos que “operan por similitud de

hecho entre dos elementos” como por ejemplo, el dibujo que

representa a una casa.

2) *Código lingüístico,* cuando el mismo comprende unidades de

significación arbitrarias llamadas fonemas, que al ser combinadas

forman la lengua, sea escrita o hablada.

3) *Código ritual*, cuando las unidades de significación están dadas

esencialmente por el desenvolvimiento de una actividad motriz;

por gestos y movimientos del cuerpo que adquieren una

capacidad de comunicar.4

El mensaje populista se vale conjuntamente de esta diversidad de

códigos. En el presente libro estudiaremos los más relevantes de ellos:

1) Entre los *icónicos*, los colores, los escudos partidistas, las iconologías

de los líderes y del pueblo, y las tarjetas electorales (V. 1.1 a 1.4).

2) Entre los *lingüísticos*, los eslóganes, los jingles, los himnos y el

habla popular (V. 2.1 a 2.4).

3) Entre los *rituales*, haremos referencia a los individuales y los colectivos;

entre ellos, las verbenas, los mítines y el contacto con

el pueblo (V. 3).

En el mensaje político estos códigos raramente se dan aislados. Así,

el código *icónico* (colores, escudos, imágenes de los líderes) aparece asociado

frecuentemente con elementos lingüísticos (consignas, eslóganes,

inscripciones de todo género). El código *lingüístico*, a su vez, cuando es

hablado, es potenciado por los comportamientos *rituales* más diversos.

4. Dorfles, Guillo. *Nuevos ritos, nuevos mitos*. pp. 74-77.

Para mayor claridad, en nuestra exposición seguiremos el esquema

antes expuesto, indicando, en cada caso, la combinación o interconexión

de códigos.

El empleo de cada uno de ellos está abierto a cualquier tipo de

mensaje político. Pero intentaremos demostrar que las organizaciones

populistas utilizan tales códigos de una manera tan específica, que llegan

a convertirlos en verdaderos *subcódigos* propios e idiosincrásicos.

Es decir, articulan un discurso, en el sentido que le atribuye Olivier

Reboul, de “tipo de palabras común a un gran número de individuos

y regido por un subcódigo”.5

El *discurso* sería, conforme al mismo Reboul, una “realidad intermedia

entre la lengua y la palabra”. La *lengua*, según Barthes, es el “conjunto

sistemático de las convenciones necesarias a la comunicación, indiferentes

a la *materia* de las señas que la componen”; el *habla* o *palabra*,

la aplicación individual de ellas.6 Cuando un grupo social determinado

logra establecer como propias un conjunto de convenciones, reglas y

maneras de usar una lengua para emitir mensajes, ha creado un *discurso*

específico. Este *discurso* se vuelve parte del mensaje, sea cual sea el contenido

de este último, y lo identifica y refuerza. Un informe técnico, un

poema o una arenga política pueden ser formuladas de una “manera”

populista, sea cual sea su denotación o mensaje explícito. El discurso,

entonces, en cuanto subcódigo, por sí mismo connota, añade significaciones

indirectas o implícitas al mensaje. Un cierto estilo en la producción

de imágenes, mensajes lingüísticos y conductas rituales permite

reconocerlos como “adecos” o como “constitutivos de una adequidad”,

según el término adoptado por Acosta y Gorodeckas.7 En este capítulo

y los inmediatos trataremos de desentrañar las constantes y las estructuras

de dicho tipo específico de discurso.

La imagen, según Abraham Moles, es un “soporte de la comunicación

visual que *materializa* un fragmento del ambiente óptico

(universo perceptivo), susceptible de subsistir a través de la duración,

5. Reboul, Olivier. *Langage et Ideologie*, p. 40.

6. Barthes, Roland. *Elementos de semiología*, p. 19.

7. Acosta, Nelson, *et al. La Adequidad*, p. 6.

**14 15**

nueva república separada de España por las azules aguas del océano”.12

Se tejerá sobre ella una leyenda que alude también a la unión de las tres

razas, a las riquezas del país y hasta al color de los cabellos, los ojos y los

labios de la zarina Catalina la Grande, protectora de Miranda.

Rojo, que reverbera

Durante la guerra de Independencia los bandos se identifican

con trapos de colores: los de los realistas son rojos; los de los patriotas,

amarillos. Parece que se enfrentaran emblemáticamente “la Nueva

República” amarilla y una España roja. El caudillo realista, Boves,

adopta banderolas negras, quizá como anuncio de sus feroces represiones,

mientras que los lanceros patriotas llevaban banderolas blancas.

Según apunta Herrera Luque, “luego de la muerte del Urogallo,

los colores se invierten, son negras las banderas de la gente de Páez y

blancas las de Morillo, como si quisiesen atestiguar que el Catire Páez

“era el continuador del Catire Boves”.13

Banderas color de miedo

Concluida la guerra de Independencia, el Partido Liberal adopta

el emblema amarillo. En vano los denostará Juan Vicente González

hablando de sus “banderas color de miedo”. Los liberales serán en lo

sucesivo los amarillos; y los oligarcas se verán forzados a adoptar emblemas

rojos para distinguirse. En 1867 estalla la “Revolución Azul”,

llamada así porque con su enseña pretende mezclar el amarillo liberal

y el rojo conservador en un solo color y en una sola dudosa alianza.

Se agota de tal manera el repertorio tricolor del pabellón venezolano.

Las sucesivas banderías tendrán dificultades para arroparse con su

prestigio cromático. Comprensiblemente, cuando el general Joaquín

Crespo inventa una nueva variante del liberalismo para su uso exclusivo

en las elecciones de 1893, tiene que llamarlo blanco “como emblema

de Paz estable y del uso efectivo de todos los derechos”; pero

12. Hno. Nectario María. *Historia de Venezuela*, p. 100.

13. Herrera Luque, Francisco. “Psicopatología de José Tomás Boves”. *Bolívar de carne y hueso*.

pp. 58-59.

y que constituye uno de los componentes principales de los massmedia

(fotografía, pintura, ilustraciones, esculturas, cine, televisión)”.

En términos más simples es una “cristalización de lo real sensorial”.8

Esta relación de “materialización” o “cristalización” de lo real le presta

un específico poder. Como señala Bachelard, “las imágenes, que son

fuerzas síquicas primarias, son más fuertes que las ideas, más fuertes

que las experiencias reales”.9 Exploremos el empleo de estos soportes

visuales en el mensaje populista.

**1.1. Colores**

Amarillo, color de oro.

Azul, de la azul esfera.

Rojo, que reverbera

como la sangre del toro.

*Copla venezolana*

Amarillo, azul y rojo

Desde antiguo los colores tienen precisa significación en la cultura

política venezolana. Las ordenanzas de la conspiración de Gual y

España establecen en 1791 como divisa “una escarapela cuatricolor, a

saber blanca, azul, amarilla y encarnada”. Explícitamente, significa “los

cuatro colores de sus reunidos patriotas que son pardos, negros, blancos,

indios”. También la “reunión de las cuatro provincias que forman

el Estado” y “los cuatro fundamentos del derecho del hombre”, que

“son igualdad, libertad, propiedad y seguridad”.10 El 12 de marzo de

1806, el Precursor Francisco de Miranda iza a bordo del *Leander* un

pabellón tricolor.11 Es el que adoptará Venezuela como bandera nacional

desde el 9 de julio de 1811, explicándose los colores como “la

8. Moles, Abraham. *L´image, Communication Fonctionelle*. pp. 8-20.

9. Citado por Moles *Op. Cit*, p. 5.

10. Cortés, Santos Rodulfo. *Antología documental de Venezuela*, p. 210.

11. Robertson, William Spence. *La vida de Miranda*, p. 100.

**16 17**

también para no ofender a sus nuevos aliados conservadores, que

detestaban la enseña amarilla, y para romper vínculos con el pasado.

Como indica Ramón J. Velásquez, Crespo no acepta el uso de la bandera

nacional “porque a ella tienen derecho todos los venezolanos”;

descarta la roja por conservadora, “credo político superado por el progreso

democrático”, y abjura del amarillo porque “bajo él se cobijó la

traición en 1888”.14 Sus adversarios conservadores mantienen la bandera

roja, pero fundan una organización que, contradictoriamente, se

llama partido “Liberal-Nacionalista”.

La autocracia de Juan Vicente Gómez hace caer en el olvido los

partidos tradicionales y sus emblemas cromáticos. La “Ley de Bandera,

Escudo e Himno Nacionales”, de 22 de junio de 1942 limita el uso

del pabellón nacional y penaliza su empleo impropio. Dentro de este

marco se desenvuelve el uso político contemporáneo de los colores.

Color del candidato

La elección más obvia para Acción Democrática la hubiera debido

inclinar hacia el uso de los colores primarios, ya que éstos, además

de ser fácilmente reconocibles, refieren a la bandera. Suponemos que

para rechazarlos privaron específicas razones históricas. El amarillo,

como dijimos, había sido vindicado por el partido triunfador en la

Guerra Federal, que había incumplido sus promesas e incurrido en

la progresiva decadencia que hizo posibles las dictaduras de Castro

y de Gómez –ambas por cierto, afiliadas hipócritamente a la “causa

liberal”. El rojo estaba ya apropiado por organizaciones marxistas. El

azul traía el indeseable recuerdo de las contiendas civiles decimonónicas;

aparte de ello, su condición de color “frío” no podía despertar

mayor entusiasmo. Con razón había dicho Spengler que “el azul y el

verde han sido siempre los colores de la aristocracia”. McClelland ha

confirmado posteriormente la tendencia de las élites anglosajonas a

preferir colores “fríos” o bien oscuros.15

14. Velásquez, Ramón J. *La caída del liberalismo amarillo*. pp. 93-95.

15. McClelland, David. *La sociedad ambiciosa*. Tomo II. pp. 585-592.

Por eliminación, entonces, en el repertorio básico quedaban el

negro y el blanco. El primero tiene resonancias negativas en nuestra

cultura. El segundo es, según el punto de vista con que se lo contemple,

o la ausencia de colores, o el resumen y compendio de ellos.

Al elegir para sí el blanco, Acción Democrática apelaba a un conjunto

de significaciones bastantes evidentes. Ante todo, por su antítesis

con el negro, es el color más fácil de reconocer. Aun suponiendo el

caso límite de un analfabeto que tuviera dificultad en nombrar algunos

colores, es obvio que podría acertar con el blanco.

En la cultura occidental, dicho color es asociado con la luz, con

el alba, con el día, con la leche nutricia, con la limpieza y la pureza.

Es el color de algunas vestiduras sacerdotales; de los iniciados en los

ritos de paso, de la toga viril que viste quien ha llegado a la hombría,

y también presta su nombre a una situación de entrada en la política,

ya que blanco —*candidus*— “es el color del candidato, es decir, de

aquél que va a cambiar de condición (los candidatos a las funciones

públicas se vestían de blanco).” Es también, “color de la revelación, de

la gracia, de transfiguración”16 “las aureolas de los santos lo ostentan;

las apariciones y manifestaciones divinas se anuncian con él; está, en

fin, asociado simbólicamente, no a la plata, sino al oro”.17

Sobre el blanco, el investigador motivacional Ernest Dichter ha

aislado además las siguientes significaciones en estudios realizados

con consumidores:

Lo blanco no se puede ocultar fácilmente, toda mancha

es visible. La blancura no cubre y oculta el peligro.

Es el color de la nieve, del traje matrimonial e incluso

funerario; con el blanco se limpian nuestros pecados

terrenales. Los guantes blancos significan: ‘Yo no tengo

que trabajar, soy una dama sin problemas’.18

16. Chevalier, Jean, *et al. Dictionnaire de Symboles*. pp. 203-207.

17. Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*, p. 102.

18. Dichter, Ernest. *Las motivaciones del consumidor*, p. 379.

**19**

En la cultura venezolana, a las precedentes significaciones –más

o menos incorporadas por el proceso de la Conquista– se suman acervos

de experiencias tradicionales. Blanco es el color del pan de maíz o

arepa, de la yuca, de la leche y de los quesos que integran la dieta del

campesino; blanco el color de los muros en la mayoría de los pueblos

de la Venezuela agraria, ya que se los blanqueaba con lechada de cal,

siguiendo el uso español. Los trajes tradicionales, confeccionados en

su mayoría con telas frescas de lino, de algodón o de dril sin teñir, eran

también blancos.

A esta persistencia del color en las circunstancias más inmediatas

y materiales de la dieta, la habitación y el traje, se suman resonancias

tradicionales precisas. El racismo de la colonia y parte de la república

atribuyó a lo *blanco* toda excelencia, por contraste con el pardo de los

mestizos y el negro de los esclavos o los libertos. Blancos son los trajes

de la primera comunión y los de la novia. Blancas son las urnas donde

se entierra a los niños muertos, en clara alusión a la pureza; y en los

“velorios de ángel” se homenajea a los pequeños difuntos vistiéndolos

de blanco. Tanto la iconografía ingenua como la culta persisten en

presentar al Libertador cabalgando sobre un caballo blanco. Y blanco

es el potro que corre en el escudo nacional.

Al elegir dicho color como enseña, Acción Democrática crea un

código que incorpora a su nombre los significados precedentes. Por la

misma vía, ocupa políticamente un espacio cromático.

El color con que se vota

En las elecciones de 1946 se reconoció el sufragio de los analfabetos

y se estableció como método para ejercerlo la selección de

tarjetas de colores. Ello potenció la importancia del código cromático,

o mejor dicho, monocromático. El color uniforma la opción:

mediante la tarjeta pequeña, se elige en bloque una plancha de representantes

para los cuerpos legislativos cuyos nombres no figuran

en la hoja y sobre cuyo orden de preferencia el elector no tiene dominio

alguno. El elector ignora casi siempre sus nombres: la única

**20 21**

referencia que tiene de ellos es su anónima adscripción a un color.

Con razón críticos posteriores se quejarán de que un sistema electoral

diseñado para los iletrados obliga al resto de los ciudadanos a

votar como analfabetos.

Aunque la identificación cromática no impedía añadir en la tarjeta

el nombre escrito de la organización o su emblema, el color se

volvió el elemento clave de identificación del partido y, hasta cierto

grado, conformó una especie de segundo nombre. “Vota Blanco”,

“Vota Verde” o “Vota rojo”, exigirán paradójicamente las propagandas

escritas refiriéndose a un sistema de colores inventado para iletrados:

adecos, uerredistas, copeyanos o comunistas terminaron siendo

“blancos’, “amarillos” “verdes” o “rojos”.

Los líderes y militantes se volvieron emblemas vivientes de sus

organizaciones. Betancourt vestía de blanco o de tonos claros (V.

1.3); Jóvito Villalba de tonos cremas cercanos al amarillo; Caldera,

con discretos trajes verdosos oscuros. Más de un comunista usó agresivas

corbatas o camisas rojas.

El blanco y el negro

No era, por tanto, indiferente el color que cada organización elegía

y reservaba para sí. En el curso de las divisiones políticas, hubo encarnizadas

peleas por “el color” de la tarjeta, como la que protagonizaron

AD-gobierno y AD-oposición en 1963. Cuando una decisión del

Consejo Supremo Electoral prohibió salomónicamente en 1963 el uso

del color blanco a las dos fracciones del partido en pugna, AD-gobierno

optó por el color negro: al reservarse el contrario absoluto, remitía

dialécticamente a la antítesis de la blancura. La tarjeta negra triunfó.

Hay que añadir que a la misma se había incorporado, enteramente en

blanco, una caricatura de una figura humana de cuerpo entero que presentaba

una especie de “venezolano genérico” ( Juan Bimba), vestido

de liquiliqui blanco, sombrero de cogollo y alpargatas, con un pan en el

bolsillo. La figura, presentada de pie frontalmente, hacía con la mano

derecha el signo de la “V de la victoria”, con los dedos índices y medio

extendidos (V. 1.3). Los adversarios (AD-oposición) también intentaron

referir al blanco, eligiendo una tarjeta plateada, y la figura de un

caballo (remota alusión al escudo nacional).

Se comprende, en virtud de las observaciones precedentes, por

qué Copei se vio forzado a elegir el verde entre una gama cromática

que la historia había ido inhabilitando.

Verde nace donde quiera

El verde tiene un obvio e inmediato enlace simbólico con el

reino vegetal. En Venezuela tal asociación predomina sobre las restantes

vinculaciones cultas con la esperanza, con los celos, con la

bilis, con la envidia, con el Islam e incluso con el demonio, con el

desarreglo y con el “blasón de los locos”. Según el test de los colores

de Max Lüscher, quienes prefieren el verde muestran “necesidad de

afirmación y autodefensa contra las influencias exteriores; obstinación,

rigidez”.19 El verde remite a la Venezuela agraria, al brotar de

las siembras, a los pericos. Es también un color frío; sicológicamente

sedante, tranquilizante y emblemático de la aristocracia, según

decir de Spengler. Era una elección adecuada para un partido cuyos

primeros pasos lo definían como consolidador del orden, religioso

o clerical, conservador y decididamente anticomunista. El partido

empleó al principio verdes oscuros; a partir de 1968 utilizó tonos

cada vez más vivos, a veces fosforescentes.

Los partidos, sin embargo, no se restringieron a la elección

monocromática. Acción Democrática usa en su escudo los colores

de la bandera nacional, aunque en franjas verticales y con el orden

invertido, para eludir la citada Ley de Bandera, Escudo e Himno

Nacionales, y la más reciente Ley de Partidos Políticos, Reuniones

Públicas y Manifestaciones. El artículo siete de ésta prohíbe a la

denominación de los partidos “en forma alguna parecerse o tener

relación gráfica o fonética con los símbolos de la patria o con em-

19. Chevalier, Jean, *et al*. *Op. Cit*. pp. 372-378.

**22 23**

blemas religiosos”.20 La violación de tales normas, como veremos

en las secciones inmediatas, es más que evidente. En la campaña de

1988, el afiche más difundido de Eduardo Fernández presentaba:

fondo amarillo, apodo “El Tigre’ en azul-verde, y el eslogan “El Presidente

Nuevo”, en rojo. El afiche más difundido de Ismenia Villalba

la presentó con su nombre destacado en rojo sobre una franja superior

amarilla; fondo azul, y camisa roja con decoraciones florales

parecidas a laureles. Desde la más sencilla imagen aspira el dirigente

populista a confundirse con los venerados colores de la bandera y,

por tanto, con la patria misma.

¿Presenta alguna especificidad este uso populista del color? Por

lo regular, el empleo político de cromatismo termina invistiéndolo de

una carga ideológica. Los obreros europeos que se sublevan en 1848

usan gallardetes rojos; los partidos socialistas adoptan el color, y en

Rusia, el mismo, que es sinónimo de “hermoso” (*Krasiva*), termina

siéndolo también del bolcheviquismo: propiedad social de los medios

de producción, centralismo democrático, revolución. El populismo,

por el contrario, en lugar de politizar el color, termina siendo despolitizado

por éste. Ser “blanco” o “verde” (como ser “verde” o “azul”

según el equipo de aurigas que se prefiriera en el antiguo Bizancio)

es el grado mínimo de la militancia. No presupone ningún requisito

ideológico: ni siquiera la adhesión a un específico dirigente o camarilla.

No es la elección de una postura: es la elusión de ella. Se adhiere a

la organización, literalmente, en blanco.

Por la misma razón, elegir “entre colores” termina equivaliendo

a no elegir: es ejercer una opción entre policromías y no entre ideologías.

Es casi un lugar común en la literatura del análisis político venezolano

actual, el desvanecimiento de diferencias entre los partidos

de status.21 Quizá facilitó tal desvanecimiento el hecho de que las diferencias

mas enunciadas, fueran coloreadas.

20. Gaceta Oficial N° 27.725, del 30 de abril de 1964.

21. Por ejemplo: España, Luis Pedro. “AD y Copei: ¿Confrontación ideológica o electoral?”. En *SIC*, N°

494, abril 1987, pp.158-160.

**1.2. Escudos y emblemas**

Bandera de Venezuela

¿por qué yo te quiero tanto?

*Canción popular venezolana*

Masculino y femenino

Los escudos y símbolos de los partidos constituyen señales icónicas

que requieren, para su conversión en signos, de un código más

elaborado que el relativo al color. Algunos incorporan, además de las

meras imágenes, diversos colores, siglas del partido y consignas.

Dos símbolos complementarios se turnan en el poder en Venezuela

desde hace unas cuatro décadas. El uno es redondo, el otro puntiagudo.

El primero, frecuentemente vencedor, ha permanecido casi

inalterado; el segundo, con menor fortuna, ha sufrido mutaciones tras

cada derrota. Los restantes símbolos partidistas han oscilado entre

uno y otro modelo. Intentemos una lectura de los íconos citados.

El escudo de Acción Democrática, diseñado por el dibujante

Manuel Martínez (hermano del caricaturista Leoncio Martínez), fue

adoptado como emblema en 1945 y considerado oficial por el artículo

3° de los Estatutos de junio de 1962.

Dicho emblema contiene en el centro un pequeño mapa de Venezuela,

cruzado verticalmente por una antorcha llameante superpuesta,

y flanqueado a izquierda y derecha por las iniciales de la organización,

el todo encerrado en un círculo. El círculo a su vez está

rodeado, en la parte superior, por las palabras: “POR UNA VENEZUELA

LIBRE Y DE LOS VENEZOLANOS”, y en la parte inferior,

en mayúsculas de menor tamaño, “PAN-TIERRA-TRABAJO”.

El conjunto lo circunda una guirnalda constituida por dos ramos

vegetales, quizá de laurel (V. figura 1).

La repetición del tema circular en las iniciales, los eslóganes y la

guirnalda vegetal refiere al símbolo del *mandala*, que sugiere totalidad,

completitud, plenitud; también insularidad, protección uterina,

**24 25**

feminidad.22 Quizá hace referencia remota al disco solar. La guirnalda

imita, si bien de manera discreta, los dos haces vegetales que rodean al

escudo nacional. También refiere a la mandorla, símbolo de intersección

de lo material y espiritual, y emblema de los genitales externos

femeninos.23 También son circulares los emblemas del APRA peruano

y del PRI mexicano.

Cuatro concéntricos círculos (guirnalda, consignas, circunferencia

e iniciales) reiteran entonces el tema de protección, suavidad,

feminidad. El espacio así confinado bien podría ser un útero. Miremos

de nuevo el emblema: las dos grandes iniciales, semicirculares,

parecen labios verticales. Esta similitud es más evidente en las versiones

simplificadas del mismo escudo. Rodeando los dilatados labios, la

doble guirnalda de la mandorla sugiere un anillo de vello.

Fuego y poder

Clavada entre los labios, rígida, vertical, ardiente, está una antorcha.

Se la puede interpretar en primer lugar, como un símbolo masculino.

“Las armas y herramientas más diversas —arados, martillos,

pistolas, revólveres, sables, etcétera— son también empleados como

símbolos del miembro masculino”, indica Sigmund Freud.24 El fuego

de la antorcha refuerza la asociación con la sexualidad y la libido.

Como indicó Jung:

Sólo queda ahora *phalos* con la acepción de luminoso,

brillante. La raíz indogermánica es *bhale*: hincharse.

¿Quién no recuerda al Fausto?

‘¡Crece en mi mano, se inflama, fulmina!’ Trátase aquí

del simbolismo primigenio de la libido, que muestra

cuán directa es la relación de ésta y la luz.25

22. Chevalier, Jean. *Op. Cit,* pp. 177-179.

23. *Ibídem*, pp. 179-180.

24. Freud, Sigmund. *La interpretación de los sueños*, p. 432.

25. Jung, Carl Gustav. *Símbolos de transformación*, p. 232.

La antorcha refiere también al fuego. Sobre su significado como

símbolo político ha dicho acertadamente Elías Canetti en *Masa y poder*:

Si se resumen estos rasgos aislados del fuego, aparece

una imagen sorprendente: es igual a sí mismo en todas

partes; se propaga con celeridad; es contagioso e

insaciable; puede originarse en todas partes y rápidamente;

es múltiple; es destructivo; tiene un enemigo;

se apaga; actúa como si viviese y, por tanto, se le trata

como a un ser vivo. Todas esas propiedades son las de

la masa; difícilmente podría darse un resumen más

preciso de sus atributos.26

El fuego portado en la antorcha tiene un consagrado uso como

símbolo político. Recordemos el verso de Rubén Darío, en la “Oda a

Roosevelt”:

Y, alumbrando el camino de la fácil conquista

La libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Tenemos entonces, en el escudo, un símbolo netamente masculino

(antorcha) enclavado en medio de un símbolo inequívocamente

femenino (círculo rodeado de una guirnalda). Tal naturaleza dual

persiste incluso en algunas versiones simplificadas del esquema, en

las cuales se elimina la antorcha. Así, en la tarjeta electoral de 1983,

los gruesos caracteres de las iniciales sugieren unos labios mayores

con una hendidura vertical. La antorcha no está, pero un firme trazo

rojo, fálico y enhiesto (el subrayado *sí*) se dirige directamente hacia la

rendija (V. figura 2).

Esta alianza en un mismo símbolo de principios masculinos y

femeninos no es inusual, y casi siempre presta al icono un poderoso

atractivo. Está presente, por ejemplo, en el antiquísimo símbolo

del Ying y del Yang.27 Wilhelm Reich la ha localizado en el emblema

26. Canetti, Elías. *Masa y poder*, p. 72.

27. Beigbeder, Olivier. *La simbología,* p. 43.

**26**

hindú de la *swástica*, o cruz gamada, apropiado posteriormente por

los nacional-socialistas.28 Recurre, frecuentemente, en triviales usos

propagandísticos, como se puede verificar en el logotipo de la planta

televisora Venevisión (V. figura 3): una cuña vertical penetra un espacio

circular delimitado por una guirnalda.

Amarillo, azul y rojo

En la mitad del sello está un mapa de Venezuela, dividido por

la antorcha y empequeñecido por las enormes iniciales de AD que

lo flanquean. Es una imagen reconocible casi exclusivamente para

venezolanos. Identifica al país de la manera más global, abstracta e

indiferenciada posible: por el límite geográfico. Refuerza así el tema

de totalidad sugerido por la mandorla: el país parecería estar contenido

dentro del marco de la organización política, y no al revés. En

las versiones coloreadas del escudo, la *A* aparece sobre una franja

vertical azul, la antorcha y el mapa sobre una franja amarilla, la *D*

sobre una franja roja. Son, apenas con una alteración en el orden,

los colores de la bandera, cuyo uso está prohibido por la Ley de Partidos

Políticos.

Los dos eslóganes (“POR UNA VENEZUELA LIBRE Y DE

LOS VENEZOLANOS” y “PAN-TIERRA-TRABAJO”) situados en

una relación de arriba-abajo y de letra mayor-letra menor, parecen estar

simbólicamente en una relación causa-efecto y de “proclamación

doctrinaria abstracta” (arriba) y de “resultado concreto” (abajo).

El eslogan superior, voluntariamente redundante, se pronuncia

por una “Venezuela (…) de los venezolanos”, cuadruplicando así

la señal de nacionalidad ya simbolizada por el mapa y los colores

de la bandera. Lo “venezolano” pareciera preocupar tanto al diseñador

del emblema, que lo reitera cuatro veces. (Tantas como la circularidad

concéntrica de las iniciales, el círculo, los eslóganes y las

guirnaldas). El populismo empieza todo discurso apropiándose de

la venezolanidad.

28. Reich, Wilhem. “El simbolismo de la cruz”. *La psicología de masas del fascismo*, p. 43.

Figura 1 Figura 2

Figura 4

Figura 3 Figura 5

Figura 13 Figura 8 Figura 10

Figura 12 Figura 9

**28 29**

Pan y arepa

Dentro de la reiterativa proclamación de venezolanidad, el sello

ofrece además un país “libre” (autonomía política y quizá libertades

formales), así como PAN-TIERRA-TRABAJO. El bien de consumo,

“PAN”, es mencionado *antes* que los elementos para producirlo. La

vindicación de la “TIERRA” tiene una índole agraria y parecería reclamar

algún tipo de pequeña propiedad sobre ella; el “TRABAJO”

parece referir al normal trabajo asalariado. Más lógico hubiera sido

el orden Tierra-Trabajo-Pan. Pero la consigna gomecista rezaba PAZUNION-

TRABAJO. ¿Se buscó guardar alguna semejanza fonética?

¿O privilegiar, ante todo y por sobre todo, la promesa de alimento?

Pues, la asociación que más fácilmente despierta el emblema a nivel

consciente es con la arepa, el pan de maíz. El venezolano designa todo

lo circular como arepa; el equipo perdedor de un juego de béisbol

se lleva, no los nueve ceros, sino “las nueve arepas”. En este símbolo,

como en tantos otros del populismo, está implicada una alusión a la

oralidad, a la alimentación, a la más primaria satisfacción del hambre.

Ello no excluiría la asociación protectora maternal, ligada indisolublemente

para nuestra cultura por la canción de cuna:

*Arepita de manteca*

*pá mamá que da la teta...*

El emblema oficial parece expresar, por ello, que dentro del marco

protector uterino o maternal de la organización mencionada por

las letras, el país (reiterativamente aludido por colores, mapa, nombre

y mención de sus nacionales) fecundado por la vertical pasión de

la antorcha, fructificará en libertad, pan, tierra y trabajo. La obsesiva

mención de la nacionalidad, hecha en símbolos en parte comprensibles

sólo para venezolanos, y la inmediata traducción de ella en bienes

—el de consumo antes que los de producción— bajo la égida de una

libertad formal, configuran, en verdad, una fiel traducción del mensaje

populista.

Se me objetará que Manuel Martínez no tenía la formación necesaria

para manejar el conjunto de relaciones simbólicas que hemos decodificado.

Sin embargo, tanto él como su hermano Leoncio estuvieron

en contacto con los más avanzados círculos intelectuales de la época. Y

un artista plástico —como otro artista cualquiera— es, esencialmente,

un manipulador intuitivo de relaciones simbólicas. Estas pueden ser

concatenadas y ejercer efectos por debajo del nivel de la conciencia.

Da idea de la eficacia del símbolo su empleo sin alteraciones durante

toda la vida política del partido. A veces se lo desenfatiza para

dar preponderancia a la imagen personal del candidato, pero reaparece

siempre en la tarjeta electoral. Durante la fase de “tecnocratización” de

las campañas electorales, expertos publicitarios tales como Dichter y

Joe Napolitan han revisado exhaustivamente el material de la campaña.

La persistencia del escudo significa que le han dado su visto bueno

como símbolo del partido, mientras que el “Juan Bimba”, como veremos

posteriormente, fue desahuciado por ellos a partir de 1969.

Rechazo al flechazo

Más sencillo, pero menos eficaz, es el símbolo de Copei. Representa

una punta de lanza o losange verde, casi siempre vertical, dentro

de la cual se inscriben, a veces, las iniciales del partido. Verticalidad y

agudeza la asimilan al carácter fálico de la antorcha accióndemocratista;

el color verde, cromáticamente frío, parecería frustrar tal asociación

(V. fig. 4). Como ha señalado Carl Gustav Jung, “la flecha tiene

sentido masculino, y en él se funda la costumbre oriental de llamar

flechas o jabalinas de los padres a los hijos valientes”.29

La “flecha” de Copei tiene un preciso sentido en la iconología

occidental. Como señala Gilbert Durand:

Se puede en la simbólica cristiana distinguir la piedra

no tallada, andrógina, la piedra cuadrada, feminoide,

y por el contrario el cono, la piedra ‘erecta’ masculina.

29. Jung, Carl Gustav. *Símbolos de transformación*, p. 299.

**30 31**

Esta última se reencuentra en la ‘flecha’ y el campanario

de la iglesia, obelisco cristiano, verdaderamente solar y

coronado por el gallo, el ave de la aurora. Betyl, piedra

erecta, flecha de campanario significan, según G. de

Saint-Thiervy, ‘vigilancia y espera de la unión divina’.30

Difícilmente, se podía encontrar símbolo más adecuado para un

partido que se define a sí mismo como social-cristiano. Tampoco era

el primero en utilizar dicha imagen. Un haz de flechas figura en el escudo

de la falange española, partido en el cual se inspiraron algunos

de los movimientos precursores de Copei.

El carácter de losange es a veces enfatizado hasta el punto de la

proximidad con el femenino símbolo del losange y el rombo, el trapecio

o la mandorla.31 No faltó la tentación de asociar a este punzante

símbolo la feminidad del mandala: durante la campaña electoral de

1973, Copei promovió a su candidato con una figura que reunía varios

círculos concéntricos, pero sin incluir dentro de ella la punzante

lanza, que siempre aparecía separada. Por diversas razones, dicha

campaña terminó en una aplastante derrota (V. fig. 5).

La lanza reapareció, esta vez convertida en una estilización universal

de la cabeza de flecha de dos puntas, asociada a la imagen de

Luis Herrera Campíns; específicamente, a la H del apellido del candidato.

En el retrato familiar de la campaña de 1978, su situación central

—coincidiendo con el centro del vientre del retratado— sugería un

contenido fálico. (V. fig. 6).

Tras la derrota de 1983, el símbolo socialcristiano sufrió aun

otra metamorfosis.32 El intento de renovación es promovido por los

partidarios de Eduardo Fernández, y previsiblemente adversado por

el mismo Rafael Caldera, quien declara que “lo que he hecho es reclamar

dentro del ámbito partidista el que no se pongan de lado los

30. Durand, Gilbert. *Les Structures Anthropologiques de l’imaginaire*, p. 142.

31. Chevalier, Jean, *et al*. *Op. Cit*, pp. 140-141.

32. La remodelación del emblema y de otros aspectos de la imagen copeyana estuvo a cargo de la agencia

Ghersy Quintero & Ted Bates. (Ver revista *Producto* N° 29, p.56; y N° 35, p. 15. Caracas, agosto de 1986.)

símbolos que han acompañado al partido por otros que no presentan

el mismo mensaje para la opinión pública”.33 Con los símbolos

que han acompañado al partido, Fernández puso de lado a su candidato

tradicional. Siguiendo la regla de personalización del mensaje,

el emblema de la flecha no figuró junto a la imagen de Fernández,

ni en los afiches, ni en el tarjetón electoral. En el nuevo emblema,

la flecha aparece descompuesta en siete líneas paralelas (V. fig. 8).

En reposo, el dardo parece antropomórfico; animado fílmicamente,

vuela como un aeroplano. El vástago central es verde; los de las alas

son amarillos, azules y rojos alternativamente: los diseñadores recurren

a la práctica acciondemocratista de incorporar los colores de la

bandera a su escudo (y de paso, violan la Ley de Partidos Políticos).

¿Llegará alguna vez la flecha al blanco redondo que busca en vano,

y donde penetró firmemente, y desde el primer intento, la antorcha

acción democratista?

Radicalismo y metamorfosis

Un curioso paralelismo con la evolución de los emblemas de

otras organizaciones políticas confirma que tal empleo de los símbolos

y sus modificaciones no son enteramente casuales. Al nacer de

la división acciondemocratista de 1960, el Movimiento de Izquierda

Revolucionaria, para entonces radical, marxista y a punto de entrar en

la lucha armada, adopta como emblema una agresiva flecha orientada

hacia la izquierda (V. fig. 9). Tras la derrota en la lucha armada y la

legalización, surgen dentro del partido tendencias reformistas, y éste

diminuye su imagen pugnaz. La flecha, fálica, agresiva y punzante, es

entonces sustituida por un círculo suave, femenino y totalizador, que

recuerda remotamente a la “arepa” de AD (V. fig. 10).

Parecida evolución siguen los emblemas del Movimiento al Socialismo.

Al surgir de una división del Partido Comunista en 1970,

adopta como emblema un signo clásico de la iconología revolucionaria:

el puño cerrado, enhiesto y vertical: podríamos añadir que fá-

33. Villegas, M. “Me quieren poner contra la pared”, *El Nacional,* 28/1/1987, p. D-1.

**32 33**

lico y masculino. Posteriormente apropia asimismo el color naranja,

que, aunque calmante y digestivo según los analistas del color, es la

aproximación más cercana al rojo comunista original. Con el paso del

tiempo, y de varias campañas electorales, el puño enhiesto aparece al

lado del retrato de cuerpo entero del candidato independiente José

Vicente Rangel, combinado por el gran pintor Jacobo Borges con

un traje oscuro y una actitud que refería inevitablemente a una de

las imágenes más reproducidas en Venezuela: la del siervo de Dios,

doctor José Gregorio Hernández. Si bien atenuada por la alusión a la

beatería del “Doctor de los Milagros” la imagen era netamente masculina

(V. fig.11).

La aparición de tendencias socialdemócratas dentro del MAS

coincidió con la progresiva adopción de un nuevo símbolo. En la tarjeta

electoral de 1978, el puño fálico aparece al lado de un logotipo

del partido donde predomina la suavidad femenina. En efecto, las

iniciales del MAS, en redondeadas letras futura minúsculas, están

coronadas por una doble repetición de su silueta que sugiere un mar

de nubes o unos labios anaranjados. Tras éstos, aparece un sol en naranja

claro (V. fig. 12). El efecto es cálido, orgánico, acogedor. Pudiera

representar un amanecer, o una perla que surge de un molusco.

No es en todo caso agresivo: para la fecha, el MAS había despojado

su mensaje de pugnacidad. Dentro de él había corrientes netamente

reformistas. En la tarjeta de 1983 se volvió al puño, esta vez inscrito

en la T de Teodoro Petkoff (V. fig. 13). En la de 1988, el puño fálico

aparece al lado del femenino redondel del MIR: de nuevo, complementariedad

en los símbolos. El emblema partidista podrá oscilar

entre dureza y suavidad, o combinarlos; siempre, en definitiva, quedará

subordinado a lo personal.

**1.3. La efigie del dirigente y del elector**

El uso de las efigies de los políticos tiene una larga historia en

Venezuela: al retrato de Antonio Leocadio Guzmán le encendían

velas; “el Mocho” Hernández inundó el país en 1897 con volantes

con su fisonomía. Pero es en los procesos electorales posteriores a la

muerte de Gómez donde la efigie del candidato, potenciada por el

supuesto verismo fotográfico, adquiere categoría casi de argumento

central del debate.

Como bien ha dicho Abraham Moles, “la fuerza fundamental de

la imagen social es la figuración”. Esta “figuratividad” está ligada a una

especie de verosimilitud o de “exactitud fotográfica”.34 La fotografía es,

simbólicamente, verdad: el candidato representado por ella adquiere

incontestable realidad. Por ello ha señalado Roland Barthes:

la efigie del candidato establece un nexo personal entre

él y los electores: el candidato no sólo da a juzgar un

programa, sino que propone un clima físico, un conjunto

de opciones cotidianas expresadas en una morfología,

un modo de vestirse, una pose.

Añade Barthes:

en la medida en que la fotografía es elipsis del lenguaje y

condensación de un ‘inefable’ social, constituye un arma

antiintelectual, tiende a escamotear la ‘política’ (es decir

un cuerpo de problemas y soluciones) en provecho de

una ‘manera de ser’, de una situación sociomoral.

En virtud de lo cual:

es pues, ante todo, reconocimiento de una profundidad,

de algo irracional extensivo a la política. Lo que

atraviesa la fotografía del candidato no son sus proyec-

34. Moles, Abraham. *L’Image, Communication Fonctionnelle*, p. 22-32.

**34 35**

tos sino sus móviles, las circunstancias familiares, mentales,

hasta eróticas, todo ese modo de ser, del que a la

vez es producto, ejemplo y estímulo.35

Examinemos el empleo que ha hecho Acción Democrática de la

efigie de su fundador, Rómulo Betancourt, y de las representaciones

del pueblo que lo apoya.

*1.3.1. Efigie sacralizada del líder, caricatura del pueblo*

El líder es realidad

El icono más utilizado por el partido es el que pudiéramos denominar

“efigie sacralizada del dirigente” (V. fig. 14).

Esta aparece sin ningún fondo que represente alusión a un lugar

determinado. La fotografía revela apenas el busto, por lo que no hay

información sobre la posición del cuerpo. También están descartados

los accesorios: no aparecen ni la pipa, ni el traje claro, ni el sombrero,

a los que recurrirá tan frecuentemente como complementos de su figura

pública. Apenas asoman las referencias más discretas a un traje

formal: paltó gris, camisa blanca de cuello duro, corbata oscura y pañuelo

blanco en el bolsillo. Se ha querido eliminar toda referencia a

actividades o actitudes circunstanciales, para concentrar la atención

en el rostro del político.

Esta presentación intemporal corresponde a lo que Georges Péninou

ha llamado “publicidad en infinitivo”, en la cual

la publicidad del atributo se establece en el marco mismo

de la publicidad del sustantivo (de ahí el respeto a

las convenciones que la rigen: privilegio conferido al

objeto, a la exposición del objeto y a la integridad del

objeto), es la que expresa más que ninguna otra la categoría

semántica de la perfección.

35. Barthes, Roland. *Mitologías*, p. 165.

En la misma existe una consustancialidad entre el objeto y el valor,

y en cuanto tal, excluye cualquier indicio de lo relativo (se pretende

absoluta) y de lo temporal (se pretende eterna). En ella está

proscrito todo lo que pudiera indicar una contingencia y por tanto, lo

indicativo.36

Pareciera connotar ese tipo de propaganda centrada en una persona,

y despojada de cualquier referencia a los valores de esta última,

que *el valor es la persona.*

La posición elegida para la “imagen sacralizada” tiene un significado

específico. Según indica Péninou,

la frontalidad de los personajes, los ojos fijos en un espectador

ausente al que dan la cara, es una de las posturas

publicitarias más características. Esta posición

pone siempre al personaje del anuncio en una posición

de superioridad respecto al lector al que se dirige. Él

tiene entonces la iniciativa de la proposición y prácticamente

nunca está en posición de respuesta.

Este tipo de presentación es la que el mismo autor denomina “de

interpelación o de apóstrofe”, donde sólo uno de los participantes en

el intercambio se manifiesta, se sitúa evidentemente en el marco de la

“publicidad del discurso” y en la cual “el personaje *funciona* en primera

persona y en imperativo”.37

Sobre tales posiciones del retratado puntualizó Roland Barthes:

La exposición de frente acentúa el realismo del candidato,

sobre todo si está provisto de anteojos escrutadores.

En esta actitud, todo expresa penetración, gravedad, franqueza:

el futuro diputado dirige la mirada al enemigo, al

obstáculo, al ‘problema’, La exposición de tres cuartos,

36. Péninou, Georges. *Semiótica de la publicidad*, p. 194.

37. *Op.Cit*, p.133.

**36 37**

más frecuente, sugiere la tiranía de un ideal: la mirada se

pierde noblemente en el porvenir; no enfrenta, domina

y siembra un ‘más allá’ púdicamente indefinido.38

La fotografía sacralizada de Betancourt combina mirada de frente

y rostro de tres cuartos: acaso quiere reunir penetración y superioridad,

con el llamado de lo remoto: mira al espectador de sesgo, lo

domina, pero el rostro parece querer ir a otro sitio.

La mirada, fija en la cámara, produce un contacto directo con el espectador

y una extraña ilusión óptica: parece que los ojos de la fotografía

lo siguieran, cualquiera que sea la posición desde la cual contempla

la efigie. La mirada está doblemente enfatizada por lentes de montura

gruesa y obscura, y por el alzamiento exagerado de la ceja derecha.

Analistas del gesto, como Dale Guthrie, adscriben al uso de monturas

gruesas y oscuras un efecto de intimidación.39 También atribuyen

un significado preciso a las cejas alzadas: es el gesto categorizado

como *high-brow*, que en la cultura anglosajona tiene una connotación

de desdén, y que sirve, por sí solo, para caracterizar a la clase alta.

Dicho gesto también “crea un estímulo que provoca una moderada

subordinación”.40

La boca, cerrada firmemente y con las comisuras descendentes,

asume un rictus de dureza.

El gesto, por tanto, transmite cierto énfasis autoritario. En la tradición

venezolana, se asocian las rabietas, el mal carácter y las intemperancias

con el don de mando, quizá porque la patria nace de una

guerra, y porque la inestabilidad política perpetúa dirigentes surgidos

de los campamentos. Eran célebres las cóleras de Bolívar, e igualmente

famosa la anécdota en la que un adulante disipa la furia del “Ilustre

Americano” Guzmán Blanco diciéndole que “hasta en lo malcriado se

parece al Libertador”.

38. Barthes, Roland. *Op. Cit*, p. 167.

39. Guthrie, Dale. *Body Hot Spots*, p. 122.

40. *Op. Cit*, p. 53.

El líder es la historia

Tras escribir el párrafo precedente, recapacito en la razón por

la cual he mencionado dos veces consecutivas a Bolívar al comentar

la efigie sacralizada de Betancourt. Examino algunas de las imágenes

más difundidas del Libertador. No hay duda: la fotografía de Betancourt

presenta parecidos superficiales en la posición de la cara, la dirección

de la mirada, la ceja alzada y la expresión de la boca, con el

grabado del Padre de la Patria que ha aparecido en billetes de diversas

denominaciones durante varias décadas (V. fig. 15). El circuito de

asimilaciones retóricas que evidenciamos en nuestro libro *La máscara*

*del poder: del gendarme necesario al demócrata necesario* (El Plan de

Barranquilla es la “segunda Carta de Jamaica”; el 18 de octubre es “la

Segunda Independencia”; la Reforma Agraria también es la “Segunda

Independencia”) culmina así con la forzada y superficial aproximación

de las efigies. Imposible saber, desde luego, si tal efecto se debe

a mera coincidencia, a la mimesis voluntaria, o a una imitación no

consciente.41

Esta retórica que habla al inconsciente no es nueva en Venezuela.

Guzmán Blanco asoció su perfil al de Bolívar en una medalla acuñada

en 1883, con motivo del centenario del nacimiento del prócer. Pío

Gil, en su novela casi testimonial *El Cabito*, denuncia un tratamiento

parecido de una de las copias del retrato de Cipriano Castro ejecutado

por Carlos Benito Figueredo:

La copia ésta había colocado en la frente lisa y testaruda

de Castro las arrugas abismales de Bolívar; los apagados

ojos de Invicto destellan vivacidad merced a goticas

de blanco de zinc convenientemente colocadas en

las pupilas; sobre los ojos se desplegaban las amplias y

arqueadas cejas del Libertador, esas cejas que se abrían

sobre esa frente, lo mismo que las alas en contadas y

poderosas de un cóndor, sobre un cielo en borrasca.42

41. *Op. Cit*, pp. 18.

42. Gil, Pío, *El Cabito*.

**38 39**

Tratamiento similar puede advertirse en una portada de la revista

*Resumen*, en la cual la pintora Luisa Richter dotó a Carlos Andrés

Pérez de alguna remota semejanza con Bolívar.

Las resonancias iconológicas no se detienen allí. La imagen de

Eduardo Fernández más difundida durante la campaña de 1988 se parece,

en la posición y la expresión, a la ‘foto sacralizada” de Betancourt

(V. fig. 19). ¿Casualidad o mimesis voluntaria? La última no sería imposible

durante una campaña socialcristiana que comenzó también

apropiándose las viejas consignas adecas (V. 2.2.).

El pueblo es caricatura

La representación gráfica que hace el partido de su electorado

es la de Juan Bimba, un indigente rural usado en la caricatura política

y en la tarjeta electoral de 1963. Juan Bimba es representado

de cuerpo entero. Es que los rasgos que lo identifican están en todo

su cuerpo: pies descalzos o con alpargatas, miembros cubiertos por

traje rural más o menos remendado, pan en el bolsillo, dedos que

hacen el gesto de la “V de la victoria”. El rostro, por lo menos en

la versión de Manuel Martínez, está estilizado hasta el anonimato.

Esa misma cara podría servir para infinidad de otros cuerpos o trajes

distintos, sin perturbar la simbología de ellos. Por el contrario,

esa cara, sin el traje, no es *Juan Bimba*. En este caso, el hábito hace

enteramente al monje. Por el contrario, el líder o candidato es casi

siempre presentado por su busto. Los rasgos personales, naturales o

cultivados bastan para definirlo. Si el líder ha elegido una vestimenta

caracterizadora (traje blanco o paltó a cuadros), la mínima parte

de ella que se ve en la imagen es suficiente para aludirla. Los caricaturistas

hacen fotomontajes en los que atribuyen al rostro los trajes

y cuerpos más disímiles, sin que el efecto de identidad se pierda.

Como los antiguos bustos romanos, el icono del líder es un retrato.

Como gran parte de la estatuaria griega —y desde luego, sin su prestancia—

el *Juan Bimba* es un *tipo genérico* (V. fig. 16).

Añadamos a esta caracterización iconográfica del receptor del

mensaje un hecho interesante: Juan Bimba es siempre dibujo y caricatura,

el líder es fotografía y retrato. A sus muchas minusvalías añade

el receptor la de no tener una imagen que refiera directamente a la

realidad y que lo sitúe en ella: a la técnica icónica tradicional que admite

sucesivos alejamientos subjetivizantes de la imagen del pueblo

(dibujo estilizado), se opone la técnica moderna que sugiere la objetiva,

concreta y verídica representación del líder (fotografía o patrones

calcados de fotos).

El líder, por ello, goza de *identidad*, *realidad*, *veracidad* y *objetividad*.

El pueblo, por el contrario, es caracterizado por su *anonimato*, su

*genericidad*, su *distanciamiento a través de una técnica artesanal* (dibujo),

su *débil contacto con la realidad, por el carácter alegórico del género*

*de representación* (caricatura) y su visible estatuto de indigencia. Recurren

en esta representación gráfica los elementos denigratorios mediante

los cuales el mensaje populista califica al pueblo, que ya hemos

señalado en nuestro anterior trabajo, *La máscara del poder* (V. 5.3.1. y

5.3.2. en dicha obra).

La efigie y sus aditamentos: el hábito que hace al monje

La imagen del líder es completada con una serie de aditamentos

que permiten el fácil reconocimiento y hasta la caricatura por seguidores

o adversarios. Para juzgar del uso de los mismos, hemos recurrido

a las iconografías del líder preparadas por el propio partido o

sus simpatizantes, que muestran de manera adecuada, suponemos,

la forma como la organización quería presentar ante el público a su

máximo dirigente.43

En ellas hay una clara idea de la importancia de lo visual. Así,

en *Multimagen de Rómulo*, la sección destinada a inventariar la personalidad

del dirigente bajo el título *El Hombre*, incluye los siguientes

rubros: *la pipa*, *el sombrero*, *el atuendo*, *la risa*, *el deportista*, *el arte de*

43. Liscano, Juan y Carlos Gottberg. *Multimagen de Rómulo*. (La edición no presenta números en

las páginas, por lo que todas las referencias a ellas se harán con las iniciales “s.p.”: sin paginación. Las

imágenes mencionadas en esta sección, a menos que se indique lo contrario, aparecen en dicho libro).

**40 41**

*ser abuelo* y *un discreto y fiel amigo*. *El Hombre* es, entonces, ante todo

y en el orden indicado, tres adminículos de la indumentaria, los más

presentes en la iconografía política.

Traje blanco: pureza y ruralidad

Ante todo, *el traje blanco*, o de un tono tan claro que la fotografía

lo reproduce como blanco. Aparece en 89 de 405 fotos examinadas;

en algunas de ellas, con un trucaje fotográfico que lo hace

parecer encendido en una luz preternatural. Evidentemente, refiere

al color elegido por el partido para que los analfabetos puedan identificar

la tarjeta electoral. Participa, por tanto, de los significados de

pureza, luz, limpieza, a que nos referimos antes (V. 1.1.). Emparenta

con el mitológico “caballo blanco de Bolívar” que figura en los retratos

ecuestres del prócer y que se ha convertido en expresión usual

en el folklore venezolano. Una muy difundida foto de Betancourt,

vestido de blanco y cabalgando en potro blanco, enfatiza de manera

dramática la referencia. Por otra parte, el componente esencial de

los diversos trajes típicos del venezolano fue, durante mucho tiempo,

tela de algodón o de dril sin teñir. El “traje nacional” prototípico,

el liquiliqui, es casi siempre blanco o de tono claro. Así, mediante

el premeditado uso público de tales tonos, el líder se presenta a la

vez como un emblema viviente de la tarjeta de su partido y como

una alusión simbólica a los atuendos típicos de la Venezuela rural:

partido y pueblo aparecen sutilmente enlazados a través de una significación

cromática (V. fig. 16).

La elección no es casual. Según su viuda, el líder se presenta

“vestido con corrección adecuada a su edad, se nota que se preocupa

por su apariencia personal”.44 Carlos Gottberg apunta que “su atuendo

es de una vigilada sencillez, situada entre el acicalamiento y el

descuido.”45 En la oposición de 1958, según Juan Bautista Rojas, el

ex presidente cubano Prío Socarrás lo ayuda a nutrir su percha.46 Ya

44. Hartmann, Renée. *Rómulo y yo*, p. 435.

45. Liscano, Juan, *et al. Multimagen de Rómulo*, s, p.

46. Rojas, Juan Bautista. *Los adecos*. Tomo II, p. 327.

en el poder de nuevo, lo viste Clement: si no el mejor, por lo menos

el más costoso de los sastres caraqueños.47 Un hombre con tal preocupación

por su apariencia debía tener una clara idea del impacto

simbólico de la indumentaria. Por ello, buscó recordar con la suya a la

más frecuentemente usada por las masas agrarias y por los caudillos

que se sirvieron de ellas: un traje de telas claras, complementado con

un sombrero.

La pipa: fuego y oralidad

Como segundo aditamento, *la pipa*. Aparece en 74 de 405 fotos

examinadas. Varias de ellas representan sólo al adminículo, como si

él bastara para retratar al político. En una gráfica de multitudes, una

carta dice: “Pipa sí, Chiva no”, consigna aplicada al principio de los

sesenta para enfatizar la adhesión a Betancourt mediante el repudio

a Fidel Castro. La imagen de la pipa fue empleada con amplitud en

la campaña electoral de 1958, y utilizada en todo tipo de caricaturas,

favorables o adversas.

El propio líder se encargará de atribuirle un origen épico:

Yo estaba enconchado en la época de López Contreras

y fumaba cigarrillos negros. En una de esas conchas encontré

un libro sobre el arte de fumar la pipa. Entonces

hice la prueba: comencé fumando picadura criolla, negra;

ese tabaco picado que fumaban los arrieros. Desde

entonces, decidí cambiar la amistad efímera del cigarrillo

por la más permanente de la pipa.48

Sin embargo, nueve años más tarde, en fotografía del 22 de octubre

de 1945, celebra la toma del poder fumándose un cigarrillo a las

puertas del palacio de Miraflores.

47. Serrano, Josefina. “Y Clement llegó a Venezuela”. *Pandora*, 11/10/1986, p. 13.

48. Liscano, Juan, *et al, Op. Cit*, s, p.

**42 43**

Sobre esta proximidad obvia del fuego a una imagen personal, ha

señalado Ernest Dichter:

Algunos atractivos del cigarrillo derivan de los atractivos

del fuego en general. El fuego es el símbolo de

la vida. Por lo tanto la idea del fuego está rodeada por

muchas supersticiones. Es interesante notar que ciertas

huellas de esas supersticiones se encuentran en las

que tiene el hombre al fumar.49

El mismo autor, en sus investigaciones motivacionales, ha enfatizado

ampliamente el carácter de satisfacción oral asociado al fumar:

*El fumar proporciona placer oral y satisfacción sensual*.

No se puede explicar el placer de fumar como algo relativo

al gusto solamente. En este caso se dejaría de lado

la gran sensibilidad erótica de la zona oral. El placer

oral es un instinto tan básico como el sexo y el hambre.

Funciona con toda su fuerza desde la primera infancia.

Hay una relación directa entre chuparse el dedo y el

fumar (...). La expresión satisfecha del rostro del fumador

cuando aspira el humo es una amplia prueba del

placer sensual.50

Para la época de la juventud de Betancourt, fumar era un rito

de paso, una afirmación de la virilidad. Un político podía convertirlo,

además, en un manierismo identificatorio. Durante el mandato de

López Contreras se habían convertido en leyendas el agresivo tabaco

de Winston Churchill y la atildada boquilla de Franklin Delano Roosevelt.

La pipa era un utensilio distintivo, equidistante de la rudeza

del primero y del dandysmo de la segunda.

49. Liscano, Juan, *et al, Op. Cit*, s, p.

50. Dichter, Ernest. *Las motivaciones del consumidor*, p. 361.

El adminículo empleado para este placer oral añade significativas

modalidades. Ernest Dichter ha señalado con respecto al uso de

boquillas determinados efectos que quizá se magnifican en la pipa:

Si uno trata de proyectarse en los sentimientos del fumador

que usa una boquilla, comprueba que en cierto sentido

en ésta se prolonga la nariz. La mirada altiva se torna

aún más condescendiente. Asegura una cierta distancia

entre la persona que posee la boquilla y su interlocutor

(...). Desde luego, la boquilla también proporciona muchos

placeres sensoriales y de manipulación. Uno puede

golpearla, acariciarla, o morder la punta. De modo que

en muchas formas el que usa una boquilla aumenta los

placeres que proporciona fumar un cigarrillo.51

En fin, la pipa, según el mismo Dichter, tiene un efecto magnificador

en la personalidad: “A diferencia del fumador de cigarrillos, se

considera que el que fuma cigarros posee una personalidad definida,

aunque no tanto como el fumador de pipa.”52

La pipa, entonces, ofrece otras ventajas aparte de la de permitir

el goce, de manera popular, de “ese tabaco que fumaban los arrieros”.

Primero, llama la atención hacia el continuo disfrute de un placer oral,

51. *Op. Cit*, p. 343.

52. *Op. Cit*, p. 335.

Churchill Rooselvelt Betancourt

**44 45**

al que Betancourt gustaba aludir con sus frecuentísimas referencias

culinarias, su publicitado amor por los platos criollos y, en fin, su porte

abundante en carnes (nadie llama la atención por fumar cigarrillos).

Luego, entronca con infinidad de expresiones coloquiales folklóricas.

Algo muy caro cuesta “un negro con su cachimbo”; una cosa estorbosa

es más incómoda que “un cachimbo de lata”. Finalmente, es un adminículo

usado con fines mágicos por brujas y curanderos. Circulará

oralmente la leyenda de que Rómulo tiene “una pipa ensalmada por

un brujo de Guatire” que lo salva de todo mal. El adminículo relaciona

simbólicamente al líder, entonces, con la satisfacción oral, con el

folklore y con las fuerzas ocultas. La pipa hace a su poseedor dueño

del fuego. El psicoanálisis silvestre podría enfatizar su carácter fálico;

quizá tenga una remota relación con la antorcha llameante del escudo

de Acción Democrática.

Sombrero: sol y faenas

El sombrero, menos celebrado, pero de uso igualmente pertinaz

(aparece en 71 de 405 fotos analizadas, a pesar de que su uso

está proscrito bajo techo, lo que sin duda hace que la frecuencia

de aparición sea menor) es otro adminículo conscientemente preservado.

“Acuérdense de que soy uno de los últimos sombreristas

del mundo”, declara Betancourt a las mujeres en el mitin del Poliedro.

53 “Rómulo sin sombrero no es Rómulo”, añadirá Gottberg.54

La prenda, sin embargo, había empezado a pasar de moda a finales

de los cincuenta. Es posible que el apego del líder a ella obedezca

a precisas razones. Muy frecuentemente el tocado era blanco, de

panamá, y así complementaba el sutil remedo del traje típico. Las

faenas del campo exigen el continuo uso del sombrero, aún el de

fieltro: posteriormente, el socialcristiano Luis Herrera Campíns

aparecerá con un incongruente “pelo e’ guama” llanero aún en los

centros poblados. El sombrerismo refiere, en nuestro país, a las

53. Liscano, Juan, *et al. Op. Cit*, s, p.

54. *Ibídem*.

labores rurales. Cuando el líder aparece en una foto con el popular

sombrero de palma, o de “cogollo”, estima necesario desenfatizar

la relación: “No me lo puse por demagogia… una bella compañera

se había ‘alzado’ con mi sombrero y no me lo quería devolver;

entonces me puse un sombrero de cogollo y eché a andar por la

calle del pueblo...”.

Como hemos visto, la del líder es la imagen más frecuentemente

ofrecida por el partido populista. Cerca de las elecciones, se desenfatizan

o se anulan en las propagandas las siglas partidistas, y el debate

ideológico se reduce a eslóganes puramente emotivos. La campaña se

centra en la promoción de la efigie de un hombre; sus atributos personales,

reales o inventados, son el tema preferente de la publicidad.

En el caso de Betancourt, a través de una serie de escogencias

deliberadas, esta efigie remite al temperamento irascible del caudillo

militar y a iconografías históricamente célebres del mismo; al color

electoral del partido; al traje rural venezolano; a la satisfacción oral

y alimenticia; al poder fálico; a los poderes mágicos y a la condición

del jornalero que, por trabajar a pleno sol, debe resguardarse la cabeza.

Difícilmente se podría conjugar en una sola imagen más apretado

elenco de significaciones latentes o connotadas: una afirmación literal

de las mismas hubiera quizá sido ineficaz, por exagerada, o contradictoria,

o patentemente falsa.

Esta imagen ha sido imitada por algunos dirigentes subalternos

del partido, pero no por los subsiguientes candidatos del mismo: su

empleo hubiera parecido irrespetuoso o paródico.

Así, Raúl Leoni raramente se separó de la formalidad del traje

oscuro urbano. De manera muy casual aparece con guayabera o liquiliqui,

ambos blancos, en la campaña de 1963. Por su parte, en 1973,

Carlos Andrés Pérez efectúa una dramática remodelación de su imagen

(formal, burocrática, autoritaria) para asimilarla miméticamente

a la de la marginalidad juvenil urbana que formaría parte de su electorado.

Botas de tacón alto, pantalones de campana de vivos colores,

anchos cinturones, camisas de audaces contrastes cromáticos y largas

**46 47**

patillas construyen una parodia de la ya declinante moda impuesta

por el pop estadounidense. Largas caminatas y saltos sobre charcos

son testimonios de la ‘energía’ que ofrecen los eslóganes electorales.

Los adminículos informales, a excepción de las patillas, son eliminados

inmediatamente después del triunfo electoral. El saco a cuadros,

impuesto por el sastre Clement, se vuelve su arma política.

Piñerúa Ordaz se presentará alternativamente con el traje formal

del burócrata y con atuendos claros que ya han perdido eficacia,

y perderá en 1978. Jaime Lusinchi recurrirá nuevamente al binomio

del traje formal-oscuro, traje claro-guayabera. Y Carlos Andrés Pérez,

para promoverse como candidato en las elecciones de 1988, aparece

con el inmaculado y tradicional liquiliqui blanco, o con chaquetas deportivas

del mismo color.

En la misma campaña, Vladimir Gessen logró significativa votación

con un afiche y una tarjeta electoral que representaba un liquiliqui.

La tarjeta pequeña, sin nombre ni foto del candidato, decía

simplemente: “El del liquiliqui”. Testimonio elocuente de cómo un

traje puede constituir una identidad política.

No ha habido una elección de accesorios igualmente eficaz en

el caso de los socialcristianos. La efigie de Caldera quedó asociada

a su “cabello engominado”, tan fuera de moda como el sombrero de

Betancourt, pero connotador de exagerado acicalamiento. Lorenzo

Fernández intentó reforzar su imagen con un inmenso tabaco que no

combinó felizmente con su apariencia avejentada. Luis Herrera Campíns

se identificó largo tiempo por su corbata negra, alusiva a un duelo

familiar y, verdaderamente, de connotaciones poco animadoras. La

guayabera y el sombrero aludo de fieltro que terminó adoptando para

sus giras refieren al atuendo de Betancourt y al traje campesino. De

nuevo, reviven en él las más antiguas indumentarias del caudillismo.

Eduardo Fernández, en la campaña de 1988, osciló entre la formalidad

estilo Rafael Caldera, y un deportivismo próximo al de Pérez.

Esta alternación le impidió configurar una imagen definida.

*1.3.2. La efigie y sus acompañantes*

Dime con quién andas

Al dar a la publicidad efigies en las que aparece el líder solo,

la organización hasta cierto punto se autorrepresenta. Al difundir

las fotos en las que el líder aparece acompañado, los aparatos ideológicos

hacen ciertas aseveraciones implícitas sobre su posición

ante el público.

Primero, por la frecuencia con que se admite a éste en las imágenes.

En toda fotografía hay un espectador implícito (aunque sea el

fotógrafo). El líder, aunque solitario en la imagen, arenga o dirige, o

simplemente mira a un público. Mientras menos aparezca éste en la

imagen, menor valor o autonomía se le conceden. La imagen solitaria

de un líder que se presenta ante un público al cual no se representa

es la expresión gráfica del personalismo. Es significativo que, en el recuento

antológico de *Multimagen*, en 405 fotografías, los órganos de

propaganda del partido hayan incluido 114 (el 28 %) del dirigente

*solo*, o plantado ante espectadores que no figuran.

La segunda representación posible del líder es la de la *interacción*

*de aquél con una masa definida esencialmente por su número*.

Aquí “los otros” ocupan un lugar visual junto al dirigente, pero se

caracterizan sólo por la anónima atención que le prestan o por las

aclamaciones que le dedican. Hay un receptor, ciertamente, pero

caracterizado sólo por su entrega y su anonimato. Estimamos que

este tipo de fotos también enfatiza el mensaje personalista. En la

muestra antológica de referencia, de 405 fotografías, 87 pertenecen

a este género. Sumadas a las 114 en las cuales el líder es el sujeto

único, tenemos casi un 50 % de instancias donde *la imagen del líder*

*es presentada como tema absolutamente dominante, que excluye o*

*supedita toda otra presencia humana*. Es interesante verificar cómo

estas cifras guardan cierta semejanza con la preponderancia de la

primera persona del emisor en el discurso populista: según veremos

en el apartado 2.4., *el yo* (explícito, o enmascarado como gobierno, o

**48 49**

partido) es el sujeto más mencionado. Parecidas frecuencias aparecen

en la iconología de otros líderes. En *Un pacto para la democracia*

*social*, que presenta la candidatura de Jaime Lusinchi, hay siete fotos

suyas. En cuatro de ellas aparece solo (V. 4.8).

La tercera representación posible del líder es la que lo muestra

interactuando con un grupo reducido, o con una persona en la cual

es posible advertir algún tipo de especificidad que califica la relación.

Esta coexistencia dentro de la imagen nos dirige un mensaje

sobre el tipo de relación; el número de veces que se dan a la publicidad

imágenes de tal clase nos ilustra sobre la importancia que el

emisor concede a dicho vínculo.

En la muestra de imágenes aludida, que, como ya hemos dicho,

encabezan las imágenes del líder *solo* y aquellas donde le acompaña

una *multitud* aclamatoria, ocupan el tercer lugar, con frecuencia, las

fotos donde aparece con políticos (70 veces). Hay 30 fotografías con

familiares; 22 con intelectuales y sólo ocho con *personas definidas por*

*un oficio productivo* específico (una enfermera, un médico, un obrero

que activa una máquina, un campesino al cual le entrega el título, un

“llanero” que corta una parrilla, un trabajador gráfico, un científico

fisiólogo y un par de caleteros hindúes de Bombay con los cuales,

asegura el pie de foto, está “hablando”). Finalmente, el líder aparece

acompañado en cinco oportunidades con *animales*, en cinco con

*personalidades* (familiares femeninas de otros políticos), en tres con

*periodistas* (en una instancia, una reportera de *Life*) y en una con un

industrial (Diego Cisneros).

Te diré quién eres

En esta asignación de frecuencias aparecen de nuevo algunas

de las constantes de la ideología del populismo. El “pueblo” es ante

todo *masa*, definible por su adhesión al caudillo y no por su pertenencia

a clases, es decir, por su función en la producción social de

bienes. En todo caso, esta “masa” es presentada en actitud de solícita

atención hacia el líder, y nunca empeñada en una tarea productiva,

ni siquiera en aquellos casos en que el pie de foto menciona el oficio.

El pueblo siempre “recibe” algo del líder: título de tierra, condecoración,

autógrafo, apretón de mano o palabras afectuosas: la cercanía

al líder siempre dispensa gratificación, mientras que el pueblo

no aporta otra cosa que su presencia, que equivale a adhesión, o a

solicitud de ayuda (V. 3.2.).

La proporción de fotos con políticos, militares, familiares, intelectuales

y curas (en ese orden) quizá nos revela algo sobre los valores

relativos que intuitivamente se asignan a dichos grupos en la consolidación

del poder. Si consideramos que entre los intelectuales fotografiados,

siete son extranjeros sorprendidos en visitas más o menos

protocolares, que la imagen de Gallegos recurre tres veces, y que tres

son los autores del libro antológico, tendremos que la proporción de

intelectuales cuyo escenario es el país se equipara casi a la de curas.

Acaso el más prominente de ellos, aparte de Gallegos, el escritor José

Rafael Pocaterra, no es mencionado en el pie de foto a pesar de que

está literalmente al lado del dirigente mientras éste firma el acta constitutiva

de la OEA.55 Pocaterra purga así el pecado de haber sido embajador

de Delgado Chalbaud.

La casi absoluta omisión de empresarios es igualmente significativa.

Betancourt tuvo cordiales relaciones con ellos: los gobiernos

populistas cedieron a la mayoría de sus pretensiones y contribuyeron

al surgimiento o fortalecimiento de importantes grupos de capital (V.

4.3). Durante su primera presidencia, Rómulo invitó a Nelson Rockefeller

a invertir en Venezuela. Durante la segunda, iba a visitar en

su hacienda al magnate norteamericano cada vez que éste recalaba en

el país. Probablemente se extraviaron las fotografías que testifican tales

expansiones. La retórica del populismo no reserva lugar para ellas.

Los empresarios y las transnacionales deben conformarse con medrar

al amparo del poder, pero no pueden aspirar a un sitio explícito en las

iconografías de éste.

55. *Ibídem*.

**50 51**

*1.3.3. Composiciones y manipulación*

*subliminal de la efigie del líder*

Finalmente, la efigie del líder está sujeta a procesos de composición

con otras imágenes o retoque subliminal que potencia sus atributos.

Wilson Brian Keyes ha denunciado el empleo en la publicidad

icónica de retoques que superponen determinadas efigies o letreros

sobre las mercancías o personas anunciadas.56 Una técnica semejante

parece haber sido utilizada en Venezuela en los retratos de los candidatos.

Este proceso se ha acentuado desde la “tecnocratización” de las

elecciones en 1973, aunque, como hemos visto, aparece en la “efigie

sacralizada” que utiliza Betancourt desde 1958.

Así, en la “efigie sacralizada” de Luis Herrera, en 1978, la flecha

de doble punta es incorporada a la H del apellido y sobrepuesta al

retrato de modo que parezca surgir del medio del vientre: adquiere

de tal modo una fuerte connotación fálica. El candidato está sentado

en una silla con botones de metal dorado y respaldo ornamental, que

sugiere la silla protocolar del Presidente: es como si el dirigente ya lo

fuera (V. fig. 6). En la sien izquierda (derecha del retrato) un retoque

insinúa la imagen frontal de un león que ruge, probable alusión al aspecto

leonino del candidato. En los bigotes, algunos pelos aparecen

formando las letras S-E-X.

En la campaña inmediata de 1983, la presentación icónica de

Jaime Lusinchi en la portada del programa oficial de su candidatura

desplaza las significaciones al contorno. El candidato se presenta frontalmente,

sonriendo y frotándose las manos, como si estuviera acodado

sobre un curioso paisaje que parece figurar una autopista que

conduce a la imagen (V. fig. 17).

Los bordes de la autopista, al aproximarse al horizonte, replican

la cabeza de flecha que apareciera asociada a Herrera Campíns. El punteado

central refuerza esta señal indicadora. También, coincide con lo

que hubiera sido la bragueta del dirigente, de haber sido presentado

56. Ver: Wilon Bryan Keyer: *Seducción subliminal* y *Media Sexploitation*.

de cuerpo entero. En todo caso, el punteado se dirige hacia las manos

entrelazadas del candidato: en una de ellas, un retoque ha prolongado

la hendidura entre los dedos, hasta hacerla cruzar casi todo el envés de

la mano. Este retoque preanuncia el tema de conexión entre símbolos

masculinos y femeninos que es el motivo central del escudo del partido,

y que luego desarrollará la tarjeta en 1983.

Especial atención merecen los contornos del paisaje: las dos redondas

colinas de la izquierda están coronadas por pezones. La de

la derecha, tiene una suavidad carnal. La figura del político, pues, ha

sido potenciada por una constelación de símbolos masculinos y femeninos.

Rayas erectas apuntan hacia hendiduras en las manos, mientras

el candidato sonríe apoyado sobre un cuerpo de mujer.

No fue igualmente afortunado el tratamiento de la imagen de

Rafael Caldera, cuya “efigie sacralizada” para 1983 presenta el rostro

volteado en tres cuartos hacia la derecha. El retoque ha eliminado la

ceja izquierda del candidato, lo cual le da al retrato un aspecto enfermizo.

Un conjunto de retoques sobre la nariz y las cejas presenta una

imagen fálica sugestiva. También, la forma de glande insinuada en el

mentón con obvios retoques (V. fig. 18).

Eduardo Fernández promueve su candidatura apodándose “El

Tigre” y publicitando una fotografía donde el rictus de gruñido acompaña

artificiales orejas puntiagudas (V. fig. 19). Ya hemos señalado la

similitud entre esta fotografía y la “imagen sacralizada” de Betancourt.

Machismo fálico y amor por los animales componen el paisaje subliminal

de las selvas electorales.

**1.4. Tarjetas electorales**

Imágenes para analfabetos

Al aprobar en 1946 un estatuto que concedía el voto a los analfabetos,

las autoridades se vieron forzadas a buscar una señal no escrita a

través de la cual el elector pudiera dar a conocer su voluntad. Se adoptó

**52 53**

el sistema de darle a seleccionar entre varias tarjetas de distintos colores

y tamaños: cada color representaba una organización política; las tarjetas

grandes servían para elegir al presidente, y las pequeñas para apoyar

en bloque las listas que cada partido presentaba al Poder Legislativo.

Desde entonces, el color y el mensaje gráfico de las tarjetas se

convirtieron en vitales para cada partido: de la fácil identificabilidad

por electores de cualquier nivel cultural depende en última instancia

el reconocimiento y el voto. A partir de 1973, no son entregadas por

separado, sino que el conjunto de ellas aparece impreso en un abigarrado

*tarjetón* electoral, en el cual el ciudadano expresa su favoritismo

estampándoles un sello.

Las tarjetas son un icono complejo que incorpora diversos temas

en una relación variable. En los primeros tiempos, comprendían

apenas el *color* y el nombre, o *las iniciales* del partido acompañadas del

escudo o emblema de éste.

El voto por muñecos

Por la ley de personalización del mensaje que es propia de la propaganda

populista, a partir de 1973 incorporaron *efigies de los líderes*, y

desde 1983 se incluye a veces *la consigna central de la campaña*. Cada

uno de estos signos refuerza el reconocimiento; y aparecen en una

necesaria relación de complementariedad.

Esta relación ha terminado por imponer leyes precisas, que asimilan

icónicamente tarjetas de ideologías diferentes, o que demuestran,

quizá, a través de las semejanzas de las imágenes, la esencial

intercambiabilidad de las ideologías. En los “tarjetones” de 1978, de

39 tarjetas, 28 presentan un mismo esquema que puede sintetizarse

así: efigie del candidato en lugar destacado (izquierda de la tarjeta

grande, derecha de la pequeña), emblema del partido un tanto menor,

opuesto a la efigie, y, ocasionalmente, nombres del partido y el

candidato. Ni una sola consigna: parece un combate entre fotografías

y organizaciones representadas por emblemas altamente abstractos:

por iniciales casi siempre.

En el “tarjetón” de 1983, de 63 tarjetas, 47 siguen dicho esquema;

sólo en dos aparece una consigna propiamente dicha (en las de Copei

se ofrece “un millón de empleos”). Y las tarjetas de las dos principales

organizaciones contendoras, AD y Copei, representan una estructura

gráfica casi idéntica (V. fig. 20 y 21). En ambas aparece la imagen de

un caballero de edad madura, vestido de oscuro y con corbata, hacia

la izquierda de la tarjeta grande y hacia la derecha de la pequeña. En

ambas aparece un símbolo redondo, más o menos femenino (escudo

con las iniciales de AD, globo con la consigna “Un millón de empleos”

en la verde). En ambas aparece una inscripción oblicua ascendente de

izquierda a derecha que nombra al candidato (el “*sí* ” de Lusinchi; el

apellido “Caldera”). Y, en ambas un signo puntiagudo, hiriente, fálico,

complementa el redondo símbolo femenino. Pero en la tarjeta de AD,

este símbolo es el trazo rojo que apunta directamente hacia los gruesos

labios sugeridos por las iniciales del partido; mientras que la flecha

copeyana no apunta hacia el globo, sino que aparece desviada en la trayectoria

menos apropiada para lograr el deseado estado de yunción.

Tampoco llegó al triunfo electoral. Aparte de ello, gráficamente, ambas

tarjetas son similares. Si hubiere alguna diferencia ideológica entre ambas

organizaciones, no es en la tarjeta donde se la podría localizar. Igual

esquema siguen ambas tarjetas grandes en 1988. El candidato, en traje

oscuro, aparece a la izquierda en ambas. En la acciondemocratista, figuran

el nombre del candidato, una con signa triunfalista (*Carlos Andrés*

*Pérez, el Presidente*) y el emblema simplificado, *pero no el nombre*, del

partido. En la copeyana están sólo el apodo del candidato (*El Tigre*) y el

nombre de Copei, pero *no* su emblema. El trazo ascendente que subraya

el apodo, recuerda el que acompañaba el *Sí* de Lusinchi.

Reliquias y fetiches

Ocasionalmente, las tarjetas electorales incorporan otras *figuras*

distintas de la imagen del líder y los escudos del partido. En virtud

de la ley de personalización del mensaje, dichas imágenes usualmente

aluden al candidato o a una figura prominente del partido, mostrando

**54 55**

sus atributos más reconocibles. Así, la oreja humana empleada en las

tarjetas del Movimiento Electoral del Pueblo (MEP) para recordar al

“orejón” Luis Beltrán Prieto Figueroa, y el timón utilizado por el FDP

para emblematizar al contralmirante Wolfang Larrazábal.

La misma ley de personalización hace que el uso de estas imágenes

sea subsidiario: muy frecuentemente se las emplea para recordar

a un líder político que no es representado en efigie porque él mismo

no compite para presidente: así sucedió con la persistencia de la oreja

en la oportunidad en que el candidato del MEP era José Vicente Rangel

(en 1978), y del timón, cuando el FDP apoyaba a Luis Herrera el

mismo año; o con las tarjetas del MIN, que incorporaron los lentes de

Renny Ottolina después de que el célebre animador de televisión había

muerto en un accidente. En el tarjetón de 1988, aparecen la oreja

de Prieto en la tarjeta del MEP y los lentes de Renny en la del MIN.

Si bien son frecuentes tales representaciones directas o emblemáticas

de las dirigencias partidistas o de las organizaciones, los esfuerzos

de representar al elector o al pueblo son escasísimos. De hecho,

el populismo registra sólo uno, que apareció cuando una precisa

circunstancia política impedía emplear el emblema del partido: al dividirse

AD en 1961 entre “AD-oposición” y “AD-gobierno”, el Consejo

Supremo Electoral, salomónicamente, prohibió a ambas facciones

el uso del escudo. La primera utilizó el “Juan Bimba”, supuesta imagen

del venezolano típico; la segunda, un caballo, evidente alusión al escudo

nacional. En el tarjetón de 1988, aparecen dos familias, ambas

claramente “juanbimbescas”. Fuera de estos casos, en los cuales los

símbolos de las tarjetas aluden al candidato, o, en última instancia, al

elector, la anarquía más grande ha imperado en las tarjetas. Junto con

intentos de aludir a la tradición histórica (el perfil de la cabeza de un

indio emplumado identificó al CCN (Cruzada Cívica Nacionalista)

perezjimenista en 1973 y 1978), aparecieron emblemas apropiados

de la retórica política universal (Opina usó en 1978, en 1983 y en

1988, la escoba de Raúl Chibás y de Janio Quadros) o de una imaginería

dispersa (campanas, timones, toros, leones, tréboles e incluso

platillos voladores) cuyo denominador común fue la ineficacia.

En el tarjetón de 1988, aparecen: puños, escobas, orejas, estrellas,

corazones, gallos, indios emplumados, lentes, tridentes, árboles,

leones, arcos y flechas, liquiliquis, ojos, soles, caballos, tractores, hormigas,

parejas con un niño, mapas de Venezuela, mapas del estado Sucre,

arcoiris, peces, clarines, manos, espadas, elefantes con el zodíaco,

manos, palmeras, palomas, anzuelos, serpientes de cascabel, ¡y hasta

un emblema comercial de una marca de aceite!

La necesaria coexistencia de tarjetas en un solo tarjetón, como

la de mercancías en el estante de un supermercado, parece invitar a

estrategias de multiplicación de una misma oferta bajo rótulos distintos,

iguales a las de aquellas empresas que venden un mismo producto

bajo marcas diferentes, para así ocupar el mayor espacio ante la

atención del público. En el tarjetón de 1978, el rostro de Luis Herrera

ocupa ocho de las 39 tarjetas (casi el 25 %). En el de 1983, Rafael Caldera

aparece en 12 de las 63 tarjetas. Las organizaciones de izquierda

también multiplicaron las efigies de Teodoro Petkoff y José Vicente

Rangel. En el tarjetón de 1988 (donde sólo se permitió la imagen del

candidato en la tarjeta grande y no en la de los cuerpos legislativos)

la imagen de Carlos Andrés Pérez aparece dos veces; la de Eduardo

Fernández, tres veces, en un total de 38 tarjetas presidenciales.

Como veremos, Acción Democrática se ha opuesto en forma sistemática

a cualquier cambio de este sistema. Al votar “por muñecos”,

como en la época de Antonio Leocadio Guzmán, se otorga al muñeco

sellado el monopolio de la representación popular: la tarjeta es la supervivencia

gráfica del caudillismo en un sistema que, mediante ella,

niega la elección directa y nominal de senadores, diputados, gobernadores

y otros funcionarios (V. 6. IX).

**56 57**

Reliquias y fetiches

Figura 22

Figura 23

Figura 21

**58 59**

Figura 14

Figura 11

Figura 16

Figura 6

Figura 19

Figura 17 Figura 18

Figura 20

Tajetón 1973

**60 61**

Tajetón 1978 Tajetón 1983

**62 63**

**2. Códigos lingüísticos: las palabras en el populismo**

**2.1. Nombres de los partidos**

Pero el dominio privilegiado de la ideología, aquel donde

ella ejerce directamente su función específica, es el

lenguaje. Es por el lenguaje que ella le ahorra al poder

el recurso a la violencia, que ella suspende y reduce al

estado de amenaza lejana, de implícita última ratio. Es

por el lenguaje, asimismo, que la ideología legitima la

violencia cuando el poder recurre a ella, haciéndola

aparecer como derecho, necesidad, razón de Estado;

en breve, disimulando su carácter de violencia.

Olivier Reboul,

*Langage et Ideologie. París, 1980, p. 37.*

La función publicitaria primordial, tanto por la cronología

de sus esfuerzos como por la perennidad de sus

resultados, apunta a la imposición de un Nombre.

Georges Péninou,

*Semiótica de la publicidad, p. 95.*

En el principio era la acción

Los nombres de las organizaciones son las unidades mínimas

de significación lingüística en el mensaje populista. En sí y por sí deberían

presentar y definir al partido. Veamos cómo han cumplido tal

misión en el caso venezolano.

El nombre de “Acción Democrática” es adoptado con la inscripción

oficial del partido, el 13 de septiembre de 1941. Así, se descartaba

el anterior de “Partido Democrático Nacional”, que devino

inconveniente porque había adquirido connotación de radicalismo y

clandestinidad: no parecía adecuado para una organización reformista

y legal.

Tajetón 1988

**64 65**

Sin embargo, los dos nombres comparten el calificativo “democrático”.

La larga autocracia gomecista había sido “la tiranía”; por

oposi-ción a ella, la nueva organización quería representar “la democracia”.

Hábilmente, el partido se apropia así del prestigio de una doctrina

admitida de manera casi universal. Conforme indica Péninou,

el objetivo supremo es la conquista de los mercados mediante

la autoridad exclusiva del nombre propio, cuyo extremo es la

reducción del mercado de demanda a la demanda del nombre:

cuando el frigorífico es Frigidaire, el bolígrafo es Bic, o el cierre

acristalado es Eclair, la especie ha recubierto por completo al

género y el nombre forma cuerpo con el mercado.1

El sustantivo “acción” es dinámico, vivaz, emotivo. No en balde

Goethe hace que Fausto inicie la traducción del Génesis diciendo que

“en el principio era la acción.”2 “Activo”, como veremos, es el segundo

en rango de los valores instrumentales del discurso populista (V. 5.).

“Acción” en castellano es de género femenino y, por lo tanto,

también lo es el adjetivo “democrática” que la califica. Hemos ya indicado

que el redondo emblema del partido es esencialmente femenino

(V. 1.2); veremos también que el himno tiene por tema la identificación

de los conceptos madre, patria y partido (V. 2.3). Esta femineidad

gramatical coincide con la esencial masculinidad del atributo:

en casi todas las culturas, lo “activo” es varonil, macho. Designar tal

sujeto con una palabra femenina, equivale a realizar la unión complementaria

de masculinidad y femineidad ya presente en el emblema de

la organización.

El sustantivo “acción”, por otro lado, connota presencia, inmediatez,

unidad de causa y efecto. En tal sentido, es superior al también

muy usado “movimiento” (“Movimiento de Izquierda Revolucionaria”;

“Movimiento Electoral del Pueblo”; “Movimiento al Socialismo”)

el cual, fuera de que casi es sinónimo de “organización” y por

1. Péninou, Georges. *Op. Cit*, p. 96.

2. *Goethe*, Johann Wolfgang von. *Fausto*. Acto 1. Tomo III de las obras completas, p. 1196.

tanto de institución abstracta, además enfatiza la distancia entre quienes

se mueven y su meta. Como dice Iraset Páez Urdaneta, “induce

al síntoma de que no es algo inmediato.”3 “Movimiento” es puesta en

marcha y esperanza; es dedicación a una finalidad remota. “Acción” es

ya: es proceso y a la vez resultado.

“Acción”, por otro lado, es vago, abierto, impreciso. “Partido”

es institucional; “movimiento” u “organización” también: resultan

exclu-yentes, crean diferencias entre un adentro y un afuera. La “acción”,

por el contrario, parece eminentemente compartible: se presenta

como un hacer o un sentir, más que como integración en un

cuerpo jerárquico. Es más abierta a la participación; sus bordes y

límites son imprecisos.

Siglas y desideologización

El nombre de la organización quedó luego reducido a siglas

(AD) y por lo tanto despojado de la mínima carga ideológica que

sugería. Lo mismo sucedió con el apelativo de los miembros. El impráctico

cognomento de “accióndemocratistas” quedó abreviado en

“adecos” por obra y gracia de los enemigos políticos que durante el

trienio los acusaban de connivencia con los comunistas (AD-comunistas).

Rechazado al principio, fue luego adoptado orgullosamente:

Betancourt dirá que “adeco es adeco hasta que se muere”. Pero para

que naciera el adeco, debió morir el acciondemocratista. La “sigla”

es un descenso al sepulcro de la significación que opera cuando ésta

empieza a debilitarse. Si termina por apoderarse de los nombres de

partidos altamente desideologizados (AD, Copei, URD), no puede

hacer lo mismo con aquellos de fuerte perfil doctrinario: el Partido

Comunista es casi siempre nombrado como tal; sus adherentes son

“comunistas” y no “pecevecos”, nombrarlo es enunciar un programa

político. También sucedió lo mismo en América Latina durante casi

un siglo con liberales y conservadores.

3. Páez Urdaneta, Iraset. “El castellano electoral”. *Comunicación.* No 44, p. 82.

**66 67**

El nombre de la principal organización populista contendora

de Acción Democrática está desideologizado desde el principio.

El “Comité de Organización Política Electoral Independiente”

no suscita ningún tipo de reconocimiento: tres de los sustantivos

(comité, organización y política) sugieren rigidez organizativa e

institucional, sin aclarar la orientación de la misma. “Electoral”

tenía un poder de convocatoria grande en 1946; posteriormente,

la multiplicación de las campañas le da un tono “electorero”. “Independiente”

es casi antitético con lo anterior: justamente es aplicable

a quienes no se han sometido a *comités* ni *organizaciones*. En

vano trataría un analista extranjero de deducir la orientación del

partido valiéndose de su nombre.

Por excesivamente largo; por no evocar contenido preciso alguno,

el mismo será reducido casi de inmediato a la sigla Copei, que

resulta todavía más neutra, si cabe. Copei es el nombre de un árbol

venezolano, pero tal asociación jamás ha sido invocada por el partido,

ni resulta válida para la clientela urbana. Sus seguidores devinieron

*copeyanos*, término tan carente de peso doctrinario propio como el

de *adeco*. La designación de “partido social cristiano” se añade muy

ocasionalmente a la de Copei; pero ha sido desenfatizada porque recalca

un carácter confesional que la organización asumió al principio

abiertamente y luego quiso atenuar. Ser copeyano –al igual que ser

adeco– terminó no significando ninguna específica postura o adhesión

ideológica.

El nombre de la organización es, en todo caso, masculino. Coincide

con el carácter fálico, viril, que hemos señalado en la punta de

flecha o de lanza que le sirve de emblema (V. 1.2). Nombre y color

resultan fríos, poco emotivos. Remiten a la naturaleza vegetal, viva,

pero inmóvil.

Como en otras campañas, durante la de 1988 los nombres de los

dos principales partidos populistas casi desaparecieron de la propaganda.

esta ha tendido, durante décadas, a centrarse de manera personalista

en los candidatos y a olvidar las organizaciones.

**2.2. Consignas o eslóganes**

Un candidato que no nos ofrezca el Paraíso es un suicida.

José Ignacio Cabrujas,

*El estado del disimulo.*

De la brevedad a la saturación

Las consignas o eslóganes constituyen el mayor grado de concentración

del mensaje político lingüístico. Deben ser breves, fáciles

de memorizar y, sobre todo, fáciles de reproducir y repetir. Constituyen

una especie de supermensaje que sintetiza y compendia lo

esencial de todo un discurso. Por ello revela las finalidades esenciales,

los temas decisivos de él. En Venezuela, como en todos los países,

el populismo ha hecho un amplio uso de tales latiguillos. Los

mismos son lanzados por los propios líderes, por sus agencias propagandísticas,

y a veces recogidos de algún militante y adoptados

por la organización. El esfuerzo propagandístico termina concentrándose

en la repetición saturativa de dos o tres de ellos: son los

que a la postre quedan en la memoria. De tal manera que se puede

decir con justicia que el debate político de varias décadas termina

centrándose en unas pocas docenas de consignas.

De la promesa a la consigna

La consigna no es lo mismo que las promesas que hace el político.

Estas se refieren a todos los problemas y a todas las necesidades concebibles,

y son por lo regular intercambiables: distintos políticos populistas,

aun adversarios, ofrecen las mismas cosas, distinguiéndose apenas por

los grados de insistencia que dedican a cada tipo de ofrecimiento. Dicho

grado de insistencia no parece corresponder tampoco a un plan coherente

de la organización política: después de un detenido estudio sobre “Las

prioridades de los candidatos presidenciales en la campaña electoral”, de

1978, Humberto Njaim afirma que “la conclusión evidente es que no

**68 69**

existía un tal cuadro de prioridades como yo pensaba que sí existía”.4

En un estudio sobre “Promesas de los candidatos de AD y Copei como

armas de motivación electoral”, la revista *Comunicación* verificó que la

frecuencia de tales promesas y su énfasis relativo varía de acuerdo con la

región geográfica y la concentración demográfica de ésta.5

En todo caso, de entre la nube de promesas, finalmente son seleccionados

unos pocos ofrecimientos, frases o temas que, en criterio

de los directores de campaña, presentan un decisivo poder de movilización.

Por efecto de su reiteración, terminan siendo asociados a la

organización o al candidato, hasta representarlos: de tal modo concluyen

por estar asociados a todas las demás promesas, como garantes

de ellas y, en último término, como equivalentes y hasta sustitutos.

Así, por ejemplo, al investigar el uso de la televisión en la campaña

de 1978, Oscar Rincón determina

para Luis Piñerúa Ordaz encontramos que los eslóganes

de mayor redundancia son *correcto* (80 %) y *Piñerúa*

( Jingle) 24 %, el resto de los eslóganes presenta

muy poca frecuencia, lo que hace pensar en una baja

penetración y *‘recall’* de los mismos,

mientras que “para Luis Herrera el énfasis en los eslóganes está

distribuido en *¡Ya basta! Vota por Luis Herrera* (34 %) *¿Es esto lo que tú*

*quieres que continúe?* (26 %)”. En la prensa, el investigador observa

el candidato de Acción Democrática conserva la misma

relación que en la propaganda televisada. “*Piñerúa,*

*capacidad y firmeza para gobernar*” (47 %) y “*Piñerúa*

*CORRECTO*” (31 %), el resto no tiene mayor significación;

igual para Luis Herrera con 50 % para “*Luis Herrera*

*arregla esto*”, y en el resto distribuido en los demás

equitativamente.6

4. Njaim, Humberto. “Las prioridades de los candidatos presidenciales en la campaña electoral”*. Politeia*

5. Rincón, Oscar. *Comunicación*. Nº 22, pp. 4-26.

6. *Ibidem*. N° 19-20. pp.53 - 73.

Iguales procesos de concentración de la diversidad de mensajes en

unas pocas consignas (y de la concentración de éstas en rasgos que casi

siempre aluden explícitamente al candidato) están presentes en las restantes

campañas.

Para facilitar el análisis de estos eslóganes, hemos agrupado los

más ampliamente usados en el cuadro Nº 1. Incluimos en el lado izquierdo

los ganadores, en el derecho los que más de cerca compitieron

con ellos. Para la selección, nos hemos valido tanto de materiales impresos

de la época y de las apreciaciones de analistas electorales, como del

recuerdo de políticos participantes. El repertorio puede parecer limitado;

varios de los informantes nos ratificaron que Betancourt “no era

amigo de demasiadas consignas”.

Para analizar el mensaje populista, separaremos en las consignas

los calificativos aplicados al líder o partido, y los aplicados al pueblo

o electorado. La tendencia dominante del político de ocuparse de

sí mismo se acentúa. En la sintética muestra de consignas, el líder o

su partido son mencionados explícitamente 13 veces, el elector o el

país, 5 veces (incluimos entre ellas expresiones tales como “tu problema”...

“tú”…, poco específicas, pero dirigidas indiscutiblemente

al elector).

Ello, no obstante, en cada *mención explícita* del político u organización

hay una calificación *implícita* referida al receptor del

mensaje, es decir, al pueblo. La oferta de “un millón de empleos”

está dirigida, obviamente, a un presunto elector desempleado; la

de “pan, tierra y trabajo”, a alguien que carece de las tres cosas. Deduciendo

de tal manera la condición del receptor del mensaje, podemos

así confrontar los calificativos que se le atribuyen, con los

que el emisor se endosa. El conjunto de tales atribuciones está en

el cuadro N° 2.

**70 71**

**CUADRO 1**

**CONSIGNAS GANADORAS 2º LUGAR**

1946– Por una Venezuela libre y nuestra.

1948– Pan, tierra y trabajo.

1958– Contra el miedo vota blanco.

Tu problema es mi problema.

Vamos a resolverlo juntos

1963– Vota negro. Caldera: el mejor

1968– Cien mil casitas por año. Gonzalo: un gran presidente

1973– Democracia con Energía.

Ese hombre sí camina.

Gracias a ti.

Lorenzo, un presidente

amigo

1978– Luis Herrera arregla esto. Piñerúa: correcto!

1983– Lu(si)nchi presidente.

Pongamos al país en marcha.

Jaime es como tú.

Pacto social.

Venezuela entera necesita a

Caldera.

1 millón de empleos

Caldera: presidente

**CUADRO 2-A**

**Consigna El líder aparece como El pueblo aparece**

**como**

Por una Venezuela libre

Defensor de la libertad

Defensor de la autonomía

No libre; perteneciente

a extraños

Pan, tierra y trabajo

Dador de pan

Dador de tierra

Dador de trabajo

Hambriento

Sin tierra

Sin trabajo

Contra el miedo Protector contra el

miedo Atemorizado

Tu problema es mi

problema, vamos a

resolverlo juntos

Resolvedor de

problemas

Incapaz de resolver

problemas por sí

mismo

Vota negro Ordena como votar Vota según lo

indicado

Caldera: el mejor Excelente como

político No mejor

Cien mil casitas por

año Dador de vivienda Receptor de vivienda

Gonzalo, un buen

presidente Grande como político

Democracia con

energía Dador de democracia Necesitado de

conducción enérgica

Dador de energía

Lorenzo, un

presidente amigo Protector amistoso Necesitado de

protector amistoso

Luis Herrera arregla

esto

Arreglador de todo

tipo de problemas

Incapaz de resolver

problemas por sí

mismo

Piñerúa: Correcto! Honesto Necesitado de

conducción honesta

Lu(si)nchi Afirmador Consciente

Jaime es como tú Igual al elector Necesitado de

igualdad

Pongamos al país en

marcha Dinámico Inmóvil

Venezuela entera

necesita a Caldera Necesitado por el país Necesitado

100.000 empleos

por año Dador de empleo Desempleado

**72 73**

**CUADRO 3 CAMPAÑA DE 1983**

**CONSIGNAS SOCIALCRISTIANAS**

Huele a Tigre

Eduardo Fernández es el Tigre

Tú eres un tigre

El Tigre es como tú

El Tigre sí camina

El Tigre es el cambio

El Tigre es nuevo

El Tigre es democracia nueva

El Tigre: presidente nuevo

Con Eduardo no hay problema

El Tigre a millón

Rómulo Betancourt era un tigre

Todos los adecos son tigres

El Tigre = El presidente honesto

El Tigre = El Presidente nuevo

**CUADRO 3 CAMPAÑA DE 1983**

**CONSIGNAS ACCIONDEMOCRATISTAS**

El Gocho para el 88

El Gocho repite

CAP siempre presente

CAP, gran experiencia y el mismo dinamismo

Con CAP no hay problema

Fernández, Herrera y Machado: Tres tristes tigres

A CAP no lo tumba nadie

Carlos Andrés presidente

Carlos Andrés = El presidente

Las elecciones como único campo de participación

La primera reflexión que suscita el análisis es la de que la mayoría

de los eslóganes se *refieren a campañas electorales*. Invitan al elector

a decidir *quién* ocupará el poder, pero no *qué* hará con él. Y son

efímeros. No duran siquiera los cinco años del período presidencial,

sino los pocos meses de la campaña. Parece que, aparte de ésta, no

existiera otra participación política posible.

Hombres, y no principios

En segundo lugar, la adhesión es casi siempre solicitada a favor de

un hombre, identificado por su nombre o por una práctica que le es propia

(“*Ese hombre sí camina*”, es Carlos Andrés Pérez; “*Sí* ” es Lu*si*nchi).

Apenas en dos ocasiones se identifica con el lema del partido (“Por una

Venezuela Libre y Nuestra” y “Pan, Tierra y Trabajo”); en ningún caso,

con un planteamiento ideológico. Sólo una vez aparece mencionado un

concepto propiamente político (“democracia”); pero es para corregirlo

con la casi antitética “Energía”; como si democracia significara blandura

y debiera ser compensada con la mano dura del dirigente. El personalismo

caudillista es de nuevo el centro del mensaje populista.

Desideologización del mensaje

Dicho personalismo es proclamado de la manera más primaria y

desideologizada posible. Aparte de que la inmensa mayoría de la propaganda

sólo consta del nombre y de la efigie del dirigente, cuando ambos

dejan espacio para una consigna, la misma es, como hemos visto, de exaltación

individual, o añade calificativos de excelencia enteramente intercambiables

(“El mejor”; “Un gran presidente”; “Correcto”; “Energía”).

El elector como ser carente

Cuando la excelencia personal del dirigente acepta un término

de comparación, el mismo es con un país que parece estar en una profunda

situación de carencia, la cual será remediada por la mera intervención

providencial del elegido (“tu problema es mi problema”;

**74 75**

“contra el miedo”; “cien mil casitas”; “un millón de empleos”; “Luis

Herrera arregla esto”; “Venezuela entera necesita a Caldera”, “pongamos

al país en marcha”). Según este breve elenco de consignas, el país

(o el elector) es: víctima de problemas que no puede resolver por sí,

atemorizado, necesitado de vivienda, desempleado, desarreglado, necesitado

e inmóvil. Esta caracterización coincide con las que se desprenden

del análisis del discurso populista.

El carisma como garantía

La mecánica de la transformación desde el estado de carencia

al de satisfacción no es nunca explicada en la consigna. El cambio

está garantizado por las condiciones personales e intransferibles del

dirigente; es decir, por su carisma. Dentro del mismo, están explícitamente

enunciados rasgos similares a los que hemos aislado como

constitutivos del prestigio de los caudillos.

Así, aparecen asociados al personalismo, y el particularismo (“Tu

problema es mi problema: vamos a resolverlo juntos”; “Lorenzo: un

presidente amigo”), la dádiva (“Pan, tierra y trabajo”; “Gracias a ti”;

“Luis Herrera arregla esto”; “Cien mil casitas por año”; “Un millón de

empleos”), la resistencia física e incluso el machismo (“Ese hombre sí

camina”) y la adscripción a una comunidad cultural (“Por una Venezuela

nuestra”...).

La dádiva como supremo valor

Los enunciados de las consignas también coinciden genéricamente

con los valores que hemos aislado al efectuar el análisis del

discurso populista (V. 4). En efecto, conforme veremos, los valores

terminales más ensalzados en dicho discurso son:

1) *Abastecimiento* (corresponde con “Pan, tierra y trabajo”, “Tu

problema es mi problema”, “Cien mil casitas”, “Un millón de

empleos”, “Gracias a ti”).

2) *Poder del Estado* (“Contra el miedo”, “Democracia con energía”,

“Gran presidente”, “Presidente amigo”, “Presidente”).

3) *Aumento de salarios* (“Trabajo”, “Un millón de empleos”).

4) *Independencia económica nacional* (“Por una Venezuela nuestra”).

5) *Unidad grupal* (“Tu problema es mi problema”, “Democracia

con energía”, “Un presidente amigo”).

Los *valores instrumentales* más ensalzados en el discurso populista

son, como veremos más adelante: 1) Ley; 2) Activo; 3) Colaboración

de clases; 4) Eficaz y 5) Honrado.

Coinciden con el valor de “*Actividad*” los eslóganes “Energía”,

“Ese hombre sí camina”, “Pongamos al país en marcha”.

Con el de “*Eficacia*”, “Vamos a resolverlos juntos”, “Luis Herrera arregla

esto”: sólo ellos aluden, en efecto, a un resultado positivo de la actividad.

El valor de “*Honradez*” es confirmado por una solitaria consigna:

el “¡Correcto!” que se intentó asociar al nombre de Piñerúa, por su

homofonía y su antítesis con el “¡corrupto!” con el que se motejaba a

tantos políticos.

El mensaje del no mensaje

Así analizada, la aparente vacuidad de las consignas políticas se

organiza y transmite claramente —por sus menciones y sus omisiones—

un mensaje (o no-mensaje) que podemos sintetizar en los puntos

siguientes:

1) El único campo de participación política es el electoral.

2) Dentro de él, lo esencial es determinar *quién* ocupará el poder,

y no *qué* hará con él.

3) En tal proceso, *carecen de importancia las cuestiones ideológicas,*

*e incluso el nombre y la identidad de las organizaciones políticas*

*intervinientes*.

4) Lo único significativo en la lucha por el poder son las *condiciones*

*personales y exclusivas* (carisma) del caudillo o dirigente.

5) Tales condiciones o dotes tienen como contrapartida la situación

de un elector al cual se representa *en estado de carencia e*

*impotencia absolutas*.

**76 77**

6) El carisma del dirigente *garantiza por sí solo el remedio de las*

*carencias del elector*.

7) Tal remedio vendrá a través de una *dádiva*, consistente en *abastecimiento*

y *aumento de salarios*, que el dirigente dará a través

del *Poder del Estado*.

Estos siete pecados populistas no son exclusivos de las consignas o

eslóganes: en diversas formas, mediante diversos códigos, pero siempre

manteniendo sus significaciones esenciales, permean el resto del mensaje

en sus más complejas manifestaciones: piezas oratorias, tarjetas

electorales, emblemas, creación de “imágenes” de los líderes, documentos

ideológicos. Mediante su persuasividad, este No-mensaje termina

constituyendo un no-sujeto: el ciudadano política y socialmente pasivo,

súbdito de la paz sindical y creyente de la paz intelectual, que considera

que sus relaciones con el sistema político comienzan y terminan con la

dación de un voto y la espera interminable de un favor cualquiera.

Campaña de 1988: de la desideologización al mimetismo

En el principio de la campaña de 1988, Acción Democrática y

Copei lanzaron una gran variedad de consignas, que se pueden apreciar

en el cuadro N° 3. Siguiendo la ley de personalización del mensaje

populista, el debate terminó centrándose en las dos últimas: CAP

PRESIDENTE y EL TIGRE PRESIDENTE NUEVO. En las listas

citadas, puede el lector verificar el cumplimiento de las antes citadas

leyes del mensaje.

En efecto, 1) todas tienen un fin meramente electoral. 2) Ninguna

explica qué tipo de manejo se dará al poder. 3) Ninguna aborda

cuestiones ideológicas; ninguna menciona al partido patrocinante. 4)

Todas están centradas en la persona del caudillo dirigente: en la mayoría

de los casos, en el sobrenombre: (“*Tigre*”, o “*Gocho*”). 5) El elector

no es caracterizado explícitamente: aparece mencionado implícitamente

como un ser *con problemas* (“Con Eduardo no hay problema”;

“Con CAP no hay problema”) o *identificado con el candidato* (“Tú eres

un Tigre”; “El Tigre es como tú”). 6) Se supone que las características

del caudillo-dirigente (“El Tigre sí camina”; “CAP, gran experiencia y

el mismo dinamismo”) arreglarán por sí solas los problemas, ya que

las mismas son los únicos argumentos del debate. 7) Dichas condiciones

personales aparecen como único aporte: ni siquiera ha comenzado

la mención de las *dádivas*.

Habrá advertido el lector que el candidato socialcristiano en la

campaña de 1988 ha emitido más consignas que su adversario acciondemocratista.

No es demostración de mayor creatividad: gran parte de

los eslóganes son simplemente copiados de lemas usados anteriormente

por sus contendores (“El Tigre sí camina”; “El Tigre es como tú”) o

de la propaganda de detergentes y de Jorge Dáger (“El Tigre es nuevo”;

“Democracia nueva”; “El Tigre Presidente Nuevo”). A confesión

de parte, relevo de pruebas: esta voluntaria asunción de los emblemas

del supuesto adversario revela la absoluta indiferenciación ideológica

entre las dos grandes organizaciones del bipartidismo. En el poder se

rotan dos versiones distintas de un solo populismo verdadero.

Las consignas, en todo caso, alcanzan su máxima eficacia potenciadas

por la música. Serán la materia prima de los himnos y *jingles*.

**2.3. Himnos**

Las formas del pan

En los himnos de los partidos populistas, la música es apenas

apoyo de la palabra.

Es difícil adscribir alguna característica especial a tales melodías.

Como lo requiere el género, la música es rítmica, retumbante y aparatosa,

con coros que alternan con las estrofas para solistas, y sugieren la

aprobación o la participación de las masas. La letra, sin embargo, tiene

todos los rasgos específicos ya señalados en el mensaje populista.

Así, en la que redactó Andrés Eloy Blanco para Acción Democrática

(con la música de Inocente Carreño), tras el “Coro” introductorio, la

primera estrofa, la “de los trabajadores”, dice:

**78 79**

*Para el hombre y mujer del partido*

*cuatro formas no más tiene el pan*

*pan y escuela, su luz, pan y techo*

*pan y tierra, su amor, tierra y mar*

*y una forma de hacerlo: ¡trabajo!*

*y una voz de pedirlo: ¡justicia!*

*y una forma en la voz: ¡libertad!”* 7

Como sucede frecuentemente con el mensaje populista, el que

antecede está centrado sobre la inmediata satisfacción de una necesidad

a través de un bien de consumo: el pan, mencionado cuatro veces

de manera explícita en los cuatro primeros versos, mencionado otras

cuatro veces de manera implícita en los cuatro siguientes, y estrechamente

asociado con otros bienes o servicios: “pan y escuela”, “pan y

techo”, “pan y tierra”.

Como hemos visto, es también mencionado en primer lugar en

la consigna *PAN, TIERRA Y TRABAJO*, del escudo del partido. El

mismo orden de enunciación tiene el himno: el *pan* ante todo, luego

la *tierra*, y por fin, en el quinto verso, el *trabajo*. La construcción

íntegra de la estrofa gira alrededor del bien alimenticio: si el pan

puede tener una proteica variedad de “formas” (escuela, techo, tierra

y mar) y tiene una sola forma de “hacerlo” (¡Trabajo!) en cambio

tiene dos de transmitirlo (“darlo” y sobre todo “pedirlo”) y hasta

una “forma en la voz”. El pan se *da* por *igualdad*, se *pide* por *justicia*, y

se *vocea* por *libertad*. Como en una eucaristía populista, todos estos

valores fluyen del reiterativo, multiforme y omnipotente *pan*.

Colaboración de clases y de fechas gloriosas

Además de esta milagrosa multiplicación de sentidos adscritos

al pan, en la tercera estrofa (la de “La unidad”) aparece la proclamación

obvia del policlasismo del partido:

7. Adoptado como himno oficial del partido Acción Democrática en los Estatutos aprobados en la XII

Convención nacional de 1960.

*Campesino, minero, estudiante*

*comerciante, soldado, industrial,*

*jornalero, maestro, marino,*

*tu partido, por fin, triunfará.*

*Para todos será la bandera*

*de la acción militar y civil*

*que te puso el 18 de octubre*

*con tu 5 de julio y tu abril.*

Por tanto, campesinos, mineros, estudiantes, jornaleros, maestros

y marinos encuentran en AD *su* partido. Pero también, comerciantes,

soldados e industriales: “para todos será la bandera”. Todo

antagonismo ha quedado resuelto por “la acción militar y civil” (¿la

prelación de lo “militar” sobre lo civil será una declaración, o una necesidad

de rima?). Igual prelación se observa en el coro que afirma

que la patria está en manos de su pueblo “por fuerza y razón”. Dicha

acción es asimismo mencionada *antes*, y a la par con las fechas que

señalan el nacimiento de la tradición patriótica nacional: 19 de abril

de 1810, Declaratoria de la Independencia, y 5 de julio de 1811, Firma

del Acta de la Independencia. Nacimiento de Venezuela y 18 de

octubre de 1945 tienen así igual importancia.

Esta colaboración de las clases adquiere un inconfundible tono

de marcha y combate: “*¡Adelante, a luchar, miliciano!* ” exige el primer

verso del coro.

Las mujeres:

*de los hombres al par van a ti*

*con la cuna, el arado o la venda*

*con la pluma, el pañal o el fusil*

Ello es necesario porque, como hemos visto, todos están bajo

la bandera “de la acción militar y civil”. El cierre del himno es igualmente

épico:

**80 81**

*Nuestro puesto de lucha en las filas*

*el partido nos ha de guardar*

*donde caiga a su vez cada padre*

*cada hijo el lugar llenará.*

La ofensiva militar-civil que une a todas las clases sólo tiene un

problema: no se sabe contra quién está dirigida. No se menciona al adversario:

como en “Último round” de Cortázar, el actante pelea contra

alguien que no aparece y que sin embargo, provoca una frecuente caída

de padres cuyos puestos deben ser llenados por los hijos. Es cierto, en

el coro se celebra una patria “sin señor, sin baldón, sin tiranos”, pero el

último tirano, Gómez, había muerto diez años antes del 18 de octubre

de 1945. El himno reitera, entonces, las dificultades en la definición del

adversario, que son propias de todo el discurso populista.

El partido es la patria

La segunda estrofa (“De las mujeres”) y la cuarta (“De los niños”)

contienen repetidas alusiones a la maternidad, que al fin se

confunde con la Patria (“madre, madre de amor, Patria, Patria”), la

cual, en el coro, ya ha sido identificada con el Partido (“Venezuela en

Acción Democrática/quiere ser democracia en acción”).

El significado del himno está entonces claro: una Patria que es a

la vez Partido, se transfigura en un pan que está íntimamente asociado

a libertades políticas. Estos bienes beneficiarán por igual a todas las

clases sociales (“jornalero, comerciante, industrial”).

De hecho, la misma división en estrofas del himno parece sugerir

un proceso de maternidad. En el coro está “libre y *nuestra* la patria

en las manos”; patria que es una “*entraña* selvática” y que “quiere

ser democracia en Acción”. Sigue la “Estrofa de los trabajadores”,

que luchan por “pan y tierra, su amor, tierra y mar”. Viene luego la

“Estrofa de las mujeres”, que quieren “*frutos tener de su amor*”. Sigue

la “Estrofa de la *unidad*”, relativa a la alianza de clases como supremo

estado de yunción. Y aparece finalmente la “Estrofa de los niños”,

como una al parecer lógica secuela de los enunciados trabajadoresmujeres-

unidad: niños o también: *nuestra*, *entraña*, *amor*, *frutos de su*

*amor*, *unidad*: niños.

Desde luego, no se proponía el autor del himno la narración de

este proceso en sí y por sí, sino como un emblema que connota la

fecundidad de un proceso político y la consagra a través de su posibilidad

de crecimiento y renovación. Para el establecimiento de esta metáfora

era indispensable unir en alguna forma los conceptos de mujer,

madre, partido y patria. Veamos cómo.

El partido es la madre

Venezuela es, ante todo, *madre*: “Marinera de entraña selvática”.

Quiere fundirse con Acción Democrática: “Venezuela en Acción Democrática

/ quiere ser democracia en acción”.

Entre este deseo enunciado en la primera estrofa y su cumplimiento

final, median numerosas alusiones a la función materna. En

efecto, “la mujer del partido del pueblo/quiere frutos tener de su

amor”. También va a la par de los hombres, hacia “Venezuela inmortal”,

“con la *cuna*, el arado o la venda/con la pluma, el *pañal* o el fusil”.

El deseo de fusión parece cumplido en la última estrofa (la de

“los niños”). Se pide “Madre, madre de amor patria, patria / de tus

niños escucha la voz”). Como los niños mencionados en el resto del

himno son los de “la mujer del partido del pueblo”, vuelve a quedar

firmemente establecido el carácter maternal de la patria: ésta se confunde,

por tal función, con “la mujer del partido”, y ésta, de nuevo, con

la *madre*, en general.

Los hijos de la mujer del partido del pueblo le dicen a esta «madre

de amor, patria», que «nuestro puesto de lucha en las filas / el

partido nos ha de guardar / donde caiga a su vez cada padre / cada

hijo el lugar llenará». Son hijos de la patria; llenarán el lugar del padre;

lo llenarán en las filas del Partido. Nuevamente, Mujer del partido:

Madre, y ésta: Patria, Venezuela.

**82 83**

Reduciendo el discurso, para fines comparativos, al sencillo

esquema actancial de Greimas, tenemos entonces que un *destinador*

(una madre-patria-partido) dará a un *destinatario* (un pueblo

campesino-minero-estudiante-comerciante-soldado-industrialjornalero-

maestro-marino) un *objeto* (el pan, que lleva consigo

escuela, tierra, mar, trabajo, igualdad, justicia, y libertad). Este

pueblo policlasista, que es a su vez sujeto del texto, cuenta como

*ayudantes* con las mujeres que irán “de tus hombres al par” y con

los niños que llenarán el lugar “donde caiga a su vez cada padre”. El

*sujeto* no tiene otros *oponentes* en lucha tan ardua que «tiranos»

sin definición o identificación de ningún tipo, y que, vista la absoluta

consolidación del “pueblo” en el bando opuesto, parecen estar

absolutamente solos.

Matricentrismo, dádiva y colaboración de clases engranan así en

una sola constelación simbólica.

Contra el marxismo y la derecha

Hay cuatro himnos asociados al partido Copei: a) *Juventud Demócrata-*

*Cristiana*; b) *Himno Nacional de la Juventud Revolucionaría*

*Copeyana*, con letra de Eduardo Tamayo Gascue y música de Italo

Pizzolante; c) *Juventud Victoriosa*, cuyo autor es Régulo Arias Moreno;

y d) *Escucha Pueblo*, de Elías López. No hemos encontrado datos

sobre el autor del primero; a veces, se lo cantaba con la música de

“Cara al Sol”, el himno falangista. “*Escucha Pueblo*” es casi un *jingle*

para Eduardo Fernández. Como en el ya estudiado caso de los emblemas

(V. 1.2) la diversidad de tentativas parece corresponder a una

insatisfacción con los resultados. Analicemos las razones.

Ninguno de los cuatro himnos tiene los emotivos temas (madre,

hijos, pan) del canto acciondemocratista. Tampoco, la habilidad

retórica de que podía hacer gala un Andrés Eloy Blanco. Si los

estudiamos conjuntamente con el método de los roles actanciales,

que aplicaremos detenidamente más adelante (V. 5), tendremos los

resultados siguientes:

El *sujeto* es, en a), b) y c), simplemente “la juventud”. Sólo d)

intenta precisarlo más definitivamente: “Soy un cóndor”; “soy un lancero”;

“soy un minero”; “soy un pescador”. Pero “estudiante, obrero,

campesino”, aparecen en tercera persona. También el pueblo: “Escucha,

pueblo”. Es difícil que el oyente se identifique con el que canta:

éste lo trata con distancia gramatical y emotiva.

El *objeto del deseo*, en a) es “Justicia y Libertad”; en b) es “Justicia

Social”, en c) es una “lucha” que “vencerá”; en d) es “la redención, el

cambio y la renovación”. Todos son imprecisos y abstractos.

Los *oponentes* no aparecen definidos en a). En b) “la derecha

conspira en la sombra” y “el marxismo socava la fe”. En c), son aquellos

que “nos ladren”. En d) tampoco aparecen. “Derecha” y “marxismo”

son ideologías, impersonales y abstractas. Definirse por simple

oposición a ellas no es nada claro.

El *destinador* de los bienes u objetos que se desean (justicia social,

cambio, renovación) parece ser la misma “juventud’ o “EDUARDO”.

El *destinatario*, en a) es la “Patria Nueva”; en b) y c) “la patria”;

en d) “la Nación”.

Como el himno acciondemocratista, los cantos copeyanos describen

aguerridas marchas que no parecen tener enemigos precisos.

A diferencia de aquél, sus *objetos del deseo* son abstractos, y su retórica

descolorida: no hablan de “revolución” ni de “tiranos”; carecen

de emociones tan empáticas como el “amor”; también de “frutos del

amor”; y, en definitiva, de “entrañas”.

**84 85**

**2.4. Jingles**

Tú me dices con tu canto

lo que no aprendí en la escuela.

*Canción popular venezolana*

El himno personalista

Lo que en definitiva determina la escasa difusión de los himnos,

es su vínculo con una organización y no con un dirigente. El mensaje

político no se emite para quienes ya han adherido, sino para los que

quizá no se unirán nunca a la organización, pero pueden ser atraídos

por un prestigio personal. La institucionalidad de los himnos los va relegando

al “consumo interno” en los actos partidistas, y excluyéndolos

de las campañas. Estas se hacen, ante todo, para convencer al “elector

indeciso” que no se siente necesariamente atraído por los emblemas

partidistas, pero podría ser permeable al “carisma” de un dirigente.

De allí que en cada campaña se confeccionen uno o varios *jingles* para

cada candidato. Las condiciones formales están dictadas por la lógica

de la publicidad: música pegajosa, de marcha, brevedad del texto, referencia

directa de éste a las excelencias o la identidad del producto,

es decir, del candidato. El *jingle* es una especie de himno personal del

caudillo. Personal hasta lo personalista: casi siempre omite el nombre

del partido, por no hablar de su ideología.

La larga marcha

Ejemplo de ello, el *jingle* con música de Chelique Sarabia utilizado

en 1973 por el comando de campaña accióndemocratista, que

meramente repetía los eslóganes centrales de la campaña, asociándolos

al nombre del candidato:

Ese hombre sí camina

va de frente y da la cara

¡Carlos Andrés!

Similar uso del eslogan hacía un segundo jingle centrado sobre la

frase “Gracias a ti, Venezuela ya camina”. ¡Sin la gracia del candidato,

no podía ni siquiera moverse el país!

La campaña de 1978 fue el escenario de la aparición de una especie

de *super-jingle* que, fuera de identificar al candidato, omitía todo lo

demás. El comando acciondemocratista distribuyó un silbato de varios

tubos que, al componer automáticamente las notas do-sol-mi-sol-la,

daban una suerte de equivalencia musical del apellido Piñerúa. El reconocimiento

era instantáneo, pero la difusión de esta especie de rúbrica

musical dependía del capricho de activistas y simpatizantes, y por ello

se recurrió también a los *jingles* manufacturados en agencias de publicidad

y transmitidos por los medios masivos. El más difundido estaba

también centrado en eslóganes directamente vinculados al candidato:

El pueblo de Venezuela

consciente de su futuro

no duda de su presente

no arriesga su bienestar

sigue el camino correcto

el de la prosperidad

Piñerúa: capacidad y firmeza

para gobernar

¡Correcto!

El texto recogía ecos de anteriores consignas. En 1960, Betancourt

había invitado a combatir la crisis económica uniéndose a “La

marcha de la Prosperidad”. El “camino correcto” intentaba asociar el

“correcto” de Piñerúa a la imagen del “caminante” con la cual triunfó

Carlos Andrés Pérez. Y todavía insistirá en la simbología del camino y

de la marcha, el *jingle* de la campaña de Lusinchi en 1983:

¡Pueblo!

¡pongamos al país

en marcha!

**86 87**

También hubo en este caso un super*-jingle*, que identificaba al

candidato Lu*si*nchi con un masivo ¡sí!

Es tiempo de confiar en él

Unidos, decididos, optimistas

¡dile sí a tu país!

Con Lusinchi pongámonos en marcha

Hacia una Venezuela de verdad

Porque Jaime nos conduce a un tiempo nuevo

Hacia una democracia social

¡Pueblo!

¡Pongamos al país

en marcha!

Es tiempo de confiar en él

Alegre, entusiasta, victorioso

¡Dile sí a tu país!

El “Sí” de el hombre que “sí camina” aparece aquí convertido en

super*-jingle* que se confunde con el apellido de Lu*SI*nchi. No es la

única continuidad entre campaña y campaña. El tema de la marcha

dominaba también la de Carlos Andrés en 1988 (V. 3.1.). Las cuñas

lo presentan avanzando irresistiblemente, vestido de blanco, entre

multitudes blancas que se apiñan para tocarlo. La música incluye variaciones

del antiguo tema del “hombre que sí camina”. Pero el texto

del jingle se adapta —como un guante— a un gesto que identificará

luego al candidato: el saludo con las manos alzadas y abiertas. En efecto,

mientras las imágenes muestran manos de campesinos u obreros

que trabajan, y luego las del líder que saluda, la tonada dice:

Esas manos que ves,

esas manos que ves,

venezolano,

son las de Carlos Andrés

De nuevo —tema clásico en la retórica populista— líder y pueblo

venezolano son presentados como la misma cosa.

Igual de personalista –y de triunfalista– es otro *jingle* de la misma

campaña que afirma, al compás de una gaita:

Porque para gobernar

se necesita experiencia

por eso la Presidencia

Carlos Andrés ya ganó.

Es lo que quiere la gente:

Carlos Andrés Presidente

¡Carlos Andrés ya ganó!

No hay mediación alguna entre *sujeto* y *objeto del deseo*. La magia

de un nombre basta para traer el consenso, y el triunfo arrollador.

Vino viejo en odres nuevos

Frente a esta elementalidad, los *jingles* socialcristianos presentan

una profusión de temas a veces dispersos. Ello no hace radicalmente

distinto su contenido. Examinemos el tema más difundido en la campaña

de Eduardo Fernández en 1988:

Debemos sembrar con semillas nuevas

esta gran patria, tu Venezuela

hay que tener clara la conciencia

no repetir viejas experiencias

Está naciendo un futuro nuevo

hay que regar con amor el suelo

pan y trabajo, manos honestas

la democracia nueva se acerca.

Unidos brazo a brazo

y todo el poder para el pueblo.

No hay quien detenga el cambio,

respalde al hombre nuevo:

**88 89**

el hombre claro que surge limpio

con un presente y futuro dignos

al hombre serio que pisa firme

junto con él todos somos tigres.

Al Presidente de la esperanza

la juventud tiene su confianza

al Presidente del Bravo Pueblo

¡El Tigre! ¡El Presidente nuevo!

El texto es largo, y los versos, de diez silabas, menos eficaces –y

menos utilizados en la poesía popular– que los octosílabos del adversario.

El lector puede advertir la tendencia socialcristiana a mimetizar

al accióndemocratista, que ya indicamos al estudiar las consignas.

“Pan y trabajo”, así como la “Tierra” implícita (que hay que “sembrar

y regar”) están en el escudo adeco (V. 1.2.). “Tu Venezuela” parece

hacer eco a la “Venezuela libre y de los venezolanos”, así como “poder

para el Pueblo”. La “democracia” está en el nombre de la tolda oponente.

Las “manos honestas” parecen ser una recriminación a las “manos

que ves” carlosandresistas. De nuevo, el mensaje socialcristiano

está lleno de los signos acciondemocratistas. Ello se debe, no sólo a

la menor creatividad verde, sino a la habilidad blanca para apropiarse

anticipadamente de apelaciones de amplio atractivo (pan, tierra,

trabajo, democracia, venezolanidad, pueblo) que, en realidad, pertenecen

a todos.

En efecto, el *jingle* citado es populista, no por tal coincidencia en

los signos, sino por la forma como distribuye los roles y sitúa los actores

en el campo político, problema que analizamos de manera más

detenida en el capítulo 4 de este libro.

En este caso, el *líder* reúne todas las excelencias y todos los roles

activos: *manos honestas, nuevo, claro, limpio, presente y futuro dignos,*

*serio, pisa firme, tigre, esperanza, digno de confianza, Presidente*. Su masculinidad

es cuádruplemente reiterada: tres veces consecutivas se lo

llama *hombre*; *una, Tigre*.

El pueblo, por el contrario, es sujeto pasivo de un diluvio de órdenes:

debemos sembrar, hay que tener, no repetir, hay que regar, hay

que estar unidos, brazo a brazo. La consigna pide, oportunamente, *todo*

*el poder para el pueblo*, porque en el restante texto, lo único que recibe

son instrucciones. Cuando, excepcionalmente, merece una atribución

positiva, ella le corresponde por su relación con el caudillo: se lo llama

*Bravo Pueblo*, pero sólo porque tiene determinado Presidente. Se lo llama

*Tigre*, pero sólo porque así comparte el sobrenombre del líder. Tiene

confianza, pero, naturalmente, la tiene en el líder, no en sí mismo. Es casi,

punto por punto, la tradicional asignación de roles en el discurso populista

que analizamos en *La máscara del poder* (V. 5.1. en dicha obra).

Las transformaciones que constituyen el *objeto del deseo*, por otra

parte, parecen venir por sí solas: “la democracia nueva se acerca”; “no hay

quien detenga el cambio” (¿quién lo impulsa?). No está especificado un

papel activo del pueblo en tales transformaciones: las mismas, implícitamente,

se deberán entonces a la providencial intervención del dirigente.

Todos los valores del discurso son construidos en torno a la característica

personal (y ¡ay, cuan transitoria!) de la edad biológica del

candidato. Todo lo negativo es *viejo* (“experiencias”) porque el adversario

es más entrado en años y pretende la reelección. Todo lo positivo

es *nuevo* (“semillas, futuro, democracia, cambio, hombre, presidente”)

porque el líder socialcristiano tiene menos edad, y aún no ha

ejercido la primera magistratura. Lo único que no es nuevo, y mucho

menos positivo, es la caudillesca personalización del mensaje.

De la emoción al ruido

El lector habrá advertido que recurren en los *jingles* las principales

características del mensaje populista: incondicional exaltación de la

figura del dirigente, falta de ideología, irracional ofrecimiento de prosperidad

y de bienes sin explicación de los medios de obtenerlos. La brevedad

del texto y el acompañamiento musical potencian el contenido,

produciendo una categoría de mensaje que Oscar Rincón califica como

“emocional”: la que no hace “alusión directa a ningún tema específico

**90 91**

y/o cuando se utiliza musicalización (cantada) como refuerzo, y donde

se exalten en el contenido, exclusivamente cualidades de personalidad

del candidato”. Esta categoría se opone a la “racional”, en la cual se hace

referencia a temas o problemas específicos. En la campaña de 1978, el

citado investigador verificó que “se nota en la propaganda de AD un

predominio de mensajes emocionales”, con apenas un 32 % de mensajes

racionales; mientras que Copei muestra un equilibrio en la distribución

de mensajes: “Emocional 47 % y racional 53 %”.8

Estas cifras muestran por sí solas la importancia del tipo de propaganda

altamente personalizada y sonorizada propia del *jingle*. La

mitad o más de los mensajes son de tal tipo. No promueve una política:

vende una emoción y un hombre.

En la campaña de 1978, como bien señala Sebastián de la Nuez:

Ninguno de estos dos postulados, *concentracion nacional* y

*pacto social*, apareció nunca en la publicidad oficial de estos

dos partidos. Lo que quiere decir que fue la publicidad

práctica, de eslóganes y jingles, la que arrastró el debate

general hacia sus predios, vaciando la campaña de contenido

y adjetivizándola (...) *fue una de las campañas más*

*vacías de contenido que se hayan escenificado en Venezuela*.9

Y quizá podría aplicarse a la totalidad de las campañas “tecnocratizadas”

desde 1968 el juicio de Marcelino Bisbal:

las campañas se convierten en “ruido”; la “despolitización

inducida” y la “presencia de mensajes sin mensajes”

harán que la mayoría acuda a las urnas indiferente

de las ideologías de los partidos. Sólo recordará el tono,

el gesto, el traje, la imagen…10

8. Rincón, Oscar. *Op. Cit*, pp. 52, 53.

9. De la Nuez, Sebastián*,*“La campaña electoral en slogans: el reflejo del caos”. *Comunicación.* Nº 44, pp.

91, 93, 94.

10. Ibidem, Nº 44, “El American Way of life en las elecciones venezolanas”, p,114.

**2.5. Discurso populista y habla popular:**

**código amplio y código restringido**

Hablé por más de una hora y cuando mi mujer, que no había

asistido al mitin por enfermedad y compartía conmigo la intensidad

de aquellos momentos, me preguntó qué había dicho, me di

cuenta de que no lo recordaba.

Rómulo Betancourt,

*Venezuela, política y petróleo*, p. 234.

Que el discurso populista es “popular”, y por ello lo entiende el

pueblo, es una de las afirmaciones más frecuentes de seguidores y adversarios

de tales partidos. El parentesco entre ambos adjetivos y el

sujeto parece establecer una similitud que dispensa de toda prueba.

Que el emisor del discurso político pretenda asimilarse a su receptor,

es explicable. Como indica el psicólogo social Kaufmann,

una afinidad reconocida entre comunicador y receptor

favorece el cambio de actitud. El primero puede subrayar

la afinidad recordando que tienen mucho en común

él y el receptor, que los dos son ‘gente sencilla’ (Marsh,

1967; Simons, Berkowitz y Moyer, 1970). Asimismo,

la afinidad es una de las principales determinantes de

cohesión y de atracción, las cuales a su vez producen

uniformidad de actitud (Back, 1951).11

En síntesis, “la relación entre afinidad (tal como la ve el perceptor)

y simpatía es simétrica: la afinidad percibida da origen a un aprecio

mayor por parte del perceptor y a la inversa, apreciar más a alguien

hace que sea mayor la afinidad percibida”.

11. Kaufmann, Harry. *Psicología Social*, p. 205.

**92 93**

Betancourt mismo se atribuye una captación del lenguaje popular

y un uso instintivo del mismo que tendrá su origen en experiencias

infantiles: “No lo calculo, es una reacción natural. Es como un intento

por lograr, intuitivamente, un nivel de comprensión medio.”12

Para establecer hasta cuál punto el discurso populista se asemeja

o se diferencia del “habla popular”, debemos primero establecer las

características de ésta última. Para evitar el uso y abuso que el populismo

hace del término “popular”, preferimos llamarla “habla de las

clases dominadas”. En efecto, cada clase dominada crea una subcultura

propia: el habla específica es una de las maneras de expresar, comunicar,

preservar y reproducir esa subcultura.

En un notable trabajo sobre el habla de la cultura dominada en

Venezuela, Juana Achábal hace notar que ésta es, al mismo tiempo,

una *cultura de carencia* y una *cultura alternativa*. De carencia, porque

“sus elementos más originales y específicos no pueden desarrollarse

porque están sofocados de manera suficiente como para alcanzar niveles

complejos de formalización”. Y alternativa, porque “va creciendo

paralelamente a esa otra cultura que se presenta como factor de

insolidaridad y discriminación monopolizada y controlada por los

detentadores del poder”.13

Tal dicotomía entre culturas se traduce en el uso de un “código

elaborado” por parte de la cultura dominante, y de un “código restringido”

por la cultura dominada. Según Basil Bernstein, dichos códigos

presentan las características siguientes:

1) Código restringido (previsibilidad lexical, fuerte previsibilidad

estructural): ritualismo.

a) modelo universalista, significación particularista.

b) modelo particularista, significación particularista.

12. Freilich de Segal, Alicia. *La venedemocracia*, p.47.

13. Achábal, Juana. No. 47. “Lenguaje y cultura popular”. Cuadernos de Educación.

2) Código elaborado (previsibilidad estructural débil): modelo

particularista, significación universalista.14

Sobre las pautas anteriores, intentaremos verificar si el discurso

populista tiene afinidades con lo que pudiéramos llamar “código restringido”

del habla popular.

En su trabajo “Lenguaje y cultura popular”, Juana Achábal verificó

en muestras de grabaciones hechas a habitantes de Caracas de bajos ingresos,

varios de los rasgos atribuidos por Bernstein al “código restringido”

de las clases dominadas.15 La presencia de tales rasgos está adecuadamente

cuantificada en tal estudio. Por ello, lo utilizaremos como patrón de

comparación con respecto a una muestra grabada de oratoria populista.

A tal fin, hemos elegido el discurso pronunciado por Betancourt

en la Plaza O’Leary, de El Silencio, el 13 de febrero de 1962, con motivo

de cumplirse el tercer año de su gobierno. La pieza consta de unas

tres mil palabras.

Utilizamos tanto la versión en cinta magnetofónica editada conjuntamente

con *Multimagen*, como la transcripción taquigráfica que

consta en *La revolución democrática en Venezuela* bajo el título de “Diálogo

directo con el pueblo”.16

La investidura del emisor, el carácter oral de la pieza, la carga

emocional de los temas preponderantes (lucha contra la subversión

y entrevista con Kennedy) autorizan a considerarla como representativa.

El estilo de Betancourt, por otra parte, ha creado una escuela

bastante uniforme entre sus seguidores, como lo evidencia el siguiente

párrafo de Siso Martínez:

El mes de febrero está íntimamente ligado a la vida y a la

pasión de Venezuela. Mes de las dionisíacas, cuando el

aire cobra encendido color, el viento silba con lengua de

fuego y la pasión mestiza se desata en la danza que elec-

14. Bernstein, Basil. *“Sobre las relaciones entre clase social y lenguaje”*. *Langage et classes socials*. pp. 73-74.

ver también Robinson, W, p.: *Lenguaje y Conducta Social*. pp. 133-154; Luce Irigaray. *Parler N’est Jamais*

*Neutre*. pp. 135-148; Ginsburg, Herbert: *The Myth of the Deprived Child*. pp. 58-64.

15. *Cuadernos de Educación*, Nº 47. pp. 5-82.

16. Liscano, Juan, *et al. Op. Cit*, s, p.

**94 95**

triza el instinto y en el canto que se alarga por los caminos

para que lo recojan los vagabundos y los soñadores,

lo prendan en vihuela encantada y se haga cascabelera

conseja en los pueblos perdidos y suave canción de cuna

en las noches doloridas de las madres del mundo.17

Parte de los rasgos presentes en el discurso de Betancourt han

pasado a ser constantes del discurso accióndemocratista. Analizar el

uno es decodificar el otro.

*2.5.1. Oración simple y coordinación de oraciones*

Refiriéndose a las muestras grabadas de lenguaje popular, manifiesta

Juana Achábal que “se caracterizan por una organización sintáctica

sencilla en la que, muy a menudo, párrafos muy largos están

constituidos exclusivamente por *oraciones simples* y por *proposiciones*

*coordinadas*, sin que aparezca para nada, o lo haga muy raramente, la

subordinación”. En tales muestras “no es raro tampoco que queden

verbos sueltos, o trozos largos sin verbos o con verbos en forma no

personal”. Por ejemplo:

Yo vendía todos los productos de cosméticos. Tenía un

carrito. Sí me asocié con otro tipo, el que vivía en Los

Eucaliptos. Empezamos con dos mil bolívares cada uno.

Eso fue en el sesenta y tres, setenta y cuatro o así.18

En el análisis de la pieza oratoria de Betancourt que hemos elegido

como muestra, advertimos, por el contrario, que hay 135 oraciones

subordinadas, 81 coordinadas, y apenas 10 simples. Las primeras

constituyen, por tanto, un 59,73 % de la muestra; las coordinadas, un

35,84 % de la misma, y las simples, apenas un 4,42 % de ella.

17. Siso Martínez, José Manuel. “Semblanza de un político”. *Un hombre llamado Rómulo Betancourt*, p. 97.

18. *Loc. Cit*.

En este aspecto, el discurso populista aparece distante del “habla

popular”, o de código restringido.

*2.5.2. Formas verbales: predominio de la acción, disimulo*

*de los actores*

En las muestras de lenguaje popular analizadas, Juana Achábal

encontró “un uso preferencial del modo indicativo, fundamentalmente

en tres tiempos: el presente, el imperfecto y el perfecto simple. Hay

una incidencia más débil del futuro, del perfecto compuesto y del pluscuamperfecto

de ese mismo modo”. En efecto, “de las 336 ocurrencias

de verbos en forma personal contabilizadas en dos de los locutores,

el 87,4 % corresponde a los tiempos simples del modo indicativo, y

sólo un 1,6 % a las formas compuestas del mismo modo”. Además,

“las formas del futuro hipotético y del modo subjuntivo –presente e

imperfecto se emplean más escasamente, en una proporción significativamente

menor (1 % y 6,5 % respectivamente”.19

Por otra parte, indica Achábal que las formas no personales

—infinitivos, gerundios y participios— tienen una aparición frecuente,

así como las frases verbales del tipo “deber + infinitivo”, “venir

+ gerundio”, “estar + gerundio”, “seguir + gerundio”, y otras construcciones

equivalentes con muy variados verbos; y que, por el contrario,

se aprecian pocas ocurrencias de la voz pasiva y del imperativo.

En la muestra de discurso político analizada, apreciamos por

nuestra parte la presencia de 154 tiempos simples y 24 tiempos compuestos.

La proporción del uso de estos últimos es ligeramente mayor

que en el “habla popular”. Prepondera, ante todo, el modo indicativo,

con 130 instancias de los tiempos simples y 20 instancias de los tiempos

compuestos, totalizando 150 verbos en indicativo (54,15 %). El

tiempo más empleado, en términos absolutos, es el presente de indicativo,

con 89 instancias.

19. *Loc. Cit*.

**96 97**

Los 130 tiempos simples del indicativo constituyen 46,93 % de

las instancias verbales. Es significativamente menor que 87,4 % de

recurrencias de dichos tiempos simples detectado por Achábal en el

discurso popular; pero su preponderancia autoriza a aplicarle la conclusión

de la autora conforme a la cual

el hecho de privilegiar el indicativo evidencia la tendencia

a la inmersión en la inmediatez de lo concreto

particular, y si nos colocamos en el ámbito de las formas

determinadas, la preferencia por los tiempos simples,

con el abandono de los tiempos compuestos y de

las formas de la voz pasiva, expresa una fuerte restricción

del paradigma verbal.20

Después del indicativo, el modo más usado en la muestra de discurso

político es el infinitivo. Dentro de éste, recurren 58 infinitivos

simples; (20,93 % del total); 12 gerundios (4,33 %) y 25 participios

(9,02 %). Hay también un empleo abundante de las frases verbales

formadas mediante la combinación de infinitivos y gerundios: recurren

en unas 40 instancias, 14,44 % del total. En frecuencia de empleo

sigue el modo subjuntivo, con 28 instancias (10,10 % del total) repartidas

entre 24 de los tiempos simples y 4 de los compuestos. En

fin, hay un empleo relativamente abundante de la voz pasiva: en la

muestra analizada recurre en 44 instancias.

En todo caso, la voz pasiva o las voces impersonales en el discurso

populista son, con gran frecuencia, utilizadas para disimular el sujeto

cuando la mención de éste es embarazosa, o cuando quiere omitir precisiones

sobre la acción narrada. Así, en el discurso que analizamos, el

orador dice que en un cuartel “se introdujeron unos oficiales” (¿Cómo lo

hicieron, y ayudados por quién?). Añade que “la mayoría quedaron tendidos”

(¿a causa de qué?). E informa que “otros están en la cárcel” (¿puestos

o mantenidos en ella por quién?).

20. *Loc. Cit*.

A menudo el sujeto que se disimula es el del propio emisor del

discurso, cuando las acciones del mismo hacen incómoda la automención.

Así, en el mismo discurso, se dice que “están detenidos en el país

alrededor de mil dirigentes del partido comunista y del MIR” (¿por

quién?). A los mismos “no se les va a aplicar” una autorización que

permite reducir la prisión a 15 días (¿quién negará la aplicación?). “El

presidente Kennedy vino a Venezuela y se le recibió con cordialidad”;

en este caso, la mención del anfitrión cordial es tan obvia, que el orador

aclara a renglón seguido: “Y *yo* sin ninguna zalamería, porque no

soy un procónsul de Estados Unidos, sino el presidente legítimo de

una patria soberana”.21

Tal empleo de las voces pasivas o de las formas impersonales es

constante en el discurso populista. Así, la micro biografía que figura

en la contraportada de *Venezuela, política y petróleo* y de *Multimagen*

(trozo probablemente escrito por Betancourt, o por lo menos aprobado

por él), afirma que el político “emergió como Presidente de un

gobierno provisional en 1945, después de ser derrocado un régimen

que negaba al país el derecho de elegir y administraba sin honradez

la hacienda pública” (Medina fue derrocado por un golpe de Estado

en el que participaron Betancourt y los militares que después instaurarían

una dictadura). Y luego informa que Betancourt es elegido “en

las elecciones libres realizadas en 1958, después de ser abatido el régimen

dictatorial” (la tiranía “es abatida” por la acción conjunta de

pueblo, militares, comunistas y acciondemocratistas radicales sin intervención

directa de Betancourt, quien reprimirá luego a las dos últimas

fuerzas). Como se puede advertir, las dos evoluciones políticas

más significativas para la carrera del líder parecen suceder sin actores,

por sí mismas. Un hipotético historiador futuro que sólo dispusiera

de esos textos no sabría qué sucedió. Las generaciones presentes empiezan

a ignorarlo.

21. Betancourt, Rómulo. *La revolución democrática en Venezuela*, p. 233-236.

**98 99**

*2.5.3. Personas verbales: el discurso soy yo*

En sus muestras de hablantes con código restringido, verifica

Juana Achábal que en lo que respecta a las personas verbales “sobre

un total de 1.094 ocurrencias apreciadas, el pronombre ‘yo’ absorbe

624 ocurrencias, lo que significa el 59 % del total”. La tercera persona

sólo tiene un 9% de ocurrencias. La autora explica este predominio

por la situación de diálogo, en la cual “se instó a hablar de sí mismos” a

los locutores; también por el predominio del uso del indicativo sobre

el subjuntivo, ya que “el modo indicativo y el ‘yo’ se implican mutuamente:

constituyen una exigencia irreversible”.22

En el discurso político analizado encontramos que sobre 203

ocurrencias la primera persona es utilizada 58 veces (28,5 %), y la

tercera persona 145 (71,42 %). Este empleo de las personas verbales

casi invierte el registrado por Achábal, por lo menos en el aspecto

formal. En efecto, *el emisor del discurso emplea muy frecuentemente la*

*tercera persona para referirse a sí mismo*, con expresiones tales como “el

partido”, “el gobierno que presido”, “la administración democrática”.

Una parte significativa de tales terceras personas, de hecho disimulan

la primera persona del singular.

Desde tal perspectiva, *el emisor del discurso sí hace un número de*

*autoreferencias significativamente frecuente*. En la muestra amplia de textos

que analizamos a efecto de verificar los valores según el método de

Rokeach (V. 5.1. y 5.2), verificamos que de 788 menciones del emisor

y del receptor del discurso, 563 son automenciones del emisor, bien

caracterizado como líder, como partido o como gobierno (71,44 %

de las menciones totales). El uso *real* de la primera persona supera

con creces el empleo de la misma en el habla popular: sólo que dicha

primera persona está enmascarada en el discurso político, y no se justifica

por la situación de diálogo (el poder emite discurso, no dialoga).

Después de todo, el uso abierto del “yo” en el discurso político tiene

sus riesgos. Para desacreditar el manifiesto que Rojas Paúl lanzó desde

22. Achábal, Juana. *Op. Cit,* p. 32.

el exilio en Curazao en 1892, se dijo que dicho documento “principia

por yo y acaba por mí”.23 Y el actor cómico José Cadavieco satirizó

durante décadas a Jóvito Villalba porque a éste se le es- capó un “yo y

mi partido” al inicio de una arenga.

Es entonces perfectamente válida la conclusión de Argenis Pérez

Huggins en el sentido de que “en Betancourt, a través de un yo perfectamente

instalado en la enunciación y en el enunciado, hay conciencia

objetiva del caudillo que ejerce plenamente su autoridad, norma

y sanciona”.24

En el texto analizado el “yo” ocupa la primera y la tercera persona,

tanto del singular como del plural, y de esta manera invade la

enunciación. Parafraseando una frase célebre, se podría decir que en

el discurso populista el Mensaje soy yo.

*2.5.4. Llamadas al consenso: la subjetividad como connivencia*

Indica Juana Achábal que “se pueden observar en el lenguaje que

estudiamos frecuentes llamadas al consenso, a través de construcciones

del tipo ‘yo diría, ¿no?’, ‘¿verdad?’, ‘yo pienso que’, ‘yo creo que’”.

Según la autora, “se trata de un intento de subjetivizar los enunciados

objetivos mediante la introducción de la duda, de la presunción o de

la inferencia, para provocar el consenso o, por lo menos, la participación

del interlocutor.”25

Estas llamadas al consenso cumplen con la función *phatica* del

mensaje, que se da cuando el objetivo de éste consiste en establecer el

contacto, mantenerlo o cortarlo, y están asociadas, no al deseo específico

de comunicar una información, sino a la práctica de la cortesía.26

23. De Armas Chitty, José Antonio. *El Mocho Hernández: papeles de su archivo*, p. 50.

24. Pérez Huggins, Argenis. *Betancourt y Caldera. Discurso e ideología*, p. 75.

25. *Loc. Cit*.

26. Mounin, Georges. *Claves para la lingüística*, p. 77.

**100 101**

En el texto político que examinamos, este tipo de llamadas al

consenso ocurre unas 11 veces en 7 páginas. Estimamos que, tratándose

de una pieza oratoria, es una frecuencia moderada.

*2.5.5. Verbalización explícita de las impresiones subjetivas:*

*la emoción como prueba*

Incluye Bernstein entre las características del “código elaborado”,

el que las impresiones individuales son “verbalizadas por intermedio

de la estructura de relaciones entre las frases y al interior de

las frases, es decir de manera explícita”. Por contraposición, el código

restringido, o “habla popular” comprende “impresiones individuales

en estado implícito en la organización de la frase: es un lenguaje de

significación implícita”.27 En otras palabras, quien maneja el “código

elaborado” de las clases dominantes dispone de un instrumento que

le permite verbalizar perfectamente sus impresiones subjetivas y comunicarlas

eficazmente a través del código del lenguaje. Quien sólo

dispone del “código restringido” del “habla popular” tiene dificultades

para expresar su subjetividad: debemos inferirla a partir de otros

signos distintos del código lingüístico (tono de voz, gestos). En alguna

manera, está reducido a solicitar “interpreten mi silencio”.

Estas referencias a la subjetividad del emisor configuran la *función*

*expresiva* del lenguaje que, según indica Olivier Reboul, “está

centrada sobre el destinador del mensaje, aquél que habla o que escribe”.

Dicha función “no se limita a la emoción: ella aparece desde que

el discurso comporta una información sobre su autor: su pasión, su

creencia en el espacio y el tiempo”.28

En el lenguaje populista por regla general hay un énfasis en lo

que pudiéramos llamar “la expresividad de la función expresiva”: el

emisor informa continuamente sobre las pasiones y emociones que

está experimentando. Conforme a las reglas del *kitsch*, que ha señalado

27. Bernstein, Basil. *Op. Cit*, pp. 31-40.

28. Reboul, Olivier. *Op. Cit*, p. 81.

Abraham Moles, tales emociones son las automáticamente previsibles

(las banales), y están descritas en su mayor grado de acentuación. Son

estereotípicas y casi invariables: el emisor siente “emoción”, cuando

no “pasión” (inevitablemente honda, sincera o confesa) ante el contenido

de su discurso o la presencia del que lo recibe (V. 2.4.5).

Así, el emisor populista se declara continuamente sacudido, alterado,

conmocionado por aquello que comunica. En la primera introducción

a *Venezuela, política y petróleo*, Betancourt advierte al lector

que “no leerá páginas escritas con tersa serenidad”. Luego, que escribe

“como pienso y como siento”. Venezuela está “en su sangre y en sus

huesos”; le “duelen sus dolores colectivos”; sería un “farsante si jugara

a la comedia de la imparcialidad”; de allí la “pasión confesa” con que

analiza sus problemas, y termina por ello comparándose con “otro

gran apasionado”, don Miguel de Unamuno. En 16 líneas del párrafo

mencionado hay 21 palabras que aluden, de manera directa o metafórica,

a la emoción. En el párrafo inmediato declara su íntima frustración

al pensar que no podrán leer esas páginas compañeros caídos.29

Esta práctica es constante en mensajes de tal tipo. Así, llega a

San Cristóbal “con la devoción que inspira su recuerdo a lo largo de

los años y también con la honda emoción del venezolano y del gobernante

que se acerca a la puerta de la patria y observa desde ella la vasta

extensión de la heredad”.30

En discurso de 6 de abril de 1948, en la apertura de la Novena

Conferencia Interamericana:

Hablo a vosotros, representantes de los gobiernos

americanos, en nombre de Venezuela, su gobierno y

su pueblo. Y lo hago dominado por profunda y sincera

emoción (...). Esta invocación emocionada no es socorrido

pórtico para un discurso retórico más.31

29. Betancourt, Rómulo. *Venezuela, política y petróleo*, pp. 5-6.

30. Betancourt, Rómulo. *La revolución democrática en Venezuela*, p. 38.

31. Betancourt, Rómulo. *América Latina: democracia e integración*, p. 169.

**102 103**

En otro sitio:

Este es un día de verdadero júbilo para mí. Sentí una

extraordinaria satisfacción cuando su Eminencia, el

cardenal Quintero, estaba bendiciendo este Parque del

Este, en cuya construcción ha puesto su mayor desvelo

el gobierno que presido.32

Y en otro aun:

Es particularmente satisfactorio para mí iniciar una gira

hacia Oriente por mi pueblo natal, tan lleno de emotivos

recuerdos para mí. Generalmente se considera que

el hombre público, y más si ha sido un hombre público

que no ha vivido entre algodones, sino luchando y

combatiendo, es una especie de robot con un cerebro

electrónico, sin corazón y sin sentimientos. Esto es absolutamente

falso. Precisamente por tener sensibilidad

hay hombres públicos que no vacilan en entregar lo

mejor de sus esfuerzos al mejoramiento de las condiciones

de vida, en el orden político, económico y social

del país donde nacieron y actúan.33

También está presente en la conducta pública. Al juramentarse

como Presidente en 1959, llora. De esta circunstancia se enteran los

que siguen la ceremonia por radio, ya que advierte, para los micrófonos:

“¿qué hace un hombre como yo, llorando?”.

Esta presencia constante de la función expresiva en el mensaje

populista podría tener dos finalidades. En primer lugar, la de asegurar

un contacto empático con el público: la emoción tiende a contagiarse,

a crear a su vez emoción. Afirmar que se la siente es una invitación a

compartirla.

32. Betancourt, Rómulo. Discurso del 6 de enero de 1962, en el Parque del Este. *Op. Cit*, p. 214.

33. Betancourt, Rómulo. “Emoción de Terruño”. Discurso del 20 de febrero de 1962, en Guatire, *Op. Cit.*

Por otra parte, la alusión continua a las emociones del emisor

cumple, tangencialmente, una función referencial; la de insinuar la

sinceridad del comunicador. Alguien que se presenta como poseído

de una emoción casi indominable no parece tener el suficiente control

de sí mismo como para mentir. Como el borracho, el apasionado

supuestamente es verídico.

El orador se ocupa de recordar continuamente la veracidad, la

franqueza, la falta de engaño que lo caracterizan, cualidades que quedan

comprobadas por la misma reiteración autorreferente. Es una

práctica frecuente en todo tipo de mensaje de Betancourt. Así, en el

discurso del 17 de octubre de 1945:

Ha venido esta noche, una vez más, Acción Democrática

a decir su palabra clara y sin esguinces; ha venido

esta noche el Partido del Pueblo a hablarle al pueblo

en su mismo lenguaje sincero y tajante de siempre,

agarrando al toro por los cuernos y llamando las cosas

por su nombre. Porque para nosotros la política no es

discusión a la sordina, en trastiendas cómplices, sino

abierto, público y vigoroso debate ante la opinión de

las grandes cuestiones nacionales. Así estamos cumpliendo

ya, durante cuatro años, aquel compromiso

solemne que contrajimos con nuestro pueblo de venir

como partido político a romper el pacto infame de hablar

a media voz.34

En el breve párrafo concurren doce protestas de sinceridad, de

diafanidad de intenciones y de alejamiento de “trastiendas cómplices”.

No están de más: Betancourt preparaba en el más absoluto secreto el

golpe militar que habría de estallar al día siguiente.

34. Caballero, Manuel. *Rómulo Betancourt y los partidos modernos*, p. 92.

**104 105**

En el mismo sentido, en textos de otras fuentes:

“Continuamos hablando el mismo lenguaje de ruda

franqueza para enfocar los problemas de la nación”.35

“Pérez Alfonzo desnudó también ante el país las verdaderas

características de la economía nacional”.36

“Al utilizar esa técnica de la verdad despiadada, demostrábamos

confianza en nuestro pueblo”.

“El gobierno de AD no ocultó, detrás de amañadas

maniobras, su interés en que subieran sueldos y

salarios”.37

“Deber del gobernante animado del sentido de responsabilidad

con el país y con la historia es el de no escamotear

verdades, o decirlas a medias, cuando la nación

vive horas de dificultades”. (Mensaje al Congreso para

solicitar la Ley de Medidas Económicas de Urgencia, 4

de mayo de 1961).38

“He creído necesario ser explícito y hablar claro”.39

“En ese documento dije con diáfana sinceridad que sus

primeros pasos como gobernante de los Estados Unidos

eran indicio de una rectificación de rumbos”.40

*2.5.6. Previsibilidad lexical: la reiteración como argumento*

Como hemos visto anteriormente, Bernstein coloca la previsibilidad

lexical entre las características del código restringido del

habla popular. Ello implica elecciones individuales operadas dentro

de un conjunto de giros proverbiales y el uso rígido y limitado de

adjetivos y verbos.

35. Betancourt, Rómulo. *Op. Cit*, p. 350.

36. *Loc*. *Cit*.

37. Betancourt, Rómulo. *Op. Cit,* p. 351.

38. Betancourt, Rómulo. *Op. Cit,* p. 359.

39. Telegrama al senador Abel Santos Stella, sobre la intervención al Banco Táchira, 27 de abril de 1961.

40. Betancourt, Rómulo. Carta para John F. Kennedy, 15 de marzo de 1961. *Op. Cit*, p. 7.

Para el mismo autor, “la forma pura de un código restringido sería

aquella en la cual todas las palabras, así como su estructura organizadora,

fuere cual fuere su grado de complejidad, serían totalmente

previsibles para los locutores y los auditores”.41 Obviamente, para un

auditor ideal, este código proporcionaría poca información: en el grado

en que fueran previsibles, las palabras se harían asimismo redundantes,

no aportarían mayor cosa nueva.

En el mismo orden de ideas, Abraham Moles caracterizó el *kitsch*

en el estilo literario señalando que “en síntesis, los sistemas de asociación

son automáticos, reducidos a los grupos más frecuentes”, y que

“el *kitsch* se mediría por el *grado de banalidad* de las asociaciones”. Por

otra parte, “los pares de adjetivos son siempre opuestos y *tienden* hacia

la dicotomía más extrema (extensión de las escalas de valor por

estereotipia)”.42 Así, por ejemplo, no se opondría pobre y rico, sino

misérrimo y magnate.

En tal sentido, el discurso populista tendría algunos elementos

de *kitsch*: por lo menos están presentes en el estilo de Rómulo Betancourt,

que ha creado verdadera escuela entre sus seguidores. No

decimos esto para rebajarlo en el sentido estético (las intenciones del

discurso populista no son estéticas). Creemos simplemente que el

aislamiento de tales rasgos permite situar la especifidad del estilo, y,

posiblemente, algo de su eficacia agitativa.

Examinemos primero la previsibilidad lexical o banalidad de

las asociaciones. Es este uno de los rasgos donde existe más contacto

entre el discurso populista y el “código restringido” del habla

popular. Hasta sus partidarios, como Gottberg, creen notar en los

discursos de Betancourt, “verdaderos catálogos de expresiones cargadas

de volición y urgencia: repetiré machaconamente, reiterar,

hasta el cansancio”.43

Más que en las expresiones, la reiteración está en la acumulación

de léxicos previsibles y que no añaden información alguna. Que, en

41. Bernstein, Basil. *Op. Cit,* p. 130.

42. Moles, Abraham. *Psicologie du kitsch,* p. 113.

43. Liscano, Juan, *et al. Op. Cit*. s, p.

**106 107**

otras palabras, podrían ser suprimidos sin que el discurso sufriera visible

pérdida de significado. También Argenis Pérez Huggins ha advertido

esta redundancia: al efecto opina:

que tanto la retórica académica de Caldera como la

retórica publicitaria de Betancourt, implican una voluntad

de saturación múltiple en el plano significante,

orientada a promover signos expansivos para la creación

de un sentido obvio. Tal metalenguaje mítico, de

fuerte carácter redundante, permite ejercer una presión

psicológica en el receptor y movilizarlo para que

se someta a las ‘evidencias’ impuestas.44

Como bien lo indicó Roland Barthes:

La tautología es el procedimiento verbal que consiste

en definir lo mismo por lo mismo (‘El teatro es el teatro’).

Se puede ver en ella una de esas conductas mágicas

de las que se ocupó Sartre en su *Esbozo de una*

*teoría de las emociones*: nos refugiamos en la tautología

como en el miedo, o la cólera, o la tristeza, cuando

estamos faltos de explicación; la creencia accidental

del lenguaje se identifica mágicamente con lo que

decide que es una resistencia natural del objeto. (...)

Mágica, sólo puede por su puesto, protegerse detrás

de un argumento de autoridad. Así como responden

los padres agotados ante el hijo insaciable de explicaciones:

‘es así porque es así’, o mejor todavía: ‘porque

sí y punto; se acabó’.45

44. Pérez Huggins, Argenis. *Op. Cit*, p. 82.

45. Barthes, Roland. *Op. Cit*, p. 250.

Examinemos dicha redundancia en el famoso párrafo de la página

164 de *Venezuela, política y petróleo*, donde el líder describe su

contacto con el pueblo:

Fue una etapa de cuatro años (1941-1945) que en lo

personal me dejó huella imborrable. En mi exilio de

juventud siempre ambicioné conocer, pueblo por pueblo,

caserío por caserío, a la inmensa Venezuela; mirar

de cerca y a lo vivo sus problemas; dialogar sobre sus

destinos con hombres y mujeres de La Montaña y del

Llano, de Oriente y de Guayana. Realicé ese soterrado

anhelo, en esos años que me enseñaron de mi país

mucho más de cuanto aprendiera en vigilias estudiosas

sobre las páginas de los libros. Navegué el Orinoco, en

precaria lancha de fabricación doméstica; y en curiara

por el Lago de Maracaibo y en bote de “palanqueo” por

las aguas del río Tuy. Dormí en los *ranchos en piernas* de

los llanos del Guárico, del Alto y el Bajo Apure, escuchando

detalles sobre sus vidas y trabajos de labios de

las peonadas, mientras pastoreaba el sueño en la criolla

hamaca de moriche; y conviví con los andinos en sus

tierras parameñas y con los hombres de petróleo en

Cabimas, Quiriquire y El Tigre, y con los pescadores

del Golfo de Cariaco, y con los trabajadores del sisal

en Lara, de la caña de azúcar en Aragua y Miranda, del

cacao en Barlovento.

Manuel Caballero ha denunciado en este párrafo un “lirismo

ramplón”. Entenderemos mejor el efecto de “ramplonería” si verificamos

que, en dicho párrafo, la huella ha de ser “imborrable”; Venezuela

ha de ser “inmensa”; se la quiere conocer no sólo “pueblo

por pueblo”, sino además “caserío por caserío”, se desea mirarla “de

cerca y a lo vivo”. El anhelo ha de ser “soterrado” y también “premioso”;

permite conocer al país mejor que en “vigilias”, las cuales

**108 109**

obviamente, han de ser “estudiosas”, estudio que, se tiene buen

cuidado de advertir, se realizaba en “libros” que, según se informa,

constaban de “páginas”.

Verbigracia, se debe aclarar que el río Orinoco es “navegado” (y

no caminado); que esta navegación se hace en lancha (para la época las

embarcaciones de alto calado eran muy escasas en esa arteria); que la

lancha es “precaria” y que su fabricación es “doméstica” (¿nacional, o

fabricada hogareñamente?). La mención al conocimiento de Venezuela

—aunque no pretende ni ofrece precisión geográfica alguna— comprende

dieciocho menciones de localidades y regiones. Cada una de

ellas está especificada de manera de evitar toda equivocación posible:

así, hay “andinos en sus tierras parameñas” mientras que en los llanos

hay “peonadas”, y en el golfo de Cariaco hay “pescadores”, así como trabajadores

del sisal en Lara, de la caña de azúcar en Aragua y Miranda,

y del cacao en Barlovento. La hamaca donde duerme en el Llano, no es

sólo de moriche, sino, por si alguna duda cupiera, “criolla”.

Como se puede ver, los sustantivos están acompañados muy frecuentemente

de adjetivos o complementos redundantes. A riesgo de

incurrir en el mismo pecado —que no me es extraño— podría señalar

que reiteran inútilmente lo obvio: por tal razón, resultan molestos

para el lector culto; pero no necesariamente tienen que producir

tal efecto en un lector o auditor con escasa preparación formal. Esta

insistencia podría tener el mismo efecto de fijación de un contenido

que logra la repetición de un eslogan.

De hecho, no sólo el discurso ordinario, sino las “frases célebres”

de Betancourt obedecen a la mecánica de la redundancia. Casi siempre

son oraciones donde la misma se hace llamativa por su extrema

obviedad. Así, se llama él mismo “un Presidente que ni renuncia ni

lo renuncian”. Incita a los integrantes de la disidencia del MEP a votar

blanco porque “adeco es adeco hasta que se muere”. Habla de la

“diáspora del exilio”. Recurre varias veces en el mismo discurso a la

afirmación de que sus adversarios “que están presos, van a seguir presos”.

En alguna oportunidad habló de “áureos lingotes de oro”, en otra,

al denunciar un complot en su contra, acusó a los conspiradores de

utilizar un “reloj de tiempo”; aun en otra, motejó a los pesimistas de

“casandras agoreras”. Al prologar *Venezuela, política y petróleo*, escribe

“con la actitud sin arrogancia de quien no practica la autosuficiencia”.

Esta redundancia lexical se repite en toda la obra de Betancourt y

en la de sus imitadores. Si nos ceñimos sólo al discurso que hemos

usado como muestra para esta sección, apenas en las primeras líneas

encontraremos ya que un velorio ha de tener un aspecto “melancólico”;

una pasión ha de ser “militante”, y una decisión “irrenunciable”.

El análisis ha de ser no sólo “claro” sino además “categórico”: de él se

desprende que el gobierno es asediado “por la doble acción de pinzas

de dos conspiraciones”. El recinto universitario ha sido convertido en

“ciudadela artillada” al efecto de “disparar”. Se dispara, bueno es especificarlo,

con “ametralladoras y subametralladoras” contra pacíficos

transeúntes que, por cierto “están en la calle”.46

*2.5.7. Interferencias lexicales: el prestigio de lo incomprensible*

La continua y redundante previsibilidad lexical parecerá sorpresiva

para quienes se han acostumbrado a identificar el discurso de Betancourt

—y de sus imitadores— por las “palabras raras”. Él mismo es

el primero en aceptar complacido esta caracterización. Al entrevistarlo,

Alicia Segal le llama la atención sobre el contraste entre el tono de

la conversación (“lenguaje sencillo, nada romulero”) y el vocabulario

para hablar en público, en el cual “utiliza, en exceso, vocablos arcaicos

y neologismos”, y le pregunta si lo hace adrede. Contesta el político:

No lo calculo, es una reacción natural. Es como un intento

de lograr, intuitivamente, un nivel de comprensión

medio. Y lo del criollismo es muy curioso. En el

tomo IV de las *Buenas y malas palabras*, el profesor

Ángel Rosenblat dedica un capítulo a lo que llama “El

46. Betancourt, Rómulo. *Op*. *Cit*, pp. 233-235.

**110 111**

lenguaje político de Rómulo Betancourt” y analiza

esas palabras. Lo que pasa es que yo leo varios idiomas,

y palabras como “obsoleto” y “parafernalia”, sí son arcaicas.

Pero “hampoducto”, por ejemplo, sí la inventé

yo. Ja, ja, ja. Yo de niño, en mi pueblo Guatire, tuve

mucho contacto con los arrieros porque mi padre, Luis

Betancourt, administraba, era apoderado de una especie

de supermercado, el comercio “Pietro y González”,

que tenía un restaurante donde yo desayunaba. Allí oía

conversar a la gente en un español antiguo. Y disfruto

mucho el lenguaje popular. No por demagogia. Gozo

realmente hablando con la gente del pueblo.47

Varias perplejidades asaltarán al lector. Vocablos arcaicos y neologismos

improvisados no parecen adecuados para lograr “un nivel de

comprensión medio”. Tampoco forman parte de “criollismo” alguno:

en el mejor de los casos, de su polo opuesto: la *preciosité*. Ni aparecen

frecuentemente en el “lenguaje popular” americano. Este no es “un

español antiguo”: hace casi dos siglos, ya se había separado lo suficiente

de su modelo ibérico como para que Andrés Bello juzgara necesario

redactarle una nueva gramática.

Lo cierto es que las palabras raras son en el discurso betancouriano

lo que Maingueneau denomina “interferencias lexicales”:

fragmentos que aparecen como “rupturas semánticas en el hilo continuo

del discurso”.48

Estas interferencias son llamadas:

a) *Diacrónicas*, cuando en un texto determinado son insertas palabras

o frases provenientes de un estadio anterior de la lengua,

tales como los arcaísmos: obsoleto, ergástula.

b) *Diatópicas*, cuando insertan términos de lenguas extranjeras:

*“We will come back*; *fifty-fifty”.*

47. Freilich de Segal, Alicia. *Op. Cit*, p. 47.

48. Maingueneau, Dominique. *L ‘Analyse du Discours*, p. 121.

c) *Diastráticas*, cuando incorporan lexemas de niveles de lenguaje

diferentes que hacen contraste con el resto de discurso: así, los

criollismos o giros populares insertos en un discurso culto.

d) *Diafásicas*, cuando incorporan términos de un tipo de discurso

(científico, poético, etc.) en otro tipo de discurso.

Como indica Maingueneau, “el sentido de estas interferencias

es extremadamente variable según el discurso de que se trate: connivencia

con el receptor, deseo de dar un cierto status al locutor”; en

todo caso, “se trata de un medio muy eficaz de modalización, al cual el

analista debe prestar la mayor atención”.49

Siguiendo la ley de dicotomía extrema señalada por Moles con

respecto al *kitsch*, mediante tales interferencias el discurso salta desde

la más chata monotonía a la más extrema excentricidad: por eso

son tan remarcables. Siempre hay en ellas algo que no pertenece al

contexto, bien temporal (arcaísmos, neologismos), bien cultural (anglicismos,

norteamericanismos). Son como un desfile circense de fenómenos.

Como en la teratología, su poder de maravilla depende de

su escasez: rara vez aparecen más de dos o tres en un mismo discurso,

y sin embargo, la voz popular conviene en que “caracterizan” un estilo.

Cada categoría de ellos tiene una específica función:

a) Por lo regular, los *arcaísmos o cultismos en desuso* son aplicados

por Betancourt y sus imitadores para descalificar a adversarios.

Buena parte de las expresiones de tal índole recopiladas por Rosenblat

tienen ese sentido, aunque el filólogo no siempre lo advierte:

*Obsoleto* tilda todo lo que el líder considera fuera de uso. *Sicofante*

insulta a Vallenilla Lanz, defensor de Gómez. También *turiferario*

sirve para tal fin. *Parafernalia* execra las armas de Fidel Castro. *Falencia*

designa el estado del fisco atribuido a la administración de Pérez

Jiménez. *Vagarosa*, es el habla de Pérez Jiménez, y la del mismo

Betancourt al redactar el Plan de Barranquilla. La *paloma parácleta*

49. *Ibídem*, p. 122.

**112 113**

se posa sobre los designados para presidentes por medios distintos

del voto popular.50 *Nefelibatas* son los extremistas.

Igual función tienen otros arcaísmos no registrados por Rosenblat.

*Casandras agoreras* son quienes anuncian males para su gobierno;

*estafeta del Caribe* es la Revolución Cubana. *Ergástulas* son las prisiones

del gomecismo y de los regímenes que Betancourt no aprueba

(nunca lo aplicó a las cárceles políticas de su administración). El sujeto

de dichos calificativos queda así investido del mismo carácter arcaico

y descontextualizado de aquello que lo califica. Como el adjetivo o

sustantivo, es anticuado, cursi, rebuscado o incomprensible.

Tal uso de arcaísmos y neologismos para descalificar adversarios

había sido inaugurado un siglo antes por el gran demagogo Antonio

Leocadio Guzmán. De los conservadores decía: “godos”, “mamantones”,

“oligarquistas”, “jabaditos”. A su archienemigo, el panfletista Juan

Vicente González, lo acusaba de “blandicoso”, “hipopótamo malsín”,

“gismendero y biasmador”. Ramón Díaz Sánchez apunta que tales

motes “penetran en el alma del pueblo y se difunden con rapidez”. Sus

frases “son comentadas en todas partes” y se “convierten en proverbios”.

Sus sentencias “pasan a la categoría de axiomas políticos”.51

b) Las interferencias *diatópicas* casi siempre son intertextos sacados

del inglés y, a diferencia de los anteriores, tienen como sujeto al

propio emisor. A través de ellos, éste se inviste de la gloria de alguna

celebridad estadounidense o británica. El líder “*will come back*”, como

Douglas MacArthur; ha ordenado “disparar primero y averiguar después”

como el general Patton; posará en el extranjero “la planta peregrina”

como (y lo advierte textualmente) Lord Byron.52

La función de estas interferencias es transparente: Betancourt

quiere hacernos conocer que “yo leo varios idiomas”; que tiene el acceso

al código supuestamente superior del inglés y del francés, lenguas

de metrópolis. Al analizar en profundidad un texto lleno de interferencias

del inglés de Norteamérica, concluyó Maingueneau que las mis-

50. Rosenblat, Ángel. *Buenas y malas palabras*. Tomo IV, pp. 148-150.

51. Díaz Sánchez, Ramón. *Guzmán, elipse de una ambición de poder*. Tomo I, pp. 215-253.

52. Ver Betancourt, Rómulo. *Venezuela, política y petróleo*, p. 21.

mas operan como “medio de inscripción casi mágica en la ideología

del *self-made-man*” y que mediante ellas “los Estados Unidos aparecen

como un lugar mítico de iniciación a la promoción capitalista”.53

c) Entran en el discurso betancouriano, asimismo, interferencias

*diaphasicas*, especies de neologismos que por lo regular son vocablos

de aspecto científico acuñados por el líder para describir una realidad

trivial. Así, *mabitólogos* designa a los supersticiosos que creen en la

mala suerte o *mabita*; *conchupancia* a quienes desempeñan a la vez

cargos administrativos y legislativos; *hampoductos* a un puente aéreo

para mandar a campos de concentración en Guayana a jóvenes que

manifestaban contra su gobierno.

Como los arcaísmos, descalifican a adversarios; al igual que anglicismos

y galicismos, prestigian al emisor, atribuyéndole el dominio

de un código elevado, en este caso el de la ciencia, el de una modernidad

que siempre procede a través de mecanismos complicados o

pedantescos: a través de *gadgets* que antes complican que simplifican

la tarea a la cual están destinados.

d) Dentro de este conjunto de interferencias, debemos mencionar

en fin a las *diastráticas*, los *giros populares*, casi siempre refranes

o frases en las cuales se alude a objetos o costumbres típicas.

No forman tampoco parte orgánica del discurso. Resaltan en él

como una materia que se ha tomado prestada de un repertorio

de giros proverbiales preexistentes. Es obvio que juegan la función

del llamado a la connivencia dirigido a la supuesta audiencia

popular: “disfruto mucho el lenguaje popular. No por demagogia.

Gozo realmente hablando con la gente del pueblo”.

Tal empleo de los giros “populares” es enteramente consciente y

premeditado. Como indica Carlos Gottberg sobre Betancourt:

Tiene el secreto del expositor nato que sabe elegir las

palabras de acuerdo con el auditorio. Habla como un

53. Maingueneau, Dominique. *Op. Cit*, pp. 122, 123.

**114 115**

experto entre expertos, como un escritor entre escritores;

pero cuando se encuentra rodeado de pueblo,

le vienen a la lengua los más sabrosos giros populares,

no por obra del rebuscamiento sino de su ligazón profunda

con las maneras del venezolano. Las expresiones

populares le dan fuerza y color a su discurso; usadas

por él no tienen nada de postizo sino se cargan de intención

y contenido nacional.54

Los giros más recordados son, precisamente, menciones a la alimentación.

Con razón los llama Gottberg “sabrosos”. Particular fama

disfrutó la mención de las “*multisápidas hallacas*”, tanto como la del

“condumio guatireño”. Ambos platos están condimentados por el arcaísmo,

que en este caso inviste al orador de la reputación de culto.

La culinaria sirve también para recordar que “guerrillas sin campesinos

son como arroz con pollo sin pollo.”55 Lo popular siempre parece

referir a este estómago sin fondo: en una carta juvenil, el político se

asimila a un llanero “capaz de tragarse una mula con todo y enjalma y

sin eructar”.56

Tales asociaciones son constantes en el discurso populista. Ya

hemos visto que el calificativo que más aplica al pueblo es de “receptor

de alimentos”, y el que le sigue en frecuencia es el de “hambriento”.

Como contrapartida, la calificación que más se atribuye a sí mismo

el político es la de persona que *dirige*; la segunda, la de *elevador de*

*salarios*, la tercera (comprensiblemente asociada a las anteriores) la

de persona que *facilita alimentos* (V. 5.3). Para el orador, una vez más,

parece el estómago la vía real hacia el corazón del pueblo. No es difícil

adivinar por qué tales expresiones podían retener la atención de un

pueblo que estaba, y está todavía, azotado por un hambre crónica.

54. Liscano, Juan, *et al. Op. Cit*, s, p.

55. *Ibídem*.

56. Servicio secreto de investigación. La verdad de las actividades comunistas en Venezuela (*El libro*

*rojo)*, p. 138.

El uso descontextualizado de los giros y refranes populares, su

empleo como argumento o verificación, también tiene un carácter

tautológico que Roland Barthes ha situado agudamente entre los mitos

de la derecha:

El mito tiende al proverbio. El refrán popular prevé

mucho más de lo que afirma, permanece como el habla

de una humanidad que se hace, no que es. El aforismo

burgués, en cambio, pertenece al metalenguaje, es un

segundo lenguaje que se ejerce sobre objetos ya preparados.

Su forma clásica es la máxima. En este caso

la verificación ya no está dirigida hacia un mundo por

hacerse; debe cubrir un mundo ya hecho, ocultar las

huellas de esta producción bajo una evidencia eterna.

Es una contraexplicación, el equivalente noble de la

tautología, de ese *porque sí* imperativo que los padres,

cuando no tienen respuestas, suspenden encima de sus

hijos. El fundamento de la verificación burguesa es el

*buen sentido*, es decir, verdad que se asienta en el orden

arbitrario de quien habla.57

El discurso populista aparece así, en su conjunto, como un extraño

híbrido: un discurso cuya previsibilidad lexical y fuerte redundancia

lo asimilan al *código restringido*, pero que echa mano en forma

esporádica de materiales sumamente constrastantes por su descontextualización:

*arcaísmos, extranjerismos, neologismos de factura propia,*

*giros proverbiales*.

En realidad, como hemos verificado, léxicos y códigos distintos

coinciden en el mismo discurso. Parece que se quisiera elegir, justamente,

*aquellas palabras que el auditorio no comprende*, para prestigiar

al orador colocando a su audiencia en una situación de perplejidad,

oscilando entre una monotonía redundante y una excentricidad indescifrable.

A muchos oyentes ello les parecerá una prueba, como a

57. Barthes, Roland. *Op. Cit*, p. 252.

**116 117**

Gottberg, de una “memoria fenomenal para las palabras” y de una

“apabullante memoria léxica”.58 A otros, como al maestro del lenguaje,

Arturo Úslar Pietri, le parecerá “quincalla verbal”.59

Rafael Guinand le atribuye a Negrín, un curandero protegido

por Gómez, igual navegación errática entre léxicos científicos, arcaísmos,

criollismos y neologismos destinados a realzar el prestigio del

orador y maravillar a la audiencia:

Así, pues, señores, unámonos todos en este gran desrengamiento

cletónico; pacuchemos las grandes chamagüinas

del pasado; no permitamos el barrigonismo

científico; alcémonos como un solo hombre contra las

pejigueras cunénicas; demos la espalda a las traumatizaciones

del dolor, y así, de tumbo en tumbo, pero con

paso firme y político habremos llevado la ciencia a una

altura verrúgica, y todos ganaremos porque con nuestros

conocimientos pleuróticos habremos espantado

para siempre el chapote de las violencias y el zorrocloco

de las enfermedades.60

El efecto es paradójico. Aquello que el público recuerda de los discursos

de Betancourt es justamente lo que no comprende. Del mismo

modo, en un atuendo o en una decoración *kitsch*, lo que golpea la atención

y recordamos es el relumbrón, el detalle bizarro, la ornamentación

llamativa, el arcaísmo rebuscado o la modernidad sin función alguna.

Ello constituye el atractivo de tal estética para un cierto público.

*2.5.8. Estilo narrativo: el relato como demostración*

Al referirse a las muestras de habla popular que analiza, Achábal

dice que las mismas “son otros tantos ejemplos del estilo narrativo y

58. Liscano, Juan, *et al. Op. Cit*, s, p.

59. “Carta a Rómulo Betancourt”. *El Heraldo*, 26/3/1946, p. 3.

60. Nazoa, Aquiles. *Los humoristas de Caracas*. Tomo II, p. 65.

descriptivo: el estilo propio del lenguaje popular. Las formas del lenguaje

directo se intercalan muy a menudo originando secuencias de

muy fuerte expresividad”.61

Otro tanto ocurre con la pieza oratoria que analizamos: su carácter

“narrativo” se evidencia en el hecho de que describe peripecias

o actos de personas reales antes que conceptos; los avatares que sufren

son eminentemente anecdóticos (“seguirán presos”, “quedaron

tendidos”); no hay una insistencia en la creación de categorías, ni en

la articulación de estructuras de ideas abstractas. La audiencia sigue

un *relato*, más que una demostración; los acontecimientos narrados

sirven de prueba para lo alegado.

En líneas generales, estamos de acuerdo con las apreciaciones de

Argenis Pérez Huggins en el sentido de que en Betancourt

lo doctrinario desaparece para dar lugar a una pragmática

funcional, un ‘aquí ahora’, en función de las necesidades

inmediatas de su partido; de allí que su retórica

sea eminentemente publicitaria, a nivel de exaltación

de su partido y de sí mismo como objetos de consumo

político. Sin embargo, el racionalismo escolástico-aristotélico

enmascara esa intención.

También coincidimos en que “la construcción en Betancourt es

esencialmente dinámica, a base de asertos que intentan promover una

‘objetividad’ en los enunciados”.62

El discurso populista, en resumen, se aproxima al “código restringido”

del habla popular:

1. En cuanto al *léxico*, por la alta previsibilidad de la mayoría del

mismo y la trivialidad o redundancia de las adjetivaciones y

asociaciones.

2. En cuanto a las *formas verbales*, por el predominio del indicativo,

de los tiempos simples sobre los compuestos, y por el uso fre-

61. *Loc. Cit*.

62. Pérez Huggins, Argenis. *Op. Cit*, p. 74.

**118 119**

cuente de frases verbales que incluyen participios y gerundios.

Estos rasgos, sin embargo, son menos frecuentes que en el habla

popular.

3. Por el uso (moderado en el discurso populista) de *llamadas al*

*consenso* que subjetivizan la opinión del emisor para atraer el

acuerdo hacia ella.

4. Por la acentuada *narratividad* del discurso, que privilegia la descripción

de actos o dichos de personajes definidos, antes que

los razonamientos o las categorizaciones conceptuales.

Por el contrario, el discurso populista se aproxima al “código

formal” o “elaborado”, en los siguientes rasgos:

1) Predominio de las oraciones compuestas o subordinadas sobre

las oraciones simples.

2) Uso preponderante de la tercera persona, si bien esta tercera persona

en la mayoría de los casos designa de manera indirecta al

mismo emisor del discurso: es una forma disimulada del “yo”.

3) En las formas verbales, a pesar del claro predominio del indicativo,

de los tiempos simples y de las “frases verbales”, la incidencia

de tiempos compuestos, del subjuntivo y de las formas

pasivas e impersonales es significativamente mayor que en el

“habla popular”.

4) Hay una frecuente descripción explícita de la subjetividad del

emisor, si bien tal descripción es estereotípica y confunde la

función *expresiva* con la *referencial*, es decir, alude a la emoción

para sugerir la veracidad.

5) Hay interferencias lexicales *diacrónicas*, *diatópicas*, *diastrásticas*

y *diafásicas*, es decir, arcaísmos, anglicismos, giros populares y

neologismos de carácter rebuscado e incorporados al discurso

como piezas disonantes dentro de la fuerte previsibilidad lexical

del mismo.

Al mezclar indiscriminadamente elementos del “código elaborado”

de la clase dominante y del “código restringido” de la clase

dominada, el emisor del mensaje no hace otra cosa que expresar, a

nivel del discurso, el proyecto populista de colaboración de clases.

En efecto, códigos provenientes de estratos sociales distintos ocupan,

sin solución de continuidad, el mismo espacio del discurso, y en

ese sentido parecerían sugerir una igualación, una fraternización entre

simbologías, y por consiguiente entre las clases que las producen.

Un análisis más detenido sobre la función del empleo de cada

código destruye tal ilusión. Los elementos del “código restringido” de

la clase dominada son empleados preponderantemente para retener

la atención del receptor, despertar su solidaridad y la sensación de

identidad con el emisor. Pero éste, al mismo tiempo, con el uso de

cultismos, neologismos, arcaísmos e interferencias que supone pertenecientes

al “código elaborado”, quiere presentarse como dominador

de dicho código, y en alguna forma, como investido de los poderes y

las excelencias del dominador.

Reteniendo la atención de las clases dominadas mediante el discurso

con rasgos del “código restringido” o popular, el emisor se constituye

a sí mismo como partícipe del “código elaborado” de la clase

dominante. De hecho, todo el populismo consiste en la realización,

en el plano político, social y económico, de este proyecto de escalación

social anunciado en la escalación de códigos: obtener un sitio en

las clases dominantes por la capacidad de retener la atención de una

audiencia de clases dominadas.

Tan significativo en un discurso es lo que omite, como lo que

expone. En todas las versiones de la pieza oratoria consultadas (incluso

en las cintas magnetofónicas que acompañan a *Multimagen de*

*Rómulo*), fue quitada la orden de “disparar primero y averiguar después”

que el líder dijo esa noche, y escucharon millares de venezolanos.

Agotadas la redistribución y la retórica, aparece la represión. Tras

la máscara, asoma el poder.

**121**

**3. Los rituales del populismo**

No me dijo perro, pero me enseñó el tramojo.

*Refrán popular venezolano*

La palabra y la imagen constituyen códigos altamente elaborados,

muy sujetos al dominio de la intencionalidad consciente. Paralelo

a ellos, el gesto abre un raudal de significaciones ambiguas: a veces

inconsciente, a veces enteramente voluntario, transmite un mensaje

en el cual se juntan espontaneidad y deliberación; el ímpetu de un

lenguaje primario y las complejas gramáticas de la ritualidad. Tiene,

por ello, doble eficacia: en cuanto signo primario y espontáneo, puede

penetrar por debajo de las barreras de la conciencia y operar en

la emocionalidad. En cuanto gramática ritual, transmitir significados

abstractos y construir verdaderos silogismos. El intérprete debe estar

atento a esta polisemia o ambigüedad de lo gestual.

El “rito” es, para Guillo Dorfles, el desenvolvimiento de una actividad

motriz que se exterioriza a través de recursos particulares (que

pueden hallarse a veces cabalmente institucionalizados) tendientes

casi siempre al logro de una determinada función (y de un determinado

objetivo, fin, telos) que podrá tener carácter sagrado, bélico,

político...1 Destacan en esta definición la particularidad de los signos

(su selección cuidadosa), su institucionalidad (su estatuto de código

preconcebido), y su intencionalidad, su finalidad funcional. El gesto

seleccionado, codificado y destinado a una finalidad, deviene ritual

político, es decir, discurso de poder.

Hemos estudiado la mayoría de los rituales del populismo en

nuestro anterior libro *La máscara del poder: del gendarme necesario*

*al demócrata necesario*. En efecto, es a través de prácticas continuas,

que pueden ser consideradas rituales por la relativa estereotipia y la

1. Dorfles, Guillo. *Nuevos ritos, nuevos mitos*, p. 74.

**122 123**

finalidad política, que el caudillo transmite los signos del *carisma*, o

prestigio. Mediante ellos da fe de su *personalismo*, de su buena *relación*

*con las fuerzas invisibles*, de su *resistencia física*, de su *machismo* y

de su *astucia*. A través de los gestos se refuerza la expresión verbal en

las relaciones con los allegados, y se transmiten el *particularismo*, el

*patriarcalismo*, la simulación del *origen modesto*, las promesas de *retiro*

y la *designación del sucesor*. Todavía son más decisivos al plasmar las

costumbres que afilian al dirigente a su comunidad cultural: *comidas*

*criollas, traje ruralizante, amor por los animales, afición a los entretenimientos*

*populares, y complementos gesticulantes del habla popular*. En

fin, también a través de rituales vehicula el hombre de poder su relación

con los gobernados: el *contacto con el pueblo*, el *igualitarismo*, las

proclamaciones de *entroncamiento simbólico con el Libertador* la *inserción*

*en una causa*, y, por sobre todo, las promesas de *dádiva*.

En el presente capítulo, estudiaremos dos categorías de ritos:

los individuales, los colectivos; y su potenciación por los recursos

audiovisuales.

**3.1. Ritos individuales: saludos, caminatas, contactos**

El populismo venezolano no ha institucionalizado ningún saludo

oficial gestual. Los adoptados a tal fin han sido efímeros, y, previsiblemente,

han servido más para identificar al caudillo, necesariamente

personal, que a su masa, recíprocamente anónima.

La mano del poder

Como indicamos, en la campaña electoral de 1963 la tarjeta y la

propaganda representaban a un campesino pobre que hacía el gesto

de la “V de la Victoria”, con el índice y el medio extendidos. La señal

tiene una específica trayectoria de aplicación política:

No fue el mismo Churchill, sin embargo, quien lo hizo

famoso. Fue un abogado belga llamado Victor de Lavelaye

(¿quizá inspirado por su propio nombre?), y la fecha

fue el 14 de febrero de 1941. De Lavelaye no estaba

satisfecho con el uso de las letras R.A.F. como un graffiti

de la resistencia. (...). Dio en la idea de la V para Victoria,

porque no solamente encajaba con la palabra inglesa,

sino además con la holandesa *vrijheid* y la francesa

*victoire* (...). Fue tras ello que Churchill adoptó el signo

y lo usó públicamente en todas las oportunidades.2

Candidato y electores la adoptaron fugazmente en Venezuela.

La misma seña fue reciclada para la precandidatura de “OctaVio” en

1988, sin éxito alguno.

La larga marcha

En el intervalo entre ambas campañas, la ritualidad individual

más notoria fue la de las publicitadas caminatas de Carlos Andrés Pérez,

mediante las cuales, como indicamos en *La máscara de poder: del*

*gendarme necesario…* se intentaba dar fe de la *resistencia física* asociada

a la imagen de todo caudillo. El *jingle* asociado, “ese hombre sí camina”,

le añadía connotaciones de eficacia, y hasta de potencia sexual. Pérez

fue desde entonces “el caminante”; las huellas de zapatos, pintadas en

calles y carreteras, pasaron a formar parte esencial de la iconología de

la campaña; el movimiento del *pie* fue el centro temático de la misma.

Parecía que se hubiera admitido la opinión de Paul Diel, para quien

“el pie es el símbolo del alma, acaso por ser soporte del cuerpo, lo

que aguanta al hombre en su posición erecta”.3 Para algunos pueblos,

como los Dogons, el pie, en tanto que punto de apoyo para la marcha,

es “un símbolo de presa, una expresión de la noción de poder, de jefatura,

de realeza”.4 Los venezolanos no somos ajenos a este significado.

2. Morris, Desmond. *The Pocket Guide to Manwatching*, p. 227.

3. Citado por Cirlot en *Diccionario de símbolos*, p. 362.

4. Chevalier, Jean, *et al. Dictionnaire de Symboles*, p. 389.

**124 125**

La más célebre proclama de Cipriano Castro describe la invasión de

ingleses y prusianos afirmando que “la planta insolente del extranjero

ha hollado el sagrado suelo de la patria”. Hollar es dominar; acaso

atropellar, violar.

La gestualidad del pie en marcha fue potenciada por los atributos

de la *impetuosidad*, y del *salto*. De creer a la panegírica, las caminatas

de Pérez eran infatigables, como las de *Teddy* Roosevelt. También, indiferentes

a todo obstáculo: antes que admitir el desvío, el candidato

recurría al salto, conforme lo hizo ver una fotografía reproducida obsesivamente

durante la campaña de 1973, en la cual el político volaba

por encima de un charco. Para el venezolano, la persona muy avispada

no corre, sino vuela. Este brinco puso en órbita una carrera política.

Otros candidatos cursaron esta misma gimnástica electoral,

sin mayores resultados. Las cuñas de su campaña de 1983 muestran

a Teodoro Petkoff nadando en piscinas y jugando con potros: eran

deportes demasiado ritualizados como para transmitir la idea de un

dinamismo cotidiano, presente en la vida práctica. Lo mismo puede

decirse de las cuñas de la campaña de 1988 que muestran a Eduardo

Fernández encabezando un tropel de mensajeros motociclistas, jugando

bolas criollas y metiendo en la cesta una pelota de basquetbol.

Las dos primeras hazañas resultan inverosímiles, dado el origen social

y las selectas frecuentaciones habituales en el candidato. La tercera

remite de nuevo a la excesiva ritualidad y decoratividad de la fuerza física

meramente deportiva. La variedad y dispersión de las actividades

antes debilita que potencia el mensaje. La “marcha” perecista era una

sola actividad, y tenía una meta bien clara: llegar. Con una simbología

similar, arribó a Roma Benito Mussolini en 1922.

En una década, la gestualidad del pie dio paso a la gestualidad

de la mano, abierta y saludante, como culminación de un gesto de

brazos alzados que es prolongación de la “V de la victoria”. Carlos

Andrés Pérez adopta en 1987 uno de los más clásicos signos de saludo

distante:

La sacudida lateral de la mano, común en todo el mundo,

consiste en mostrar la palma al amigo, y luego moverla

rítmicamente de lado a lado. Esta parece ser una

forma mejorada de las otras oscilaciones. La modificación

esencialmente incrementa la visibilidad y conspicuidad

de la acción de palmoteo. Al convertirla en movimiento

lateral, pierde su cualidad envolvente, pero

gana de manera dramática en impacto visual desde la

distancia. Puede ser aún más exagerada extendiéndola

hasta agitar todo el brazo, o incluso ambos brazos.

En este caso, el gesto se convierte en uno de los más conocidos

“despliegues de triunfo”:

Los políticos, quizá esperando adquirir por asociación

algo de la virilidad de los peleadores profesionales,

también han adoptado el estilo pugilístico de las

manos juntadas sobre la cabeza en los momentos de

victoria en la noche de las elecciones. También usan el

gesto más generalizado del despliegue y elevación de

los dos brazos, en el cual ambas extremidades se alzan

al cielo, ligeramente separadas, con las manos abiertas

y los dedos extendidos rígidamente hacia las alturas.

Una variante es ejecutada con los dedos sostenidos en

la postura de la V de la victoria.5

A principios de 1988, el empleo masivo de estos gestos tuvo un

renacimiento durante los grandes conciertos de “Amnistía Internacional”.

Bruce Springsteen y Sting provocaban una marejada de saludos

al cantar *Wanna see your hand*.

Los militantes venezolanos corresponden al saludo de Carlos

Andrés Pérez agitando multitud de guantes blancos rellenos, siluetas

de manos y monigotes que manotean con los brazos en alto. No

es el individuo que se funde en la masa: es la masa la que se funde

en el individuo.

5. Morris, Desmond. *Op. Cit*, p. 119.

**126 127**

Estos bosques de manos alzadas —vivientes las del candidato,

enguantadas o acartonadas las de los militantes— corresponden a una

milenaria emblemática. “En la tradición bíblica y cristiana la mano es

símbolo del poder y la supremacía”, apuntan Chevalier y Gheerbrant.6

Entre los romanos, de acuerdo con Cirlot, la *manus* simbolizaba la

autoridad del *pater familias* y la del emperador, por ello aparece rematando

algunos *signum* de las legiones en vez del águila.7 En Venezuela,

esta asociación se da en una de las imágenes más veneradas por la devoción

popular: “la mano del poder”. Y es que, como bien lo demuestra

Elias Canetti, tanto el órgano como sus funciones son símbolos de

dominio. La mano palpa, ase, presiona, aplasta, tritura, agarra y lleva

a la boca, quita y da cosas, engendra herramientas, señaliza y mata:

“todos los pacientes quehaceres de la mano no aportan, a quienes se

limitan a ellos, más que sometimiento. Pero los otros, los que se consagran

a matar, detentan el poder”.8

La mano del poder, a fin de cuentas, monopoliza todas estas funciones.

Las cuñas televisivas de la campaña de 1988 muestran manos

anónimas ordeñando vacas, escribiendo o cosechando. El *jingle* dice:

*Estas manos que ves,*

*esas manos que ves, venezolano,*

*son las de Carlos Andrés*

De nuevo la gestualidad, en vez de identificar al líder con el pueblo,

identifica al pueblo con el líder. Pero la mano abierta populista

había sido presentada como portadora de dádivas. Por primera vez,

de manera explícita, reclama para sí las manos del pueblo, y, en consecuencia,

lo que éstas producen.

Las manos que abanican el aire simétricamente, devienen alas.

En su apresurado aleteo, parece que el líder intentara sobrevolar de

6. Chevalier, Jean, *et al*. *Op. Cit*. Tomo 3, p. 170.

7. Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*, p. 296.

8. Canetti, Elias. *Op. Cit*, p. 215.

nuevo los obstáculos. “Pájaros”, llamamos los venezolanos a las personas

fecundas en ardides.

No han tenido similar difusión otras manualidades políticas. El

Movimiento al Socialismo adoptó el clásico saludo comunista del

puño cerrado. El socialcristiano Eduardo Fernández lo apropió para

su campaña de 1988, sin tener afinidad ideológica ni con el uno ni

con los otros. El resultado no debe ser satisfactorio, porque alternó el

saludo usurpado con un gesto de “garra crispada” correspondiente a

su apodo “el Tigre”. Puño y garra son agresivos. No parecen coherentes

con un partido que quiere diferenciarse del comunismo, o con un

candidato de ortodoxia cristiana.

Contacto físico: niños, ancianos, ancianas

El pie que marcha nos aproxima al amigo; la mano agitada lo

saluda. Andanza y manoteo son preludio del contacto físico, con el

cual se emblematiza el “contacto con el pueblo” que, como hemos visto,

cimenta la reputación de todo caudillo. Nuestro pueblo no admite

la formalidad y la distancia implícita en las reverencias del japonés.

Tampoco, el efusivo beso en los labios entre hombres, frecuente en

los rusos. Entre ambos extremos, el ritual político apropia todas las

formas de contacto admitidas en público, que van del simple toque

o palmada, al apretón de manos y al abrazo. El beso sólo es admitido

con respecto a objetos de protección. De hecho, la ceremonia ritual

del contacto físico público se da de preferencia con tres categorías de

personas a las que se presume desasistidas: niños, ancianas y ancianos.

En cuanto efusión espontánea, que debe arrancar del corazón,

los comentaristas la califican infaltablemente de ruptura del protocolo.

Así, *Multimagen de Rómulo* titula la foto de un niño junto a Betancourt

en un acto oficial: “Uno que no entiende de protocolo”. Luego,

“intercambian palabras y sonrisas un ‘Señor Presidente’ que ridiculiza

el protocolo y una mujer encontrada al azar en una calle de cualquier

pueblo venezolano”. En fin, ante el contacto con un niño especialmente

disfrazado para una ceremonia: “Lo que menos se esperaba

**128 129**

la comitiva era que el Presidente de Venezuela, de visita en México,

tomaría en sus brazos a este pequeño charro”.9 La verdad es que el

único propósito de campañas y giras consiste en estas “rupturas del

protocolo” que posibilitan ostentar la presencia física del líder ante

sus clientelas. Todos los efectos del poder, desde la colección de información

hasta la emisión de órdenes, se pueden operar actualmente

a distancia. Salvo explicitar la personalización del mando, su ligamen

con un ser específico.

Los beneficiados con besos, abrazos, toques o con el mantenimiento

de esa distancia que los especialistas en proxemia califican

como “íntima”, presentan una peculiar distribución de sexo, edad y

condición económica en el mensaje populista. Jean Paul Gourevitch,

al estudiar la iconografía política en las sociedades desarrolladas, dice

que “la mejor manera de hacer creer a alguien que nos dirigimos a él,

es mostrarle su propia imagen”, en virtud de lo cual reseña un elenco

de personajes distintos del líder que aparecen en dichas representaciones,

estableciendo una especie de orden de prioridad entre la infancia,

la juventud, la mujer, la familia, la pareja y la tercera edad.10 En

Venezuela, los tipos de personajes que acompañan al líder en contacto

o proximidad física con él, son, en orden de frecuencia: niños, mujeres

ancianas, ancianos, mujeres jóvenes, hombres adultos trabajadores.

Tales órdenes de prelación los hemos establecido a partir de los

propios repertorios iconológicos que hacen circular los organismos

de propaganda del partido: son los que a éstos les parecen ideales.

En la sección 1.3.3 de este libro hemos examinado las imágenes

del líder en relación con sus acompañantes que pudiéramos llamar

profesionales (masas indistintas, políticos, militares, intelectuales,

celebridades, curas). Al inventariar en *Multimagen de Rómulo* las fotografías

en donde hay contacto o proximidad íntimas con personas

distintas a esos grupos, encontramos: cuarenta y dos fotos con niños;

treinta con mujeres ancianas, siete con ancianos, cinco con mujeres

9. Liscano, Juan. *Op. Cit*, s, p.

10. Gourevitch, Jean Paul. *L´Imaginerie Politique*, p. 14.

jóvenes y cinco con trabajadores varones adultos (de las ocho fotografías

con “trabajadores” que reseñamos en 1.3.3, tres son con ancianos).

Estas frecuencias parecen no ser casuales. En *El pacto social:*

*un camino para salir de la crisis*, especie de presentación-programa de

Jaime Lusinchi, encontramos siete fotos del candidato. En dos de ellas

aparece con niños (uno de los cuales es acariciado por el político);

en una, con mujeres maduras que cargan niños; en otra, tocándole

el hombro protectoramente a un anciano; en las restantes, solitario

(dos de ellas corresponden a la efigie de la tarjeta). Eduardo Fernández

reproduce frecuentemente el mismo patrón. En un reportaje de

la prensa sobre sus giras por barrios pobres, aparece en una fotografía

acompañado por una mujer madura, visiblemente indigente; en otra,

por numerosos niños: en las dos imágenes hay ocho niños, contra una

mujer.11 Cada uno de estos grupos de personas con las cuales hay contacto

cercano del líder, tiene una significación simbólica específica.

Dejad que los niños vayan al político

Los niños, de acuerdo con Gourevitch,

aunque destinatarios indirectos, constituyen un argumento

electoral no negligible, dadas sus implicaciones

afectivas y la simbólica del devenir y de las opciones decisivas

que el mismo implica: niño presentador o niño

presentado, símbolo de una comunidad o arquetipo de

un régimen, vector de un proyecto político cuya construcción

utópica incita a cambiar la vida.12

Su empleo en la imaginería política de los países desarrollados

es tan clásico, que ha dado lugar a una expresión satírica: el *“baby kissing”*

designa la más sensiblera demagogia. Leni Riefenstahl presenta a

Hitler en su documental *Triumph das Willes* en efusivo encuentro con

bebés. Charlie Chaplin lo parodia ácidamente en *El gran dictador* .

11. Álvarez, Alfredo. “Eduardo Fernández en La Dolorita”. *El Nacional* 30/8/1988, p. D-2.

12. Gourevitch, Jean Paul. *Op. Cit*, p. 14.

**130 131**

En el populismo, la función de la ceremonia es otra: el líder aparece

como protector de la clientela en su más obvio aspecto de dependencia.

Venezuela tiene un elevado índice de infancia abandonada o

indigente: la esposa del presidente la atiende a través de los programas

paliativos o dadivosos de la Fundación del Niño; el líder aparece

fugazmente como el patriarca simbólico, el padre de todos los venezolanos.

Gómez, pese a su carácter adusto, no desdeñó posar en público

cargando o acariciando niños: son las únicas fotografías suyas en las

que aparece demostrando gestualmente afecto por algo.13 Ya hemos

indicado la frecuencia con la que Betancourt, ante los fotógrafos, deja

que los niños vayan a él. Lusinchi hizo de su condición de médico

pediatra un argumento electoral poderoso, como consta en las imágenes

de su *pacto social*, donde congenia con infantes. Estas escenas son

difundidas por todos los medios: en la transmisión televisada del desfile

militar del 5 de julio de 1988, una niña vestida de blanco entra en

la tribuna presidencial y acompaña largo rato al mandatario. El líder

que asocia su imagen a la de los niños, aparte de imitar a Jesucristo, se

rodea de los emblemas de la fecundidad, el crecimiento, la inocencia,

el devenir y la ascensión.

Este empleo político de los niños tiene larga tradición en Venezuela.

José Rafael Pocaterra critica acremente tal práctica en las últimas

décadas del pasado siglo y las primeras del presente:

¡Esos niños sirviendo a móviles y a intereses! ¡Ese pueblo

atraído con bandas de música y banderolas! Luego

pasan las épocas, empeoran las condiciones de un

régimen, éste se torna barbarie, infamia, opresión, ¡y

vuelven los desfiles por entre las parvadas escolares y

los vivas que parecen un largo lamento ensordecedor

en la desolación de los caminos! Esta manía de hacer

domiciliarios, familiares, íntimos con nuestros nexos

de sangre o de afinidad los intereses de una política

13. Dorronsoro, Jozune. *Torito Martínez, un espontáneo de la fotografía*, p. 18, *Crónica fotográfica de una*

*época*, pp.28, 89-90.

turbia, revuelta, fangosa, ha traído por consecuencia

mezclar de una manera siniestra las actividades de carácter

público con las predilecciones personales... Los

niños, por lo menos, deberían ser sagrados.14

El beso de la anciana

La segunda categoría de personas que los medios muestran como

favorecidas por el contacto próximo con los líderes, son las *ancianas*.

Aparece esta ceremonia política a partir de la institucionalización del

periodismo gráfico. No es asociada con la imagen adusta y seca de

Juan Vicente Gómez, ni con las de López Contreras, Medina Angarita

o Pérez Jiménez, que llegaron al poder sin campaña electoral. Sin embargo,

la tradición oral repite la leyenda según la cual el primero protegía

con abundantes limosnas a dos viejecitas, y la lacónica sentencia

de muerte que pronunció contra el asesino de ellas: “No lo quiero

aquí, ni allá”. Larrazábal elevó el rito al foclor político: desde entonces

se lo llama “besadera de viejecitas”. Los restantes candidatos usaron y

abusaron del recurso.

La viejecita suscita la misma idea de sujeto de protección que el

niño. Un sujeto que, en este caso, reúne los siguientes rasgos: 1) sexo

femenino, 2) senilidad evidente, 3) nivel socio-económico ostensiblemente

bajo, y 4) anonimato. Las señales de destitución se potencian

así de manera exponencial: al estatuto de inferioridad atribuido

tradicionalmente a la mujer, se añaden la incapacidad física que acompaña

la declinación irrecuperable, la pobreza, usualmente irreversible

a edad avanzada, y la ausencia de individualidad o prestigio propios,

es decir, de logros específicos. Casi nunca se reproduce la imagen del

líder en relación afectuosa con una anciana rica, activa o célebre. No

habría contraste. Por lo tanto, tampoco exaltación.

Si el contacto con los niños refiere al devenir, al crecimiento, el

beso a las ancianas aproxima al pasado, la declinación, la debilidad, la

14. Pocaterra, José Rafael. *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Tomo I, p. 178.

**132 133**

dependencia. En otras palabras, a los rasgos con los cuales el populismo

caracteriza a sus clientelas.

En efecto, la anciana es pobre y desvalida, como el elector. Irreversiblemente

incapacitada, necesita el soporte y el afecto del líder.

Esta gratificación se merece por el simple transcurso del tiempo; no

resulta de un mérito o esfuerzo específicos. La protección se da por el

mero hecho de la carencia, que, en este caso, es ya consustancial con

la persona favorecida.

La anciana es la tradición. Veremos, al estudiar los valores en

el discurso populista, que éste denigra del pasado (V. 5.1) mientras

adopta y ensalza sus símbolos más superficiales: atuendos ruralizantes,

folklore adulterado, comidas vernáculas. La anciana representa

las raíces con las cuales se puede tener un fugaz contacto publicitario

antes de volver a asuntos más actuales.

La anciana es, simbólicamente, la madre, el origen, lo primario,

lo esencial, la fuerza telúrica. En Venezuela hay un alto índice de familias

matricéntricas y de deserción paterna. Emblemáticamente, la

anciana es la madre desamparada; el político que se le acerca, el “hijo”

que regresa a protegerla después de haberse abierto camino en la vida.

El nombre y el escudo de Acción Democrática, conforme hemos indicado,

son esencialmente femeninos (V. 1.2. y 2.1.); su himno asimila

y confunde patria, madre y partido (V. 2.3.); su propaganda alude frecuentemente

a los productos alimenticios, y entre ellos de preferencia

a la leche (y: 5.1.). El hijo triunfador que regresa a la madre pobre,

ilustra visiblemente el mito de la ascensión social, paralelo a la leyenda

conforme a la cual las dirigencias populistas serían de origen humilde.

La anciana es, en fin, la tierra, y en cuanto tal, lleva consigo asociaciones

precisas:

Se reencuentra en el símbolo de la madre la misma ambivalencia

que en los del mar y de la tierra: la vida y la

muerte son correlativas. Nacer, es salir del vientre de la

madre: morir, es volver a la tierra. La madre es la seguridad

del abrigo, del calor, de la ternura y del alimento;

es, también, en revancha, el riesgo de opresión por la

estrechez del medio, y de ahogo por una prolongación

excesiva de la función de nodriza y de guía: la genítrix

devorando el futuro genitor, la generosidad deviniendo

captadora y castradora.15

O, como dice sintéticamente Juan Eduardo Cirlot:

Los símbolos de la madre presentan una ambivalencia

notable; la madre aparece como imagen de la naturaleza

e inversamente; la ‘madre terrible’ como sentido y

figura de la muerte. Por esta causa, según la enseñanza

hermética, ‘regresar a la madre’ significaba morir.16

De manera oculta, entonces, el encuentro con la anciana prefigura

el *pathos* del máximo ritual colectivo populista, las exequias de

los líderes.

Recalca los antedichos significados simbólicos del ritual, el

hecho de que en Venezuela no hay ningún prestigio asociado a la

longevidad. A los cuarenta años, el ciudadano es tenido por viejo y

le resulta problemático conseguir trabajo. La edad provecta le significa

la más absoluta desprotección y relegación, a menos que haya

acumulado fortuna o poder. La edad es esgrimida como elemento

descalificador en los mismos debates políticos (el de Carlos Andrés

Pérez contra Lorenzo Fernández; el de Caldera contra Lusinchi; y,

de nuevo, el de Eduardo Fernández contra Carlos Andrés Pérez, a

quien apostrofan “el Chocho”). Todo contraste, sin embargo, atrae

la atención. El desnivel de edades (sea con niños o con ancianos)

enfatiza dramáticamente el desnivel social y la lastimera dependencia

del cliente. En una de las cuñas televisivas más repetidas durante

la campaña de Jaime Lusinchi en 1983, el candidato tocaba protec-

15. Chevalier, Jean, *et al. Op. Cit*. Tomo 3, p. 206.

16. Cirlot, Juan Eduardo. *Op. Cit*, p. 290.

**134 135**

toramente el hombro de un anciano campesino. En otra, escuchaban

el *jingle* de la marcha, y acudían a integrarse a ella, una señora

de edad madura que dejaba sus quehaceres domésticos, un cojo con

muletas, y otro anciano, que reposaba en una hamaca: maternidad

exhausta, incapacidad laboral y senilidad caracterizaban a estas

muestras del electorado.

Herrera Campíns unió el tema de la “madre abandonada” con

el del niño, en las cuñas televisivas de “Carlota Flores y Aleida Josefina”,

que tanto impacto tuvieron en la campaña de 1983. Eduardo

Fernández intentó repetirlo en 1988, con las cuñas de otra menesterosa

rodeada de niños. A la postre fue denunciada como empleada

municipal, y los niños, como ajenos.

**3.2. Ritos colectivos: mitin, romería, marcha, exequias**

El poder de los dioses se refleja en su habilidad de obtener respuestas

de sumisión de gran cantidad de personas al mismo tiempo.

*Desmond Morris, Manwatching, p. 193.*

Todo ritual político —incluso los gestos individuales del líder—

tiene aspiración de devenir colectivo: se cumple para ser observado, y

por lo tanto, para involucrar a muchos y coordinar sus conductas.

El rito colectivo esencial del populismo no difiere del de los

restantes movimientos políticos contemporáneos: la concentración

multitudinaria, con la cual el partido da muestras de su fuerza y de

su capacidad de movilizar adherentes. No hay que caer en el engaño

de que las concentraciones urbanas sólo ocurren en Venezuela

después que son creadas las organizaciones populistas. Las campañas

de “el mocho” Hernández, las movilizaciones del partido liberal,

incluso el pronunciamiento independentista del 19 de abril de

1810, son protagonizadas por muchedumbres entusiastas. Durante

la dominación española, las ciudades latinoamericanas fueron escenario

de grandes concentraciones políticas festivas, los “triunfos”

y las “entradas”, que en decir de Octavio Paz, tenían su raíz en el

Renacimiento Borgoñón.17

Más específicas del populismo son las funciones que se atribuyen

al encuentro colectivo.

La concentración es demostración de fuerza

La primera, es la de demostrar capacidad de convocatoria y adhesión

masiva. En el populismo, previsiblemente, el foco de atracción

es el líder, y no el pronunciamiento doctrinario o la imagen abstracta

de la organización. *Multimagen de Rómulo* muestra fotografías de concentraciones

que son, a su vez, bosques de la “foto prototípica” del

dirigente, que hemos analizado en la sección 1.3.1. Las de Carlos Andrés

Pérez, en 1988, son selvas de manos artificiales. La masa refleja al

individuo, o, en este caso, al individualismo.

La concentración es canal de demandas

La segunda función de la concentración es la de hacer llegar

directamente al líder solicitudes, peticiones y quejas. Dice el pie

de una foto de *Multimagen*, donde Betancourt aparece tomado de

la mano de una anciana: “Iba de caserío en caserío, escuchando el

largo rosario de la penuria venezolana”. En otra, donde fraterniza

con una vieja y un niño: “Cuando regrese a Miraflores lo primero

que haré será ponerme a leer estos papelitos donde ustedes me

cuentan todas sus crujías”. En otra, junto a una anciana: “Necesitamos

agua, necesitamos luz, necesitamos trabajo”. Y todavía en

otra, donde escucha a una mujer madura: “Pareciera que no es tan

importante conseguir el puestecito, sino decir que se ha hablado

con Rómulo”. Lo que pareciera, más bien, es que no hay otro canal

para comunicar con el Estado, que el dirigente. Lo cual no es

extraño, puesto que él mismo, a través de su discurso, ha dejado

17. Paz, Octavio. *Sor Juana Inés de la Cruz, o las trampas de la fe*, pp. 193-211.

**136 137**

sentado que el Estado es él (V. 2.5.), y que todo abastecimiento,

salario o mejora manan de él (V. 5.1). Como apunta José Ignacio

Cabrujas:

Lo expresa muy bien el venezolano cuando decimos:

No chico, no hables con el Secretario. Habla directamente

con el Presidente, el Secretario es un pendejo.

Vete a la cabeza.18

La concentración transmite carisma

La tercera función es la de cargar a la concurrencia de un *mana*

o fuerza milagrosa que fluye de la persona misma del líder. Como

testifica también *Multimagen*: “Pero tratándose de Rómulo tiene una

intención de contacto, significado de rito casi mágico, como para llenarse

de su energía, para ‘ponerse de buenas’ tocando a un hombre

que ha sabido superar toda suerte de vicisitudes”. Juan Liscano cita,

en el mismo libro, las manifestaciones de “ingenua devoción”: guardar

muestras de sudor en un pañuelo, pedir que bendijera a un niño

para que “saliera algo en la vida”.19

Habrá advertido el lector que estas funciones de la concentración

se corresponden, respectivamente con el personalismo, la dádiva

y la protección por las fuerzas invisibles, elementos históricos del carisma

de nuestros caudillos tradicionales.

Las fases del ritual de la concentración política contemporánea

fueron registradas por la cineasta Leni Riefenstahl, en su documental

*Triumph das Willes* (*El triunfo de la voluntad*). La masa se concentra

desde diversos puntos de procedencia. La llegada del líder le presta un

punto focal de atención. El líder recorre la masa y tiene breves episodios

de contacto personal y corporal con algunos de sus miembros: niños,

jóvenes. El líder es rodeado por sus colaboradores inmediatos. El

líder habla a la masa. La masa, mediante diversos códigos —vestiduras

18. Cabrujas, Ignacio. *Op. Cit*, p. 143.

19. Liscano, Juan *et al.* “Rómulo Betancourt ante sus obras y la historía”, En: *Op. Cit*, s, p.

del mismo color, emblemas, gallardetes, danzas y gestos concertados—

manifiesta repetidamente ante el líder que se encuentra cohesionada al

punto de que sus miembros no son ya discernibles individualmente.

Reifenstahl filmó estas imágenes en Nuremberg en 1934, pero las mismas

revelan una especie de gramática casi universal de la concentración

política, que es seguida por organizaciones de las ideologías más diversas.

Ésta se puede seguir, por ejemplo, en la secuencia de fotografías

que ilustran el paso de Betancourt por su pueblo natal, Guatire, en el

libro *Vigencia y proyecto de Rómulo: 50 años de proyecto político*. Y en casi

todas las grandes concentraciones de la Venezuela contemporánea.

La concentración, y sus variantes, la *entrega*, la *boda colectiva*, la

romería, la *marcha* y las *exequias* emblematizan una suerte de cielo

vital del militante.

Una *concentración*, el 13 de septiembre de 1941, da nacimiento

al partido. Usualmente, al asistir a ellas nace el adherente para la organización.

La participación política del militante populista es muy

reducida, y se traduce, esencialmente, en la asistencia a concentraciones

y a elecciones.

El vínculo clientelar es confirmado en las *entregas*, concentraciones

en las cuales las autoridades populistas hacen ostensible obsequio de dádivas

a los adherentes. Siguiendo el consejo de Maquiavelo, cuando el

poder da, lo hace espaciadamente y con la mayor pompa y publicidad. La

concesión de cualquier beneficio (títulos de la Reforma Agraria, créditos,

repartición de alimentos o de otros bienes, distribución de juguetes

navideños en los “Festivales del Niño”) se hace en presencia de muchedumbres,

y es difundido por todos los medios de comunicación. Estos

desenfatizan los derechos que el ciudadano pudiere tener a la prestación:

la misma es presentada casi como una graciosa limosna al indigente, y

celebrada como tal. El líder entrega, el partidario se entrega.

Las *bodas colectivas* gozaron de fugaz boga durante la administración

de Raúl Leoni. La primera dama, Doña Menca, legalizaba de

esta manera millares de uniones concubinarias, al mismo tiempo que

servía como madrina de los matrimonios. La ceremonia cayó en el

**138 139**

olvido en administraciones posteriores. Así como el populismo no

favorece la pareja conyugal como tema de sus afiches políticos, tampoco

sacraliza la legalidad de los vínculos.

La romería —que hemos estudiado en la parte relativa a “festejos

populares” de nuestro libro *La máscara del poder*— junta el tema de la

concentración al de la *dádiva*, las *comidas populares* y la fiesta. Fraternización

y gastronomía la constituyen en una especie de eucaristía populista.

La *marcha* es la concentración en movimiento por un itinerario

prefijado. Es distinta de la manifestación de protesta: celebra un

poder institucionalizado y dominante, o que aspira a la dominación

sin un quebrantamiento serio del orden. Adquirió auge como ritual

populista a partir del símbolo del pie y de la caminata adoptados por

Carlos Andrés Pérez en la campaña de 1983, cuyas cuñas televisivas

lo mostraban encabezando procesiones de campesinos, o paseos de

botes de pesca. Carlos Andrés Pérez insiste en el mismo tema en

la campaña de 1988: los documentos filmados muestran verdaderas

carreras atropelladas por avenidas principales de diversos pueblos,

entre grupos de adherentes que se disputan la proximidad o

el contacto físico del líder. Como hemos indicado, la marcha añade

al tema del número, el del dinamismo y la dirección prefijada: desarrolla

el ritmo, una de las propiedades que Elías Canetti señala como

latentes en toda muchedumbre.20 El discurso visual cinematográfico

que las reseña, culmina en la elevación del candidato a un sitial

prominente desde donde gesticula y habla a la masa.

Las *exequias*, en fin, constituyen una suerte de marcha cuyo

objetivo es la última ostensión del dirigente fallecido. Así como el

contacto de éste con las ancianas suscita el *pathos* de la oposición

entre poder y desvalimiento, los funerales explotan el dramatismo

de la contraposición entre encumbramiento y desaparición definitiva.

La acumulación de homenajes quiere perennizar la presencia del

fallecido. Como siempre, su persona —o su personalismo— son el

centro, principio y fin de la ceremonia.21

20. Canetti, Elias. *Op. Cit*. Tomo l, pp. 25-29.

21. Ver Robinson, Samuel. *Los últimos días de Rómulo Betancourt*; y VV. AA. *Leoni, una condición humana*.

**3.3. Rituales y agregación de códigos:**

**el mensaje político audiovisual**

La máxima potencia del mensaje político se logra mediante la

agregación de códigos. La más eficaz agregación se da en el mensaje

audiovisual. El resultado es algo más que una simple sumatoria

de efectos: bien combinados, los códigos multiplican su eficacia de

manera exponencial. No se trata de la mera yuxtaposición de una

imagen, un texto y un acompañamiento sonoro. El encuadre y el

montaje agregan su propia retórica: constituyen, como lo indican

los tratadistas del cine, una sintaxis específica que puede sugerir significados

que vayan más allá de los intrínsecos en el texto y en la

imagen misma.

La Cepal22 estimaba, hacia 1968, en Venezuela un número de 71

televisores por mil habitantes.23 La simple aplicación de esa tasa a los

dieciocho millones de habitantes actuales daría una cifra, muy conservadora,

de millón y medio de receptores. Eleazar Díaz Rangel nos comunicó

estimaciones personales, seguramente más realistas, de acuerdo

con las cuales el 94 % de los hogares venezolanos tienen televisión.

Las campañas electorales se juegan en la pantalla chica. No es extraño

que mediante ella se transmitan las mismas constantes ordenadoras

del mensaje populista: personalismo, desideologización, oferta de dádivas,

constitución del electorado como una clientela pasiva.

Personalismo caudillista

La personalización del mensaje audiovisual se traduce en la preponderancia

de planos dedicados a la imagen del dirigente. El encuadre

casi siempre lo coloca como centro de la imagen, en primer plano,

o como centro de la atención de los circunstantes. Los planos donde

no figura el dirigente tienen una función que pudiéramos llamar adje-

22. Es, de la ONU, la Comisión Económica para América Latina.

23. Diaz, Elena, *et al*. “Balance de la Economía Latinoamericana: Nivel de Vida”. Basada en *Boletín*

*Económico de América Latina*. Cepal. Vol. XVII, N° 2, p.54.

**140 141**

tiva: comentan o refuerzan la anterior imagen del líder, o preparan la

inmediata. Son contraplanos de rostros anónimos, o de muchedumbres

que supuestamente lo contemplan, o repertorios de los bienes

que producirá su acción política.

La imagen del dirigente desaloja todo otro tema, fuera del de la

carencia de su clientela. No sólo las campañas audiovisuales carecen

de mensaje ideológico: en la mayoría de las cuñas, terminan por omitir

el nombre de las organizaciones contendoras, para centrarse en el

nombre —o el apodo— del candidato.

El tema recurrente de la presentación del líder es el ya estudiado

ritual de la *concentración* y la *marcha*. *Caudillo* es el que arrastra *cauda*,

cola. Para traducir esta idea en imágenes, se muestra un seguimiento

físico e inmediato del dirigente por sus adeptos, como si éste los guiara,

en un Exodo, hacia alguna tierra prometida geográficamente ubicable.

La marcha por lo regular culmina en una concentración multitudinaria.

Las campañas de los líderes populistas que se han alternado

en el mando durante casi tres décadas permanecen fieles a este esquema.

La de Carlos Andrés Pérez en 1973 lo convirtió en carrera de

obstáculos. Las cuñas de Luis Herrera en 1978 lo mostraban encabezando

tropeles. Las de Jaime Lusinchi en 1983, lo presentaban como

puntero de caravanas de campesinos o desfiles de botes pesqueros.

La campaña de Pérez en 1988 recurrió en el modelo de la atropellada

carrera entre seguidores que se agolpaban para tocarlo; su contendor,

Eduardo Fernández, paralelamente, encabezó tropeles de marginales,

desfiles de motociclistas y paseos de niños. El texto de las cuñas varía

de acuerdo al candidato, a la campaña y a la localidad donde se filma el

ritual, pero el mensaje icónico es idéntico en todas: indetenible avance,

anónimo aclamacionismo, segura llegada a la meta. El mismo es

visible exaltación del *personalismo*, la *resistencia física*, el *contacto con el*

*pueblo*, que estudiamos en *La máscara del poder* como constituyentes

del carisma caudillesco.

El triunfalismo como argumento

Por cuanto la marcha representada en el mensaje audiovisual

procede irresistiblemente y sin obstáculos hacia su objetivo, éste debe

darse por obtenido. La campaña de Lusinchi en 1983 y la de Pérez en

1988 abundaron en mensajes triunfalistas, que ponían en boca de los

electores o de figuras de prestigio (un numerólogo estadounidense,

en el caso de Lusinchi) la certidumbre de una victoria avasallante. Así,

en una amañada encuesta de calle, editada y presentada como cuña:

*Locutor*: ¿Por cuántos votos gana Carlos Andrés?

*Dama madura*: Por dos millones.

*Dama morena y gorda*: Yo le pongo como un millón.

*Señor maduro*: Por un millón quinientos mil.

*Anciana vendedora de helados*: La verdad es que no sé, pero de

que gana, gana.

*Mujer que maneja un automóvil*: Por mucho.

*Su pasajero*: Muchísimo.

*Joven peatón*: Muchísimo.

*Joven peatón*: ¡Uuuuuf!

*Locutor*: ¡Por Carlos Andrés, vota blanco!

La cuña concluía con el primer plano de una mano sellando las

tarjetas de Acción Democrática. Estuvo en el aire una versión zuliana

de la cuña, con protagonistas de esa región, e igual optimismo.

Idéntica connotación de hecho cumplido le daba al triunfo otra

cuña contemporánea, donde un conjunto de gaitas, acompañado de

prestidigitadores y malabaristas, aseguraba ante un público entusiasta:

Coro:

Por eso la Presidencia

Carlos Andrés ya ganó.

Es lo que quiere la gente:

**142 143**

Carlos Andrés Presidente.

¡Carlos Andrés ya ganó!

El optimismo, comprensiblemente, terminaba por contagiar al

líder, quien aparecía en las pantallas de frente, en traje formal y fondo

neutro, disertando como quien ya posee el poder y asegura el uso

magnánimo del mismo hacia los perdedores:

*Carlos Andrés Pérez*: Quiero decir a los venezolanos

que me apoyan que contaremos con el alma, con

nuestro corazón, con nuestra voluntad venezolana

en las urnas electorales, y que de antemano les agradezco

de todo corazón el voto con el cual me van a

entregar su confianza, y a los que no me apoyen, que

no importa, que sigo siendo su amigo, y que como

Presidente de todos los venezolanos ellos tendrán

los mismos derechos de quienes me hicieron Presidente

de Venezuela.

El mensaje concluía con la simultánea presentación de un letrero

y una voz en *off*, que decían: “Carlos Andrés Pérez, *el Presidente*”.

Llama la atención la identidad establecida en las primeras frases entre

candidato y electorado: éste contará “con el alma, con nuestro corazón,

con nuestra voluntad venezolana en las urnas electorales”, como

si fuera su voto, y no el de los demás compatriotas, el que debiera

decidir la contienda. En el breve texto concurren cuatro alusiones a

la venezolanidad; tres referidas explícitamente a “los que me apoyan”,

una sola a los “que no me apoyen”, ya que los mismos quedan incluidos,

con los anteriores, en el conjunto de “todos los venezolanos”.

Triunfalismo, venezolanidad y caudillo quedan así retóricamente de

nuevo asimilados.

Si bien las cuñas socialcristianas recurrían asimismo de manera

preferente al tema de la marcha y la concentración, carecieron

del impacto triunfalista de las adecas. Presentaron, ciertamente, de

manera obsesiva y casi exclusiva al candidato, hacia el inicio de la

campaña en cuñas-biografías que mostraban su currículo, y, hacia la

fase final, su interacción con las masas. Examinemos la más difundida

de estas últimas:

**IMAGEN AUDIO**

Eduardo Fernández entre

manifestantes que avanzan en un

pequeño pueblo. Disolvencia.

Locutor (en *off*):

Si tenemos el valor de abandonar

las políticas fracasadas del pasado.

Si creemos en nosotros, en nuestro

futuro, y le damos una opción al

cambio.

Eduardo Fernández habla a

jóvenes de aspecto modesto que

se apoyan en una pared de ladrillo.

Disolvencia.

Primer plano de hombre maduro,

moreno.

Primer plano de hombre maduro

con bigotes.

Durante muchos años nuestro

pueblo, honesto y trabajador, ha

sido olvidado.

Plano general de jóvenes de aspecto

pobre, que saludan con el gesto de

la V de la Victoria. Disolvencia.

Es tiempo para una generación

nueva.

Eduardo Fernández avanza en

cámara lenta, entre dos mujeres,

una de las cuales carga a un niño.

Disolvencia.

Es tiempo para que Venezuela

brille con la esperanza de un nuevo

liderazgo.

Primer plano de las tarjetas de

Copei, con fotografía del candidato

y leyenda: El Tigre

¡El Tigre! ¡El Presidente nuevo!

**144 145**

Contrasta con la asertividad accióndemocratista, la reiteración de

oraciones en modo condicional: *Si* tenemos el valor... “*Si* creemos en

nosotros... Las mismas comunican incertidumbre, antes que seguridad.

El resto del mensaje es impersonal: “...ha sido olvidado”... Es *tiempo* para

una generación nueva”... Es *tiempo* para que Venezuela brille”... El “nuevo

liderazgo” es presentado al final, más como una consecuencia de esos

factores impersonales que como una causa. Y sus efectos son asimismo

poéticos y remotos: “que Venezuela brille con la esperanza”.

Contacto físico: niños, ancianos, ancianas

El estilo de enunciación del texto es mimetizado, punto por

punto, por la imagen. Frente a la compacta unidad del tema visual accióndemocratista

(marcha acelerada, filmada en tiempo real), la marcha

eduardista es presentada en cámara lenta, con disolvencias que

sugieren un clima onírico. Las cuñas acciondemocratistas presentaban

al elector como masa abigarrada y anónima, o como individuos

incorporándose activamente a la marcha: las socialcristianas tienden

más a presentar a los electores individualizados, pero casi siempre en

actitud de estática contemplación. Quizá fueron pensadas para un receptor

más individualista, de clase media o clase alta, pero los sujetos

representados eran visiblemente víctimas de la pobreza crítica.

La descalificación del adversario como ideología

¿Qué se debatió en los medios audiovisuales durante las campañas

pasadas? En el plano ideológico, nada. En vano intentarán los televidentes

recordar definiciones, o comparaciones entre socialdemocracia

y socialcristianismo, liberalismo e intervencionismo, o cualquier otra.

Por lo mismo que la campaña ideológica se centró en la presentación

del caudillo, el debate versó sobre la descalificación de éste.

Tal constante admite una precisión. En las tres últimas campañas,

los socialcristianos han tendido a descalificar personalmente al

*candidato* oponente, mientras que los acciondemocratistas buscaron

desprestigiar a las *administraciones* copeyanas. El medio preferente

de los socialcristianos ha sido plantear como argumento decisivo la

excelencia individual de su candidato frente a la supuesta minusvalía

del adversario.

Este argumento era ya clásico en las campañas de Copei, que

invariablemente presentaban a su candidato Rafael Caldera como *el*

*mejor*. La campaña de 1978 realzó la figura de Luis Herrera Campíns,

calificando la negativa de Luis Piñerúa Ordaz a asistir a un debate televisado,

como imperdonable falta de coraje. Durante la campaña de

1983, Caldera apeló al mismo argumento, con éxito discutible. Cuando

Jaime Lusinchi aceptó por fin el reto, utilizó con éxito la estrategia

de llamar a la cooperación más que al conflicto (“este es un debate absurdo”),

y se permitió tomar poco en serio al retador. Caldera perdió

visiblemente los estribos, lo que no contribuyó a confirmar su deseada

imagen de triunfador olímpico.24 Como bien apuntan Aldo Lubrano y

Rosa Haydee Sánchez en *Del hombre completo a Jaime es como tú*,

lo que realmente sorprendió fue la actitud desequilibrada

de Caldera, quien, fiel a su predicamento, bajó

del pedestal a las arenas de la lucha política. Ya no

veíamos al Presidente, este hombre se molestaba, se

indignaba, rogaba que le contestaran cartas, pedía más

debates, rendía cuentas y esto sí sorprendió.

También apuntaba a la descalificación personal del adversario otra

de las más difundidas cuñas de campaña televisiva de 1983. Mientras

aparecía en la pantalla el primer plano de un cronómetro, decía:

Locutor: (en *off*) Cuando Caldera fue Presidente la

primera vez, aumentó el número de casas construidas

para la gente necesitada. Él duplicó el número de

liceos y también duplicó el número de instituciones

universitarias. Él otorgó títulos de propiedad a 33.000

familias campesinas. Cuando salió de Miraflores dejó

24. Welsch, Friedrich. *El mensaje político del debate*, p. 65.

**146 147**

un promedio anual de sólo 3.6% de inflación, y junto

con Rómulo Betancourt ayudó a fundar y sostener esta

democracia. En los próximos veinte segundos, trate de

recordar siquiera una cosa que haya logrado el otro

candidato para Venezuela. (Pausa). Por todo esto, Venezuela

entera necesita a Caldera.

La cuña llamaba a la connivencia del espectador, y tuvo un innegable

impacto, pese a su desviada retórica. Evidentemente, el adversario

no podía exhibir ejecutorias que sólo son propias de un presidente. En

realidad, la cuña ha debido llamar a comparar administraciones, pero el

estilo socialcristiano siempre ha preferido la descalificación personal.

Muestra de dicha tradición fue la cuña que comparaba a Eduardo

Fernández y “el otro”, durante la campaña de 1988:

Paralelamente con esta cuña, fueron difundidos supuestos

“boletines informativos” (en realidad cuñas socialcristianas) que

afirmaban que el candidato blanco había perdido popularidad por

su negativa a debatir la cuestión del Golfo. Es probable que así fuera,

pero ello no se reflejó de manera significativa en los resultados

electorales. En honor a la verdad, hay que recordar que la administración

de Luis Herrera Campíns había nombrado una comisión,

presidida por el jurista Luis Herrera Marcano, para negociar justamente

dicho diferendo con la hermana nación. En esa oportunidad

no se conoció ninguna protesta pública de Eduardo Fernández. Fue

un movimiento de opinión cívica, encabezado por Pedro José Lara

Peña, el que obligó a engavetar el proyecto. El ultranacionalismo populista

es tan intermitente como sus campañas.

**IMAGEN AUDIO**

Mapa de Venezuela con los límites

de 1830. Del mismo se van retirando

las porciones correspondientes a los

Llanos de Casanare y la Goajira. Un

patrón de rayas diagonales cae sobre

la Guayana Esequiba.

Locutor (en *off*): A través de los

años, otros países se han apoderado

de nuestro territorio y de riquezas

que nos pertenecen.

En estas elecciones, tú decides si

entregaremos o no a Colombia

parte del Golfo de Venezuela.

Eduardo Fernández, de frente, en traje

formal, habla enérgicamente, gesticulando

con el puño derecho.

Mapa de la zona occidental de Venezuela,

con trazados que delimitan

áreas del Golfo.

Sobre el mapa, aparece un parche que

cubre incompletamente un letrero.

Eduardo Fernández no cederá ni

un milímetro de nuestro territorio.

El otro candidato reconoció

que Colombia tiene derechos sobre

nuestro Golfo.

De espaldas, borroso por un efecto

de cuadriculado electrónico, aparece

un calvo que hace el saludo de manos

alzadas.

Él es (pitido que impide oír el

nombre). Por eso no se atreve a

debatir, sobre este tema.

Imagen del Lago de Maracaibo.

Uno de estos dos hombres será

electo Presidente.

Comparten la pantalla la imagen

borrosa de “el otro”, y la imagen

gesticulante de Fernández.

El futuro del país está en tu voto.

Primer plano de las tarjetas verdes. ¡Tú decides! ¡Vota verde!

**148 149**

Un candidato por encima de toda controversia

La respuesta de Carlos Andrés Pérez a estas descalificaciones

perso-nales fue la misma de Lusinchi: declarar todo debate inútil, negándose

siquiera a nombrar al adversario, y afirmando, por el contrario,

que su interlocutor era el pueblo. Así, en la cuña en donde aparece

con traje claro, hablando a la cámara:

*Carlos Andrés Pérez*: No he querido perder tiempo en

polémicas inútiles ni en responder agresiones de mis

adversarios. Me dediqué a plantear lo que el país quiere,

lo que el país busca en estos momentos en que nos

estamos jugando el futuro: el tema del costo de la vida,

el problema de la deuda pública, el de la inseguridad

personal, del desempleo, de la pobreza crítica: esos

son los temas fundamentales sobre los cuales yo me he

comprometido con todos los venezolanos, y vamos a

cumplir porque voy a contar con ustedes.

*(Letrero: Carlos Andrés Pérez, el Presidente)*

De nuevo, la controversia ideológica es sustituida por el argumento

clásico populista: la presentación de los *objetos del deseo* como

ya logrados. De los cinco “temas”, cuatro por lo menos (costo de la

vida, deuda pública, desempleo, pobreza crítica) tienen que ver con

el valor que hemos aislado como supremo en el discurso populista: el

abastecimiento. Más que “temas”, son promesas que “vamos a cumplir”:

luego, a entregar al votante.

La ubre inagotable

Pues a falta de explicaciones, buenas son dádivas. A mediados

de 1988, una cuña mostraba las manos del líder acciondemocratista

saludando; y luego, primeros planos de manos de trabajadores que

exprimían leche de una ubre (sustituto criollo del cuerno de la abundancia),

cosechaban vegetales y accionaban máquinas.

Acompañada del *jingle*:

*“Esas manos que ves son de Carlos Andrés”*

La sugerencia era obvia: por alguna alquimia milagrosa, el proceso

de producción de bienes parecía realizado enteramente por el

candidato. Incluso el ordeñado de la munífica y maternal ubre.

Hacia la misma época, otra cuña representó al mismo dirigente

corriendo entre lluvias de papelillo dorado, explícita alusión a la lluvia

de arroz que augura a los cónyuges fertilidad y riqueza, a la lluvia

de oro que fecundó a Dánae, y a la de monedas de oro con la que se

coronaba a los antiguos zares.

El último trimestre del año, el *jingle* “Ya Carlos Andrés ganó”

apareció conjuntamente con una secuencia de imágenes que representaban:

un conjunto de gaitas, contoneándose; hombres y mujeres

que agitaban pompones y banderolas blancas; tres actores caracterizados

como reyes magos, con coronas y vestiduras doradas; un bosque

de manos que alzaba banderolas blancas; un malabarista que

jugaba con bolos; un prestidigitador que sacaba una paloma blanca

de la nada; una vista general de la celebración, y un primer plano de

manos sellando las dos tarjetas blancas. La asociación era evidente: el

candidato equivalía a jolgorio perenne, espectáculo de circo, personajes

mágicos que traen regalos, malabarismo, magos que sacan cosas de

la nada. En una cápsula: la retórica populista.

Más concretas fueron las cuñas que pudiéramos llamar de

*gracias por favor concedido*, expresión de agradecimiento público

que hacen los devotos a los santos que han concedido milagros.

Tradicionales en todas las campañas acciondemocratistas (forman

el centro del tema: “Con los adecos se vive mejor”), en la de 1988

se tradujeron en testimonios de estudiantes que habían logrado

graduarse gracias a una beca de Fundayacucho, y artesanos que

habían montado un taller gracias a créditos recibidos durante la

primera presidencia de Pérez. El tema de la dádiva aparecía así

**150 151**

magistralmente unido al de la obsesión populista por la ascensión

social individual.

Alusiva también a la dádiva fue la cuña en la cual diversos electores

sellaban las tarjetas blancas, mientras mencionaban los diversos

bienes que lograrían de tal manera. Al presentar primeros planos de

las manos en el acto de sellar, reiteraba el tema de las *Manos que ves*:

*Mujer joven*: ¡Por nuestros hijos! Arriba y a la izquierda.

*Hombre joven*: ¡Por la seguridad! Arriba y a la izquierda.

*Moreno con camisa de colorines*: ¡Por el pleno empleo!

Arriba y a la izquierda.

*Mujer joven*: ¡Por Venezuela!

*Locutor*: Arriba y a la izquierda. Por Carlos Andrés Pérez,

vota blanco.

Dádiva y acto de votación quedaban así simbólicamente ligados.

Pero la dádiva debe quedar asociada, ante todo y por sobre todo,

al candidato mismo. De allí que la campaña cerrara con una diversidad

de cuñas en las cuales el líder, con traje oscuro y contra el fondo

de una biblioteca, recitaba variaciones de las ofertas de su programa

*Acción de gobierno para una Venezuela moderna*:

*Carlos Andrés Pérez*: El mantenimiento es realmente

desastroso y la ineficiencia ya es sumamente preocupante.

Se ha llegado a la conclusión de que hay que cobrar

los servicios a los usuarios. Yo no estoy de acuerdo.

La medicina básica debe dársela gratuita a las gentes

que recurran a los hospitales. De otra parte vamos a

designar a las sociedades de usuarios para que formen

parte del elenco organizativo de los hospitales, y así garanticemos

el control y la eficiencia en el control y el

mantenimiento.

*Locutor:* (en *off*) Arriba y a la izquierda.

Por Carlos Andrés, vota blanco.

Este bombardeo de ofertas de dádiva, mágicas o concretas, recibidas

o por recibir, pero siempre ligadas a la intervención providencial

del dirigente, quizá fue responsable de la eficacia de la campaña.

Eran, por otra parte, promesas enteramente manipulativas. En la misma

*Acción de gobierno para una Venezuela moderna*, que circuló limitadamente

desde octubre de 1988, por el contrario, se ofrecía una serie

de medidas —liberación de precios, alza de las tasas de interés, eliminación

de subsidios, restricción del gasto social, alza de las tarifas de

los servicios públicos— que castigarían a las mismas clases dominadas

cuyas esperanzas halagaba. En las primeras semanas de gobierno,

todas estas medidas impopulares fueron implementadas. No se cumplió

ni una de las ofertas de dádiva hechas en la campaña audiovisual.

La insinceridad del mensaje es directamente proporcional al alcance

del medio (V. Cap. 7).

El pasivo pueblo

Siguiendo otra de las reglas del mensaje populista, en el medio

audiovisual, el pueblo es presentado como sujeto carente y pasivo.

Este tratamiento forma ya una larga tradición, y es uniforme en las

diversas organizaciones del estatus. El líder providencial tiene como

contraparte multitudes menesterosas y anónimas, entre las cuales

destaca fugazmente algún rostro marcado por la espectacularidad de

su indigencia.

Así, la campaña de Luis Herrera en 1978 elevó a la fama a “Aleida

Flores y su hija Carlota Josefina”, una madre desamparada que vivía

en una barraca de refugiados, que se convirtió en prototipo de quienes

esperaban que el candidato “Arreglará esto”.

Una de las cuñas más difundidas de la campaña de Lusinchi en

1983, la acompañada por el *jingle* “¡Sí!” presentó las siguientes caracterizaciones

del pueblo: a) Mujer madura, en cocina modesta, que

deja las ollas en las que está cocinando. b) Señor entrado en años,

que reposa en un chinchorro y se levanta al escuchar un tumulto. c)

Minusválido que se incorpora y echa a andar usando muletas. d) Tres

**152**

grandes columnas de personas vestidas de blanco, que se integraban

a una gran marcha, encabezada por el candidato. Minusválidos, ancianos

reposeros y cocineras pobres son arrancados por un breve instante

de su condición de inactividad o de sometidos a tareas serviles,

para cumplir con la función trascendente de seguir al líder.

Porque parece que, para ellos, no existiera otra. En la cuña de

la misma campaña que se iniciaba con la afirmación de que “los gobiernos

copeyanos siempre han paralizado el país”, en la imagen, engranajes

de máquinas se iban inmovilizando con un ruido siniestro

hasta que, al son del *jingle* “pongamos al país en marcha”, las máquinas

arrancaban de nuevo y los bienes aparecían en las cadenas de montaje,

sin intervención visible de manos humanas. De nuevo, la mágica

mención del nombre del líder y la imagen de éste desencadenaban

por sí solas la aparición de los bienes de consumo, sin que el pueblo,

aparentemente, desempeñara trabajo creador alguno.

Una idéntica contralectura es posible con respecto a las cuñas

que ofrecen dádivas en la campaña de 1988. En todas, sin excepción,

se presupone la pasiva carencia del elector. En las acciondemocratistas,

como hemos visto, becarios y titulares de créditos, indigentes y

electores, se unen a marchas que remediarían milagrosamente sus

necesidades. En las cuñas socialcristianas apareció una nueva versión

de la “madre indigente” —desenmascarada luego por los adversarios

como empleada municipal— y una paralela procesión de niños pobres,

jóvenes mal vestidos y hombres maduros agotados, contemplando

en onírica cámara lenta el paso centelleante del líder, cuya figura

era exaltada con disolvencias de amaneceres y explosiones de estrellas.

Advertía el locutor que “durante muchos años nuestro pueblo,

honesto y trabajador, ha sido olvidado”. En última instancia, el pueblo

sirve para ser recordado, como los muertos: para ser convocado subjetivamente

a la memoria como otro dato más almacenado en ésta.

Cada cinco años, con ocasión de la campaña.

**SEGUNDA PARTE**

**La ideología populista**

**155**

**4. El mensaje populista**

**4.1. Los actores en el campo político**

No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que

determina la conciencia.

Marx, Carlos y Federico Engels.

*La ideología alemana, p.26.*

No hay en las ciencias sociales tema más ideologizado que el de

la ideología. Nos proponemos utilizar el término en el sentido que le

dan Marx y Engels:

Los hombres son los productores de sus representaciones,

de sus ideas, etc, pero los hombres son reales

y actuantes, tal y como se hallan condicionados por un

determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y

por el intercambio que a él corresponde, hasta llegar a

sus formaciones más amplias. La conciencia no puede

ser nunca otra cosa que el ser consciente, y el ser de

los hombres es su proceso de la vida real. Y si en toda

ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos

como en cámara oscura, este fenómeno responde

a su proceso histórico de vida, como la inversión de

los objetos al proyectarse sobre la retina responde a su

proceso de vida directamente físico.1

Ideología es, entonces, falsa conciencia, proyección invertida de

relaciones reales. Esta inversión alcanza difusión determinante en una

sociedad gracias a condiciones muy precisas:

1. *Loc. Cit.*

**156 157**

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes

de cada época; o, dicho en otros términos, la clase

que ejerce el poder material dominante en la sociedad

es, al mismo tiempo su poder espiritual dominante.

La clase que tiene a su disposición los medios para la

producción material dispone con ello, al mismo tiempo,

de los medios para la producción espiritual, lo que

hace que se le sometan, al propio tiempo, por término

medio, las ideas de quienes carecen de los medios

necesarios para producir espiritualmente. Las ideas

dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de

las relaciones materiales dominantes concebidas como

ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada

clase la clase dominante son también las que

confieren el papel dominante a sus ideas.2

El populismo es ideología en cuanto reflejo distorsionado de

unas determinadas relaciones sociales. También lo es en cuanto producción

espiritual de clases dominantes, que a través de ella expresan

y afianzan su dominación, obligando a aceptar esta visión deformada

a quienes “carecen de medios para producir espiritualmente”.

Toda ideología tiene dos niveles: uno explícito, denotativo, superficial,

aparente, que expone una visión deformada de la realidad.

Y un segundo nivel, que pudiéramos llamar implícito, connotativo u

oculto, que contiene las conexiones entre esa deformación de la realidad

y los intereses y prejuicios de la clase que la produce. Para revelar

el primer nivel basta, por lo regular, confrontarlo con los hechos. Para

descubrir el segundo, es necesario utilizar a menudo complejos instrumentos

de análisis, a fin de poner de manifiesto lo que el discurso

no nombra de manera directa, pero de todos modos transmite por

medios más o menos desviados.

2. *Loc. Cit.*

Una ideología política tiene asimismo tres grandes “temas”:

a) La definición de los actores que intervienen en el campo

político.

b) La definición de los valores que sirven como objetivos de la

acción, y que los actores desean ver cumplidos.

c) La definición del conjunto de actos y de procesos que tales

actores cumplen a lo largo del tiempo para lograr esos

objetivos.

El análisis de la ideología, por tanto, comporta determinar quiénes

intervienen en el campo político, cómo proceden a lo largo de la

historia y para qué lo hacen.

Para cada uno de estos objetivos resulta apropiado un específico

método de análisis.

Así, para determinar quiénes son los actores políticos según la

ideología populista, nos valdremos del análisis de algunos de los más

importantes documentos programáticos o doctrinarios, en los cuales

sus ideólogos tratan de definir las propias organizaciones. Agruparemos

sus enunciados, tal y como ellos los redactaron, conforme a la metodología

para el análisis de los roles actanciales propuesta por Greimas.

Para el análisis de los valores sostenidos en el discurso populista,

nos valdremos del modelo propuesto por Rokeach para el análisis de

los valores, a fin de lograr un cuadro sincrónico, es decir, simultáneo,

de las prioridades que rigen tal discurso (V. 5).

En tercer lugar, a través del análisis de diversos textos, reconstruiremos

la imagen diacrónica, es decir, evolutiva, que el discurso populista

quiere imponer en relación a la historia de Venezuela (V. 6).

Las tres categorías de análisis revelan distintos niveles de distorsión

y nos aproximan a comprender los mecanismos que la producen.

Mediante cada una de ellas trataremos de evidenciar tanto el nivel explícito

(denotativo) del mensaje, como su nivel implícito (connotativo).

En las secciones relativas al caudillo como *mensaje* y a los *códigos*

*del mensaje* (V. 1 y 2), hemos visto que tanto los ritos de la práctica po**158**

**159**

lítica como los diversos códigos de la comunicación (imágenes, emblemas,

tipos de habla) constituyen en sí mismos signos portadores

de información, y por lo tanto, susceptibles de transmitir ideología.

En esta sección nos centraremos en el estudio de los signos lingüísticos

(escritura, verbalidad), no en cuanto significantes en sí mismos,

(un modo de decir algo tiene ya un sentido especifico), sino en

relación al significado que quieren trasmitir. Hemos visto cómo dicen

cosas los populistas. ¿Qué quieren decir?

Ello plantea el problema de escoger las muestras a ser analizadas.

La gestación y auge del populismo cubre varias décadas y diversas

etapas. Si bien Acción Democrática es fundada en 1941, tanto Betancourt

como diversos ideólogos del partido han reivindicado como

antecedentes de la misma a organizaciones tales como la Agrupación

Revolucionaria de Izquierda (ARDI), de 1931; el Movimiento de Organización

Venezolana (ORVE), de 1936; y el Partido Democrático

Nacional (PDN), del mismo año. Al acoger, desde 1941, la candidatura

de Rómulo Gallegos a la Presidencia, y renovarla en 1947, la

organización acoge los idearios ético-civilistas del escritor.3 Por ello,

hemos incorporado a este estudio manifiestos y textos que dan cuenta

de dichas etapas y aportes ideológicos. Tanto sus contradicciones

como sus coincidencias resultan reveladoras.

En determinadas oportunidades, la organización debió también

participar en la redacción de documentos con otros actores políticos.

Dos de ellos son particularmente interesantes: Las *Respuestas al cuestionario*

*que le impone la Gobernación del Distrito Federal a efectos de su*

*legalización al Partido Acción Democrática*, en 1941, y el *Pacto de Punto*

*Fijo*, suscrito el 31 de octubre de 1958.

En el primer documento, AD demuestra estar dentro de los límites

de la legalidad establecidos por el post-gomecismo. En el segundo,

conjuntamente con los también populistas Partido Social Cristiano

Copei y Unión Republicana Democrática (URD), suscribe un acuerdo

3. Dichos textos están recogidos, por ejemplo, en *Acción Democrática y los primeros programas políticos*;

en *Acción Democrática, doctrina y programas*; y en *Documentos para la historia de Acción Democrática*, de

Marco Tulio Bruni Celli, compilaciones que tienen un carácter casi oficial para el partido.

para mantener el sistema político dentro de límites que no difieren sustancialmente

de los admitidos en las *Respuestas* de 17 años antes. También,

excluye explícitamente a las organizaciones comunistas (como lo

hacía la Constitución vigente en 1941, en función de la cual fueron redactados

Cuestionario y Respuestas). Ambos documentos señalan las

fronteras políticas que el sistema impuso al populismo, y que éste nunca

transgredió. Por ello consideramos indispensable su análisis.

Además, incluimos la *Doctrina y programa de AD* en 1958, *Un*

*pacto para la democracia social*, con el que su candidato concurre a las

elecciones de 1983, y la *Acción de gobierno para una Venezuela moderna*,

con la cual Carlos Andrés Pérez compite en las de 1988. Los tres documentos

compendian casi un cuarto de siglo de evolución ideológica.

Tres observaciones son pertinentes en cuanto a los textos mencionados.

En primer lugar, no constituyen el tema privilegiado del

mensaje populista. Ninguno de ellos fue difundido hasta la saturación,

como sí lo han sido las prácticas y las figuras de los líderes, y

los slogans vinculados a ellos. Ninguno de tales manifiestos ha sido

elevado a la categoría de *biblia* del movimiento, por el estilo de un

*Mein Kampf* o *La Razón de mi vida* de Eva Perón. No sólo son poco

publicitados: algunos son verdaderamente difíciles de conseguir. Pareciera

que las organizaciones los redactan por mero compromiso

para luego relegarles al olvido y concentrar su mensaje en el líder y las

conyunturas políticas circunstanciales: ello confirma el personalismo,

el particularismo y el pragmatismo antiintelectual del populismo.

El público también parece percibirlo así. En una encuesta de la

empresa Gallup, el 44 % de los entrevistados contestaron que Acción

Democrática se ha alejado “de sus principios originales como partido

del pueblo y de los trabajadores”. Un 31,9% opinó que se mantiene

fiel. Un 24,1% no sabía o no contestó. El periodista Leopoldo Linares

se preguntó al respecto si “¿esos partidos, desdibujados ideológicamente,

no se estarán convirtiendo en movimientos de opinión organizados

única y exclusivamente con fines electorales?”.4

4. Linares, Leopoldo *,*“La ideología quedó atrás”. *El Nacional.* 14/4/1985, p. D-1.

**160 161**

En segundo lugar, en ellos la escritura impone sus reglas. Al estudiar

la praxis política de los caudillos indicamos que varios de los mensajes

implícitos en ella son de difícil traducción al lenguaje conceptual; o que,

traducidos a él, revelan su endeblez lógica. Por lo tanto, el redactor de

los textos programáticos del partido no incluye explícitamente en ellos

ni el pensamiento mágico, ni el autoritarismo, ni el patriarcalismo del

dirigente, ni las groseras parodias folclorizantes del pueblo que plagan

otras manifestaciones del mensaje populista. A nadie se le ocurrirá explicitar

en un programa que el líder tiene derecho al mando por macho, por

sortario, por hembrero, por vestir trajes ruralizantes o por comer platos

típicos, como sí aparece connotado en otras formas de la propaganda. El

redactor del programa, como el *Príncipe* de Maquiavelo,

debe tener mucho cuidado de que no le brote nunca

de los labios algo que no esté empapado de las cinco

virtudes citadas, y de que, al verlo y oírlo, parezca la

clemencia, la fe, la rectitud y la religión mismas, sobre

todo esta última.5

Poco aparecen en los programas esas dos esencias del mensaje

populista que constituyen su especifidad: el carisma del líder y las

interpelaciones nacional-populares.

Dichos textos doctrinarios y programáticos, en todo caso, presentan

u omiten un conjunto de actores y les atribuyen o dejan de

atribuirles ciertas funciones, revelando así la visión ideológica que sobre

el campo social y político quiere transmitir el emisor.

Estimamos que el método más adecuado para poner de manifiesto

tales contenidos es el análisis de los roles actanciales, propuesto

por Algirdas Julien Greimas. Observó éste, a partir de las investigaciones

de Propp, que en todo relato parecían repetirse un número

limitado de “actantes”, es decir, de entes que cumplen un acto o son

afectados por las consecuencias de él.6

5. Maquiavelo, Nicolás. *El Príncipe*. Cap. XVIII, p. 85.

6. Greimas, Algirdas Julián. *Semántica estructural*, pp. 261-293.

Así, en todo relato figuran los “actantes” o “protagonistas” siguientes:

**Sujeto:** AD

**Objeto:** Mejoras educativas, asistenciales y laborales

**Destinador:** AD

**Destinatarios:**

El pueblo (clase obrera, campesinos, sectores

medios: comerciantes, pequeños industriales,

profesionales, técnicos, empleados e intelectuales

progresistas).

La reacción (alta burguesía comercial, bancaria e

industrial, latifundista y capital monopolista)

**Adyuvante:** El pueblo

**Adversarios:** La relación

Es obvio que, en oportunidades, los *actantes* pueden confundirse.

El *sujeto*, por ejemplo, puede también ser *destinador* y *destinatario*.

Quien “se busca a sí mismo” es a la vez *objeto* y *sujeto*. El método en

todo caso, permite organizar el contenido de las narraciones con reveladora

claridad.

El análisis de los actantes fue desarrollado, en principio, para

estudiar relatos. Pero pronto resultó obvio que podía ser empleado

fructíferamente en cualquier tipo de texto. El mismo Greimas facilitó

el siguiente ejemplo de análisis de la ideología marxista:7

Posteriormente, Guita Grin Debert aplicó el mismo método al

análisis del discurso populista en Brasil, con resultados particularmente

esclarecedores.8

Veamos los resultados del análisis de los textos programáticos

antes señalados.

7. *Loc. Cit*.

8. Debert, Guita Grin. *Ideología y populismo*, s, p.

**162 163**

**4.2. Rómulo Gallegos: artículos de Alborada (1909).**

**Civilismo contra militarismo**

En 1909, un grupo de jóvenes escritores, entre los cuales figuraba

Rómulo Gallegos, funda la revista cultural *Alborada*. En ella publica

un conjunto de ensayos sobre la oposición entre el civilismo y los

gobiernos de facto. Por distanciados en el tiempo que puedan parecer

con respecto a la fundación de los organismos populistas, tales ensayos

tienen el interés de que abordan el tema del imperio de los principios,

la legalidad, la constitucionalidad y la representatividad, contra

el personalismo: son consignas que dichos partidos apropiarán posteriorniente.

Cuando Gallegos, en fin, acepta la candidatura por AD, 32

años más tarde, su discurso versará casi exactamente sobre las mismas

disyuntivas.9 Ellas constituyen, todavía hoy, el argumento central de

legitimación de tales organizaciones: el electoral.

Un milagro político

Examinemos en bloque el conjunto de los ensayos publicados

por Gallegos en los números de *Alborada*, más el artículo “Necesidad

de valores culturales”, aparecido en el número 496 de *El Cojo Ilustrado*

(15 de agosto de 1912). La esencial continuidad y trabazón de la

tesis sostenida nos autoriza a darles tal tratamiento. (Para simplificar,

citamos y parafraseamos las páginas de la edición de *Una posición en*

*la vida*, de Humanismo, México, 1954).10

Gallegos se anima a escribir porque “parecen advertirse las señales

que anuncian el advenimiento de aquel milagro político desde

largo tiempo esperado como única solución eficaz del complejo problema

de nuestra nacionalidad republicana”. Las *señales* son el derrocamiento

de Cipriano Castro por Gómez; el *problema* es, en verdad,

complejo.

9. Bruni Celli, Marco Tulio. “Discursos-Programa de Rómulo Gallegos al aceptar la candidatura”.

*Documentos para la historia de Acción Democrática* pp. 131-144.

10. A partir de aquí y en los próximos doce párrafos, todas las comillas hacen referencia a citas de

diferentes páginas del contenido de la obra de Gallegos: *Una posición en la vida.*

Hombres y no principios

El mismo consiste, esencialmente, en que se ha tenido “por equilibrio

ese estado anormal que determina la presión de un individuo

sobre la colectividad”. La causa de nuestros males, pues, está en que

hemos tenido hombres y no principios ya que “la realidad viva de un

hombre es para él (pueblo) más que una doctrina política”.

“Principios y no hombres” había sido la consigna del recién derrocado

Cipriano Castro. Gallegos la invierte para denostar el personalismo

del caído. Esta preponderancia del “prestigio del jefe”, que

es a la vez “señor absoluto”, ha llevado al país a vivir en un estado casi

permanente de guerra, cuando no en una “paz de campamento”, y al

regionalismo, que no es más que una “suerte de funesta anarquía” en

la que “cada ciudad, cada uno de los más míseros villorios tiene su

caudillo popular, intercesor inmediato entre la ciudadanía y la patria”.

Tal situación anula a la vez el imperio de las leyes, y la influencia

civilizadora de los partidos, de los poderes, de la prensa y de la educación.

Las leyes se violan de una manera fatal. Los partidos están

en decadencia o bien “no han existido aún en Venezuela” en el sentido

propio del término, ya que “abundan en alma bélica y adolecen

de civismo: son núcleos de sugestionados en torno a guerreros”. Los

poderes están inermes frente a “gobiernos esencialmente ejecutivistas”,

y son “instrumento dócil a los desmanes del gobierno que, por

sí solo, convoca o nombra a los que han de formarlos”. La prensa, por

su parte, está acostumbrada al silencio; mientras que el educador es

“el cómplice del tirano”, por cuanto ahoga “las virtudes de iniciativa e

independencia”. Vivimos pues, en la “barbarie”, ya que “América es la

selva virgen, el suelo inexplorado e inculto, la tierra baldía, el desierto,

el analfabetismo, la barbarie, el instinto cerril y señero, la carencia de

principios, de disciplina e ideales”.

Europa es la civilización

Los remedios contra esta preponderancia del caudillismo belicista

consisten en que el pueblo “abandone de una vez este bárbaro

**164 165**

expediente por el otro, más culto y eficaz, de la acción civil”, y logre

“la victoria definitiva del civil”. Para ello se deberá “inculcar en la conciencia

social el respeto a la ley”. Con respecto a los partidos, se deberá

“desvirtuar el carácter bélico de tales agrupaciones, fortaleciendo

en ellos el elemento civil”, instalando en ellos la “idea esencial de colectividad”

y el carácter de representante que justifica al líder. Con respecto

a los poderes, su eficacia advendrá cuando “el pueblo escogiera

a los hombres que han de representarlo en el legislativo, libremente

y entre los que no tomen parte en la política militante del momento.”

La prensa debe garantizar que “la opinión nacional tenga un valor

efectivo o suficiente a equilibrar la acción de los poderes”. Se debe

tender —más que a atiborrar al educando de informaciones— a la

educación de la voluntad. En síntesis, nuestro remedio sería Europa,

ya que “Europa es la civilización, y la civilización quiere decir campos

cultivados, población, caminos, industria, cultura, disciplina social,

conciencia social, ideales sociales”.

Masas tardas e ignaras: raíces de la misma raza

Pero ¿cómo llevar a cabo estas reformas? Nuestro pueblo, en

sentir del ensayista, está integrado por “multitudes amorfas, de origen

híbrido, formadas por la fusión aún no realizada de diversos elementos

étnicos, en las que luchan atavismos y supervivencias de todas las

razas”, por lo que sobre ellas, “es tan inútil querer edificar nada sólido y

estable”. El carácter de “nuestra raza no ha cristalizado todavía en una

forma netamente definitiva.” Aún no se ha “fundido en un conjunto

homogéneo”, de donde vienen la “heterogeneidad y el aislamiento”

regionales.

Este carácter aún no definido presenta, sin embargo, para el escritor,

rasgos tales como los de que “su mentalidad es bastante rudimentaria”;

tiene un “campo limitado de su vida de inteligencia” y presenta

una cultura “mezquina y tardía”.

Son, en verdad, entonces, “masas tardas e ignaras”, y ello se debe

a las “funestas cualidades de la herencia” que “tienen su origen en las

raíces de la misma raza”. Es la misma “condición de raza, digamos, de

los educandos, perezosos y frívolos por natura1eza”.

De allí que “en política como en religión, nuestro hombre del pueblo

es fetichista”; y en virtud de una “supuesta índole guerrera”, “se ha

constituido en hordas y montoneras y se ha fusilado mutua y cordialmente

en despoblados”. ¿Quién corregirá esta “condición de raza”?

La superior dirección de la inteligencia: exótica, o mejor

dicho, extranjera

Repentinamente, el autor se confunde con uno de los actantes o

protagonistas de su ensayo. “A nosotros –dice– incumbe el deber de

preparar los senderos al hombre del mañana, cultivando en el pueblo

los gérmenes del civismo”. ¿A quién designa este “Nosotros”? A los intelectuales,

que son “fruto de selección, producto de una cultura siempre

superior a la general cultura de su medio, y a veces de su tiempo”,

ya que los “principios directores, entre los cuales, en hora buena, pueden

contarse las instituciones y las leyes”, no pueden “salir del mismo

estado mental de las masas, porque lo inferior no puede producir lo

superior, sino que tiene que venir de arriba, de aquellas capas sociales

que corresponden a un estado de cultura más adelantado”.

Toca, entonces, a los intelectuales “llevar la luz hasta las conciencias

oscuras”, exhortándolas a “la participación activa y directa en el

gobierno”; a integrar “cuerpos espontáneos, asociaciones políticas,

económicas, etc...” y a equilibrar la influencia del guerrero con “la no

menos necesaria del hombre de intelecto que retribuye a aquél en luz

su contingente de fuerza”.

Esta intelectualidad que nutre al pueblo de principios, a su vez

“se nutre de la savia europea, como nuestros comerciantes de sus productos”,

ya que, en definitiva “exótica, o mejor dicho, extranjera, tiene

que ser nuestra cultura”. Su acción puede ser ejercida “como en Alemania,

desde el poder, y más o menos autoritariamente; o como en

Inglaterra, comenzando desde abajo con la propaganda y el ejemplo”.

Quedan así abiertas al intelectual dos opciones, que pueden desem**166**

**167**

bocar en una tercera: o la colaboración con el poder, o la pedagogía a

través del “órgano”, o fracasados ambos caminos, la acción violenta y

personalista.

Hasta aquí, hay una concreta narrativa que podemos sintetizar

usando el esquema de Greimas y de Propp: Un *destinador* (los intelectuales)

capacitará a un *destinatario* (las masas tardas o ignaras) para manejar

un *objeto* (la conciencia cívica) que le permitirá derrotar a un *oponente*

(el caudillismo guerrerista) en beneficio de su *sujeto* (Venezuela).

Rómulo Gallegos-*Alborada*, 1909

**Sujeto**: Venezuela

**Objeto**:

Gobierno unitario surgido de elecciones

Programa mínimo

**Destinador**: El electorado

**Adyuvante**:

AD

Copei

URD

**Oponente**:

Las fuerzas antidemocráticas

El Partido Comunista de Venezuela (implícito)

Quien planteare debates sobre materia distinta

de “planchas y candidatos”

Después de formular estas difusas aspiraciones civilistas en

1909, Gallegos lleva cordiales relaciones con la dictadura de Gómez,

hasta que rompe públicamente con ella en 1931 (V. 6. III). El mismo

año, Betancourt descalificará en el Plan de Barranquilla a los proyectos

de “asociaciones cívicas” como fruto de “espíritus simplistas”. Sólo

en 1939, en el programa del Partido Democrático Nacional, se ocupará

al fin del “sufragio universal”. Y en 1941 apoyará la candidatura

simbólica de Rómulo Gallegos a la presidencia. Después de casi tres

décadas de olvido las “asociaciones cívicas” y la “dignificación civil”,

servirán de argumento legitimador al populismo, y de preámbulo al

golpe cívico-militar de 1945, que será apoyado por Gallegos.

**4.3. El Plan de Barranquilla (1931):**

**lenguaje izquierdizante, práctica reformista**

En 1931, se congregan en Barranquilla varios de los exiliados

con motivo de la protesta del año 1928. El ministro Arcaya los había

tildado de comunistas; algunos de ellos intentarán desviar la acusación

alegando que la censura de Gómez habría impedido la llegada de

tales ideas a Venezuela: “Vamos a hacer trizas la etiqueta con que nos

catalogó Arcaya para dejar enfatizada la orientación de un movimiento

que ha sido exclusivamente antidictatorial”, escribirá Betancourt.11

Una docena de ellos suscribió el 22 de marzo de 1931 el documento

llamado Plan de Barranquilla.

Años más tarde, Betancourt reconocerá la autoría del mismo, y

afirmará que en él ya están esbozadas ideas que luego serían accióndemo-

cratistas: “Ya madurado mi pensamiento, fui el redactor del

documento llamado Plan de Barranquilla, el cual tiene la peculiaridad

histórica de ser el arranque de la filosofía y el programa que en la

actualidad configuran a Acción Democrática”.12

Para la época, sin embargo, intentaba justificarlo en carta a Miguel

Otero Silva, diciendo que “no ha sido formulado con criterio de

lógicos sino de materialistas”, y presentándolo como imitación de la

táctica de Trotsky de hacer revoluciones mediante la coartada de programas

moderados.13 Es por este carácter amplio del documento que

11. “En las huellas de la pezuña”. Citado por Sosa, Arturo y Eloi Lengrand. En: *Del garibaldismo estudiantil*

*a la izquierda criolla*, p. 37.

12. Betancourt, Rómulo. *Acción Democrática, un partido para hacer historia*, pp. 19-20.

13. Servicio Secreto de Investigación. *La verdad de las actividades comunistas en Venezuela* (*El Libro Rojo*),

pp. 28-285.

**168 169**

estimamos importante su análisis: un texto susceptible de ser presentado

por su propio autor y en épocas diversas como marxista o como

socialdemócrata, ciertamente debe tener méritos como antecedente

ideológico del populismo. Veamos.

Habla la dialéctica materialista

¿Quién habla? Toman la palabra “los de las rigurosa dialéctica

materialista”, quienes han emprendido con

el análisis penetrante de la situación venezolana, la

aplicación al estudio de su evolución histórica de los

métodos de la ciencia social contemporánea (…) el

esfuerzo decidido de ir más allá de las explicaciones

superficiales de los fenómenos para buscarles su causa

última.14

Al final del Plan, se caracterizan los autores como dueños de un

“criterio más realista y positivo, nutrido de doctrina y de historia”,

en virtud del cual han articulado su plataforma “con postulados de

acción social y antiimperialista”.15

El emisor del discurso se presenta, pues, como un marxista intelectual.

Mensaje sin destino

¿A quién se dirige el Plan? ¿Quién es el receptor ideal del discurso?

En principio parecerían ser los doce políticos exiliados que lo

firman, encabezados por Rómulo Betancourt, ya que “los que suscriben

este plan se comprometen a luchar por las reivindicaciones en él

sustentadas, y a ingresar como militantes activos en el partido político

que se organizará dentro del país sobre sus bases”.

14. Bruni Celli, Marco Tulio. “Plan de Barranquilla”. *Acción Democrática y los primeros programas políticos*,

p. 50-51.

15. A partir de acá, y hasta la descripción del Plan de Barranquilla según el modelo de roles actanciales

propuesto por Greimas, todas las comillas resaltan citas textuales de dicho plan, incluido en la publicación

de Bruni Celli citada anteriormente.

Masas, no clases: Hambre, ignorancia y vicio

El Plan, sin embargo, parecería dirigido a una audiencia más amplia:

las “masas”. Las cuales, sin embargo, son mencionadas siempre en

tercera persona, no como un destinatario directo, sino como un tercero.

Las mismas, por ejemplo, “están armadas de la resolución vehemente

de armarse”.

El principal rasgo de ellas es su cuantitatividad: aparecen nombradas

como “masas” quince veces, y como “multitud”, un par de

veces. Estas menciones del número preponderan sobre las calificaciones

clasistas: se las nombra como “clases productoras” dos veces;

como “clase trabajadora”, dos veces; y nuevamente como “masas

obreras y campesinas”.

En tal categorización son más escasos los rasgos precisos de ubicación

en una clase específica. Refiriéndose a épocas históricas, se habla

en dos ocasiones de “esclavos”; una vez de “proletariado urbano”;

una de “campesino”; otra de “trabajadores manuales”. Las caracterizaciones

del nivel de vida son también comparativamente más escasas:

se habla en una ocasión de “bajos fondos sociales”, y una vez de “clases

bajas”. Sólo una vez aparece la mención “pueblo”.

Desde su primera enunciación, el mensaje populista está dirigido

a una “masa” caracterizada más por su cuantía que por una específica

pertenencia a una clase.

Resulta interesante la calificación de esa masa. Es, ante todo,

“expoliada” en condición “semihambrienta” y de “ignorancia”; “sin libertad

económica, analfabetos y degenerados por los vicios”, cargada

con “taras sociales” tales como el “aguardiente” y la “jugada”; y, en definitiva

“ignaras” (es exactamente el mismo adjetivo que usó Gallegos

21 años antes). Su balance es “hambre, ignorancia y vicio”. La “masa”

aparece definida por un conjunto de carencias. Hasta sus dirigentes

legalistas están afectados de “la tradicional indolencia venezolana

para ahondar problemas”.

**170 171**

Los enemigos son el capital extranjero y el caudillismo

¿Quiénes son los oponentes del emisor del discurso y de las “masas”?

El “capital extranjero” es el adversario que merece el mayor

número de menciones en el texto (16 veces). Quizá se lo reputa el

más importante. Su tácita alianza con los “explotadores criollos” es

mencionada dos veces. En seis instancias es calificado explícitamente

como “imperialismo”, es decir, un capital aliado a políticas de expansión

de potencias extranjeras, llevadas a cabo por “La secretaría

de Estado norteamericana”; ya que “el capitalismo imperialista necesita

apoyar y sostener en el gobierno de los pueblos donde hace

inversiones a hombres sin escrúpulos ni noción de defensa nacional

para asegurarle el máximo de rendimiento a sus *trust* y carteles inversionistas”.

El segundo oponente del emisor del discurso y de la “masa” es

“Gómez, el gobierno de los Gómez”, mencionado en nueve instancias.

Si entendemos como sinónimo la mención del “despotismo”

(seis veces), deberíamos acreditarle 15 menciones. Pero el despotismo

no sería otra cosa que una expresión más del “caudillismo” (mencionado

seis veces) o de los “militaristas” (nombrados tres veces). Y

el caudillismo, a fin de cuentas no hace más que asegurar los derechos

de “el capitalismo extranjero y la casta latifundista”; entre quienes “ha

habido una alianza tácita en toda época.”

La burguesía nacional no es enemiga: los terratenientes

no serán tocados

Llama la atención, en este cuadro de adversarios de las “masas”, la

omisión de menciones al capitalismo nacional. Se nombra a la burguesía

criolla sólo una vez, como protegida sucesivamente por la oligarquía

conservadora y la oligarquía liberal en su derecho de —conjuntamente

con el capital extranjero— “explotar en la ciudad y en el campo a los

trabajadores manuales y a los sectores intelectual y medio no corrompidos.”

Este derecho a explotar “en el campo a los trabajadores manuales”

conferido a “la burguesía”, sugiere que el término no está usado en su

sentido propio y que se la asimila a los terratenientes.

Tampoco parece ser propio el uso del término cuando se habla

de la “burguesía colonial”: la clase dominante de la colonia estaba integrada

casi en su totalidad por terratenientes. En la única frase donde

se emplea adecuadamente el término se lo hace para especificar que:

“Siendo agraria nuestra realidad, la burguesía urbana e industrial apenas

comienza hoy a cobrar fuerzas.” Es decir, se la menciona sólo para

descalificarla como actora en la escena social y política, y minimizar

su importancia como adversaria. Hay una fugaz mención al “capitalismo

nacional y extranjero” en el punto VII del Plan, para establecer

que se revisarán los contratos y concesiones celebradas por la nación

con aquellos. Para la época, la intervención del “capitalismo nacional”

en materia de concesiones era apenas de intermediario entre el gobierno

y las compañías foráneas. El capital nacional, por tanto, sólo

será tocado en la medida en que haya servido de pantalla a un capital

internacional.

Los terratenientes no son amenazados de expropiación en el

Plan, ni de otra medida significativa. En relación a la “tiranía imperialista”,

la “revolución social” se limitará a revisar sus contratos.

Los aliados son sublevados, antigomecistas y revolucionarios

sociales

En su venidera sublevación contra Gómez, las masas tienen no

sólo adversarios (los latifundistas y el capital extranjero), sino además

aliados. Podemos establecer una jerarquía en la importancia de

estos aliados:

1) *Los iniciadores de la futura sublevación*, ya que “como Porfirio

Díaz y como Juan Manuel Rosas, Gómez será arrollado por el

primer imitador de Madero o Urquiza que transporte a Venezuela,

en ésta o aquella forma, rifles, y cartuchos”. Es llamativa,

sin embargo, la falta de precisiones sobre la identidad de

**172 173**

este aliado que desencadenará “acontecimientos que llevarán

fatalmente a la revolución”.

No son los suscriptores del Plan; tampoco parece haber una excesiva

confianza en tales agentes del derrocamiento, ya que el punto

II exige la “confiscación de los bienes de Gómez, sus familiares y servidores;

y comienzo inmediato de su explotación por el pueblo y no

por jefes revolucionarios triunfantes”. Si no se adelantan las reformas

previstas en el Plan, “nuestra próxima revolución será una de las clásicas

danzas de espadas venezolanas, sin trascendentales repercusiones

en el organismo nacional”.

Parece entonces que la única credencial de tales agentes de la sublevación

será su capacidad de introducir armas y fusiles, y convertirse

en “jefes revolucionarios”. La descripción conviene a los antiguos

caudillos surgidos del latifundismo. En los hechos, la oposición antigomecista

de las ciudades confió en las tentativas de caudillos rurales

como Chalbaud, Urbina, Rescaniére, Arévalo Cedeño y Gabaldón, e

incluso participó fugazmente en ellas.

Ello no obsta para que el Punto I del Plan proponga la “exclusión

de todo elemento militar del mecanismo administrativo, durante el

período preconstitucional”, y “la lucha contra el caudillismo militarista”.

No se explica cómo se podrá excluir a elementos caudillistas militares

de un nuevo régimen impuesto, en parte, gracias a su iniciativa.

El problema no estará resuelto todavía para el trienio 1945-1948.

2) El segundo aliado está constituido por *los del esfuerzo y labor*

*polarizados exclusivamente hacia una finalidad inmediata: derrocar*

*el gomecismo*.

Es una vanguardia ineficaz a) que sólo centra sus esfuerzos en

derrocar el gomecismo; b) que cree que tal régimen podrá ser suprimido

con una mera reforma en la superestructura política; c) que fía

lo esencial de dicha acción en las “asociaciones cívicas”; 4) que cree

que tal cambio se podrá dar mediante reformas constitucionales y

moralización de la administración.

Este tipo de proyecto condenado por ineficaz se asemeja bastante

al predicado por Gallegos en *Alborada*, y al propuesto durante el

trienio 1945-48, y en 1958, en el Pacto de Punto Fijo.

3) Un tercer aliado está constituido por *los propulsores de la revolución*

*social*: Este ayudante se identifica con el emisor del discurso:

es el que se propone ir más allá de las “aspiraciones retrasadas”

de legalistas y civilistas, al postular que “nuestra revolución

debe ser social, y no meramente política”. Es el ayudante

que permitirá al sujeto “pueblo” obtener el objeto “revolución

social”, descrito como *objeto del deseo* al final del Plan.

Esta condición de ayudante está apenas sugerida, ya que no se

establecen operativos precisos para el logro de la revolución social,

salvo la definición de sus objetivos.

Un mínimo objeto del deseo: aspiraciones atrasadas, legalismo,

dádivas

El *objeto del deseo*, a pesar de haber sido descrito como “revolución

social”, es luego considerado “programa mínimo” porque “el suscrito

hoy por nosotros apenas contempla los más urgentes problemas

nacionales, y porque el contenido mismo de nuestros postulados de

acción es apenas reformista”.

Así descrito el objeto, “revolución social” o programa “reformista”,

se imponen varias conclusiones:

a) En su esencia, las medidas propuestas parecen coincidir con

las previstas por los formalistas, juridicistas y civilistas que se

limitaban a postular la reforma de la “superestructura política

y la presencia del elemento civil en la administración”. No otra

intención tienen las consignas previstas en los puntos I, II, III,

IV y VIII. ¡De ocho puntos del plan, cinco coinciden con las

“aspiraciones atrasadas” de los “espíritus simplistas”!

b) Las restantes postulaciones, que podríamos llamar sociales

(decretos protegiendo las clases productoras de la tiranía

capitalista, “desanalfabetización” y educación, revisión de

**174 175**

contratos y concesiones, nacionalización de caídas de agua

y control estatal de servidos públicos), apenas trascienden

el referido marco legalista. En efecto, postular decretos que

protejan a las clases productoras de la tiranía capitalista, presupone

la subsistencia de esta última y la fe en la eficacia del

instrumento jurídico para refrenarla. La educación había

sido propuesta por Gallegos como precondición de la acción

cívica. La “revisión de los contratos y concesiones celebrados

por la nación con el capitalismo nacional y extranjero”

presupone la supervivencia de contratos y concesiones

como modos de gestión. La política económica contraria a

la contratación de empréstitos había sido ya adoptada por

Gómez, que canceló totalmente la deuda pública en 1930.

Las caídas de agua no constituían para la época objeto de

mayor interés económico; el control por el Estado de los

monopolios de servicios públicos no tenía más carácter que

el de reforma superestructural.

c) En el cuerpo del programa se mencionan otras reivindicaciones

(“protección efectiva para el proletariado urbano, mejorando

y elevando su estándar de vida; un pedazo de tierras

sin capataces y sin amos para el campesino, desposeído por

la voracidad del terrateniente”) que se recibirán como dádivas.

No se explica a costa de quién se lograrán. En otras palabras,

no se mencionan como antagonistas a un capitalista

que deberá ceder parte de la plusvalía al trabajador o a un

latifundista que deberá entregar sus tierras al campesino. La

donación parece darse por sí misma y sin costo para nadie.

Se articula, desde un principio, el estilo que caracterizará a

la promesa populista: la de una dádiva que se producirá sin

intervención del proceso de lucha de clases.

De acuerdo con el modelo de roles actanciales de Greimas, tendremos

entonces el siguiente esquema:

Plan de Barranquilla

**Sujeto:** Las masas

**Objeto:** Programas mínimos de reformas

**Destinador:** Jefes revolucionarios triunfantes

**Destinatario:** Las masas

**Oponente:**

El capital extranjero

El gobierno de Gómez

Los latifundistas-caudillistas

**Adyuvante:**

Iniciadores de la futura sublevación

Enemigos de Gómez

Propulsores de la revolución social

El Plan de Barranquilla no es, desde luego, la “segunda Carta

de Jamaica” que creyó ver en él Mariano Picón Salas, llevado, según

confiesa, por un “poco de tropicalismo”.16 También ha sido presentado

como el “primer ensayo de historiografía venezolana influido por

el marxismo”.17 El análisis precedente nos muestra que sólo lo es en

apariencia. No basta aludir a la “rigurosa dialéctica materialista” para

caracterizarlo como tal. Categorías como la “burguesía colonial” no

causan gran impresión en personas acostumbradas al uso de conceptos

marxistas.

El Plan, por el contrario, califica de manera perfecta como documento

programático del reformismo. Lo es por su apelación a una

*masa* definida antes que todo por su número, y casi despojada de atributos

clasistas. Lo es por el escamoteo como enemigo de clase del

capital nacional, y por su elección como antagonista del capital ex-

16. Picón Salas, Mariano. “Carta a Betancourt del 15/9/1931”. *El libro rojo,* p. 222.

17. Suárez, Naudy, citado a su vez por Manuel Caballero. En: *El 18 de octubre de 1945*, p. 23.

**176 177**

tranjero y del “caudillismo latifundista”. Esta alineación constituirá el

frente típico de los populismos latinoamericanos.18

El Plan es reformista, también, por sus alcances: concluye proponiendo

un conjunto de modestas mejoras a ser logradas mediante

la convocatoria de una constituyente.

Con razón Miguel Otero Silva, en su “Carta a Betancourt”, lo

asimila casi a las ideas de los socialdemócratas, con su “actitud de traición

hacia las masas proletarias, papel subordinado a los intereses y a

los deseos del capitalismo europeo”.19

Dos rasgos coronan todavía al “Plan”, y contribuyen a situarlo de

perfecta manera dentro de las caracterologías del discurso populista.

La primera, es su explícito y vacuo empleo de la palabra “revolución”.

Todavía más propia de él es la apelación a un líder carismático,

que parece implícita en la afirmación de que “hasta ahora no ha tenido

Venezuela en su ciclo de República ningún hombre cerca de la masa,

ningún político identificado con las necesidades de la multitud”.20 El

documento se supone salido de una incipiente organización de políticos

que lo suscriben: no se prevé en manera alguna el papel que

cumplirá esta organización en los acontecimientos futuros, ni su modalidad

de acción, ni su estructura.

Es posible que sólo sea el marco para que surja por fin el “líder”

al lado de las masas, que convierta la sublevación armada en reformismo,

y éste, en “remedios fáciles”. Se comprende que el Gallegos

civilista de 1909 y el Betancourt reformista de 1931, con todas sus

aparentes divergencias, cooperaran a partir de 1941.

18. Lanni, Octavio. *La Formación del Estado populista en América Latina*, pp. 77.

19. Otero Silva, Miguel. “Carta a Betancourt”. *El libro rojo,* p. 81.

20. *Ibídem*.

**4.4. Manifiesto-programa de ORVE21 (1936):**

**hacia el Estado moderno**

Al fallecer Juan Vicente Gómez en diciembre de 1935, los opositores

exiliados regresan al país. La muerte del dictador libera una

efervescencia política que se expresa en grandes protestas de masas

—como la que el gobierno reprime sangrientamente el 14 de febrero

de 1936— y en la apresurada formación de organizaciones como el

Movimiento de Organización Venezolana (ORVE), que crean Betancourt

y parte de los firmantes del Plan de Barranquilla. Examinemos

su “Manifiesto-programa”.

Urgencias sin sujeto

Del lado positivo están “una voluntad de renovación y superación

del atraso venezolano en que nos tuvo sumido un régimen bárbaro”;

y una serie de urgencias:

urge la organización, la movilización de todas las fuerzas

sanas del país en un firme designio de recuperar

nuestra tradición histórica; urge la formación de una

gran disciplina nacional que nos permita imponer un

ritmo y una voluntad a nuestra empobrecida existencia

económica y espiritual.

Todas estas urgencias y deberes están redactadas sin especificación

del sujeto: parecen ser fuerzas sociales sin protagonistas e incluso

sin causas específicas, surgidas por sí solas y sin intervención del

pueblo (a quien, en última instancia, deberíamos referir las mismas).

En otras palabras, se esconde el sujeto del plan político.

21. Bruni Celli, Marco Tulio. *Op. Cit,* pp. 61-67.

**178 179**

Antiintelectualismo y vibración popular

El manifiesto-programa insiste en el antiintelectualismo del Plan

de Barranquilla. “No estamos estancados en fórmulas intelectuales

—advierte en el quinto párrafo— ORVE sencillamente aspira a recoger

la vibración de la vida venezolana”.

El octavo párrafo reitera que “más que a cuestiones doctrinarias

de pura metafísica política”, la opinión debe orientarse “en esta primera

etapa de nuestra existencia civil, hacia la solución de concretas

realidades venezolanas”: los problemas de la miseria, de la salud, de

las primeras letras, interesan más al pueblo que “aquellas cuestiones

de debates doctrinarios o de pura forma constitucional, en que se

entretuvo la mentalidad política de otras épocas”. Son curiosas afirmaciones

en un documento redactado y suscrito esencialmente por

intelectuales. Con ellas, o se rehuye una definición doctrinaria aún no

establecida, o se quiere esconderla. Así, el destinador del plan político

también es ocultado.

El caudillismo y el capital extranjero como adversarios:

el capital nacional no lo es

Afirma el tercer párrafo, que “bajo el régimen pasado no hubo

existencia nacional”, ya que “el Estado servía a dos intereses opuestos

a la nacionalidad: a la penetración exterior y al caudillaje lugareño”.

Aparecen aquí, de nuevo, los dos adversarios ya mencionados en el

Plan de Barranquilla. De nuevo, no figura ni siquiera mencionado

como adversario el capital nacional: se esconde el protagonista esencial

de la nueva acomodación económica que producirá el reparto de

la riqueza petrolera.

El Estado como conciliador, árbitro y providencia

Establecidos dichos adversarios, cabría esperar que “las fuerzas sanas”

orientadas por ORVE los aniquilaran a fin de que dejaran de causar

tantos males. Nada de ello. Las carencias del país serán solucionadas

por un nuevo actor: Venezuela, que “se apresta a transformarse en un

Estado moderno”. ORVE aspira a “dar a cada hombre y a cada grupo

social su puesto de vigilancia y de combate en las luchas por el Estado

moderno y la justicia social”. ORVE quiere una democracia “donde las

funciones del Estado no sean capturadas por las fuerzas del dinero, por

el cohecho o por la violencia”. Quiere un país “donde el Estado unifique

y concilie la discordia colectiva”. Al interés individual, opone “el concepto

de deber social y de responsabilidad ante el Estado”. El designio

de ORVE “es movilizar fuerzas sanas y activas de la nación para vencer

nuestro atraso y crear el Estado moderno venezolano”. De los cinco objetivos

de ORVE, el segundo es “hacer de Venezuela un Estado moderno,

realizando la unidad política, económica y moral de la nación”. Y a

pesar de que el tercer objetivo es “orientar la conciencia pública hacia

las soluciones de los grandes problemas concretos de la nación”, es evidente

que dichos problemas también habrán de ser solucionados por el

Estado: sanidad y asistencia social, educación, establecimiento de una

economía nacional próspera y autónoma, transportes, mejoramiento

de la condición social del obrero urbano y rural.

También son atinentes al Estado los puntos 4° y 5° del programa:

Modernización de las Fuerzas Armadas y establecimiento de la carrera

administrativa.

Este deseado “Estado moderno”, y no ORVE, es el actor esencial

del Plan. Sin necesidad de ejercer ninguna fuerza explícita contra los

enemigos (penetración extranjera, caudillismo) causantes de todos

los males, es conciliador de discordancias, unificador político, económico

y moral de la nación, solucionador de todos los problemas concretos

de ésta, dispensador de justicia y eficiencia, y a la vez perfectible

mediante la modernización de las fuerzas armadas y el establecimiento

de la carrera administrativa. El Estado moderno ocupa ahora

el lugar que en el Plan de Barranquilla se le atribuía a la sublevación

o a la revolución. Es, en definitiva, el Estado populista, que deberá en

el futuro asumir el cuido paternal de todas las carencias del pueblo,

sin ejercer acción alguna contra las fuerzas o estructuras causantes de

dichas carencias.

**180 181**

Así tenemos:

Manifiesto-programa de ORVE

**Sujeto:** Venezuela

**Objeto:** Estado moderno conciliador de la discordia colectiva

**Destinador**:

Las fuerzas sanas

Voluntad de superación y sublevación

**Destinatario:** Pueblo

**Oponente:**

Penetración extranjera

Caudillaje lugareño

Los latifundistas-caudillistas

**Adyuvante:** ORVE

El pueblo como receptor pasivo

Como es característico en el mensaje populista, el pueblo aparece

como receptor pasivo de bienes y servicios que entregará el Estado

por la intercesión o la inspiración del partido. Se esconde el conjunto

de operaciones o de procesos por los cuales el Estado producirá tales

bienes o a quién los quitará para darlos al pueblo. La dádiva parece

producirse por sí sola, sin la intervención de un conjunto de procesos

humanos creativos.

En definitiva, al tomar el poder, el populismo utilizará los inmensos

recursos de la Hacienda Pública para “unificar y conciliar la

discordia colectiva”, y “a1iviar” las más urgentes carencias sociales. La

experiencia le enseñará a usar las aspiraciones de modernización del

ejército para conquistar y luego retener dicho poder.

**4.5. El programa del PDN (1939)**

El Estado equilibrista

Tres etapas recorren la embrionaria organización denominada

Partido Democrático Nacional (PDN). En cada una de ellas emite un

documento de presentación.

En la primera, nace como intento de unificar a las izquierdas, con

un documento inicial, el Programa de 1936. Betancourt y el reducido

grupo de ORVE adhieren a é1.

Ilegalizadas por el gobierno de López Contreras las organizaciones

que integraron el PDN (Organización Revolucionaria Venezolana,

Partido Revolucionario Venezolano y Bloque Nacional Democrático),

el movimiento pasa por una etapa de clandestinidad en el curso

de la cual emite un segundo documento, su “Tesis y Programa”, de

1939. Adviene entonces un proceso de luchas internas que concluye

con una sonada ruptura entre el grupo que adhiere a Betancourt, de

tendencia cada vez más reformista, y los restantes grupos, de orientación

marxista.

Recuperada la legalidad en 1939, el PDN suscribirá un tercer

documento, el programa aprobado en su Primera Conferencia Nacional

en septiembre de 1939. Betancourt desautorizará posteriormente

el intento unitario del PDN de 1936, evitando toda mención a él en

su obra *Venezuela, política y petróleo*, y calificándolo despectivamente

después como “menestrón político confusionista”.22

En cambio “la tésis política y programa” del PDN ilegal de 1939,

en opinión de Bruni Celli, “constituye la más próxima y verdadera

base doctrinaria de Acción Democrática”.23 En efecto, más amplio

que los restantes documentos, incluye un análisis económico y social

de la Venezuela de la época, y a pesar de las repetidas autodefiniciones

como partido no clasista, incluye un análisis de las clases sociales

en el país. Gran parte de sus textos serán incorporados, con mínimas

22. Betancourt; citado por Bruni Celli, Marco Tulio en: *op. Cit,* p.21.

23. *Ibidem,* p. 28.

**182 183**

modificaciones, a los programas que adopta AD en 1958 y en 1964.

Hasta hoy, el partido no parece haber tenido necesidad de redefinir

las orientaciones doctrinarias en él establecidas.

Habla el sólido basamento doctrinario: ni generalizante,

ni principista, ni teórico

En el primer párrafo el emisor del discurso se presenta como

dueño de un “sólido basamento doctrinario”. Su programa y su táctica

han surgido “del estudio ahondado por varios años de los problemas

de la nación”. Es un “análisis serio”. Al mismo tiempo no es “simplista

la enunciación de principios generales”; ni “mecánico transplante de

concepciones teóricas y métodos de lucha”; tampoco es “europeizante”.

El redactor o redactores comienzan por atribuirse las penetrantes

dotes que también se confirió el autor del Plan de Barranquilla. Pero

faltan los términos marxistizantes. Están presentes sí, los denuestos

contra el exceso de teoría.

Ni reaccionario ni clasista

La “transformación económica y social del país”, afirma el

punto 2, “exige la existencia de un organismo político popular, no

clasista.” El punto 3 afirma que tal ente es el PDN, “y no otro”, ya

que ni “un partido reaccionario (el PAR-NAC, por ejemplo)”, ni “un

partido de centro (el P A N, por ejemplo)”, ni “un partido clasista

(el Partido Comunista, por ejemplo)”, llenarían tales condiciones.

El primero, por “representar a sectores de intereses opuestos a la

nación venezolana y a sus grandes mayorías”. El segundo, “por promulgar

reformas tímidas”. El tercero, por “la escasa densidad de la

clase específicamente obrera”. Mientras que las medidas “incisivas”,

“modernas” sólo pueden ser cumplidas por “un partido de amplias

masas populares”. Antes que cualquier otra cosa el PDN quiere definirse

por lo que no es: ni clasista (lo niega dos veces) ni minoritario.

Parece dispuesto a buscar ante todo el número, tema que en

seis párrafos de conclusiones reitera cinco veces: está al lado de “los

densos sectores populares”, de las “grandes mayorías”, de las “amplias

masas populares”, y descalifica a la clase obrera para dirigir un

“vasto movimiento”, por su “escasa densidad”.

Era, en todo caso, sólo una esperanza. Betancourt mismo reconocerá

que la organización era llamada “el partido del automóvil”

para aludir al hecho de que sus integrantes casi podían reunirse en un

vehículo.24

Frente de capas oprimidas, sin obreros

Aparte de esta cuidadosa definición por exclusión, el PDN se

presenta como “un frente orgánico de capas sociales oprimidas”.25

Tales capas son los “trabajadores intelectuales y manuales, campesinos

y amplios sectores medios”. Se omite mencionar explícitamente

a los obreros.

Tal ocultamiento no es casual. En el análisis de los sectores sociales,

que ocupa diez páginas del programa, sólo se le dedican cinco

líneas al “sector propiamente obrero o proletario”, ya que el mismo

“sólo existe en escasas fábricas, en las explotaciones petroleras y en los

campamentos auríferos de Guayana, en las empresas de pesquería y

en los centrales azucareros”.26 En la página inmediata, contradictoriamente,

se reconoce que “el sector obrero es el que presenta mayores

caracteres de estabilidad y el que en la lucha política ha dado mayores

pruebas de combatividad y abnegación, para, dos párrafos más

adelante, al mencionar las capas sociales en que encuadra el PDN,

esconderlos de nuevo, hablando sólo de “trabajadores manuales” (definición

que convendría también a los campesinos y artesanos mencionados

en el Plan). Curiosa reticencia hacia una clase obrera que a

finales de 1936 había demostrado su capacidad de paralizar durante

mes y medio la industria petrolera del país.

24. *Ibídem*, p. 27.

25. *Ibídem*, p. 116.

26. *Ibídem*, p. 105.

**184 185**

Frente de trabajadores, terratenientes y burguesía

Otros sectores concurren en el frente orgánico referido. El mismo

puede no sólo “neutralizar a amplios sectores poseyentes”, sino

además lograr “inclusive que individualidades lúcidas y de avanzada

de esos grupos sociales militen también en sus filas”; y ello

es perfectamente posible aún con respecto a algunos

terratenientes. El PDN “es también el único partido capaz

de conjugar su acción popular-revolucionaria con

la activa asistencia a los reclamos y consignas que plantean

los sectores progresistas de la burguesía nacional,

especialmente los de tipo industrialista”.

Terratenientes y burguesía nacional están, por lo tanto, representados

en el frente.

Latifundistas, banca y comercio exportador como adversarios

La definición de los adversarios no ofrece sorpresa. En la “ubicación

de los diversos estratos sociales de Venezuela” (se usa la expresión

estratos para aludir a lo que en buena parte son clases), se menciona a

la “clase latifundista”; al imperialismo y a su clientela (abogados, agentes

parlamentarios, altos empleados, etc.); y la burguesía, formada

por “alta banca, la industria, el fuerte comercio importador, el comercio

exportador”. En esta última se distingue el grupo bancario “ligado

sustancialmente, por sus intereses, a la coalición antidemocrática”, el

comercio exportador que “defiende la política de los grandes propietarios

de tierras de fortuna saneada y del imperialismo colonizante”.

En fin, “el comercio importador, los industriales progresistas, etc.”, no

puede ser categorizado como adversario ya que se “siente llamado en

función de los intereses que presenta, a una posición nacionalista”.

El Estado equilibrista

En todo caso, para resolver los citados antagonismos entre

sectores sociales, es necesario que se efectúe una transformación

de los obstáculos que traban el proceso social del país. Ellos son

“la reforma latifundista de explotación de la propiedad rural, la ilimitada

gestión usurera de la banca privada y el control de nuestra

economía por parte del imperialismo.” Dichas fuerzas “se obstinan

en mantener un Estado tarado por fuertes resabios absolutistas

e incapaz por lo mismo de admitir un régimen de democracia

política sobre amplia base popular”. Entonces, los “máximos

objetivos de la revolución democrática” venezolana consisten en

“quebrantar el sistema de propiedad feudal en el campo, desterrar

del país la usura bancaria y rescatar para la nación el control de

sus riquezas naturales, armando al pueblo con la dirección de un

Estado democrático”.27 La construcción en infinitivo (“armando al

pueblo”) impide determinar con precisión si la dirección del Estado

democrático será la causa, el efecto o la concomitante de tales

reformas. La enunciación general del “programa” lleva a pensar

que todo se hará por el Estado, gracias a su ampliamente señalada

capacidad financiera.

En efecto, esta potencialidad fiscal “en determinados momentos

le da fuerza para actuar aun contrariando los intereses de las capas sociales

que constituyen sus soportes históricos”. Sólo así se comprende

cómo dicho Estado

siendo de filiación latifundista, confiscó los bienes de

Gómez; cómo estando tan influenciado por la banca,

legisló sobre el Banco Central de Emisión y la reforma

bancaria; y por último, cómo siendo tan evidente la

presión que los sectores patronales más reaccionarios

ejercen sobre él, se mantiene en pie la legislación del

trabajo y aún en los períodos de reflujo sindical se afir-

27. *Ibídem*, pp. 116-117.

**186 187**

man las conquistas allí garantizadas a los trabajadores

manuales e intelectuales, tal como sucedió con la reglamentación

ejecutiva del reparto de utilidades.

Ello permitiría en los hechos, desde entonces, que el Estado continuara

la situación que el Programa le atribuye en esa época:

la posición de equilibrismo de los actuales dirigentes

del Estado venezolano que los lleva a hacer concesiones

al frente democrático y al frente reaccionario,

revela bien que no se ha realizado aún una soldadura

cabal y definitiva alrededor de él de las fuerzas sociales

retrógradas, y que los gobiernos venezolanos, cuando

tienen frente a sí un movimiento de masas en permanente

actitud de vigilancia y lucha, son aptos para eludir

en parte la influencia regresiva de los sectores resueltamente

definidos contra el progreso nacional, que

constituyen los soportes del Estado.28

Pero el programa deja sentada desde ya la mecánica populista

para la obtención de tales reformas: se lograrán más a costa de la

“potencialidad fiscal” y de la “potencialidad económica” del Estado,

que a costa de las clases antagónicas. Obtenido el control sobre esta

fuente que en apariencia permite dar sin quitar a nadie, se podrá

articular la inverosímil unión de trabajadores y burguesía en un sólo

frente orgánico, sin que el mismo amenace de muerte a sus adversarios:

imperialismo y latifundismo. Sólo cabrá, desde entonces, debatir

las cuotas del reparto. Mientras éste dure, queda postergado

todo conflicto insoluble.

Tenemos así, al subsumir los actores señalados en el esquema de

Greimas:

28. *Ibídem*, p. 116.

Tesis y programa del PDN:

**Sujeto: Venezuela**

**Objeto:**

Estado democrático

Concesiones estatales al frente democrático

**Destinador:**

Partido político popular no clasista

Estado equilibrista

**Destinatario:** El pueblo

**Oponente:**

Imperialismo y su clientela

Burguesía (alta banca, comercio exportador)

**Adyuvante:**

Trabajadores intelectuales y manuales

Campesinos

Sectores medios

Terratenientes

Burguesía nacional: Industrialistas

**4.6. Respuestas al cuestionario para la legalización**

**de Acción Democrática (1941): los límites del**

**reformismo. Propiedad privada, clases sociales,**

**familia y Estado**

Uno de los documentos que más aclaran la ideología accióndemocratista

se debe, paradójicamente, a la iniciativa de quien desempeñaba

para 1941 la gobernación del Distrito Federal, el Dr. Luis Gerónimo

Pietri. Los integrantes del PDN desean registrar legalmente

su organización, esta vez con el nombre Acción Democrática. Con el

nuevo apelativo quieren romper todo vínculo con la imagen del antiguo

PDN, conocido como Frente de Izquierda, y asociado con episodios

de clandestinidad, represión e incluso exilio. Hay, sin embar**188**

**189**

go, continuidad entre ambas organizaciones: como dice Betancourt,

“Acción Democrática fue el nombre con el cual legalizamos al clandestino

Partido Nacional, de tan activa como eficaz labor durante el

quinquenio lopecista”.29 De acuerdo al inciso 60 del artículo 32 de la

Constitución de la época y el artículo 32 de la Ley de Orden Público,

no se permitían las organizaciones comunistas. Acción Democrática,

para demostrar que no lo era, debió contestar lo que el mismo Betancourt

llamó un “cuestionario inquisitorial”.30

Particular interés revisten las preguntas: sientan los límites de

lo que el sistema estaba dispuesto a tolerar como actividad política

legal para la época. También las respuestas: establecen el monto de las

concesiones formales que la organización estaba dispuesta a hacer en

pro de la legalidad. La praxis histórica demostraría el alcance real de

las mismas. Las unas tenían la exacta medida de las otras.

A continuación reproducimos el conjunto de las preguntas,

acompañándolas en cada caso de extractos de las respuestas dadas

por la organización.31

1) *En relación con el derecho de propiedad*

a) ¿Debe abolirse la propiedad privada?

Nuestra respuesta es categórica: La propiedad privada no

debe abolirse (...).

b) ¿Debe abolirse la propiedad privada tan sólo sobre los bienes

de producción?

Nuestra respuesta es igualmente categórica: No debe abolirse

la propiedad privada sobre los bienes de producción (...).

Además, en el programa del partido se aboga por conquistas

reveladoras de una definida intención de hacer de todos los

venezolanos personas poseyentes de bienes de producción.

c) ¿A cuáles limitaciones debe estar sometido el derecho de

propiedad?

29. Betancourt, Rómulo. *Op. Cit*, p. 161.

30. *Loc. Cit.*

31. Bruni Celli, Marco Tulio. *Documentos para la historia de Acción Democrática*, pp. 300-312.

A las pautadas por la Constitución Nacional en el parágrafo

2 de su artículo 32 (...). En consecuencia, el partido quiere

expresar su concepto de propiedad afirmando que dentro

de aquellas que las leyes permitan propugnarían las que mejor

se conformen al principio de la “propiedad función social”,

en virtud del cual este derecho debe ejercerse en forma

que no cause entorpecimientos al bienestar general. Lo cual

determina que las restricciones que establezcan las leyes en

beneficio de la comunidad, encuentren justificación.

*2) En relación con la libertad económica*

¿A cuáles limitaciones debe estar sometido el ejercicio de la libertad

económica?

Nuestra contestación es semejante a la que acabamos de

formular. La libertad de industrias y la de trabajo sólo debe

sufrir aquellas limitaciones que reclamen “el interés público

o las buenas costumbres”, como en la Constitución está previsto

en el numeral 9 del Artículo 32 (…).

3) *En relación con la lucha de clases*

a) ¿La vida social es el campo de una lucha de clases?

La lucha por la vida entre los hombres o grupos de hombres

encuentra su más justificada limitación en la solidaridad

social (...).

Estas apreciaciones de carácter teórico tienen su aplicación

en nuestro programa cuando en él se propugna no el fomento

de la lucha de clases, sino la búsqueda de la armonía entre

las clases. Pensamiento éste que ya había expresado muy nítidamente

el presidente del partido en su campaña electoral,

cuando dijo, en discurso pronunciado en Barquisimeto el

23 de marzo de 1941:

Política de inteligencia y concordia entre capital y trabajo,

con el propósito de reducir al mínimo las pugnas

entorpecedoras de un progresivo desarrollo de la pro**190**

**191**

ducción nacional, y con la justiciera finalidad de que

las clases trabajadoras eleven su nivel de vida material y

espiritual conforme a seres humanos, les corresponde

producirlo y obtenerlo sin que hayan de recurrir a los

procedimientos revolucionarios, para que desaparezca

de nuestra organización social y económica la iniquidad

de la explotación del hombre por el hombre.

b) ¿Debe llegarse al establecimiento de una sociedad sin clases?

La respuesta a esta pregunta se deduce, lógicamente, de la exposición

anterior, de la cual se desprende que no debe llegarse a una

sociedad sin clases.

4) En relación con la familia

a) ¿Debe conservarse la familia como célula fundamental de la

sociedad?

Todos los conocimientos que nos suministran las ciencias

nos conducen a afirmar que la familia debe conservarse

como célula fundamental de la sociedad (...).

b) ¿Debe extinguirse la familia y ser suplantada por la colectividad

o por el Estado?

La familia no debe extinguirse, ni ser suplantada por la colectividad

ni por el Estado (...).

5) *En relación con el Estado*

a) ¿Debe el Estado suplantar al individuo, y en caso afirmativo,

en cuáles actividades y hasta qué punto?

Contestamos diciendo: No (...). Pero sí debe asumir todas

aquellas funciones que en determinadas circunstancias no

pueden los particulares desempeñar con la eficacia que requiere

el bienestar general (…).

b) ¿Debe el progreso de la sociedad proponerse como ideal la

supresión del Estado?

El Estado no debe ser suprimido y todo el contenido de esta

ya extensa exposición es un alegato en favor de la persistencia

de esta institución. Desde luego, como todo cuanto

existe, quedará sujeto a los cambios y ajustes que hagan necesario

el progreso.

Sobre el cuestionario y sus respuestas dirá posteriormente

Betancourt que “pasamos por esas horcas caudinas” y

añadirá que por ello “el programa de Acción Democrática

tuvo que ser un enunciado vagaroso de principios generales,

y no el concreto y sincero enfoque revolucionario de los

problemas del país y de sus soluciones posibles”. Por lo que

hubo “indudable disparidad entre la plataforma cautelosa,

elusiva, de AD y el análisis de la problemática venezolana

que popularizamos en la oposición y luego nos guió en el

gobierno”.32

Una fatalidad parece condenar entonces al Partido, desde el

Plan de Barranquilla, a presentar programas reformistas en

público, mientras en la práctica y en secreto se dedicaría a

un “sincero enfoque revolucionario”. Ciertamente, la plataforma

elusiva, según afirma Betancourt esta vez, no fue “por

deliberada intención nuestra sino a causa de las circunstancias

que condicionaron el nacimiento de AD”.33 Pero, ¿ha

sido dicha plataforma desmentida en la práctica?

Si examinamos las respuestas, veremos que éstas se adecúan

no sólo a los requerimientos del gobierno de López Contreras,

sino a las posteriores actuaciones de Acción Democrática

durante casi tres décadas de poder. En sus administraciones,

dicho partido ni ha vulnerado de manera significativa

la propiedad de los medios de producción, ni ha dado pasos

hacia la culminación de la lucha de clases. Efectuó, ciertamente,

la nacionalización de la industria petrolera, pero pagando

de manera generosa y hasta excesiva activos que de

todas maneras debían revertir gratuitamente a la nación en

1983. Y en cuanto a las clases sociales, su mayor preocupa-

32. Betancourt, Rómulo. *Op. Cit*, p. 162.

33. *Loc. Cit.*

**192 193**

ción ha sido, en efecto, mantener la “armonía entre ellas”, si

por armonía debe entenderse la explotación de las unas por

las otras.

El “cuestionario” muestra, indirectamente, el más sincero de los

programas del populismo: jamás excedió de los parámetros de aquellos

gobiernos que el propio Betancourt calificó como “albaceazgo del

gomecismo”.34

**4.7. Doctrina y programa de Acción Democrática**

**(1958): vocero del pueblo; instrumento de la**

**burguesía**

Caída la dictadura de Pérez Jiménez, la organización se prepara

para la vuelta al poder. En el primer párrafo de su “tesis organizativa”

aprobada en la IX Convención Nacional (10-16 de agosto de 1958),

Acción Democrática se atribuye las características

de partido democrático, policlasista, popular,

revolucionario, empeñado en ser el vocero más cabal

de las aspiraciones del pueblo venezolano, que ha sido

desde sus comienzos un partido de teoría y práctica de

democracia interna, circunstancia que se ha reflejado

en su organización y sus sistemas de trabajo, como partido

revo1ucionario.35

No existe en dicha declaración, ni en el conjunto de los programas,

ninguna adscripción explícita a una corriente política o una

doctrina específica. El documento se desglosa en cinco “tesis” (organizativa,

petrolera, sindical, agraria y educacional) que comprenden

breves análisis de cada uno de los temas, seguidos por enumeraciones

de objetivos.

34. *Op. Cit*, p. 101.

35. Bruni Celli, Marco Tulio. *Acción Democrática, doctrina y programas*, p. 58.

Dichas tesis se resumen en “bases programáticas” que exponen

una serie de metas o de paradigmas a ser logrados en lo político, lo

económico y fiscal, lo administrativo, lo social, lo asistencial, en la

cuestión agraria, en lo educacional y en lo internacional. Quizá el

orden de enunciación prefigura el del proceso: a través del dominio

sobre lo político, (que lleva consigo una cierta disposición de bienes

fiscales), una estructura administrativa reformada producirá efectos

en lo social, asistencial, agrario e internacional.

Sin embargo, ni las “tesis” ni las “bases programáticas” explicitan

claramente dicho proceso desde la situación inicial hasta el logro de

las metas. El populismo comienza escondiendo las clases, para luego

ocultar los procesos sociales.

Examinemos los puntos más resaltantes de dichas “tesis” y “bases”.

Lenguaje radical y práctica policlasista

Como sucede en anteriores documentos, las “tesis” recurren a

giros y motivos que recuerdan las categorías marxistas, cuando no a

menciones directas al socialismo científico y a sus creadores.

Así sucede, sobre todo, en el análisis de las clases sociales que

sirve de fundamento para la caracterización “policlasista”. Para los

redactores, las luchas de las clases desposeídas contra las clases que

dominan la riqueza se convierte necesariamente en lucha política, en

primer lugar contra la dominación de estas últimas.

Para medir el grado de explotación de estas clases se recurre a un

método “de acuerdo con Marx”,36 que intenta inferir la plusvalía expoliada

mediante la comparación de los incrementos del salario nominal

y de la productividad. Como los primeros sólo aumentan en un 17%

desde 1949 hasta 1955, mientras que la productividad aumenta en un

74%, se encuentra en ello “la prueba evidente de la explotación intensiva

a la que se ha venido sometiendo a los trabajadores”.

36. A partir de acá, las comillas utilizadas y los párrafos fuera de texto hacen referencia a citas textuales

de la obra de Bruni Celli citada en el llamado anterior.

**194 195**

Se argumenta, más adelante, “que la clase obrera se ha ganado,

pues, por mandato de la dinámica social, la función de abanderada del

movimiento revolucionario”. Y también, que “el éxito del Partido en la

dura batalla que libramos, radica en la utilización plena de las energías

y angustias que se agitan en el seno del proletariado”. El documento

afirma, por otra parte, que “el sistema social imperante no es sino la

consecuencia de la organización económica”. Y por si cupiera alguna

duda de las consecuencias que ello implica, puntualiza que los obreros

“no poseen más que su fuerza de trabajo y viven vendiéndola a los

capitalistas que poseen los instrumentos de producción”, por lo “que

entre estas dos clases se libra una guerra constante”. Más adelante, en

la “tesis agraria”, aclara que en la misma “se parte de la base filosófica

que interpreta los grandes movimientos políticos de la historia moderna,

como la expresión y la síntesis de las luchas económicas que se

libran en el seno de la sociedad”, ya que “nuestro tiempo histórico se

desenvuelve bajo el signo de la lucha de clases”.

Se dice, en fin (subrayado nuestro) que “*la clase obrera venezolana*

*concibe la evolución democrática como una marcha hacia el socialismo*”.

Por si cupiera alguna duda de la vigencia de esta lucha de clases

en el campo político, en la “tesis agraria” se expresa que “toda lucha

política es así una lucha de clases encaminada en definitiva a la emancipación

económica”; por lo que “los partidos políticos no son, en el

fondo, sino la representación de los intereses económicos de determinadas

clases sociales”.

Hasta aquí, las premisas parecen coincidir aproximativamente

con la doctrina marxista.

Lo “popular”: alianza de clases

La revolución, sin embargo, no puede ser realizada de acuerdo a

lo previsto por Marx, ya que

en América Latina no existe una poderosa clase trabajadora

industrial ya madura para esta tarea y que se

oponga con éxito y completamente sola a la clase capitalista,

esto es, a la burguesía. Por tal razón, la labor que

Marx asigna a la clase trabajadora tiene que ser realizada

entre nosotros por las distintas clases oprimidas por

el capitalismo.

Por ello, debe “existir la alianza de clases en el seno de ‘Acción

Democrática’. Es un frente de trabajadores manuales e intelectuales,

nacionalista, revolucionario, antifeudal y antiimperialista”.

¿Cómo ha de integrarse esta “alianza de clases”? Citamos *in extenso*

un párrafo de la *tesis agraria*, tan conciso, que la *tesis sindical* lo cita a

su vez:

Dos grandes sectores sociales polarizan en Venezuela

la lucha entre la democracia y la dictadura: el pueblo y

la reacción. Si por pueblo entendemos a los estamentos

sociales que no disfrutan los privilegios del poder y

la riqueza, el pueblo venezolano está integrado por tres

grandes clases sociales: la clase obrera, el campesinado

y los sectores medios (pequeños comerciantes, pequeños

industriales, artesanos, profesionales, técnicos,

empleados, intelectuales, progresistas, etc.).

La aristocracia del dinero, la minoría que ejerce el

dominio, la forman: la alta burguesía comercial,

bancaria e industrial, y la minoría latifundista

que detentan el 80 % de las tierras cultivables del

país. Sus intereses están íntimamente ligados al

capital monopolista que explota nuestras riquezas

naturales y nuestro mercado interno, consumidor

de mercancías importadas.

Ante esta caracterización de los antagonismos de clase venezolanos,

se especifica que “Acción Democrática es el Partido del Pueblo,

quiere decir que es el partido de la clase obrera, campesinado y la clase

media”.

**196 197**

Salvo la poco precisa mención a la clase media, el análisis sigue

todavía los lineamientos marxistas. Clase obrera, campesinado y sectores

“medios” están empeñados en una lucha contra la alta burguesía

comercial, bancaria e industrial, la minoría latifundista y el “capital

monopolista” (se entiende que debe ser extranjero). El intento de

subsumir a “los estamentos que no disfrutan los privilegios del poder

y la riqueza” dentro de la categoría de pueblo, cara a la retórica populista,

no desvirtuaría la precisión del análisis.

Ayudas para latifundistas, burguesía y capital extranjero

Como en el Plan de Barranquilla, las impresionantes premisas

marxistas desembocan en un programa de acción apenas reformista.

Los *latifundistas* sólo estarán sometidos a impuestos sobre las

tierras mantenidas fuera de explotación. La estructura latifundista

experimentará una “transformación” (no una eliminación); ya que

se dará “estímulo y estabilidad a las explotaciones agropecuarias

ejercidas por el sistema de empresas capitalistas que emplean medios

progresistas de trabajo y mano de obra asalariada protegida por

la legislación social y la organización sindical venezolana” (VI, 4°).

En resumen, se dará estímulo a una categoría de enemigos de clase

(los latifundistas) para que se transformen en otra categoría de adversarios

(capitalistas). Añadamos, de paso, que así ocurrió. Gran

parte de los antiguos oligarcas agrarios, aprovechando las pingües

indemnizaciones o las políticas crediticias ofrecidas por la Reforma

Agraria, devinieron capitalistas.

La *burguesía*, el segundo enemigo de clase, *tampoco será eliminado*.

Se amenaza con un “impuesto a los capitales estancados” Se

adoptará una “orientación del arancel de aduana y de la política comercial

con un criterio de protección al desarrollo de la industria

nacional y de las demás actividades productoras” (II, 11°).

Son los lineamientos de las políticas de sustitución de importaciones,

que aplicará el populismo desde el poder: alicientes crediticios

para la instauración de industrias, suministros de mercados cautivos

para sus productos a través de protección arancelaria y prohibiciones

de importación.

Tampoco está reservada una suerte particularmente dura al capital

foráneo, ya que las “bases” se proponen “favorecer las inversiones

extranjeras que contribuyen al desarrollo económico de la nación,

desalentando las que no llenen esa condición” (II, 5°).

Apenas se anuncian restricciones para el sistema bancario, el cual

“estará sujeto a la intervención del Estado”, pero ello para “asegurar el

cumplimiento de los planes de desarrollo económico” y propender

a que “todas las fuerzas productoras nacionales puedan contar con

créditos suficientes a plazos y tasas de interés razonable” (II, 14°). Es

justamente lo que hará el populismo: con las ventajas crediticias propiciadas

por el sector público, crecerá y se consolidará toda una nueva

burguesía.

Partido instrumento de la burguesía

¿A qué se debe esta flagrante oposición entre “tesis” y “bases”,

entre análisis y conclusiones? Hemos visto que la misma es propia del

populismo desde su primer texto, el Plan de Barranquilla. En el caso

de las bases, refleja la lucha de tendencias que tenían lugar dentro del

partido para la época de la aprobación del texto (agosto de 1958). La

vanguardia juvenil que había quedado en el país trabajó clandestinamente

con los comunistas, y junto con éstos sufrió persecuciones y

cárceles, e intercambió ideas y puntos de vista.

Dicha vanguardia esperaba, evidentemente, orientar en un sentido

radical el partido que acababa de volver a la legalidad. Entre los

redactores de las “tesis” figuraban dirigentes o intelectuales adscritos

a la orientación radical, que dejaron sentir sus ideas en el documento.

37 La IX Convención Nacional, que aprueba “en principio” las bases

37. Entre ellos, hemos confirmado la colaboración de Domingo Alberto Rangel, quien luego sería

expulsado de AD en 1960.

**198 199**

programáticas, adopta tesis bastante más moderadas, sin ocuparse de

revisar las premisas.

“Bases” y “tesis” reflejan, por lo tanto, la incómoda coexistencia

de un pensamiento marxistizante y de una praxis reformista dentro

del partido que se prepara para recuperar el poder en 1958. Los redactores

de las “bases” están concientes de ello y caracterizan a los

moderados dentro del partido de la manera siguiente:

Muchos dirigentes políticos que militan en el movimiento

democrático plantean la fórmula de la revolución

democrático-burguesa y, según esa tesis, la

revolución erigiría un sistema de libertades públicas,

con libertad sindical, que conquistaría aumentos de

salarios y reivindicaciones especiales; el Estado, mediante

la Corporación de Fomento, continuaría favoreciendo

el desarrollo industrial en manos de particulares;

se realizaría una reforma agraria de tipo más

técnico que social y, mediante un sistema impositivo

progresivo, se aumentaría la tributación fiscal de las

compañías explotadoras de nuestras riquezas naturales.

Si esa fuese la transformación económico-social

que la revolución democrática realizara, ella sólo beneficiaría

a una clase social: la burguesía, tanto industrial

como agrícola.

El análisis es justo: lo que “muchos dirigentes políticos” plantean,

es lo que será aprobado en las “bases”, y lo que, digámoslo de

paso, llevará a cabo el partido en el poder. Los redactores de las “tesis”

prevén las consecuencias de tal orientación:

Una revolución ejecutada con esos lineamientos colocaría

a Acción Democrática como instrumento político

de la burguesía nacional y perdería adhesión de la

clase obrera; el progreso nacional, por el cual lucha el

proletariado de los países mediatizados por la penetración

imperialista, se estancaría y el movimiento obrero

tendrá que insurgir de nuevo para restablecer la justicia

social escamoteada, teniendo que enfrentarse, con

perspectivas sangrientas, a una burguesía poderosa y

ensoberbecida.

La admonición de las últimas frases adquiere tono profético. La

inconciliable lucha interna entre los sectores de Acción Democrática

reventará en 1960, “con perspectivas sangrientas”, y dará lugar a una

lucha armada que sólo se pacificará hacia 1970, con ocasionales brotes

hasta 1982.

Partido popular

Acción Democrática toma para sí la denominación de “el partido

del pueblo”. El artículo que inicia la frase en singular sugiere cierta

exclusividad: se trata de “el” único partido de tal índole. En cuanto al

pueblo, sabemos ya que para Acción Democrática es la alianza entre

campesinos, obreros y sectores “medios”. ¿Qué reserva el programa

para estas clases sociales, de las cuales el Partido se confiesa “instrumento”?

Un conjunto de reivindicaciones sociales, asistenciales, agrarias

y educativas, especificadas en las “bases”.

El análisis permite destacar varias características en dichas reivindicaciones.

En primer lugar, ninguna de ellas presupone la superación

del status de clase preexistente o la desaparición de las diferencias

de clase.

En segundo lugar, en casi todas las instancias, aparecen las clases

o sectores populares como meros receptores de la mejora ofrecida,

más que como creadores, administradores o distribuidores de ella.

En tercer lugar, la mayoría de las reformas presuponen el aumento

de cargas y gastos de los servicios sociales, asistenciales y educativos

del Estado, y muy raramente un sacrificio del sector privado capitalista

en sus relaciones con el “pueblo”.

**200 201**

La lista de las reformas es amplia, pero las mismas son moderadas,

y gran parte de ellas estaban concebidas por la legislación de la

época. Así por ejemplo, dentro de la reivindicaciones “en lo social”,

los seguros sociales, las escuelas técnicas artesanales, el derecho de

huelga, el de salario mínimo, la igualdad de remuneración por igual

trabajo, la protección laboral del menor y la mujer, la prima de antigüedad,

la participación en los beneficios netos de las empresas, la

responsabilidad civil de los empleadores, estaban reconocidos en la

Ley de Trabajo vigente para ese entonces y en disposiciones concordantes

con ella. Sobre estas reivindicaciones se anuncian ampliaciones,

como el régimen de los seguros sociales, o mejoras tales como

“disminución progresiva de la jornada de trabajo” o “aumento gradual

del lapso de vacaciones anuales remuneradas”, aún no acordadas tres

décadas después.

Acaso la promesa más audaz sea la de la “participación de los

trabajadores en la administración de las empresas del Estado”. No se

ofrece igual participación con respecto a las privadas.

Las “bases” ofrecen mejoras genéricas en “lo asistencial”, que

no van más allá del perfeccionamiento de los servicios de salud, las

campañas sanitarias y la elevación de las condiciones de vida de la

población campesina.

En lo agrario, lo más relevante es la “abolición del régimen semifeudal

de explotación de la tierra” (VI, 1º). Ello significaría, sencillamente,

estímulos y estabilidad a las explotaciones agropecuarias

ejercidas por el sistema de explotaciones capitalistas

(VI, 3º) y política hidráulica tendiente a aumentar

el área cultivable en todo el territorio nacional, la electrificación

del campo, su saneamiento y, en general,

la educación del medio geográfico anárquico y hostil

propio de nuestra realidad intertropical (5°).

En lo educacional, se promete “hacer efectiva la obligación del Estado

en la creación y sostenimiento de las instituciones y servicios suficientes

para atender las necesidades educacionales del país” (VII, 1°).

En resumen, en su actitud hacia los dos bloques antagónicos del

“pueblo” y la “reacción”, el programa presupone la supervivencia y el

“fortalecimiento” de esta última, sin imponerle mayores sacrificios, a

la vez que ofrece una mejora y ampliación de los bienes recibidos por

los sectores populares por concepto de asistencia social, salubridad y

educación.

Aplicando de nuevo el esquema de Greimas, tenemos:

Tesis y bases de Acción Democrática

**Sujeto:** AD

**Objeto:** Mejoras educativas, asistenciales y laborales

**Destinador:** AD

**Destinatarios:**

El pueblo (clase obrera, campesinos, sectores medios:

comerciantes, pequeños industriales, profesionales,

técnicos, empleados e intelectuales progresistas).

La reacción (alta burguesía comercial, bancaria e industrial,

latifundista y capital monopolista)

**Adyuvante:** El pueblo

**Adversarios:** La relación

Evidentemente, la ecuación no resulta. No se puede crear algo a

partir de la nada, para mantener permanentemente satisfechas a clases

antagónicas y competidoras. Las promesas del populismo venezolano

presuponen el flujo continuo de una riqueza que no es necesario

crear ni exaccionar a nadie. El auge petrolero casi cumplirá con estas

condiciones. Durante las dos décadas siguientes, el mensaje populista

no variará la fórmula. Tampoco cambia cuando, en 1983, la caída de

los precios del petróleo sumerge al país en una crisis total.

**202 203**

**4.8. Pacto de Punto Fijo (1958): tres partidos distintos**

**y un populismo verdadero**

El 23 de enero de 1958 cae la dictadura de Pérez Jiménez bajo

el triple embate del desacuerdo con las fuerzas vivas, la sublevación

popular y el levantamiento del ejército. Regresan los dirigentes políticos

exiliados y durante los meses siguientes trabajan las fórmulas

que presentarán para las anunciadas elecciones de diciembre.

Proponen desde el gobierno colegiado hasta la candidatura única o

unitaria, sin lograr el consenso. Deciden, entonces, limitar el campo

del debate.

El 30 de octubre de 1958 Betancourt, Caldera, Villalba y otros

líderes, actuando en representación de AD, Copei y URD, firman el

*Pacto de Punto Fijo*, así llamado por el nombre de la quinta de Rafael

Caldera donde fue suscrito.

El debate permitido: planchas y candidaturas

Las tres organizaciones están “interesadas por igual en la consolidación

de la unidad y la garantía de la tregua política”. Para ello,

comprometen su responsabilidad en los términos siguientes:

a) Defensa de la constitucionalidad y del derecho a gobernar

conforme al resultado electoral (...).

*b) Gobierno de unidad nacional*, convertir la unidad popular defensiva

en gobierno unitario cuando menos por tanto tiempo

como perduren los factores que amenazan el ensayo republicano

iniciado el 23 de enero (...).

c) *Programa mínimo común*, el cual se redactará por separado

sobre las bases ya convenidas y se considerará un anexo del

presente acuerdo. Acordándose además que ningún partido

unitario incluirá en su programa particular puntos contrarios

a los comunes del programa mínimo.

Fuera de ello, convienen en que “los requerimientos de la unidad

son compatibles con la eventualidad de diversas candidaturas y

planchas legislativas.” Sin embargo, “evitando planteamientos y discusiones

que pueden precipitar la pugna interpartidista, la desviación

personalista del debate, y crear divisiones profundas que luego pudieran

comprometer la formación de Gobierno de Unidad Nacional”.38

El debate prohibido: revolución y comunismo

Entonces, quedan claras las materias sobre las cuales *puede haber*

*conflicto*: “diversas candidaturas y planchas legislativas”. También

están fijadas aquellas sobre las cuales *no puede haber conflicto*: no se

puede ir contra el resultado electoral, tampoco contra el Gobierno

Unitario, y “ningún partido unitario incluirá en su programa particular

puntos contrarios a los comunes del programa mínimo”. Tampoco

habrá “planteamientos y discusiones” que puedan conducir a la “pugna

interpartidista” o a “divisiones profundas”.

Tan importante como lo que enuncia explícitamente (reducir el

debate político a “candidaturas” y “planchas legislativas”) es lo que

implícitamente excluye. No fue invitado a suscribir el convenio el Partido

Comunista Venezolano, a pesar de que éste no se oponía ni a la

unidad ni al Pacto.39 Betancourt explicó que tal omisión se debía a que

“la filosofía política comunista no se compagina con la estructura democrática

del Estado venezolano”.40 Con 22 años de retraso y 12 años

después de su derogatoria, Betancourt y los demás firmantes aplicaban

el anticomunista inciso VI del artículo 32 de la Constitución de

1936, sancionado por los parlamentarios que habían sido designados

directamente por el dictador Juan Vicente Gómez.

Se excluía así del campo político toda organización que pretendiera

llevar el debate más allá de “candidaturas y planchas” y del “programa

mínimo común” (enteramente reformista). Se podría, en adelante,

cambiar de Presidentes y de partidos de gobierno (había un mutuo

38. Texto reproducido en *El Nacional*, 1/11/1958, p. D-1.

39. Faría, Jesús. “El Pacto de Punto Fijo”. *La Esfera*. 4/11/1958, p. 4.

40. Betancourt, Rómulo. *Tres años de gobierno democrático*. Volumen I, p. 16.

**204 205**

compromiso de respetar los resultados electorales) siempre y cuando

los programas siguieran invariables. Quien se extralimitara, pasaba a ser

considerado “enemigo de la democracia”. Y así ocurrió, en efecto.

Tenemos entonces, de acuerdo al esquema actancial de Greimas:

Pacto de Punto Fijo:

**Sujeto:** Venezuela

**Objeto:**

Gobierno unitario surgido de elecciones

Programa mínimo

**Destinador:** El electorado

**Adyuvante:**

AD

Copei

URD

**Oponente:**

Las fuerzas antidemocráticas

El Partido Comunista de Venezuela (implícito)

Quien planteare debates sobre materia distinta de

“planchas y candidatos”

Sobre el Pacto de Punto Fijo opina Juan Carlos Rey que

Es ante todo, un intento de formalizar al máximo las reglas

del juego político y de crear un sistema de partidos basado

en relaciones mixtas (cooperación-conflicto) que asegure

la defensa frente a los enemigos existenciales o antagónicos

(las fuerzas antidemocráticas) y la socialización de los actores

y su plena aceptación a tales *reglas*, abriendo la posibilidad

de que, en el futuro, puedan mantenerse entre ellos

relaciones de conflicto agonal (no antagónicas) dentro del

mismo respeto y tolerancia.41

41. Rey, Juan Carlos. “EI sistema de partidos venezolanos”. *Politeia.* N° 1, p. 215.

Y Gerhard Cartay Ramírez, sostiene que “Punto Fijo ha sido el

más eficaz piso para la consolidación del sistema democrático”.42 Ello

podría ser cierto si por democracia entendiéramos “discusión sobre

candidatos”. Pero el Pacto de Punto Fijo, que limita a tal asunto el

debate democrático, en vez de inaugurarlo, lo clausura. Triplica los

actores al precio de aniquilar todo desacuerdo que no verse sobre la

rotación electoral. Se puede inferir que tal alternación partidista constituye

una tranquilizadora garantía para las fuerzas vivas.

En efecto, posiblemente fue la *apariencia* de poder que presentó

AD en el trienio 1945-48 la que consolidó contra ella un frente de las

clases dominantes. Para estas debía parecer difícil que un partido que

sumaba más del setenta por ciento del electorado, que tenía el formidable

instrumento del ingreso petrolero y que había escalado el poder

con apoyo militar, fuera a contentarse con la mera reivindicación de

imponer un presidente por voto directo y con impulsar moderadas

políticas redistributivas. En cualquier momento podía recurrir a la

“autonomía del Estado”, tan enfatizada en los planes de ORVE y del

PDN. Frente a Acción Democrática, los demás partidos eran débiles

o radicales. Las fuerzas vivas no descansaron hasta coaligarse con el

ejército, el clero conservador y el para entonces pequeño partido Copei,

para arrojar violentamente a Gallegos del poder en 1948.

Una década más tarde, todos los partidos del *status*, y no sólo

el de Betancourt, comprendieron que debían dar garantías efectivas,

explícitas y solidarias a las clases dominantes de que nunca reunirían

poder suficiente para avasallarlas. En expresión de Levine, “los líderes

de AD hicieron su objetivo central, menos la revolución social, el logro

de la continuidad y la estabilidad institucionales”.43

Y añade Levine que “en Venezuela, muchas de las diferencias

filosóficas e ideológicas que encendieron conflictos durante el trienio

son ahora aceptadas como realidades que ni pueden ni deben ser

cambiadas.” Y que “en muchos, tales diferencias han sido dadas por

42. Cartay Ramírez, Gerhard. *Caldera y Betancourt, constructores de la democracia*, p. 225.

43. Levine, Daniel H. *Conflict and Political Change in Venezuela*, p. 237.

**206 207**

sentadas y puestas de lado para permitir que la discusión y las negociaciones

procedan sobre bases comúnmente aceptadas”.44 Como en

tiempos de Maquiavelo, mediante el fraccionamiento aparente de la

fuerza política, el sistema *Divide et Impera.*

El debate político se ha hecho posible bajo la condición de que

no haya debate.

**4.9. “Un pacto para la democracia social” (1983):**

**el campo político sin actores**

En 1983, Acción Democrática presenta su candidato al público

mediante un folleto impreso titulado “*Un pacto para la democracia social*

*–el camino para salir de la crisis– Jaime Lusinchi Presidente*”.45

Su análisis revela muestras de los estilos de presentación del partido

después de casi un cuarto de siglo de alternar en el poder.

Desaparición del partido

El rasgo más interesante es la *ocultación* del partido. El mismo no

está mencionado en el folleto. Su escudo (sin el nombre) figura una vez

en la antepenúltima página, y dos en la penúltima, dentro de la efigie de

las dos tarjetas electorales, en las cuales tampoco está el nombre de la

organización. Por la ley de personalización del mensaje, las menciones

a la organización son sustituidas por el nombre del candidato, el cual sí

aparece en portada, contraportada y en diversos sitios del folleto*.* Parece

que fuera el caudillo, y no la organización, quien gobernará.

Cambios que ocurren por sí solos

Pero tampoco el candidato parece tener una participación decisiva

en lo que ha de suceder. Los cien párrafos del texto no le atribuyen

función alguna. El folleto comienza informando que “En el gobierno

44. *Ibídem,* p. 239.

45. Sin data de autoría ni editorial, 20 páginas no numeradas.

de Jaime Lusinchi, la más alta prioridad estará dada al mantenimiento

del poder adquisitivo real y al mejoramiento de las condiciones de

vida de la población nacional”.

El “gobierno de Jaime Lusinchi” aparece entonces sólo como

una referencia temporal. Durante él, la más alta prioridad “estará

dada” (¿por quién?) al “mantenimiento del poder adquisitivo real

de los ingresos” (¿cómo?), y “al mejoramiento de las condiciones

de vida de la población nacional” (¿en cuál medida?). Esta falta de

referencias hacia los autores del cambio, el proceso de operación del

mismo y su cuantía, se repite sistemáticamente en los cien párrafos

de *Un pacto*.

En todos y en cada uno de ellos “se garantizará” “se implementará...”,

“se extenderá…”, o bien un sujeto no mencionado procederá

a “diseñar…”, “promover...”, “estimar...”. El modo infinitivo y reflexivo

crea una impersonalidad que enmascara a los actantes. Los cambios,

al parecer, sucederán por sí mismos, sin necesidad de intervención de

fuerza o poder humano:

La política monetaria *se* coordinará con la economía

real, compatibilizando las necesidades del sector productivo

con las siempre latentes presiones inflacionarias.

El nivel de liquidez monetaria *será* suficiente para

apoyar el crecimiento de la economía real controlándose

la orientación del crédito y su costo, y la calidad

del servicio financiero como instrumento para la reactivación

económica (subrayados nuestros, LBG).

El pueblo pasivo

El pueblo, por el contrario, sólo aparece mencionado como sujeto

activo en una oportunidad, y ello de manera algo ambigua: “Estimular

programas de autoconstrucción, facilitando el Estado asesoramiento

técnico y el acceso programado a las adquisición de componentes

adicionales bajo condiciones especiales”.

**208 209**

Es la única vez que el valor de “autorrealización” aparece en el

texto. No creemos que sea una omisión casual de los redactores (en

un texto mediante el cual se solicita el apoyo político, nada debería

ser casual).

El mismo contenido transmiten las 17 fotografías que acompañan

*Un pacto para la democracia social*. Lusinchi figura siete veces:

cuatro solo; tres acompañando al “pueblo”. Este último aparece en

ocho de las imágenes. En siete de ellas recibe algo: clientes compran

en un automercado repleto; cobran en la caja de un banco; niños reciben

educación; parturientas consumen la comida en una clínica;

un viejo recibe una palmada del líder; dos madres (presumiblemente

embarazadas de nuevo) con sus niños, merecen una sonrisa del líder.

En una foto, el pueblo marcha por una calle, presumiblemente en un

desfile electoral. En ninguna aparece como sujeto trabajador, creador

de bienes, productor o transformador de la realidad. Confesemos que

también le sería difícil: en cinco de las ocho fotografías, el “pueblo”

está representado como obvio sujeto de protección: niños escolares,

parturientas en clínicas, anciano valetudinario, niño acariciado, madres

embarazadas y cargadas de bebés: representantes de las clases

pasivas de la población, casi siempre con obvias señales, por su contextura

física, vestuario o entorno, de estar próximos a la indigencia.

El único varón adulto individualmente representado es el líder. ¿Padre

simbólico de los menesterosos? Esta imagen visual concuerda, punto

por punto, con las atribuciones hechas al pueblo en el discurso populista.

En el conjunto de fotografías aparecen sólo dos instalaciones

fabriles. Vistas de lejos, de manera que no se distingue en ellas ningún

ser humano, son respectivamente una torre y una refinería petroleras:

los emblemas de una riqueza que surge de la nada. Tampoco se trata

de una casualidad. Durante la campaña de Lusinchi, la cuña televisiva

más repetida presentaba maquinarias paralizadas. Al eslogan “¡Pongamos

al país en marcha!” engranajes e instalaciones se activaban y

comenzaban a producir *sin intervención humana visible.*

El Estado como providencia oculta

Existe, desde luego, un actor implícito, que es el Estado: de hecho,

los cien parágrafos de *Un pacto* constituyen una larga oferta de

bienes, servicios y mejoras a ser facilitadas por los poderes públicos.

Sólo añadiendo este actor implícito tienen sentido oraciones como

las siguientes: (El Estado adoptará medidas para) “Mejorar el bienestar social de

la Policía (...)”. “Ejecutar un programa de salud ocupacional para la protección

de los trabajadores”.

Efectuamos un análisis de los cien parágrafos de *Un pacto*. En

ellos aparece el poder del Estado, noventa y siete veces: mencionado

explícitamente en quince instancias, presente de manera implícita

(como en el ejemplo anterior) en ochenta y dos instancias; criticado,

dos veces. Si excluimos estas dos menciones negativas a políticas de

la anterior administración, en noventa y cinco oportunidades de cien

instancias, el destinador activo implícito de la transformación es el

Estado.

Pero el Estado sólo actuará de acuerdo a un “pacto social”. El

documento tampoco indica quienes forman parte de ese “pacto”, ni

cómo han manifestado su adhesión a él. Sólo de manera indirecta, en

tres parágrafos, se deja ver que habrá una cooperación de empresarios,

trabajadores y Estado para el logro de algunos fines particulares:

Por lo tanto, la acción concertada de trabajadores, recuperando

sus posiciones productivas perdidas; de los

empresarios, activando sus instalaciones; y del Estado,

colaborando en forma efectiva para acelerar ese proceso,

contribuirá a la reducción sustancial de la angustiosa

situación actual de desempleo.

Un proceso político sin actores

Se llega así a lo que pudiéramos llamar el grado cero de la desideologización

del discurso: la presentación de un campo político del cual

han sido excluidos los actores. No es sólo que ya no aparezcan men**210**

**211**

cionadas las clases sociales: tampoco parece haber partido, ni Estado,

ni antagonistas. Nada interfiere entre la población nacional y la espontánea

aparición del *objeto del deseo*: bienes, servicios y alzas de salarios

ilimitadas. Esta aparente desideologización es, en realidad, el grado

máximo de la ideología.

¿Por qué ese enmascaramiento total de los actores políticos? Ante

todo, para atraer al electorado independiente, venciendo sus recelos

con respecto a la organización: se puede votar por Lusinchi sin una clara

intención o conciencia de respaldar al partido, y a sus actuaciones

precedentes.

La dádiva como actor político

Pero toda precisión distraería la atención del verdadero protagonista

del “pacto”, que son los bienes, servicios y ayudas ofrecidas.

Decir explícitamente que los dará el Estado, es suscitar la pregunta

de cuándo, dónde y en cuál cantidad. Decir que el Estado los podrá

suministrar después de un laborioso proceso de acuerdos y de trabajo

productivo, es problemático y hace dudosa la recepción del bien. *Un*

*pacto para la democracia social* quiere que los bienes aparezcan como

“dádiva”, no como derechos del trabajador o como cosas en definitiva

producidas o costeadas por éste. El Estado, como los benefactores

providenciales de las malas novelas, prefiere mantener anónimo.

Aplicando a *Un pacto* el método de análisis de los valores de

Rokeach, cuya metodología y alcances exponemos ampliamente en

la próxima sección, obtuvimos el siguiente número de menciones de

valores:

**Valores N° de menciones**

Objeto: 95

Abastecimiento 45

Aumento de salarios 22

Pleno empleo 19

Educación 19

Técnico 18

Desarrollo de la industria nacional 18

Producción 10

Colaboración de clase 8

Igualdad Social 5

Prosperidad económica 4

Prosperidad 4

Ley 4

Eficiente 3

Justicia 2

Activo 2

Patriótico 2

Autorrealización 1

Sabiduría 1

Los resultados coinciden, aproximativamente, con los de otras

muestras del discurso populista que analizamos en el capítulo 5.

*El Poder del Estado* (declarado abiertamente quince veces, implícito

en las restantes ochenta) agenciará para el pueblo *abastecimiento*

*de bienes y servicios*, *mejoras de salarios, pleno empleo y educación* en una

magnitud tal que amerita en total ciento cinco menciones, sin que la

producción de los mismos requiera más de diez menciones. *La colaboración*

*de clases* es mencionada como necesaria en ocho instancias; la

*autorrealización* en una.

Difícil es aplicar a *Un pacto para la democracia social* el análisis de

roles actanciales desarrollado por Greimas. Si nos atenemos al texto del

documento, tenemos sólo dos actantes: el *objeto del deseo*: un torrente

de bienes, servicios, ayudas y mejoras que se producirán por sí solas de

**212 213**

la nada y que por sí mismo acudirá a satisfacer las necesidades de un

destinatario: “la población nacional”. El mito de Jauja realizado.

*Oponentes* parece no haberlos, según el texto. ¿Y quién querrá

oponerse a este mágico maná de bienes y servicios? Podríamos, sin

embargo, inferir que existe un enemigo, ya que el “pacto social” es el

“camino para salir de la crisis”. La *crisis* es entonces el adversario. Es

una fuerza impersonal (no tiene autores), imprecisa (no se dice explícitamente

en qué consiste), y por tanto insoluble (no se explican los

medios para vencerla). Se puede *salir* de ella, como si fuera un lugar,

*en* un gobierno que parece una fecha. También es desagradable: se la

menciona una sola vez.

*Adyuvantes*, según el texto, serían trabajadores, empresarios y el

Estado, pero sólo con respecto a una que otra finalidad particular.

*Destinador*, no habría, ya que, como hemos dicho, todos los bienes

*se* producen o *se* mejoran por sí mismos: no es mencionado explícitamente

quién trabaja, quién crea, quién produce, ¿acaso no lo hay?

El trabajo es mencionado sólo como empleo (medio para recibir un

salario), no como proceso creador de toda riqueza. Así tenemos:

“Un pacto para la democracia social”

**Sujeto:**

No está mencionado (implícitamente,

la población nacional)

**Objeto:**

Abastecimientos, salarios, empleo, educación,

salud

**Destinador:**

No está mencionado (implícitamente, el Estado

será el dador del objeto)

**Destinatario:** La población nacional

**Oponente:** La crisis

**Adyuvante:** En el gobierno de Jaime Lusinchi

En *Un pacto para la democracia social,* la ambigüedad llega, como

hemos visto, a su extremo. Aparentemente, en el campo político no

hay clases, ni partidos, ni tendencias ideológicas, pero tampoco procesos

productivos ni transformaciones. Únicamente dádivas: el mensaje

populista químicamente puro.

**4.10. Acción de gobierno para una Venezuela moderna**

**(1988): la concertación populista con la**

**banca internacional**

El 17 de octubre de 1988, a 43 años justos del golpe de Estado

de 1945, Carlos Andrés Pérez presenta en el Zulia su programa *Acción*

*de Gobierno para una Venezuela moderna*.46 Para ese momento, totaliza

el partido 23 años ejerciendo el poder, incluido el quinquenio que

finaliza. Los juicios que el documento adelanta sobre el país deben,

igualmente, ser interpretados como referidos a la obra de la organización

que lo administró durante ese prolongado período.

Un sujeto en deslizamiento hacia la pobreza

Tal obra aparece como profundamente deficitaria. Hay un “insuficiente

y distorsionado aparato productivo no petrolero”, el cual

“no tiene la capacidad de abastecer convenientemente el mercado

interno”,47 ni “tampoco genera una estructura equitativa de empleo e

ingresos”. Asimismo, “la prestación de los servicios escolares y asistenciales,

si bien llegan a todos los venezolanos, carecen de calidad”.

La afirmación de este alcance universal, carece de veracidad. La “desnutrición

infantil puede llegar a ser una amenaza para el futuro de Venezuela”,

existe un “deterioro de la clase media”, un “sensible retroceso

en sus condiciones de vida”, mientras que “los más débiles se deslizan

46. Edición encartada en el diario *El Nacional*, 22/10/1988.

47. A partir de acá, y hasta el apartado 4.11 –

exceptuando las notas 11 y 12– todas las comillas hacen

referencia al programa de gobierno presentado por Carlos Andrés Pérez en 1988, citado anteriormente.

**214 215**

insensiblemente hacia la economía de subsistencia de la pobreza y los

problemas sociales se han agravado en los últimos tiempos”.

Difícil hacer un cuadro más afligente del pueblo venezolano.

Como de costumbre, el discurso populista lo define por sus carencias:

pero éstas son reales. Y Acción Democrática no ha podido hacer nada

eficaz para remediarlas, después de un cuarto de siglo de poder y de

manejo del ingreso petrolero.

El sujeto-pueblo también es definido como *pasivo*. En los escasos

párrafos donde se le nombra, se elude mencionar su carácter de

fuerza social y sus posibles acciones: deberá “insertarse”. Así, “los trabajadores,

sus sindicatos, los campesinos y la Reforma Agraria deberán

insertarse en las actividades de producción y sistemas de atención

al desarrollo con el propósito de mejorar sus condiciones”. Cuando

ejerce alguna acción es porque el Estado la *promueve*. Así, éste ofrece

“revisión y reformulación de la Reforma Agraria, dando activo protagonismo

a los campesinos y promoviendo la creación de empresas y

cooperativas que pongan fin a las prácticas del ‘conuco’ y a la economía

de subsistencia.”

Hasta la existencia misma de las clases se debe a esta “promoción”

del Estado: “Un triunfo particularmente importante de la democracia

venezolana ha sido la promoción de una numerosa clase media”.

Una vez más, el sujeto es tan sólo sujeto de deseo: no hace más

que tener carencias y necesidades, que el Estado satisfará.

Un objeto del deseo para las clases dominantes

Así como no están identificadas las fuerzas sociales, tampoco está

cuantificado el *objeto del deseo*. Esta imprecisión libra al documento de

cualquier posterior verificación de resultados. También le permite presentar

como objetivos logros esencialmente contradictorios.

Pues, en efecto, la *Acción de Gobierno* presenta un conjunto de

ofrecimientos para las clases dominadas, y otro para las clases dominantes,

cuya realización se excluye mutuamente.

Así, para las *clases dominadas*, promete:

“Una Venezuela libre de la presión agobiante de la deuda externa

y de la dependencia del petróleo”.

“Una Venezuela que se disponga a derrotar la pobreza”.

“Una Venezuela que pueda destruir la trama de la corrupción

que ya nos asfixia”.

“Una política de salud que haga énfasis en los aspectos preventivos,

garantice la gratuidad de los servicios básicos de salud

para la población y que ponga la salud al alcance de todos”.

“Frenar las características alarmantes que el problema de la desnutrición

está asumiendo en algunos estratos de nuestra población

infantil”.

“Devolverle a la clase media sus niveles de bienestar de 1978 y

favorecer la expansión de ese sector de la sociedad”.

“Medidas encaminadas a mejorar las oportunidades de empleo”.

“Mejora en la dotación de servicios públicos, planes de ofertas

de vivienda a bajo costo, tales como la autoconstrucción”.

“Incrementar la cantidad y la calidad de los bienes y servicios

públicos incluyendo la ampliación del salario social”.

“Revisión periódica de los salarios mínimos”.

“Revisión y reformulación de la Reforma Agraria”.

Son, como hemos visto en los capítulos anteriores, las vagas

promesas retóricas de abastecimiento, mejoras salariales, salubridad,

empleos, servicios públicos y honestidad administrativa que el populismo

viene repitiendo (e incumpliendo) desde hace tres décadas.

Al mismo tiempo, para las clases dominantes nacionales, el Programa

promete:

“La política monetaria tendrá como elementos centrales la flexibilización

de las tasas de interés”.

“La sinceración de la situación en materia de subsidios y transferencias

indiscriminándose inoperantes”.

**216 217**

“La sinceración de precios y tarifas en íntima vinculación con el

mejoramiento sustancial del servicio prestado y la distribución

equitativa de su costo social”.

“La liberación de la actividad económica de trabas burocráticas

y reglamentaciones innecesarias”.

Otro conjunto de ofrecimientos beneficiarán, obviamente, al capital

extranjero:

“Racionalización del sistema arancelario y la reducción progresiva

de restricciones cuantitativas y administrativas al comercio

exterior”.

“Apertura al mercado de capitales de empresas estadales mediante

mecanismos compatibles con la diversificación y el fortalecimiento

patrimonial”.

“El desarrollo de la industria petrolera interna, invitando incluso

a la participación de la inversión extranjera que garantice el

acceso a los mercados internacionales”.

“La política de financiamiento externo la orientaremos a obtener

transferencias netas positivas desde el exterior”.

“Entendimiento adecuado con nuestros acreedores, sin confrontaciones

ni estridencias, pero sí con firmeza y sentido nacionalista”.

Otras medidas, obviamente, beneficiarán al Estado:

“El Estado, dedicado a la inversión indiscriminada en obras públicas,

debe dar paso al Estado selectivo, que comparta responsabilidades

con los beneficiarios de la inversión”.

“Sinceración de precios y tarifas”.

“Eliminación de subsidios”.

Así como están enmascaradas fuerzas sociales y magnitudes,

también son ambiguas las acciones que se prometen a favor de las

clases dominantes. Cada vez que una medida tiene carácter desagradable,

el Programa la disfraza con un eufemismo: para ofrecer el alza

de las tasas de interés, dice que las “flexibilizará”. Eliminar subsidios y

transferencias de interés social es “sincerarlos”: la misma expresión se

usa para elevar precios y tarifas. La eliminación de medidas proteccionistas

es “liberación”. La eliminación de aranceles es “racionalización”.

Cobrar impuesto de plusvalía a los usuarios por las obras que han sido

realizadas con el dinero de éstos es “compartir responsabilidades”.

Más lúgubre es el enmascaramiento de las expresiones que ofrecen

la entrega de las empresas públicas y de la riqueza petrolera al

capital extranjero: se la llama “apertura al mercado de capitales”, “privatización”,

“participación de la inversión extranjera”.

Y, en fin, tras tantas menciones negativas sobre la deuda externa,

la política frente a ella se fija con otros dos afligentes eufemismos:

“transferencias netas positivas desde el exterior”, es decir, mayor endeudamiento;

y “entendimiento sin confrontaciones ni estridencias”,

es decir, pago sin réplica de lo que se cobre.

Habrá advertido el lector que los ofrecimientos a las clases dominantes

son contradictorios con los ofrecimientos a las clases dominadas.

¿Cómo, en efecto, tener “una Venezuela libre de la presión agobiante

de la deuda”, si al mismo tiempo se piden más “transferencias

netas positivas desde el exterior” y se ofrece pagarlas “sin confrontaciones

ni estridencias”? ¿Cómo frenar la desnutrición, si al mismo

tiempo se eliminan subsidios, se alzan los precios y suben los intereses?

¿Cómo mejorar el nivel de vida, si al mismo tiempo se alzan los

precios y tarifas?

Al mismo tiempo, los ofrecimientos al capital internacional contradicen

los ofrecimientos a la burguesía nacional. El pago de la deuda

requiere negar el subsidio en dólares preferenciales para ésta; la eliminación

de aranceles supone dejarla indefensa ante la competencia

extranjera. El Estado populista habla como si todavía prometiera dádivas,

cuando ya sólo reparte sacrificios.

**218 219**

El Estado: destinador, todopoderoso y oculto

Como ocurre en los textos populistas desde el programa de

ORVE en 1936, el agente facilitador del *objeto del deseo*, o *destinador*,

es el Estado. Pero al igual que en el *Pacto para la democracia social* de

Lusinchi, en 1983, este *destinador* aparece disimulado por expresiones

impersonales: “Se desentrabará la administración pública”. “Se

pondrá término a la dispersión de los servicios policiales”. “Se reconceptualizará

el gasto social como una inversión”. “Se impone, en consecuencia,

una racionalización del gasto social del Estado”. O bien, las

metas aparecen redactadas en infinitivo, lo cual determina que el verbo

pueda desempeñarse en la oración como sustantivo: “…orientar el

consumo de la población hacia alimentos más económicos”. O bien,

simplemente se las enuncia sin verbo alguno: “Diseño concertado

empresarios-trabajadores-gobierno, de programas de productividad,

mantenimiento y desarrollo tecnológico. Desarrollo de la pequeña y

mediana industria”.

Al igual que en los restantes documentos populistas, este enmascaramiento

del *destinador* tiende a dar la impresión de que los *objetos*

*del deseo* aparecerán por sí solos, sin que nadie los produzca. Especificar

en todos y cada uno de los casos que el Estado será el autor

de transformaciones, que por otra parte no ha podido lograr durante

décadas, movería a la incredulidad. Tanto más porque, como hemos

visto, dichas transformaciones son contradictorias entre sí.

Este disimulo del Estado no corresponde a modestia ninguna. El

programa consta de ocho secciones: la primera de ellas se refiere a “La

modernización de la democracia”. Es decir, a la ofrecida Reforma del

Estado. Como en otras partes del discurso político, el emisor se ocupa

ante todo y por encima de todo de sí mismo.

Las secciones inmediatas se ocupan de: 1) Un Gobierno de eficiencia

social. 2) La reestructuración de la economía venezolana. 3)

El esfuerzo científico y tecnológico para el desarrollo. 4) Una política

de concertación cultural. 5) Los lineamientos de la política exterior.

6) Equipamiento colectivo y servicios. 7) El desarrollo de nuestras

fronteras. Es, aproximadamente, el rango que descubrimos al estudiar

los valores en el discurso populista. La mención del *Poder del Estado*

y del *abastecimiento* priva de nuevo por sobre la consideración de los

medios que serán usados para producir los bienes a ser consumidos.

Posiblemente, entonces, el ocultamiento del emisor se deba a

otras razones:

Pero el Estado, asimilando hasta los tuétanos el lenguaje

empresarial formulado por el grupo Roraima, viene

exteriorizando un chocante complejo de culpa y llora

por su propio gigantismo, intervencionismo, omnipotencia,

proteccionismo, insuficiencia, obstruccionismo…

para concluir que lo que hace falta es la reforma

del Estado, para privatizarlo, reducirlo, limitarlo... y

para que no pueda convertirse en redistribuidor de la

riqueza privatizada.48

Y, en efecto, lo que el mismo Estado propone en el programa

es la progresiva abdicación de sus competencias en materia social y

económica (“liberación” de controles y restricciones) y la subasta de

su patrimonio, que es, de paso, patrimonio de todos los venezolanos

(“privatización” de empresas públicas e “inversión extranjera” en la

industria petrolera).

El ocultamiento del *destinador* permite, en fin, ocultar sus responsabilidades.

Cuando en febrero de 1989 estalla la protesta popular

que tales políticas hacían previsible, Pérez declara que “fue una

acción de pobres contra ricos”.49 Ello es cierto. Pero, ¿de qué lado

estuvo siempre él?

Destinatario oculto, ganancias seguras

Los destinatarios de los ofrecimientos del programa son, en

principio, los mismos sujetos del deseo. Están mencionados muy su-

48. “La Venezuela moderna II”. Editorial de la revista *SIC*. Marzo de 1989, p. 51.

49. Pérez, Carlos Andrés. “Fue una acción de pobres contra ricos”. *Últimas Noticias.* 6/3/1989, p. 12.

**220 221**

cintamente, de una manera que elude su caracterización como fuerzas

sociales. Son “los trabajadores, sus sindicatos, los campesinos”, así

como “una numerosa clase media”.

Son también “grupos materno-filiales, jóvenes, o sectores más

débiles de la población”.

Frente a estos *destinatarios* explícitamente mencionados, están

otros que no lo son. Hemos indicado que la mayoría de las medidas

anunciadas favorecerán a las clases dominantes. Sin embargo, no se

las nombra.

Se habla, genéricamente, de *sector privado*, expresión que conviene

a toda la población que no forma parte del gobierno. Más adelante

se habla de *sector financiero privado*, expresión igualmente ambigua.

Cuando por fin el programa menciona a los capitalistas, es para

confundirlos de nuevo ilusoriamente con el resto de la colectividad,

en aparente igualdad de condiciones: “diseño concertado empresarios-

trabajadores-gobierno de programas de productividad, mantenimiento

y desarrollo tecnológico. Desarrollo de la pequeña y mediana

industria petrolera”, cuando se trata de invitarlos a comprar las empresas

públicas y la nacionalizada industria de hidrocarburos.

Todavía más ilocalizables retóricamente, pero aún más beneficiados,

son los consorcios financieros propietarios de nuestra deuda.

Se los nombra apenas por el resultado, en el caso de que accedan a endeudarnos

más: son, entonces, “transferencias netas positivas desde

el exterior”. En la única oportunidad en que se los llama “acreedores”,

es para asegurarles un pago “sin confrontaciones ni estridencias”.

Adversario oculto y victorioso

Por lo mismo que se esconde el beneficiario real, se debe enmascarar

el adversario. Al igual que en *Un pacto para la democracia social*,

de Lusinchi, el oponente es descrito de manera impersonal y genérica.

En aquel era “la crisis”; en la *Acción de Gobierno* se lo describe como

los nuevos patrones tecnológicos, la propagación inmediata

de los desequilibrios financieros, el fortalecimiento

del proteccionismo y el creciente marginamiento de

los países en desarrollo por la sociedad industrial han

contribuido a la formación de un entorno internacional

poco propicio para países como el nuestro.

Tras arrojar —como es costumbre en el discurso populista— al

adversario fuera del campo de lo nacional, se condesciende también a

admitir como obstáculo “el insuficiente y distorsionado aparato productivo

no petrolero y la crisis económica”.

Al igual que en el himno de Acción Democrática; al igual que en

la mayoría de los documentos programáticos del partido, la sociedad

consolidada se pone en marcha contra un enemigo que no aparece.

¿Cómo, entonces, son posibles los tremendos cuadros de deficiencia,

pobreza y corrupción descritos en la misma *Acción de Gobierno*? Quizá,

porque el adversario está calificado como beneficiario, o porque el

beneficiario no está calificado como adversario.

En efecto, si hay un “deterioro grave de las condiciones de vida

de los venezolanos”, ello se debe, entre otros factores, a “las diferencias

abismales que hoy existen entre la remuneración del capital especulativo

y el factor trabajo”. ¿Es, entonces, este “capital especulativo”

el tan escondido enemigo? Evidentemente no, si se considera que las

medidas previstas como *objeto del deseo* tenderán indefectiblemente a

beneficiarlo. Las “diferencias abismales” simplemente se deben “acortar”

mediante una “política salarial” que opere “sin afectar los recursos

necesarios para la expansión de las empresas”. Nuevamente podríamos

preguntar: ¿cómo?

Concertación entre explotadores y explotados

¿Quién mediará entre este *destinatario* que comprende tanto

clases dominadas como clases dominantes nacionales y extranjeras,

y este adversario impersonal? Una fuerza igualmente impersonal,

**222 223**

imprecisa e indefinida: “la concertación”. Es simplemente, el nuevo

nombre de la vieja doctrina de colaboración de clases anteriormente

llamada “frente de clases desposeídas”, o “pacto social”. Su definición

es igualmente vaporosa: “crear un vínculo orgánico entre la economía

pública, la economía privada y la sociedad civil será acción prioritaria

de mi gobierno”. ¿Cómo? Nuevamente el agente todopoderoso es “mi

gobierno”. No se menciona ni siquiera al partido que lo apoya.

Resumiendo lo expuesto en el sencillo esquema propuesto por

Greimas para el análisis de los relatos, tenemos:

Acción de gobierno para una Venezuela moderna

El discurso populista puede admitir ilimitadamente este género

de contradicciones. La realidad económica y social no. La aplicación de

la primera medida de “liberación” de precios sobre el combustible y los

pasajes desató la explosión social del 27 de febrero de 1989, que costó

una semana de motines en todo el país, la instauración de un estado de

sitio, la suspensión de garantías, y más de un millar de víctimas. Cada

una de las contradicciones del programa guarda en su seno la semilla de

conflictos similares.

En efecto, el Estado vendía la gasolina más cara para obtener

mayores ingresos, aun a costa de la protesta popular. También con el

objeto de acrecentar su patrimonio, adoptó medidas de suspensión

de los subsidios para numerosas empresas nacionales, y de cese del

otorgamiento de dólares preferenciales que estas solicitaban para

sus compras en el exterior. Tales decisiones, además de la anunciada

eliminación de barreras arancelarias proteccionistas, golpeaban a la

tradicionalmente subsidiada y defendida burguesía nacional. Ésta reaccionó

con acres críticas contra el Gobierno, formuladas por el presidente

de Fedecámaras, el máximo organismo empresarial.

**Sujeto:**

Los más débiles que se deslizan hacia la pobreza

La clase media promovida por el Estado

Trabajadores, campesinos, jóvenes

**Objeto del deseo:**

1) Para las clases dominadas:

Derrota de la pobreza

Derrota de la desnutrición

Niveles de bienestar de 1978

Empleo

Revisión de salarios mínimos

Libertad de la presión de la deuda

**Objeto del deseo:**

2) Para las clases dominantes nacionales:

Alza de precios

Alza de intereses

Eliminación de controles y restricciones a la

actividad económica

3) Para las clases dominantes extranjeras:

Eliminación de controles y restricciones a la

actividad económica

Eliminación de aranceles

Pago de la deuda sin confrontaciones

4) Para el Estado:

Alza de tarifas y precios

Cobro a los usuarios por las obras públicas

Retiro de subsidios

**Destinador:**

1) Explícitos:

Pobres, clase media, trabajadores, campesinos

2) Implícitos:

Capitalistas nacionales y extranjeros

**224 225**

**Adversario:**

El entorno internacional poco propicio

La crisis económica

**Adyuvante:** La concertación

La reacción del pueblo y de la burguesía puso al gobierno en difícil

situación, que lo obligó, en fin, a elevar quejas ante los beneficiarios ocultos

e inspiradores verdaderos de la *Acción de Gobierno*: la banca internacional,

los acreedores extranjeros y el Fondo Monetario Internacional.

*Acción de Gobierno* se parece, como se parece una gota de agua a otra, al

*Recetario* de esta última institución, y a la *Carta de Intención* que Carlos

Andrés Pérez firmó con ella en los primeros días de marzo de 1989. El

Estado encarecía tarifas y precios al pueblo y negaba subsidios a la burguesía,

para satisfacer con lo ahorrado al capital extranjero. Éste, y no el

votante, era el final y verdadero *destinatario* de la *Acción de Gobierno*, y

del Gobierno de Acción (Democrática).

**4.11. El campo político sin actores: las constantes**

**del discurso populista**

A pesar de la diversidad de circunstancias en que son formulados

los distintos documentos, podemos discernir en ellos varios rasgos

comunes:

Ambigüedad: sujeto y objeto contradictorios

En el nivel formal, ante todo, su ambigüedad. Terminologías

marxistas o radicales sirven de fundamento a una “revolución” que se

traduce en reformismo.

Betancourt la califica como una *política de doble verdad:* presentarse

ante las masas y el enemigo como moderados, para luego comportarse

revolucionariamente:

Y esa definición no es otra que ésa: los partidos van

donde marchen sus dirigentes, y los dirigentes del

nuestro vamos a ser nosotros y los En el nivel formal,

ante todo, su ambigüedad. Terminologías marxistas o

radicales sirven de fundamento a una “revolución” que

se traduce en reformismo.

Betancourt la califica como una *política de doble verdad:* presentarse

ante las masas y el enemigo como moderados, para luego comportarse

revolucionariamente:

Y esa definición no es otra que ésa: los partidos van

donde marchen sus dirigentes, y los dirigentes del

nuestro vamos a ser nosotros y los que en el grupo

tengan la decidida vocación socialista de nosotros. En

estas circunstancias, el viraje a la extrema izquierda lo

daremos que en el grupo tengan la decidida vocación

socialista de nosotros. En estas circunstancias, el viraje

a la extrema izquierda lo daremos en el momento que

juzguemos más oportuno, con la seguridad de que la

masa mayor del partido se va con nosotros.50

El “viraje”, cuando en definitiva se dio, fue hacia la extrema derecha.

La “coartada” reformista presenta aún otra ambigüedad. Está redactada

con un lenguaje tan extremista (“revolución”, “tiranía capitalista”,

“antiimperialismo”) que los documentos donde constan estos planes

“moderados” serán recopilados por el gobierno de López Contreras

y publicados como prueba del marxismo de Betancourt.51 No es imposible

que los autores del golpe de 1948 los hayan tenido en mente.

Pero el exceso de verba radical dio lugar todavía a otra ambigüedad.

Atraídos por ella, densos sectores izquierdistas adhirieron a

Acción Democrática, intentaron sin éxito impulsarla al “viraje a la ex-

50. Betancourt, Rómulo. “Carta a Valmore Rodríguez y Raúl Leoni (27/1/1932)”. *El libro rojo,* p. 143.

51. Servicio Secreto de Investigacion. *La verdad de las actividades comunistas en Venezuela* (*El Libro Rojo*).

**226 227**

trema izquierda”; y, expulsados, acorralados y perseguidos, iniciaron

la lucha armada de los sesenta. El significante logró así sobreponerse

al significado.

Tal ambigüedad entre una forma radical y un fondo reformista es la

expresión de una clase que, como la burguesía nacional, estaba a la vez deseosa

de subvertir el viejo orden de la oligarquía terrateniente sin destruir

la naciente dominación capitalista. La radicalidad formal, preponderante

en 1931, cuando dicha clase aún no sentía total su dominio, disminuye

progresivamente hasta *Un pacto para la democracia social* de 1983, expresión

de una burguesía que se siente firmemente instalada en el poder.

Dicha ambigüedad refleja la pluralidad de receptores o clientes

que se desean para el discurso. Como bien señaló Guita Grin Debert

tras analizar el mensaje populista brasileño:

De un mismo discurso se pueden hacer varias lecturas lo

que es importante para mostrar cómo el mismo puede, de

hecho, realizar, a nivel simbólico, una alianza entre individuos

que ocupan diferentes posiciones en el proceso productivo.

Es por ello que en un mismo discurso, pueden

reconocer un lugar propio diversos estratos sociales.52

Antiintelectualismo: el actor que no osa decir su nombre

También en el plano formal destaca el antiintelectualismo de los

textos analizados. Quizá la excepción sean los escritos de Gallegos en

*Alborada* que proponen la acción pedagógica de los intelectuales sobre

las masas “tardas e ignaras”.

Todos los planes, manifiestos y pactos analizados, sin embargo,

han sido redactados por intelectuales. ¿Por qué denigran de tal manera

de su propia condición? Rinden tributo al antiintelectualismo

asociado a los caudillos y presentado como virtud para el mando.

También quieren exagerar la modestia de origen, rasgo del carisma

caudillesco.

52. Debert, Guita Grin. *Op. Cit*, p. 146.

En fin, a través del aborrecimiento explícito de la teoría o de la

metafísica política, se quiere colocar al discurso fuera de la esfera del

análisis. El populismo parece anticiparse defensivamente al descubrimiento

de sus contradicciones. O como dice adecuadamente Roland

Barthes al examinar el antiintelectualismo de Poujade (un populista

francés): “Lo condenado es el intelectual, es decir, una conciencia, o

mejor aun: una mirada (...) que nadie nos mire, tal es el principio del

antiintelectualismo poujadista (...)”.53

*Policlasismo y paz populista*

Todos los documentos analizados llaman a la colaboración de

clases. Este policlasismo tiende a ocultar las tensiones entre la clase

burguesa, a la que pertenece la dirigencia populista, y las restantes clases

a las que convoca en su apoyo.

Así disimulados, los luchadores desaparecen del campo ideológico

para que desaparezca la lucha; no hay clases antagónicas, sólo hay

“población”. Y según ha señalado Roland Barthes, “población” es:

Una palabra cara al vocabulario burgués, sirve de antídoto

a clases, demasiado brutal y por lo demás ‘sin

realidad’. Población tiene como objeto despolitizar la

pluralidad de los grupos y de las minorías, colocando

a los individuos en una colección neutra, pasiva, que

sólo tiene derecho al panteón burgués como existencia

políticamente inconsciente (cf. Usuarios y hombres

de la calle).54

En el mismo sentido, y refiriéndose explícitamente al populismo

brasileño, señaló Francisco Weffort:

En una palabra, en la adhesión real de las masas al populismo

tiende a oscurecerse la división real de la so-

53. Barthes, Roland. *Op. Cit*, p. 195.

54. *Ibídem*, p. 144.

**228 229**

ciedad en clases con intereses conflictivos y a establecerse

la idea del pueblo (o de nación) entendido como

una comunidad de intereses solidarios.55

Desenfatizando o disimulando esta dominación, se la protege. Se

fortalece la tutela de facto de unas clases sobre otras, como la que predicaban

los positivistas que debía ejercer el gendarme necesario para

“mantener el orden” y ejercer la “conservación social” enfrentado a clases

trabajadoras que constituían un pueblo “semibárbaro y militarizado”.56

La colaboración de clases es la precondición de la paz populista.

Elecciones: el medio como objeto del deseo

Gallegos resumía su prédica en la sustitución de los caudillos

agrarios (representantes del personalismo, el militarismo, la barbarie

y la montonera) por dirigentes civiles (adalides del legalismo, el

sufragio, la civilización y las asociaciones cívicas). Ni el Plan de Barranquilla,

ni el manifiesto-programa de ORVE le dan importancia

al sufragio.

Apenas en el “Programa del PDN”, de septiembre de 1939, se

habla de “un régimen de gobierno auténticamente democrático que

sea la verdadera expresión de la voluntad de las mayorías populares”,

y se pide el “sufragio universal” y la elección por sufragio universal del

Presidente de la República.57 Casi literalmente repiten tales enunciados

las bases programáticas de AD en 1958: le dedican apenas 11 líneas

en 180 páginas. Tras 19 años de proceso político (de ellos, tres en

el poder) no hubo reelaboración ni ampliación de las tesis pedenistas.

Tampoco hay ninguna disertación doctrinaria sobre el tema en “las

tesis” que acompañan a las “bases” de agosto de 1958.58

Cuarenta y ocho años después del programa pedenista —veintidós

de ellos en el poder— la organización no ha ampliado sus

55. Weffort, Francisco. *O Populismo na Política Brasileira*, p. 159.

56. Vallenilla Lanz, Laureano. *Cesarismo democrático*, p. 122.

57. Bruni Celli, Marco Tulio. *Acción Democrática y los primeros programas políticos*, p. 131.

58. Bruni Celli, Marco Tulio. *Acción Democrática, doctrina y programas*, p. 225.

postulaciones y, como veremos en el capítulo 6, más bien se opone

frontalmente a reformas tales como la elección uninominal de

congresantes y concejales, y a la elección de gobernadores y otras

autoridades locales.

Estas once líneas escasas parecerían demostrar una exigua preocupación

hacia los aspectos electorales y democráticos.

Desde el Pacto de Punto Fijo, democracia y elecciones son,

como hemos visto, costosos artilugios, útiles para seleccionar entre

candidatos, pero no entre programas. Los medios se han convertido

en un fin. Cuando el interés lo exige, el partido recurre al golpe

de Estado para tomar el poder; luego inmoviliza el nivel de participación

política durante más de un cuarto de siglo en el gobierno.

Tampoco ha sido más feliz el ejercicio de la democracia interna

partidista: las fallas en la misma le han costado tres divisiones a la

organización.

Pues todo medio convertido en fin, a su vez se mediatiza.

El ciudadano como destinatario pasivo

En los documentos analizados, así como se despoja al pueblo de

su condición de clase, se lo despoja progresivamente de la participación

política y de la capacidad creativa.

En nuestro anterior libro, *La máscara del poder*, al estudiar la autocaracterización

del emisor del discurso, vimos también cómo textos

populistas distintos de los “programas” colocaban a los sujetos “líderpartido-

gobierno”, como activos en 547 de las 563 menciones (sólo

aparecen 16 veces como pasivo), mientras que el pueblo es caracterizado

como pasivo 198 veces en 225 menciones (V. 5.2). Del “pueblo”

sólo se requiere la mínima movilización necesaria para colocar al

partido y al líder en el poder. Una vez instalados en él, toda la acción

corresponderá al Estado.

**230 231**

*El Estado conciliador y equilibrista como supremo destinador*

En todos los documentos, las transformaciones esenciales tienen

el carácter de reformas, y éstas han de ser llevadas a cabo por el

Estado. A pesar del empleo de la palabra “revolución”, no se trata de

un Estado revolucionario. La sociedad no aparece como operadora de

transformaciones. Ni como transformada.

La asignación de dicho papel al Estado es típica de los movimientos

populistas. Según Peter Wiles, “en la medida en que se sienten

afectados, los populismos prefieren que el Estado brinde su ayuda

en lugar de fortalecerse”.59 De acuerdo con Peter Worsley, “el partido

es el agente de la liberación, y el estado-partido el agente del desarrollo

(…); no obstante, no se concibe al estado-partido como originador

y responsable del control directo de todas las actividades sociales,

económicas o no”.60

Mientras que Alistair Hennesy indica:

La salvación sólo puede provenir del Estado, que debe

proteger a las industrias nacionales contra la competencia

externa mediante los aranceles aduaneros, la

nacionalización de ciertas compañías que están en

manos extranjeras y poseen un valor estratégico y leyes

restrictivas en cuanto a la remisión de beneficios

al exterior. Sin embargo, el papel de empleador del

Estado recibe mayor énfasis que su función de agente

del desarrollo, actitud que revela el anhelo de contar

con un empleo seguro en la burocracia por parte de

los sectores no empresariales de la clase media.61

Como redistribuidor de la renta fundamental venezolana (la

de la explotación de minerales) adquirió el Estado la relativa “autonomía”

que es señalada en el “Manifiesto Programa” de ORVE y en

59. Wiles, Meter. “Un síndrome, no una doctrina; algunas tesis elementales sobre populismo”. *Populismo*, p. 208.

60. Worsley, Peter. “El concepto de populismo”. *Populismo*, p. 280.

61. Hennesy, Alistair. “América Latina”. *Populismo*, p. 41.

el “Programa” del PDN. Ello convirtió al Estado y las arcas públicas

en el botín por excelencia.

El Pacto de Punto Fijo intenta fijar de una vez lo que dicho Estado

no será: ni comunista, ni monopartidista. No tendrá, por tanto,

ni excesiva fuerza por la centralización de un comando único, ni intenciones

de utilizar su poder para liquidar la dominación de clase.

Por el contrario, pondrá todo su peso financiero, político y militar, en

consolidarla. El Estado es presentado, en la ideología populista, en su

más desnuda condición de gendarme de una dominación clasista. Y

así actuará.

A tal punto que el propio presidente de la accióndemocratista

Confederación de Trabajadores de Venezuela, Juan José Delpino, tendrá

que reconocer que, al cabo de casi tres décadas, “los empresarios

tienen una voz que se oye más en Miraflores que la nuestra”.62 Es el

juicio del máximo dirigente gremial del país sobre el gobierno de su

propio partido.

Visto en perspectiva, entonces, el discurso populista adquiere

una deformada lógica propia. Por lo mismo que a través del policlasismo

intenta borrar del campo político los actores esenciales que

son las clases, debe definir entonces al pueblo como ente pasivo,

cuya única participación es la electoral. Esta le permite simplemente

elegir a los ocupantes de un Estado conciliador y supremo dispensador

de dádivas, que resolverá todos los problemas sin perjudicar

a nadie. Para ocultar su falta de coherencia interna, tal discurso ha

de ser necesariamente ambiguo. Para descalificar de antemano todo

análisis, ha de proclamarse antiintelectual. Porque su poder de convicción,

en definitiva no reside en la precaria articulación de ideas

explícitas antes reseñadas: descansa, como lo veremos de inmediato,

en los valores que proclama, y en el mito histórico que ha tejido

a su alrededor.

62. Vinogradoff, Ludmila. “Lusinchi es un negligente”. *El Nacional*. 30/8/1988, p. D-1.

**233**

**5. El fin y los medios: Los valores en el mensaje**

**populista**

Para el estudio de cualquier ideología es indispensable determinar

cuáles son los valores que ésta se propone alcanzar. De una manera

particularmente acertada, han indicado Greimas y Courtes

Una ideología se caracteriza entonces por el estatuto

actualizado de los valores que ella toma a su cargo; la

realización de esos valores (es decir, la conjunción del

sujeto con el objeto del valor) produce la abolición,

*ipso facto*, de la ideología en cuanto tal.63

El valor, según el sicólogo social Rokeach, es “una creencia relativamente

permanente de que un modo de conducta particular o que

un estado de existencia es personal y socialmente preferible a modos

alternos de conducta o estados de existencia”.64

El mismo autor ha propuesto un modo para el análisis de los valores

en el discurso político, fundamentado en la medición de dos valores

esenciales: libertad e igualdad. Rokeach distingue cuatro orientaciones

políticas fundamentales en el mundo contemporáneo: la comunista, la

socialista, la fascista y la capitalista. A partir de ello, se planteó el problema

del grado en que tales valores se encuentran proclamados en las

ideologías respectivas.65

A tal fin, seleccionó muestras de 25 mil palabras de escritos

representativos de cada una de las cuatro orientaciones ideológicas

mencionadas (textos de Lenin, Goldwater, Hitler y diversos socialistas),

y efectuó un conteo de las frecuencias absolutas y relativas

de las referencias positivas y negativas hacia los valores terminales e

instrumentales contenidos en dichos textos. Para ello, adoptó la frase

como unidad de análisis; consideró valores *terminales* a aquellos

63. Greimas, Algirdas J, *et al. Semiotique: Dictionaire raisonné de la Théoríe du Langage*, p.179.

64. Citado a su vez por Jose Miguel Salazar en Psicología Social. Cap. IV, p. 110.

65. Rokeach, Milton. *The Nature of Human Values*, pp. 165-211.

**234 235**

representativos de objetivos finales y definitivos (tales como igualdad,

libertad, justicia, paz) e *instrumentales* a aquellos valores destinados

esencialmente al logro de los primeros (por ejemplo, activo,

honesto, intelectual, noble). Le dio jerarquía suficiente como para

figurar en el conteo a aquellos valores que eran mencionados por

lo menos cinco veces. Sus asistentes llevaron registros separados de

las menciones positivas y negativas de cada valor, y tabularon como

número total de menciones el resultante de sustraer las negativas de

las positivas.

A partir de tales premisas, Rokeach aisló en los textos sometidos

a estudio un conjunto de diecisiete valores instrumentales (V. Cuadro

4), y detectó un significativo patrón en la frecuencia de la mención de

los mismos que realizaba cada autor:

El conteo de frecuencia de los socialistas para *libertad*

es de 66 menciones favorables, una vez sustraídas las

desfavorables, lo cual la sitúa de primera entre 17 valores

terminales. La *igualdad* figura en segundo término.

En Hitler, la *libertad,* aparece en el puesto 16 y la

*igualdad* en el 17. En Goldwater, la *igualdad* figura en

el puesto 16 entre los 17 valores, y para Lenin el orden

es inverso, ya que sitúa a la *igualdad* en el primer lugar,

y a la *libertad* en el último.1

Asimismo, Rokeach condujo replicaciones a ciegas de su trabajo,

que mostraron márgenes de desviación insignificantes. Ello

lo llevó a descartar la hipótesis de que los “prejuicios del experimentador”

pudieran explicar los hallazgos de su investigación. Por

ello concluyó que “estos resultados demuestran que las relaciones

de valores extraídas a partir de un conjunto de textos pueden ser

objetivas con independencia de las variaciones individuales entre

los analistas de contenido”.2 Aún más, tras recalcar que el conjunto

1. *Loc. Cit*.

2. *Loc. Cit*.

de escritos políticos analizados venían de áreas culturalmente diferentes

de Europa y América, y fueron escritos en tres lenguajes

distintos, Rokeach concluyó que “el hecho de que pudiéramos, sin

embargo, obtener los resultados que logramos, sugiere fuertemente

que el presentes enfoque de un análisis de contenido de valores puede

ser aplicado a circunstancias históricas y culturales diversas”, y

que “todo lo que parece necesario es un conjunto de documentos a

ser comparados en relación a una lista común de valores y un orden

de prelación de la frecuencia de valores así obtenidos”.3

3. *Loc. Cit*.

**Valores**

**terminales Socialistas Hitler Goldwater Lenin**

F Rango F Rango F Rango F Rango

Belleza 6 10 5 6,5 0 12 0 11,5

Vida

confortable 27 3,5 3 8 -1 15 1 9

Igualdad 62 2 -72 17 -10 16 88 1

Libertad 66 1 -48 16 85 1 -47 17

Unidad grupal 14 7 5 6,5 0 12 5 6

Salud 5 11 24 2 0 12 0 11,5

Individualidad 10 8 -5 13 11 5 -6 16

Justicia 7 9 2 9 9 6,5 2 8

Defensa

Nacional -8 16 9 5 22 3 6

Superioridad -6 15 12 4 18 4 -5 15

Mundo

ordenado 0 13,5 -12 14 24 2 -3 14

Paz 18 6 -1 12 2 9 4 7

Sociedad progresiva

4 12 0 10,5 0 12 9 4

Autorrealización

21 5 0 10,5 3 8 0 11,5

**236 237**

Poder del

Estado -15 17 23 3 -36 17 12 3

Sabiduría 27 3,5 -17 15 9 6,5 14 2

Activo 7 9 15 5 6 7 16 4

Altruista F Rango F Rango F Rango F Rango

Competente 10 5 11 10,5 0 18,5 4 12

Preocupado 4 15 1 20 5 9,6 0 18

Convicción 0 19,5 23 3 2 13 18 2

Valeroso 3 16 12 7 4 11,5 9 8,5

Creativo 20 2 4 17,5 0 18,5 0 18

Eficiente 0 19,5 0 21,5 6 7 9 8,5

Fortaleza -5 22 37 2 1 14 20 1

Honesto 5 12,5 4 17,5 10 2,5 11 6

Pureza racial 0 13,5 57 1 0 12 0 11,5

Intelectual 29 1 -9 23 6 7 8 10

Idealista 8 7,5 12 7 2 23 -3 22

Leal 5 12,5 18 4 -4 11,5 16 4

Moral 12 4 2 19 8 5 4 12

Noble 0 19,5 6 14,5 0 18,5 0 18

Patriota 0 19,5 11 10,5 0 18,5 0 18

Perseverante 0 19,5 11 10,5 0 18,5 16 4

Práctico 5 12,5 12 7 0 18,5 10 7

Productivo 8 7,5 10 13 9 4 0 18

Responsable 14 3 6 14,5 10 2,5 4 12

Silencioso 0 19,5 5 16 0 18,5 -7 23

Espiritual 5 12,5 5 16 5 9,5 0 18

Fuerza de

carácter 6 10 48 1 12 1 2 14

La mencionada confiabilidad en el establecimiento de la prelación

de valores, así como su aplicabilidad a circunstancias históricas y

culturales diversas, hacen especialmente útil la metodología de Rokeach

para un análisis de los valores del discurso populista. El hecho de

que la misma haya sido previamente aplicada a muestras de escritos

pertenecientes a cuatro relevantes ideologías contemporáneas, posibilita

también establecer útiles comparaciones y, hasta cierto punto,

atribuirle un sitio al populismo con relación a dichas tendencias.

En todo caso, antes de aplicar el método mencionado cabe efectuarle

algunas observaciones al marco de valores que utiliza como

referencia.

Uno de los dos términos de dicho marco se refiere al valor de la

*igualdad.* Rokeach no especifica el significado que atribuye al término.

Son posibles varios. Existe una igualdad jurídica (igual tratamiento

ante la ley); una política (iguales derechos para ejercer funciones

públicas y participar en política); una social (ausencia de barreras discriminatorias

contra grupos étnicos, sociales o culturales determinados);

y una económica (igualación de la condición de clase o del nivel

de vida). Cada una de ellas se refiere a algo diferente; la presencia de

una de dichas categorías no presupone la de las otras, y por ello la

mención que hace un liberal de la igualdad (seguramente en su acepción

jurídica) no es equivalente a la mención de un comunista (quien

alude a los aspectos sociales y económicos del término). Un análisis

detallado debe distinguir entre tales acepciones.

Similares dificultades se presentaban para caracterizar el concepto

de *libertad.* Hagamos un recuento de sus significados en la

historia de la teoría política. Pericles, en su clásico discurso fúnebre

por las víctimas de la guerra del Peloponeso, le da al menos tres

acepciones: no ser esclavo, obedecer la ley, participar activamente

en las cuestiones públicas.4 John Locke la refirió al respeto, por

parte del Estado, de ciertas relaciones irrenunciables de derecho

natural, tales como la propiedad y el cumplimiento de los contra-

4. Touchard, Jean. *Historia de las ideas políticas*, pp. 29-36.

**238 239**

tos.5 Los liberalistas económicos lo interpretaron como ausencia

de intromisión del poder público en materia económica.6 Benjamín

Constant estableció que la libertad era la autonomía del ciudadano

con respecto al Estado en el ejercicio de ciertos derechos innatos

e irrenunciables.7 Un marxista sólo admitirá que existe libertad en

el cese de las constricciones de la alienación impuestas por un sistema

económico explotador y clasista; su categorización de dicho

valor bien podría ser diametralmente opuesta a la del liberalismo

económico. Para los pueblos colonizados, por otra parte, “libertad”

significa autonomía frente a la metrópoli, independientemente de la

orientación –liberal, reformista, comunista– del régimen a ser instaurado

una vez lograda la independencia.

El analista debe distinguir entonces entre las acepciones de dichas

palabras, en la medida en que el texto lo permita, y abrir categorías

específicas para acepciones particulares de las mismas, aunque

dichas categorías no estén incluidas en las tablas elaboradas por

Rokeach.

Pero no sólo cabe hacer esta rectificación con respecto a las diversas

acepciones de los valores que constan en ellas. El analista debe

abrir nuevas categorías para dar cabida a valores que no aparezcan en

las tablas de Rokeach, y sí resalten con frecuencia en los textos analizados.

Adoptaremos ambos criterios en el examen de escritos representativos

del populismo.

Como material de análisis elegimos diversos textos de Rómulo

Betancourt, que en su conjunto integran una muestra de unas 25

palabras. Para asegurar la representatividad promedio de la muestra,

seleccionamos escritos redactados en diversas épocas y circunstancias,

desde la oposición, en el exilio y el ejercicio del poder. Escogimos,

específicamente, del Plan de Barranquilla, el texto “Mensaje

Balance al Congreso y a la Nación de 40 meses de gobierno”, leído

el 12 de febrero de 1948. La sección “Represión y deslinde de ideo-

5. Locke, John. *Ensayo sobre el gobierno civil,* pp. 29-39.

6. Smith, Adam. *La riqueza de las naciones*, pp. 605-832.

7. Constant, Benjamín. *Los principios de política*, pp. 7-67.

logías”, de la parte II de *Venezuela, política y petróleo*; el capítulo VI

de dicho libro, concluido en el exilio hacia 1955; y el discurso pronunciado

en la Plaza O’Leary, en Caracas, el 13 de febrero de 1962,

de nuevo en el poder.8

De tal manera, la muestra incluye asimismo una variedad de géneros

políticos: el manifiesto, el mensaje ante un cuerpo legislativo, el

análisis ideológico y económico en un libro de memorias, y la pieza oratoria

ante una multitud que, con sus reacciones, interrumpía o reforzaba

el discurso.

Aunque en principio seguimos las categorías postuladas por

Rokeach para el análisis, a medida que avanzábamos en el mismo fuimos

aislando valores terminales e instrumentales propios y específicos del

texto de Betancourt. Cada vez que uno de ellos se repetía más de cinco

veces, lo considerábamos como una categoría autónoma y le abríamos

un registro separado. Así logramos destacar en el texto nuevos valores

repetidos obsesivamente (tales como el de *abastecimiento*, 112 veces,

el de *desarrollo de la industria nacional,* 40 veces, y el de *colaboración de*

*clases*, 26 veces). Los resultados aparecen en el Cuadro 5.

**Cuadro 5: Valores en el discurso de Betancourt**

**Rango N° de menciones**

1) Abastecimiento 112

2) Poder del Estado 90

3) Salarios 49

4) Independencia económica nacional 45

5) Unidad Grupal 41

6) Desarrollo de la industria nacional 40

7) Elecciones 30

8) Producción 26

8. Cfr. Bruni Celli, Marco Tulio: *Acción Democrática y los primeros programas políticos*, pp. 49-50; *El*

*libro rojo,* pp. 286-295; Betancourt, Rómulo: *El 18 de Octubre de 1945*, pp. 273-297; *Venezuela, política y*

*petróleo*, pp. 113-120 y 349-374; *La revolución democrática en Venezuela*, p. 233-240.

**240 241**

9) Igualdad social 25

**Rango N° de menciones**

10) Popular 24

11) Democrático 22

11) Prosperidad 22

12) Salud 21

13) Pleno empleo 18

14) Independencia política nacional 15

14) Nacional 15

15) Igualdad económica 10

16) Libertad 7

17) Revolución 5

**TERMINALES**

17) Mundo ordenado 5

18) Igualdad 4

19) Desarrollo de la industria extranjera 4

19) Paz 3

19) Sabiduría 3

20) Autorrealización 2

21) Defensa nacional 1

21) Jefatura 1

21) Justicia 1

22) Supremacía nacional 0

22) Belleza 0

23) Vida confortable 1

24) Tradición -18

**INSTRUMENTALES**

**Rango N° de menciones**

1) Ley 27

6) Activo 26

3) Colaboración de clases 20

4) Eficiencia 17

5) Honrado 17

6) Moral 16

7) Patriótico 15

8) Sincero 13

8) Técnico 13

9) Práctico 18

9) Perseverante 15

10) Responsable 15

10) Alfabetización 10

11) Fatalidad histórica 8

13) Violento 7

13) Intelectual 7

14) Vigoroso 6

15) Silencioso 4

16) Veterano 3

16) Convicción 3

16) Irónico 3

16) Altruista 3

16) Moderno 3

16) Ahorro 3

**242 243**

16) Competente 3

17) Concernido 2

17) Atinado 2

18) Idealista 1

18) Buena fe 1

18) Espiritual 1

18) Imparcial 1

18) Creativo 1

18) Humor 1

18) Altanero 1

**5.1. Los fines del populismo: valores terminales**

Si nos atuviéramos estrictamente a las categorías de valores terminales

establecidas por Rokeach, al separar los cinco valores más

mencionados por Betancourt (*poder del Estado, unidad grupal, igualdad,*

*salud, libertad*), veríamos que presenta tres coincidencias con los

cinco primeros valores del discurso fascista (*poder del Estado, unidad*

*grupal, y salud*); dos coincidencias con los cinco primeros valores del

discurso socialista *(igualdad, salud*); una coincidencia con los cinco

primeros valores del discurso comunista (poder del Estado), y una

coincidencia con el discurso capitalista (*libertad*).

Pero el discurso de Betancourt presenta una serie de valores específicos,

difícilmente subsumibles dentro de las referidas tablas, por

lo que encontramos necesario establecer un conteo separado de los

mismos.

A continuación comentamos este específico alineamiento de los

valores en el discurso populista.

Abastecimiento

La categoría con mayor puntaje específico de los textos de Betancourt

es la de *abastecimiento*, (112 menciones, todas positivas). Se

refiere a la operación por la cual el partido, o el Estado, hacen accesible

al pueblo bienes de consumo de primera necesidad, tales como

alimentos, medicinas, ropas y vivienda, o prometen el disfrute de tales

bienes, Por sí sola, esta categoría es el eje del discurso, a la cual se

asocian otros valores de una manera accesoria. Así, el altísimo nivel

de menciones del *poder del Estado* se debe a que el sector público es

frecuentemente mencionado como dispensador de tales bienes: el

brillo de dicho valor, como el de la luna, es reflejo: *el poder del Estado*

no es bueno en sí y por sí, sino en la medida en que aparece como

fuente de artículos de primera necesidad.

El valor *abastecimiento* prepondera en la casi totalidad de las otras

manifestaciones del mensaje populista; casi nunca está ausente en sus

emblemas o símbolos esenciales. Así, hemos visto que el slogan del

partido es “Pan, Tierra y Trabajo”; que la palabra *pan* aparece cinco

veces en la primera estrofa del himno del partido; que cuando la organización

debe renunciar transitoriamente a su escudo tradicional, lo

sustituye en las tarjetas electorales por la efigie de un campesino con

un pan en el bolsillo. El tema del ofrecimiento de alimentos o de bienes

de inmediato consumo es el mayor lugar común de la propaganda

populista; en las campañas de Piñerúa y de Lusinchi se concentró en

el slogan “con los adecos se vive mejor”, acompañado de imágenes

de presuntos electores consumiendo alimentos. La más difundida

fue la de un joven moreno lamiendo un helado blanco, compendio

de la satisfacción oral y del alimento lácteo. Carlos Andrés Pérez esgrime

como argumento para su reelección en 1988 haber establecido

el “vaso de leche escolar”. En las cuñas de la campaña del mismo

año, unas manos que ordeñan son mencionadas como “las de Carlos

Andrés”. Elegido, ofrece paliar el efecto negativo de los aumentos de

precios con “becas alimenticias”. Obvias alusiones la lactancia, a la

protección maternal, y al color blanco que simboliza al partido.

**244 245**

Ya hemos visto que estos bienes son por lo regular ofrecidos

como dádiva y que constituyen el permanente tema de la ideología

populista.

Poder del Estado

El segundo valor más frecuentemente aludido es el del *poder del*

*Estado* (129 menciones positivas contra 49 menciones negativas, que

tabulan 90 menciones al total). Es un resultado sorprendente: sobrepasa

con mucho las que otros políticos realizan en textos de igual extensión:

Hitler lo menciona 23 veces, en tercer lugar; los socialistas lo

citan negativamente (-15 veces), y le asignan el lugar 17 en su escala

de prelaciones; el capitalista Goldwater lo califica negativamente (-36)

veces y le asigna el lugar 17 en la escala.

Es interesante detallar algunos particulares de este conjunto de

menciones. Las alusiones negativas, en número de (-49) se refieren al

ejercicio del poder por Gómez o sus sucesores inmediatos, en cuyo

caso la acción estatal es siempre calificada de mala o excesiva. Las

alusiones positivas se refieren siempre al uso del poder que el autor

espera conquistar, detenta o ha detentado.

Tan significativo como el número de menciones del *poder del*

*Estado* lo es el conjunto de predicados al cual se lo asocia. En el texto

de Betancourt, el Estado aparece en casi todas las menciones como

un supremo dador de bienes de consumo, de empleo, de salubridad

y de desarrollo económico. Está estrechamente relacionado con los

puntajes del valor *abastecimiento.*

Este rango del valor asignado al Estado como gran dispensador

de bienes es replicado por los otros documentos programáticos e

ideológicos que hemos examinado en la sección anterior.

Salarios

La misma constelación explica la alta incidencia de la mención

de *salarios,* con un total de 49 instancias y el tercer lugar en el rango.

57 menciones positivas indican el *aumento de salarios* como una medida

tendiente a que el pueblo tenga un mejor acceso a los bienes que

estarán disponibles por el *abastecimiento*; (-8) menciones negativas

condenan las aspiraciones de incremento salarial que lesionan el entendimiento

entre trabajadores y patronos. La reiterada mención del

aumento salarial preocupa al emisor mucho más que la posibilidad

de ganarlo: el pleno empleo sólo es mencionado 18 veces, lo que le

asigna rango de 13°.

Independencia económica nacional

Hay 45 menciones de la *independencia económica nacional*, y 40

menciones del *desarrollo de la industria nacional.* No son nociones

equivalentes. La independencia económica nacional (4° rango) se

establece por oposición a la ingerencia del capital extranjero, fuertemente

condenada en los primeros textos (18 veces en el Plan de Barranquilla,

16 veces en los fragmentos de *Venezuela, política y petróleo*)

y luego progresivamente desenfatizada. *El desarrollo de la industria*

*nacional*, por el contrario, es poco mencionada en los primeros textos

(cero veces en el Plan de Barranquilla) y enfatizada desde el poder

(30 menciones en el Discurso Balance); para situarse en el sexto lugar

en el rango de valores.

Unidad grupal

La *unidad grupal* es mencionada por Betancourt positivamente

65 veces, y negativamente (-24), dando un total de 41 menciones. Las

menciones negativas (más frecuentes en los documentos tempranos,

tales como el Plan de Barranquilla) se refieren casi siempre a la alianza

entre caudillos militares e imperialismo; las positivas, a la unidad del

pueblo, los sindicatos y los sectores del ejército alrededor del partido.

Desarrollo de la industria nacional

A partir de ella, la unidad grupal, se produce, al fin, el *desarrollo*

*de la industria nacional,* mencionado 40 veces, en sexto rango, y

casi siempre en los textos emitidos desde el poder, en los cuales se

**246 247**

establece una estrecha relación entre el uso del poder del Estado y el

desarrollo industrial más o menos tutelado, dirigido o incluso creado

por dicho poder. El populismo será el gran protector y aliado de la

burguesía nacional.

Tal orden de prelación de los valores en el discurso sugiere también

una cierta enunciación del mismo. Para lograr el valor supremo

del *abastecimiento*, deberá intervenir el *poder del Estado*. El facilitador

esencial de la participación del pueblo será el *aumento de salarios*. Ello

debería tener lugar dentro de un marco de *independencia económica*

*nacional* (esto es, ausencia de predominio del capital extranjero, aludida

45 veces).

Elecciones

El agente orientador de dicho proceso es lo *electoral,* mencionado

30 veces como un valor autónomo, un objetivo en sí, como una

meta. Sin embargo, llama la atención la posición relativa en la escala

de valores (el séptimo) y el número comparativo de menciones; casi

cuatro veces menos que las 112 de *abastecimiento*; y la tercera parte

de las 90 de *poder del Estado*. Parece mucho más importante el flujo

de artículos de consumo, y el poder estatal que ha de realizarlo, que

la fuente electoral de dicho poder.

Un lugar comparativamente modesto parece ocupar en los

otros textos ideológicos y programáticos que hemos analizado en la

sección anterior. Nótese también que las 30 menciones de lo electoral

son casi un tercio más de las dedicadas a *democracia*. Ello parecería

sugerir, como también sucede en los otros textos analizados, una

preponderancia del medio sobre el fin.

Producción

Y aparece, en fin, la *producción*, mencionada 26 veces, en el rango

octavo en la escala de valores terminales. Alguien, en efecto, ha de

crear la enorme cantidad de artículos de consumo aludida 112 veces

en el valor *abastecimiento*. Las menciones del fruto final del proceso

productivo (*abastecimiento más salarios*) totalizan 161 instancias:

unas seis veces más que el número de menciones a la necesidad de

crearlos. El discurso populista enfatiza y reitera las menciones de lo

que los semiólogos llaman el *objeto del deseo* (el consumo y el ingreso

necesario para adquirir consumo), por encima de las transformaciones

y capacitaciones necesarias para crearlo. El efecto sicológico de

esta reiteración es la de que el objeto se logra por la mera operación

de nombrarlo o desearlo, quedando como un dato secundario o de

menor importancia el hecho de que se requiera crearlo, a costa de específica

inversión de esfuerzo. Que la mención del proceso creativo es

eludida, lo confirman las escasas alusiones a la *autorrealización* (apenas

dos) y la solitaria referencia a la *creatividad.*

Es el mismo resultado que arrojan los documentos programáticos

e ideológicos analizados en la sección anterior, particularmente

*Un pacto para la democracia social*, donde literalmente sólo existen *sujeto*

*necesitado* y *objeto del deseo*.

Igualdad social

La *igualdad social* es un bien que resultaría como efecto de los

valores anteriores: es aludida 25 veces, en noveno rango, aunque

con un sentido preciso: se la considera más bien como ausencia

de discriminaciones étnicas, y no como destrucción de las diferencias

de clase o como efectiva igualación de los niveles de vida.

En efecto, los textos analizados llaman en 20 instancias de manera

explícita a la colaboración de clases; y el autor presenta a su organización

como policlasista. La relativa igualación de los niveles de

vida es sólo aludida como igualdad económica unas 10 veces en el

rango décimo sexto, casi tres veces menos que la *igualdad social*. La

diferencia en el número de menciones revela no sólo la diferencia

que para el autor revestían ambos conceptos, sino la importancia

relativa que les asignaba.

**248 249**

Lo popular

Esta igualdad social, que no implica sin embargo destrucción de

las clases sociales ni igualdad económica, remite a un concepto clave

en la retórica populista: lo *popular*, mencionado 24 veces en el texto,

con el décimo lugar en el orden de valores. Lo *popular* es una manera

de nombrar a los explotados, sin hacer referencia a su condición

de clase. Los otros documentos accióndemocratistas analizados en la

sección anterior categorizan genéricamente lo *popular* como un ámbito

que engloba a los campesinos, obreros, sectores medios e incluso

empresarios “progresistas”: es una excusa para el policlasismo, constante

ideológica del movimiento.

Pero, aparte de esta amalgama de clases antagónicas, lo *popular* es

en gran parte de las menciones un concepto no definido: “lo entrañablemente

venezolano”, “la vibración popular”, “lo nacional”; valor que,

sorpresivamente, ocupa un rango aun más bajo en la escala populista.

Democrático

Lo *democrático* viene de inmediato, como un valor reiterado 22 veces

y en la posición décimoprimera. Llama la atención la posición comparativamente

baja con respecto a otras nociones propiamente políticas;

por debajo, desde luego, del *poder del Estado* con sus 90 referencias, pero

también de lo *electoral* con sus 30 menciones, cuando el rango, aparentemente,

debía ser inverso: si lo *democrático* –el poder del pueblo– es lo

que caracteriza a un determinado sistema político, lo electoral no debería

ser más que un medio subordinado para que la voluntad de dicho pueblo

se manifieste, y el *poder del Estado*, en su última instancia, apenas un sirviente

o auxiliar del cumplimiento de la voluntad popular. Si, siguiendo

la hipótesis de Rokeach, el número relativo de menciones de cada valor

delata la importancia que el autor le concede, las relaciones numéricas

antes señaladas son sumamente significativas.

Prosperidad

La *prosperidad* es mencionada 22 veces, tantas como lo democrático,

y por ello en un rango equiparable de décimo primera en la

escala de valores terminales.

Es de destacar la relativa escasez de menciones frente al valor

*abastecimiento*, aludido casi cinco veces más. A primera vista, la *prosperidad*

parecería un valor más comprensivo y más amplio que el *abastecimiento*,

ya que el logro del conjunto de complejas relaciones que

supone la primera debería llevar consigo el segundo, como valor derivado.

Para Betancourt no es así. Su continua mención de los bienes de

consumo fuera del contexto de las relaciones generales de producción

y empleo, sugiere que quiere socorrer una situación de emergencia, o

el hecho de que tal consumo será facilitado fuera del contexto de tales

relaciones. La economía populista actuó de hecho así, incrementando

un consumo y unas tasas de ganancia que no tenían relación con

incrementos correlativos de la productividad.

Salud

La *salud* aparece en el lugar 12° entre los valores terminales, con

21 menciones positivas. En los escritos tempranos, es un bien atacado

por la naturaleza hostil y “los vicios”, y descuidado por el gobierno

gomecista. Posteriormente, es un valor que resultará de la mejor alimentación

lograda por el *abastecimiento* o por campañas sanitarias,

siempre procuradas por el *poder del Estado*. En fin, como todo lo demás,

en condición de dádiva.

Pleno empleo

El *pleno empleo* tiene 18 menciones y la posición 13º en la escala

de valores. Ya hemos comentado su paradójica postergación. El trabajo,

después de todo, crea la totalidad de los bienes a ser distribuidos

a través del *abastecimiento* y asignados por el *poder del Estado*, y, por

tanto, debería tener prelación sobre ambos. Se repite aquí la relación

no causal del eslogan del partido: “Pan, Tierra y Trabajo”, sobre el

**250 251**

cual, en otra parte, hemos dicho que un orden lógico requeriría que

la colocación fuera Tierra, Trabajo y Pan. Una posición estructurada

de acuerdo con el principio de causa y efecto debía hacer prevalecer el

empleo sobre el abastecimiento, que es una consecuencia del primero.

En el discurso populista no es así.

Nacional

Lo *nacional*, como un valor autónomo (diferente, por ejemplo,

de la independencia política nacional o del desarrollo económico nacional)

es mencionado por Betancourt 15 veces, lo que le atribuye el

rango 14º en la escala de valores terminales. Es una frecuencia sorpresivamente

baja si se considera la importancia que lo “nacional-popular”

tiene en la retórica de los populismos, y la abundante referencia a

lo nacional en otros medios (símbolos del partido, himno, etc.).

Vale la pena examinar de cerca las acepciones del valor. Betancourt

se ocupa de ligar estrechamente la noción de “partido” a la de

“lo nacional”. Así, la ideología accióndemocratista es “plataforma

extraída de lo entrañable nacional”.9 Sin embargo, falta en los textos

analizados una clara definición del valor. Se insiste en su definición

negativa, si bien esta negatividad se va desplazando. En el Plan de

Barranquilla, *nacional* era simplemente lo opuesto al capitalismo extranjero;

en los escritos posteriores se define como lo opuesto a la

izquierda, al comunismo o incluso a lo ruso. En *Venezuela, política y*

*petróleo* se admite una definición: así, el partido emprende una lucha

que “era en dos flancos: frente a los personeros del caudillismo criollo,

remanentes de la colonia, quienes ejercían el gobierno en alianza

evidente con el capital extranjero; y frente a la sedicente extrema izquierda

sovietizante”.10

Más adelante se deja de mencionar al adversario capitalista: lo

nacional se define contra los que “sentían que era poco menos que

traición cuanto se dijera, o hasta se insinuara, en contra de los méto-

9. Betancourt, Rómulo. *Venezuela, política y petróleo*, p. 117.

10. *Loc. Cit.*

dos de gobernar del régimen soviético”.11 Contra los que persiguen

ese objetivo de acusados perfiles “rusos”, contra la “contradictoria e

inconsecuente conducta de los comunistas venezolanos”.12 Y todavía

más adelante, en el discurso del 13/2/1962, los receptores mostrarán

su condición nacional decidiendo “si ellos se van a poner también al

servicio del comunismo, o van a ser leales a Venezuela”.13 Lo nacional,

por tanto, es progresivamente equiparado al anticomunismo. Los semiólogos

expresan esta relación mediante el esquema siguiente:14

NACIONAL COMUNISMO

NO COMUNISMO NO NACIONAL

Las relaciones implícitas en tal equiparación se hacen evidentes:

si lo nacional es antitético del comunismo y, por lo tanto, lo comunista

se confunde con lo no nacional, entonces lo no comunista será

lo nacional. Las conclusiones implícitas así reveladas pueden parecer

extremas. Sin embargo, son eje esencial del discurso populista.

Betancourt fue uno de los principales dirigentes del Partido Comunista

de Costa Rica entre 1931 y 1935.15 Apenas en 1939 separó

al PDN de las izquierdas y se dedicó a renegar de su pasado radical.

El anticomunismo de Betancourt, dice Manuel Caballero, “tal vez sea

también la única opinión que no ha variado, reformado ni matizado

desde entonces”.16

Hacia la Segunda Guerra Mundial, Acción Democrática lanzó

el eslogan *Venezuela primero*, contra las organizaciones de izquierda

que se habían fijado como política no oponerse al esfuerzo producti-

11. *Ibídem,* p. 120.

12. *Loc. Cit.*

13. *Ibídem*, p. 236.

14. Greimas Algirdas J., *et al. Op. Cit*, pp. 29-33.

15. Gómez, Alejandro. *Rómulo Betancourt y el Partido Comunista de Costa Rica*. *1931-1935*, pp. 205-208.

16. Caballero, Manuel. *La Internacional Comunista y América Latina: La sección venezolana*, p. 152.

**252 253**

vo necesario para combatir al fascismo. Durante el segundo gobierno

de Betancourt, en 1958-63, el sector oficial lanzó contra la oposición

la consigna “Venezolano siempre, comunista nunca”, transcripción

literal de las previas definiciones de lo nacional. Aparentemente, si el

comunismo no existiera, el discurso populista no encontraría forma

de definir lo nacional.

Igualdad económica

La *igualdad económica* es mencionada 10 veces y ocupa el 15º lugar

en el orden de prelación. Es nombrada dos veces y media menos

que la *igualdad social*. Ello no es extraño, ya que gran parte de las referencias

de este último valor son condenatorias de las antiguas diferencias

entre amo y esclavo, de los prejuicios de casta y de los prejuicios

étnicos. Por lo tanto, el *abastecimiento* que cumplirá el *poder del Estado*

podría en última instancia realizarse en condiciones de notable desigualdad.

Así ha sucedido de hecho durante la dominación populista.

Libertad

La *libertad*, valor terminal básico en el cuadro de valores de

Rokeach, es mencionado comparativamente poco: nueve veces de

manera positiva, y (-2) de forma negativa, para totalizar 7 menciones

y el décimo sexto lugar. Está muy por debajo del puntaje (66 menciones

y el primer lugar) que le atribuyen los socialistas, y de las 85 menciones

con que la lleva igualmente al primer sitio el capitalista Goldwater.

Sin embargo, supera las (-47) menciones negativas y el puesto

17 de los escritos de Lenin, y las (-48) menciones negativas, e iguala el

primer puesto, que le atribuyen los textos de Hitler.

Revolución

El valor *revolución* aparece apenas cinco veces (6 positivas y 1 negativa),

con el puesto décimo séptimo. Es notable la escasez de tales menciones,

si se tiene en cuenta que la retórica política tiende a abusar del

término para designar cualquier cambio en el poder, y que los accióndemocratistas

llamaron durante mucho tiempo “Revolución de Octubre”

al golpe de 1945. Dos de las menciones están en el Plan de Barranquilla*,*

documento que, como hemos visto, está lleno de fraseo izquierdizante;

cuatro de ellas están en *Venezuela, política y petróleo*. La referencia negativa

está en el “Discurso Balance”, emitido desde el poder.

Es interesante detallar el significado de tales menciones. En el

Plan de Barranquilla se llama *revolución* a la Guerra de Independencia,

a pesar de que el mismo texto reconoce que tal conflicto dejó casi

inalteradas las relaciones sociales. Más adelante se dice que “nuestra

revolución debe ser social y no meramente política”.17

En *Venezuela, política y petróleo* se llama a Acción Democrática

“núcleo con una concepción moderna y revolucionaria de la lucha social”,

para contraponerla más adelante

la fórmula comunista de la “gimnasia revolucionaria”,

del enguerrillamiento permanente en las relaciones

obrero patronales y de la exacerbación artificial de las

luchas de clases, por considerar que esas tácticas aventureras

y desorbitadas, sin beneficiar a los trabajadores

restaban aliados al frente nacional e inferían quebranto

a la endeble industria criolla.18

La “juventud sacudida por inquietudes revolucionarias” es a la

vez indiferente al ‘lenguaje pasatista” del caudillismo criollo.19 El autor

deplora que “gentes de sincera vocación revolucionaria sentían

que era poco menos que traición cuanto se dijera contra el régimen

soviético”. En su sentir, AD ha demostrado “ser interprete y canalizador

de un profundo cambio estructural en lo económico, lo político y

lo social del país, sin que fueran comunistas su programa, su estrategia

y su táctica”.20

17. *Op. Cit*, p. 290.

18. Betancourt, Rómulo. *Venezuela, política y petróleo*, p. 116.

19. *Ibídem*, p. 119.

20. *Ibídem*, p. 120.

**254 255**

*Revolución* es, por lo tanto, para Betancourt, definido en dos instancias

como lo que hace Acción Democrática; en cuatro como algo

distinto de lo que hacen los comunistas (exarcebar la lucha de clases,

defender al régimen soviético o simplemente ser comunistas); en una

como diferente al “caudillismo”, y en otra, por fin, como “profundo cambio

estructural en lo económico, lo político y lo social del país”. Aunque

este cambio, obviamente, no debe exacerbar la lucha de clases, estorbar

las relaciones obrero patronales ni amenazar la buena marcha de la industria.

Como lo nacional, lo revolucionario se define, ante todo, por *no*

*comunista*, más que por un contenido propio que el autor le atribuya.

Igualdad

Más bajo es el puntaje que le atribuye Betancourt al valor terminal

*igualdad*, con 4 menciones que lo sitúan en el 18º lugar. Dicho término

tiene múltiples acepciones, motivo por el cual, asimismo, hemos llevado

cuenta de todas las menciones del texto a la igualación social o étnica

(25 menciones), o económica (11 favorables y una desfavorable). Si

adscribimos estas referencias al valor *igualdad*, tendríamos entonces un

puntaje de 39 menciones, y un séptimo lugar entre los valores terminales.

Aun con esta amplitud extraordinaria, es un puntaje bajo ante las 88

menciones y el primer puesto en los escritos de Lenin, y las 62 alusiones

y el segundo puesto en los escritos de los socialistas.

El igualitarismo es un recurso del caudillo populista, pero no una

de sus preocupaciones preponderantes. No puede serlo, en la medida

en que, como vimos en la sección anterior, sus programas consistentemente

predican la perduración de las distintas clases y la colaboración

entre ellas.

Sabiduría

La *sabiduría*, considerada como un elevado valor genérico, aparece

mencionada apenas tres veces, en el rango 19º, y eso que hemos incluido

en ellas las alusiones al “mejoramiento cultural” del pueblo, que

podrían ser también interpretadas como mera adquisición del alfabeto.

Como valor instrumental cercano a ella cabe destacar el de *técnico*,

con 13 referencias, ya que el autor nombra muy frecuentemente

a los poseedores de ciertas destrezas técnicas especializadas como

los agentes de las transformaciones a través de las cuales *el poder del*

*Estado* logrará el *abastecimiento* (trazado de carreteras, saneamiento,

técnica agrícola, etc.).

Hemos separado también como valor instrumental autónomo

las menciones explícitas a la *alfabetización*, que son nueve, y

que se refieren a la comunicación al pueblo de los más elementales

rudimentos de la escritura. Facilitar esta básica enseñanza estaría

más cercano al concepto de abastecimiento que al uso superior de

las facultades mentales que supone la sabiduría (existieron sabios

analfabetos, así como hay alfabetizados ignorantes). En el caso de

que asimiláramos los citados conceptos de *técnico* y *alfabetización*

a *sabiduría*, el puntaje de dicho valor ascendería a 24 menciones,

en un moderado décimo rango. Es necesario, sin embargo, separar

las categorías antes señaladas, que no son en manera alguna sinónimas

ni equivalentes. Las cifras indicadas parecen confirmar el

antiintelectualismo presente en otros textos y prácticas del mensaje

populista (V. 4).

Autorrealización

Incidentalmente, el puntaje del valor de autorrealización apenas

llega a dos menciones, para un vigésimo lugar en la escala de prelación

de valores terminales. Es pertinente destacar tal colocación, porque el

valor de *autorrealización* parecería coincidir con la motivación de *achievement*

(logro, realización, cumplimiento) aislada por McClelland. El

puntaje que acusan los escritos de Betancourt parecería coincidir con

los bajos puntajes de motivación de logro que McClelland advirtió al

analizar textos y aspectos de la conducta de los venezolanos.21

21. Fundación Venezolana para el Desarrollo de Actividades Socioeconómicas. *Informe sobre el perfil*

*motivacional observado en Venezuela*, pp. 1-30.

**256 257**

Curiosamente, Betancourt aboga cuatro veces de manera positiva

por el *desarrollo de la industria extranjera en el país*. El populismo

dará todo tipo de facilidades para su establecimiento a través de la

política de sustitución de importaciones.

Tradición

Finalmente, es interesante destacar las menciones a un valor citado

con cierta frecuencia: el de *tradición*. Betancourt lo cita (-20)

veces de manera negativa, y una positiva, con lo cual ocupa el último

puesto absoluto en la escala de valores. Puede parecer extraño, vista

la frecuente alusión en el mensaje no escrito a formas de vestir, alimentos

y costumbres venezolanas tradicionales. En los textos analizados,

Betancourt siempre refiere *tradición* a las estructuras sociales,

políticas y económicas anteriores a su llegada al poder, que critica –y

con razón– acerbamente: caudillismo, prejuicio étnico, sociedad de

castas, miseria del medio rural. Se abre aquí una interesante ambivalencia

del mensaje populista: lo que la crítica política condena (la arcaica

y estratificada Venezuela agraria con sus desiguales relaciones)

es, por el contrario, celebrado en otras manifestaciones del mensaje

populista a través de sus más irrelevantes símbolos: el sombrero de

cogollo, las alpargatas, el traje blanco, la insuficiente dieta, los giros y

modos de lenguaje relativos a la realidad rural. El populismo enarbola

como banderas los símbolos externos de aquello mismo que su discurso

político condena.

**5.2. Los medios del populismo:**

**valores instrumentales**

Pasemos ahora al análisis de los valores que Rokeach llama *instrumentales*,

en la medida en que no constituyen fines en sí y para

sí mismos, sino medios que contribuyen al logro de los antes comentados

valores *terminales*. Aquí, como en la parte precedente de

nuestro trabajo, comenzamos el análisis tomando como punto de

referencia los valores aislados por Rokeach, pero poco a poco fuimos

advirtiendo la presencia de valores específicos, no subsumibles

en las tablas del mencionado sicólogo, y que por lo tanto ameritaban

un conteo separado.

Los valores logrados resaltan también la especificad del discurso

populista con respecto a los textos analizados por Rokeach. Podemos

advertir que el discurso de Betancourt coincide en colocar en

los cinco primeros lugares de su jerarquía de valores instrumentales

(*activo, eficiente, honesto, moral, patriótico*) dos valores situados dentro

del mismo rango por el discurso capitalista (*eficiente, moral);* un valor

preferido por los socialistas (*moral*); y dos de los cinco valores instrumentales

más preciados en el discurso comunista (*activo y eficiente*).

En el discurso de Betancourt, en todo caso, los referidos valores

instrumentales más frecuentemente nombrados son calificativos que el

propio emisor del discurso se aplica: con ellos se define a sí mismo ya

su organización. El emisor está, por lo tanto, *definiendo su imagen*, indicando

el aspecto que quiere presentar ante el receptor del mensaje, o

público en general. Veamos ahora el rango en que están colocados.

Ley

Hay un alto número de menciones del valor instrumental *ley* (36

positivas y -8 negativas, que totalizan 27). No lo hemos equiparado

al valor que Rokeach denomina *justicia*, ya que esta última se refiere

a un estado de equilibrio que va más allá de la misma norma jurídica

–una ley puede ser obligatoria sin ser justa–, mientras que los textos

de Betancourt aluden repetidamente a normas de derecho positivo y

a la aplicación de éstas por los órganos del Estado. En alguna forma,

las menciones son paralelas al alto número de incidencias del *poder*

*del Estado*. En este alto número de menciones posiblemente existe

también una influencia del legalismo presente en el discurso de Rómulo

Gallegos, quien hacía equivaler *ley* a *poder civil* y *civilización,* y

los oponía a *personalismo*, *poder de facto* y *barbarie* (V.4.1.1).

**258 259**

Activo, eficiente

El emisor del discurso presenta de sí mismo una imagen un tanto

*pragmática*: interesa en primer lugar que pueda *actuar*. En grado

mucho menor, que sus actos tengan *eficacia.* Tal imagen es reforzada

por los altos puntajes de los valores *perseverante* (11) *responsable* (9),

*vigoroso* (6). Esta supremacía de la acción, señalada tan obviamente

en los escritos teóricos, es el trasfondo de las consignas políticas

populistas que destacarán y ensalzarán la actividad, sin especificar el

contenido ni el alcance de la misma: “Democracia con energía” en

1973; “Pongamos al país en marcha” en 1983, “Manos a la obra”, en

1988. El mismo partido tiene por nombre: Acción.

Colaboración de clases

Hemos considerado oportuno aislar como un valor instrumental

propio del discurso analizado el de la *colaboración de clases*, con un

elevado conjunto de 20 menciones explícitas, y el rango de tercero;

no es posible subsumirlo dentro del valor *unidad grupal*, ya que alude

a la cooperación o la postergación de los conflictos entre grupos que

el propio autor categoriza como diferentes, y entre los cuales reconoce

que existe oposición de intereses: obreros y empresarios. *Colaboración*

*de clases* hubiera también podido ser registrado como un puntaje

negativo del concepto *lucha de clases*, pero ésta rara vez es referida

como concepto general, sino a través de menciones elogiosas relativas

a su debilitamiento o ausencia. Así, en *Venezuela, política y petróleo*:

El 26 de enero de 1948, el presidente de la Cámara de

Comercio de Caracas, señor Feliciano Pacanins, en discurso

pronunciado ante la asamblea de ese organismo

patronal, dijo: “Aquí en Venezuela, hasta el momento,

no se ha presentado un conflicto serio de trabajo”.22

22. *Op. Cit,* p. 360.

Y en el “Discurso Balance” se señala como entrabadores del

avance progresivo de la nación “al obrero indisciplinado e irresponsable,

que se atrinchera en las previsiones justicieras de la legislación del

trabajo para exigir derechos sin soportar deberes”.23 Conductas de colaboración

de la índole señalada son frecuentemente calificadas con el

valor *responsable*, y son tema central en los programas analizados en la

sección anterior.

Honesto y moral

Además del valor cimero de la *Ley*, la conducta del emisor del

discurso está ordenada normativamente por los valores de lo *honesto*

(17), lo *moral* (16) y lo *sincero* (13).

La mayoría de ellas aluden a un *manejo honrado de los fondos públicos*.

Las referencia negativas a *honesto* (-1) y *moral* (-2) denuncian

el inadecuado manejo realizado por adversarios políticos; las positivas,

elogian el manejo de ellos que se promete o se ha realizado. El

discurso populista abunda siempre en afirmaciones de la *sinceridad*

del emisor.

Intelectual

El valor instrumental *intelectual* tiene un conteo de 7; con 13

menciones positivas y (-6) negativas, lo que le asigna una posición

de décimo tercero. Gran parte de las menciones positivas están en

el Plan de Barranquilla, donde el autor, como vimos, se presenta a sí

mismo como dueño “de la más rigurosa lógica histórica” y del “análisis

penetrante de la situación venezolana”.24

Casi siempre, las menciones positivas del valor *intelectual* son

aquellas en que el autor se califica de poseedor de penetrantes dotes

analíticas. Las menciones negativas se refieren a sus adversarios ideológicos,

a los cuales atribuye además casi siempre dudosa moralidad.

23. *Op. Cit,* p. 295.

24. Bruni Celli, Marco Tulio. “Plan de Barranquilla”. *Acción Democrática y los primeros programas políticos.*

pp.286-287.

**260 261**

Como lo hicimos al tratar los valores terminales, también podríamos

intentar una lectura de los valores *instrumentales* basándonos

en el rango que los textos le atribuyen.

Así como en los terminales domina *el poder del Estado*, aquí también

el mismo poder, traducido en *ley*, tiene lugar preponderante. El

gobernante será muy *activo*, y se valdrá ante todo de la *colaboración*

*de clases*. Para llevar adelante tal actividad, el gobernante se considera

dotado, en el plano de la utilidad, de *eficacia: practicidad*, *perseverancia;*

en el ético, de la condición de *moral* y *honesto;* en el político, de la

condición de *patriótico*; y en el cognoscitivo, de la condición de *técnico*,

que es valorada muy por encima de la de *intelectual.*

El líder se autopresenta como un hombre ante todo pragmático,

muy distinto de aquellos a quienes el programa de ORVE denunciará

por dedicarse a “cuestiones de debates doctrinarios o de mera metafísica

política” (V. 4.3). Parecería haber acogido, al fin, la fórmula que denunció

en el Plan de Barranquilla como de “atolondrado optimismo”:

“Hombres honrados en el poder y Venezuela está salvada” (V. 4.2).

Las personas interrogadas en la “Encuesta sobre Actitudes, Valores

y Creencias Políticas”, en su gran mayoría no consideran presentes

tales valores en los gobiernos de los últimos veinte años.

Los datos anteriores permiten una lectura de las prioridades

del discurso populista. En el mismo, los fines preponderan sobre los

medios; el *abastecimiento* es valorado por encima de la *producción*;

los *salarios*, por encima del *empleo*; las elecciones, por encima de la

democracia; el mismo sobrevalorado *poder del Estado* parece más un

fin en sí mismo, que un instrumento. El discurso crea así la ilusión

de que los bienes de consumo y los salarios se harán presentes por

sí solos, sin necesidad de crearlos o ganarlos; el *poder del Estado* los

proveerá de manera ilimitada e ininterrumpida. Enmascarando así

el proceso de producción social de los bienes y los antagonismos

que el mismo engendra, el poder podrá funcionar sobre la base de la

*colaboración de clases* y de las facultades providenciales que el líder

se atribuye. El protagonista escondido de esta fórmula es una riqueza

que fluye ininterrumpidamente sin ser creada por el trabajo: la

petrolera. Es la tabla de valores y prioridades de un sistema político

que vive de la venta de un activo. La disminución de dicho ingreso

hace necesario un drástico reajuste de las tablas de valores que hasta

ahora han guiado nuestro liderazgo político, y de los mitos que,

como veremos de inmediato, lo han justificado.

**5.3. Abastecimiento y desnutrición:**

**el medio justifica los fines**

La verdadera relación entre fines y medios en el mensaje populista,

en fin, sólo puede ser establecida analizando el uso de los últimos

para el cumplimiento de los primeros. Juzguemos entonces al

populismo en función del empleo del ilimitado caudal de la riqueza

petrolera, para lograr su valor supremo: el abastecimiento.

Al respecto, la situación es grave. Ya para 1977, “estudios llevados

a cabo por el Instituto Nacional de Nutrición para detectar la prevalencia

de la desnutrición en niños preescolares y escolares, demostraron

que más de 50 % de los niños estudiados sufrían de algún grado

de desnutrición”.25 Refiriéndose al mismo año, Relemberg, Karner y

Kohler señalan que:

El 70 % de los venezolanos sufre de falta de calorías,

el 45 % de deficiencia proteínica. Aun el propio presidente

de la República tuvo que conceder que “La

desnutrición afecta al cincuenta por ciento de la población

infantil de cero a seis años”. La alta tasa de

mortalidad de los niños entre dos y cuatro años es, en

cuatro casos de cada cinco, atribuida a desnutrición o

falta de alimentación.26

25. Dehollain, Paulina, *et al. Venezuela desnutrida hacia el 2000*, p. 41.

26. Kärner, Hartmut, *et al*. *Los pobres de Venezuela,* p. 62.

**262 263**

Y para el año anterior, el Congreso Venezolano de Salud Pública

había concluido que: “Todos estamos de acuerdo en que la desnutrición

es la primera y verdadera causa de enfermedad y muerte

del niño venezolano, que es siete veces mayor que en los países

desarrollados”.27

Esas cifras no correspondían a un país con problemas fiscales.

Hacía pocos años, en 1974, se había cuadruplicado el ingreso presupuestario,

y se contrataba activamente la deuda pública que tan graves

consecuencias tendría luego. Mientras la población padecía por falta

de alimentos, el Estado se resentía por exceso de ingresos fiscales.

La situación no mejoró durante la década inmediata. El VIII Plan

de la Nación diagnosticó que en el país había un 44 % de la población

en estado de subalimentación; en el Seminario “Balance Ecológico

Ambiental del Siglo XX”, realizado durante 1988, una de las conclusiones

fue que “siete de cada diez venezolanos, y la casi totalidad de la

población agrícola, viven en condiciones de subalimentación”, al mismo

tiempo que “más de la mitad de los niños presentan algún grado

de desnutrición”. Para la misma época, una encuesta realizada por el

Instituto Nacional de Nutrición entre niños de 1 a 6 años asistentes

a los servicios de salud, reveló que el 48,6 % padecía de algún tipo

de desnutrición leve o moderada, y un 1,5 % presentaba desnutrición

severa”.28 Estas carencias tienen irreversibles secuelas fisiológicas, intelectuales

y sociales. Sobre las primeras, han concluido los investigadores

del “Proyecto Venezuela” que “entre los factores limitantes

del crecimiento y desarrollo normal en Venezuela, la alimentación es,

jerárquicamente, el de mayor importancia”.29 Sobre las segundas, indican

Dehollan y Pérez Schaell:

Se ha demostrado que la desnutrición severa durante

el primer año de vida retarda el crecimiento físico

y produce retardo mental. Estos niños presentan bajo

27. Congreso Venezolano de Salud Pública. *La salud en Venezuela*, p. 16.

28. Delpretti, Eduardo. “La Crisis al Des(nu)trido”. *El Nacional.* 30/4/1988, p. 1.

29. De Méndez, Maria Cristina. *Perfiles culturales, sociales y económicos del venezolano*, pp. 32-33.

funcionamiento intelectual y una disminución en los

mecanismos básicos para el aprendizaje, es decir: la escritura

y el lenguaje, y además, son menos capaces para

integrar la información que proviene del medio.30

Las consecuencias sociales son obvias. La pobreza y la marginalidad

de gran parte de la población venezolana hace sumamente difícil

el normal desarrollo físico y mental. Esta circunstancia, a su vez, está

entre los factores que perpetúan y multiplican la indigencia. Mientras

la población del país aumenta a una tasa interanual de 3,1 % la marginalidad

aumenta en un 9,7 % en el mismo lapso: más de tres veces que

el simple incremento demográfico.31

Tales circunstancias hacen imposible el logro de la igualdad,

económica o social. Hernán Méndez Castellano, director del “Proyecto

Venezuela”, resume las conclusiones sobre estratificación social

en nuestro país indicando que, de un total de 2.725.056 familias que

cuenta el censo de 1981, el 42,37 % (1.154.608 familias) vive en la

pobreza relativa; y 38,05 % (1.036.881 familias) vive en la pobreza

absoluta. ¡En pleno auge de la bonanza petrolera, el espectro de la

pobreza cubría el 80,42 % de las familias venezolanas! Si se tiene en

cuenta que estas familias pobres son las más prolíficas, se comprenderá

que el alcance real del porcentaje de pobreza con relación a la

totalidad de la población es mucho mayor que el indicado. El mismo

investigador concluía, en relación a estas cifras: “La sociedad es como

un cuerpo que tiene un cáncer que lo afecta en un 42 por ciento de su

totalidad. Tenemos un Estado cuyas políticas han beneficiado a 20 de

cada 100 familias”.32

Dilapidado el incremento de ingresos petroleros y constituida

una deuda impagable por el mismo Estado, éste hace recaer sobre las

capas más necesitadas de la población el impacto de la crisis que es-

30. Dehollain, Paulina, *et al. Op. Cit*, p. 79.

31. Caldera, Rosita. “La marginalidad crece en un 9,7% interanual”. *El Nacional*. 29/12/1988, p. C-4.

32. *Carta mensual de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado,* “Venezuela padece un cáncer

social”. Agosto de 1988, p. 6.

**264 265**

talla en 1983. Mientras aporta divisas para que las clases dominantes

exporten cuarenta mil millones de dólares el año precedente, y luego

subsidia las importaciones de éstas con dólares preferenciales, autoriza

alza de precios y permite desabastecimientos que deterioran la ya

castigada dieta popular.

A este respecto, la fundación Cavendes realizó investigaciones

en Caracas, Maracaibo y Mérida para determinar los “cambios recientes

en el consumo de alimentos en grupos socioeconómicos bajos”

entre el año 1983 y 1986. Se determinó así que en los Barrios Pinto

Salinas y La Pastora de Caracas se consumió un 9 % menos de carne;

un 66,25 % menos de leche, un 46 % menos en el consumo de aceite,

un 70 % en el de margarina y 86 % menos en el consumo de mayonesa.

La ingesta calórica descendió de 2.432 calorías a 1.938, por debajo

de los requerimientos mínimos. En el Barrio Punta de Piedra, de Maracaibo,

se determinó un descenso en el consumo de leche y huevos

del 50 %; en carnes, del 33 %; en papas, del 13 %; en tomate, del 39

%; en cebolla, del 63 %, y en mantequilla, del 25 %. En la Urbanización

Carabobo, en Mérida, disminuyó el consumo calórico de 2.410

calorías en 1983 a 1.620 en 1986. En todas las áreas investigadas se

detectaron graves deficiencias en la ingesta de proteínas, y déficits en

los requerimientos de hierro, niacina, tiamina y riboflavina.33

En los años inmediatos la situación se agravó. La inflación fue de

40 % en 1987, y de 38 % en 1988. El sostenido aumento de precios

de la carne, el pescado y otras fuentes proteínicas obligó a un empleo

sustitutivo de glúcidos, tales como el pan y las pastas. Estos comenzaron

asimismo a sufrir aumentos desmedidos, y a desaparecer del

mercado.

La administración de Carlos Andrés Pérez comenzó en 1989,

previsiblemente, con liberación de precios, alzas en tarifas y tasas de

servicios y eliminación de subsidios. Un pueblo llevado al borde de la

inanición contestó con una semana de motines y saqueos, principalmente

de alimentos, que todo el poderío de la fuerza pública no pudo

33. Giusti, Roberto. “Los números a favor del hambre”. *El Nacional*. 17/8/1988, p. C-7.

contener. Como en 1959, el gobierno respondió con la suspensión de

garantías y el estado de sitio. Tres décadas de populismo y de derroche

de la multimillonaria renta petrolera concluyen en el desbordamiento

nacional de masas famélicas saqueando para defender su derecho a

la existencia; para detenerlas, se priva de derechos a la ciudadanía,

con lo cual queda también vulnerado el primer valor instrumental:

la Ley.

El populismo, en definitiva, no toma el poder para llevarle abastecimiento

a las masas: ofrece abastecimiento para tomar el poder. El

medio, justifica los fines.

**267**

**6. El mito adeco: la leyenda blanca**

Sería totalmente ilusorio pretender una discriminación sustancial

entre los objetos míticos: si el mito es un habla, todo lo que

justifique un discurso puede ser mito.

Roland Barthes,

*Mitologías, p. 199.*

Quien controla el pasado, controla el presente; quien controla el

presente controla el futuro.

George Orwell, 1984.

**6.1. Historia y mito político**

Para justificar la conquista, el español creó una leyenda dorada,

de acuerdo con la cual su acción civilizadora arrancó al aborigen de un

abominable salvajismo. Los peores aspectos de la colonización dieron

lugar a una Leyenda Negra, que a su vez sirvió de soporte ideológico

de la Independencia. Para justificar su dominación, el populismo ha

creado una leyenda blanca, o fábula del poder, o mito adeco.34

De acuerdo con ella, negro u oscuro es todo el pasado anterior

al populismo, sin excepción. Dorado o blanco, el presente populista, a

partir del cual parece arrancar todo el proceso civilizatorio, y hasta la

historia misma, apenas preludiada por el brillante y remoto paréntesis

de la Independencia.

Toda leyenda tiende a presentar la realidad en función de oposiciones

simplificadas. En el curso de este estudio, vimos cómo Acción

Democrática ha interpretado a Venezuela mediante un limitado nú-

34. Sobre la importancia decisiva de la pervivencia de los mitos aún en la ideología política contemporánea,

véase Ernest Cassirer: *Les Ideologies*, pp. 52-57; Manuel García Pelayo: *Los mitos políticos*, pp. 11-37; Anore

Reszler: *Mitos políticos modernos*, pp. 264-298; Georges Sorel: *Reflexiones sobre la violencia*, pp. 119-154.

**268 269**

mero de disyuntivas (autoritarismo personal vs. democracia; atraso

vs. modernidad; arbitrariedad vs. legalidad) y ha reclamado para sí

misma las significaciones más positivas. Para postular estas disyuntivas

como esenciales, ha debido escamotear un componente esencial

de la sociedad: su estratificación en clases antagónicas, y la lucha entre

ellas (V. 4).

La historia empieza con el populismo

Al engarzar esas disyuntivas en un eje diacrónico —vale decir,

en una perspectiva de sucesión temporal— el populismo presenta tales

oposiciones como las fases de un proceso histórico inevitable, en

el cual pertenecen al pasado, (funesto en sí) todas las calificaciones

negativas (autocracia, gobierno de facto, autoritarismo, privilegio, oscurantismo);

y al presente e inmediato futuro todas las positivas (democracia,

estado de derecho, libertad, igualdad, ilustración).

El eje divisorio de la historia es situado, según las preferencias

del expositor, bien en 1936 (fecha en la cual empieza la actuación del

Partido Democrático Nacional, PDN), bien en octubre de 1945, fecha

del golpe cívico militar. En todo caso, la oposición es absoluta: la

historia republicana anterior a la fecha carece de valor; a partir de ésta,

todo es positivo, salvo el retroceso de la dictadura entre 1948-1958.

José Luis Salcedo Bastardo esquematiza estas oposiciones, llamando

genéricamente el período 1830-1935 “La Contrarrevolución”;

y el de 1936 hasta el presente, “El Nuevo Tiempo”. Para dicho autor,

en la historia de Venezuela anterior a 1936 están “perdidos veintiún

lustros”. En efecto, “la ignominia del siglo largo de contrarrevolución

casi sustrajo a Venezuela del orden internacional”.

Esa centuria no sólo sería negativa en lo político: su desastroso

influjo habría permeado toda la vida nacional:

Durante el cuarto período (1830-1935) se retrocede:

la desintegración ataca, niega y diluye el perfil a tan alto

costo proyectado; se contrarían sin dejar ni una sola en

pie todas las directrices revolucionarias. Propios de este

largo siglo son el pesimismo y el desaliento. Tal es la intensidad

de semejante actitud, que impregna las almas

hasta mucho más allá de concluido el tramo histórico

donde ella era natural y explicable; se continuará girando

y resbalando sobre sus argumentos derrotistas incluso

después de entrado el Nuevo Tiempo.1

Por cuanto Acción Democrática encarna el presente, y por lo

tanto el bien, se le atribuyen, de manera sinuosa, pero no por ello menos

obvia, la desaparición del caudillismo y de la corrupción administrativa.

En efecto, según Siso Martínez:

Además significa el 18 de octubre la liquidación de una

etapa histórica que hundía sus raíces en la Venezuela

caudillista y rural de fines de siglo XIX y comienzos del

XX, que se caracterizaba por su insinceridad institucional

y por la ineptitud y corrupción administrativas.2

Ambas hazañas están mal sincronizadas. El caudillismo, (en cuanto

atomización regional y agraria del mando político) es destruido por

Gómez en 1903 en la batalla de Ciudad Bolívar, 38 años antes de la

fundación de AD. En cuanto a la corrupción administrativa, todavía

goza de buena salud, casi medio siglo después de dicha fundación.

Los males encarnados en ese pasado persisten sin embargo

como amenazas contra las virtudes del presente accióndemocratista.

Así, enumera Salcedo Bastardo:

contra la débil democracia se confabulan las secuelas de

un siglo de férreos despotismos y de vicios más viejos;

contra la moralidad tan frágil militan ciento cinco años

1. Salcedo Bastardo, José Luis. *Historia fundamental de Venezuela*, p. 713.

2. Siso Martínez, José Manuel. *Historia de Venezuela,* p. 674.

**270 271**

de corrupta desorientación; contra el Estado de derecho

hay toda una larguísima rutina de arbitrariedad.3

Es fácil entender por qué. Si el pasado es el mal, el presente es el

bien: si el pasado conspira contra el presente, es porque el bien y el

presente se resumen en Acción Democrática.

Estos textos siguen las líneas de alguna propaganda accióndemocratista

que Arturo Uslar Pietri había criticado durante su exilio

en 1948:

La simplista técnica de este manejo consiste en pintar

un país atrasado, embrutecido por gobiernos criminales,

extraviados entre los mayores delitos y concupiscencias,

al que un puñado de paladines resplandecientes

está rescatando de las tinieblas y encaminando

hacia la vida. La admiración que se siente por esos

hombres es proporcional a la lástima y desprecio que

se siente por ese país.4

Para resumir la descalificación de toda la historia anterior, la panegírica

cita frecuentemente la frase de Mariano Picón Salas según la

cual “con el final de la dictadura gomecista, comienza apenas el siglo

XX en Venezuela”. Hemos visto que Salcedo Bastardo sitúa a partir

de tal fecha “El nuevo tiempo”, porque en ella es fundado el PDN,

antecesor inmediato de AD.5 Rubén Carpio Castillo es más preciso: la

fundación de AD en 1941, “desde la creación de la Capitanía General

de Venezuela, es uno de los hechos más importantes, y así comienza

también el siglo XX en Venezuela, con cuarenta años de retardo”.6

El partido, en tal sentido, aunque con modesto retraso, marca el

inicio de los siglos venezolanos, así como en los documentos oficiales

las fechas se cuentan indicando los años a partir de la Independencia

3. Salcedo Bastardo, José Luis. *Op. Cit*, p. 578.

4. Uslar Pietri, Arturo. “La propaganda y el gobierno”. *El Nacional.* 27/10/1948. Citado en *El Golpe contra el*

*presidente Gallegos*, p. 9.

5. Salcedo Bastardo, José Luis. *Op*. *Cit*, p. 575.

6. Carpio Castillo, Rubén. *Acción Democrática. Bosquejo histórico de un partido*, p. 57.

y la Federación. Destruido de tal modo casi siglo y medio de República,

no sólo las centurias, sino la historia misma, deben empezar con

el populismo.

Un decálogo mítico

Esta leyenda blanca no ha sido nunca articulada de una manera

sistemática y global, pero sus artículos de fe pueden ser puestos en

evidencia a partir de las aseveraciones dispersas y repetidas del mensaje

populista y de fuentes paralelas que forman un verdadero corpus

coherente.

Estos artículos de fe son:

I. En el principio era Acción Democrática: desde la Independencia,

no hubo vida institucional, democracia ni partidos; por

ello, Acción Democrática sería el primer partido que se fundó

en Venezuela, los demás partidos derivarían de ella.

II. Como primer partido creado en el país, Acción Democrática

convocó las primeras elecciones realizadas en Venezuela.

III. El ganador de esas elecciones, Rómulo Gallegos, sería por tanto

el primer presidente elegido por el pueblo.

IV. Acción Democrática sería la creadora de la participación política

en Venezuela.

V. Rómulo Betancourt es e1 creador personal del bipartidismo.

VI. Acción Democrática crea la identidad del pueblo venezolano.

VII. El pueblo venezolano es igual a Acción Democrática.

VIII. Por haber creado de la nada prácticas políticas que, supuestamente,

no existieron jamás en el país, Rómulo Betancourt es el

padre de la democracia.

IX. Esta democracia no puede ser ampliada más allá del voto directo

por el Presidente, porque el pueblo venezolano no está

maduro para la democracia.

**272 273**

X. Acción Democrática ha logrado evitar, con más eficacia que las

dictaduras, los dos males absolutos: el avance del comunismo

y la “explosión social” de los sectores pobres. Por lo tanto, es “el

demócrata necesario”.

Los enunciados anteriores parecerán insostenibles frente a la objetividad

histórica. Sin embargo, son sistemáticamente repetidos en

el discurso populista. Esta reiteración ha terminado por darles credibilidad

aun entre sectores con acceso a cierto grado de educación, e

incluso entre personas opositoras al populismo. Forman ya parte de

un catálogo de lugares comunes. En cuanto tales, son multiplicados

por la repetición acrítica, y consagrados por el silencio interesado.

Pues en efecto, señaló Roland Barthes que el mito es una especie

de doble significante que “recluta significaciones”.7 Una vez que se

admite el mito central accióndemocratista (que el partido es igual al

pueblo, y viceversa), es obligatorio concluir que, hasta que el partido

no llega a existir, el pueblo tampoco existe (Artículo de Fe VI). Por

igual motivo, el partido ha de ser el “primero” fundado en Venezuela

(Artículo de Fe I); sus elecciones, su presidente y su participación

política asimismo han de ser obligatoriamente “primeras” (Artículos

de Fe II, III, IV, y VIII). Hasta sus derrotas, entonces, han de ser sacrificios

voluntarios (Artículo de Fe V). La primera falsedad arrastra

consigo una cadena de ambigüedades, deformaciones y repeticiones

acríticas que terminan pareciendo un sistema de verdades.

Se cumple así también lo señalado por Roland Barthes:

el mito priva totalmente de historia al objeto del que

habla. En él la historia se evapora, es una especie de

criada ideal: prepara, trae, dispone, el amo llega y ella

desaparece silenciosamente; sólo hay que gozar sin

preguntarse de dónde viene ese bello objeto.8

7. Barthes, Roland. *Op. Cit*, p. 16.

8. *Ibídem*, p. 248.

Para obtener una muestra del grado en el cual estas ideas objetivamente

falsas han entrado en la cultura política del venezolano,

realizamos en septiembre de 1986, entre 120 estudiantes de 5º y 6º

semestre de la Escuela de Estudios Internacionales de la Facultad de

Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela,

una “Encuesta sobre actitudes, valores y creencias políticas”. El

formulario de la misma está integrado y reproducido en nuestro libro

anterior, *La máscara del poder.*

La composición de la muestra tiene particular valor. En efecto,

si estudiantes de Ciencias Sociales en un nivel avanzado de su carrera

han llegado a tomar como ciertas determinadas informaciones falsas

sobre el pasado político de Venezuela, uno puede inferir que la difusión

de tales errores es mayor entre los venezolanos sin educación

superior o educados en otras disciplinas.

A continuación, exponemos la manera como el mensaje populista

y sus ocasionales repetidores (no necesariamente accióndemocratistas)

han ido propagando estas falsedades, y la medida en que

algunas de ellas han sido adoptadas como verdad por la muestra encuestada.

Es decir, han pasado a formar parte de la cultura política

usual, incluso entre sectores con alto grado de educación.

*6.1.1. Acción Democrática fue el primer partido que se creó*

*en Venezuela, y los demás partidos derivarían de ella*

Según la Leyenda Blanca, Acción Democrática sería “el primer

partido moderno de Venezuela”.9 La afirmación es repetida

con mínimas variantes. Para Morales Bello, “fue el primer partido

político moderno que se fundó en Venezuela”.10 Y el buró sindical

nacional del partido afirma que Rómulo Betancourt, “a través de

las primeras organizaciones democráticas que se fundaron en el

país ofreció la consigna de la soberanía política para incorporar

9. Betancourt, Rómulo. *Venezuela, política y petróleo*. Contraportada.

10. Morales Bello, David. *Acción Democrática, ayer, hoy, mañana*, p. 7.

**274 275**

al pueblo venezolano al ejercicio de sus derechos ciudadanos”.11

Mientras que la Convención Extraordinaria de dicha tolda señala

que el líder

no sólo fue el fundador del primer partido de masas en la

historia de Venezuela, sino que también abrió y garantizó

al pueblo venezolano la participación directa en la determinación

de su destino y del destino del país al echar las

bases para el más amplio funcionamiento del régimen de

partidos mediante el cual los venezolanos hemos optado

por un sistema que hoy garantiza los derechos de todos.12

Dicha afirmación, fuera de que jamás precisa cuáles son las condiciones

de tal “modernidad”, es errónea. El Partido Comunista de Venezuela

es fundado en 1931 bajo un marcado modelo leninista. Mayor

condición de ‘modernidad’ no puede exigirse. En 1936 es fundada la Organización

Revolucionaria Venezolana, ORVE, la cual a la postre se une

al Partido Democrático Nacional, PDN, coalición de partidos izquierdistas,

antecedente de Acción Democrática. Hacia las mismas fechas,

bajo el mandato del general López Contreras, son creados el Partido Revolucionario

Progresista, PRP, y Unión Nacional Republicana, UNR.

Sin embargo, la repetición del adjetivo “primer” va borrando

todo género de precisiones (moderno) y termina por configurar en la

fuente del receptor la afirmación de que, a secas, Acción Democrática

fue el “primer partido fundado en Venezuela”.

Para sustentar tal tesis, hay que desenfatizar u omitir la acción

de los partidos precedentes. Así, en el “Cuadro Sinóptico” de la *Historia*

*fundamental de Venezuela*, de Salcedo Bastardo, no aparece la

palabra “partidos” en los rubros correspondientes al lapso 1833-

1936. Mientras que, a partir de 1936, hay “Congreso, Asambleas y

Consejos electos directamente en debate libre y nacional de partidos”.

¿No los hubo antes?

11. Varios. *Vigencia y proyección de Rómulo: 50 años de vida política*, p. 30.

12. *Ibídem*, p. 12.

Pareciera que no. Salcedo Bastardo se las arregla para redactar su

extensa *Historia fundamental*, sin apenas mencionarlos. Dice sólo que

los medianos empresarios del campo tienden a formar filas con los oposicionistas

llamados “liberales”, mientras que los más ricos son identificados

como los “godos” o “conservadores”.13 Menciona doce veces a

Antonio Leocadio Guzmán: sólo en una oportunidad lo vincula con

“el llamado *Partido Liberal*”. Es también la única vez que los liberales

son llamados “partido”, pero para negarles tal condición, debido a que

“más que un partido, es una bandería o una tendencia”.14 Esta solitaria

y negativa alusión es la única que figura relativa a partidos anteriores a

Acción Democrática en un libro de 780 páginas. Según hemos visto (V.

4.1), ya Rómulo Gallegos había afirmado en sus artículos de *Alborada*

que los partidos “no han existido aún en Venezuela”.15

En resumidas cuentas, es la misma tesis mediante la cual los autores

positivistas justificaron el “gendarme necesario”: éste actúa en

un vacío institucional en el cual no hay partidos, o los mismos sólo lo

son de nombre.

El precedente Artículo de Fe no resiste el menor examen. La historia

de Venezuela reseña la constitución del partido conservador, u

oligárquico, a partir de 1830, y del Partido Liberal, desde 1841. Sus

contiendas llenan casi un siglo: como organizaciones políticas, aglutinan

masas rurales y urbanas; sobreviven a sus grandes dirigentes y

engendran nuevas generaciones de líderes; animan guerras civiles y

campañas electorales de alcance nacional; debaten en ellas plataformas

políticas; en algunas de sus lides electorales aplican inequívocamente

todos y cada uno de los recursos de los comicios modernos.

Desde luego, no todos los comentaristas pueden acometer el *tour*

*de force* de desvanecer del pasado venezolano las dos organizaciones

políticas que signaron su historia republicana. Una segunda vía es la

de presentarlas como meras agrupaciones personalistas, desprovistas

de ideología.

13. Salcedo Bastardo, José Luis. *Op. Cit*, p. 476.

14. *Ibídem*, p. 558.

15. Betancourt, Rómulo. *Una posición en la vida*, p. 20.

**276 277**

Betancourt abre el camino, afirmando en el Plan de Barranquilla

que “el desplazamiento del poder de una oligarquía por otra no ha

significado hasta ahora sino la alternabilidad de divisas partidaristas

en unos mismos grupos ávidos de lucro y de mando; identificados en

procedimientos de gobiernos y de administración”.16

Luego, Enrique Tejera París, en su folleto sobre “Trayectoria y

pensamiento” de Acción Democrática, afirma

que los partidos clásicos venezolanos: liberales y conservadores,

movían sus respectivas banderas amarilla y

roja, sin distinguirse realmente por ideologías, métodos

y objetivos

Punto por punto, es también la vieja tesis positivista que descalificaba

“la errónea creencia de que en Venezuela hayan existido partidos

doctrinales con opuestas tendencias, y que nuestras luchas intestinas

fueron causadas por cuestiones constitucionales”.17 Tal crítica

justificó ideológicamente que, a la postre, Juan Vicente Gómez sacara

a los partidos tradicionales de la escena política. Una nueva versión

de la misma terminaría, como hemos visto, por sacarlos de la misma

historia de Venezuela.

En efecto, con el soporte ideológico del positivismo criollo, la

autocracia andina irá sustituyendo las disputas entre los partidos por

la “causa” regional. Y así sucedió, como cuenta Ramón J. Velázquez

Para el año de 1935, las generaciones jóvenes dudaban

si en Venezuela había existido en alguna etapa de

su historia, lucha de partidos y a ningún joven decían

nada las palabras “liberal”, “amarillo”, “nacionalista”, o

“mochero”, y las historias de “el Mocho” o el cuento de

las hazañas de Rolando o del Caribe Vidal eran tema

de conversación para los mayores de cincuenta años

16. Betancourt, Rómulo. *El libro rojo*, p. 289.

17. Vallenilla Lanz, Laureano. *Cesarismo democrático*, p. 127.

(...). El régimen fundado por Cipriano Castro en 1899

y consolidado por Juan Vicente Gómez en sus 27 años

de poder absoluto había talado los grandes árboles

centenarios de los partidos históricos y de aquél paisaje

político no quedaba ni el recuerdo.18

Así como es imposible negar la existencia de partidos políticos

anteriores a Acción Democrática, también resulta problemático

descalificarlos por falta de “ideologías definidas”. A pesar de que las

mismas no tienen una coherencia doctrinaria máxima, resulta perfectamente

posible separarlas.

Los conservadores quieren, en líneas generales, la preservación

del orden social anterior a la Independencia. Conservan la esclavitud

y mantienen de facto la discriminación contra los pardos. Intentan

sostener el poder de la nueva élite mediante constituciones llamadas

con justicia oligárquicas, porque comprenden sufragio censitario y

elección en segundo grado.

Los liberales oponen a la oligarquía conservadora la reinvidicación

del sufragio universal y directo, que permite una más amplia

participación política de las clases dominadas. Para ganar el apoyo de

éstas proponen, exigen y logran la libertad de los esclavos, y en sus

escritos proclaman un sentimiento de igualdad hacia los pardos y las

clases desposeídas. Exigirán para el Estado la forma federal y la filosofía

del laicismo. En defensa de este último principio no vacilarán en

liberalizar la legislación civil, en propiciar la instrucción pública y en

afrontar serios conflictos con la iglesia católica.

Confesemos, por otra parte, que no ha sido igualmente fácil

para los observadores establecer la diferencia de ideologías, de

métodos y de procedimientos entre los partidos populistas contemporáneos.

Ambos profesan una nebulosa socialdemocracia;

ambos obtienen el poder mediante una puja de idénticas promesas

que por lo general incumplen; ambos tienen serios problemas

18. Velázquez, Ramón J. *Op. Cit*, Introducción.

**278 279**

de democracia interna; dentro de la organización partidista y de la

maquinaria del Estado dominada por éste imperan el particularismo

y el personalismo.

Una vez que se han erradicado de tal manera de la historia los

partidos anteriores, con un pequeño paso más se tiene a Acción Democrática,

no sólo como “primer partido”, sino como “originador de

los restantes partidos en Venezuela”. Así dice el historiador Siso Martínez:

“Y es indudable que el movimiento del 18 de octubre permitió

la incorporación del pueblo a la vida política. El origen de los partidos,

a lo menos en su mayoría, se encuentra en ese hecho”.19

Alberto Pinol, miembro del CEN del partido, dice que a Betancourt

“se le considerará como el constructor de los partidos políticos

modernos en nuestro país”.20

Que Acción Democrática es la promotora del papel de los partidos

políticos en Venezuela, lo afirma también Salcedo Bastardo:

Tan sólo diez años después del fin de la autocracia,

un importante cambio axiológico es notorio (…).

A la aglomeración accidental y caótica, unida por el

“prestigio” carismático del jefe y por la confluencia

de los partidos, la sustituye la organización estable,

levantada sobre coincidencias ideológicas que es el

*partido político*.21

Estos diez años transcurren entre 1935 y 1945. La creación de

AD en 1941 y la toma del poder en 1945 son entonces precondiciones

del “cambio axiológico”.

En el mismo sentido, Juan José Delpino, presidente de la Confederación

de Trabajadores de Venezuela, al conmemorar los cincuenta

años de esa organización, dice en su discurso ante el Congreso Nacional

que el trienio 1945-1948 “sirvió para la formación, desarrollo y conso-

19. Siso Martinez, José Manuel. *Op. Cit*, p. 674.

20. Álvarez, Coromoto. “Betancourt, político, hombre y amigo”. *Últimas Noticias.* 1/3/1987.

21. Salcedo Bastardo, José Luis. *Op. Cit*, p. 587.

lidación de los partidos políticos y los sindicatos”; y echó, en fin, “las

bases para el ejercicio democrático al reconocerle al pueblo el derecho

de elegir su gobierno”.22 Parece así que ni lo uno ni lo otro hubieran existido

antes de 1945.

¿Qué difusión ha alcanzado el error? En la “Encuesta sobre Actitudes,

Valores y Creencias Políticas”, el aserto “Acción Democrática

fue el primer partido que se creó en el país” fue considerado “verdadero”

por 47 encuestados (el 61,66 %); como “falso” por 38 (el 31,66

%); apenas 10 (el 6,66 %) se abstuvieron de contestar.

Sumemos la primera y la última magnitud para calibrar la extensión

del error: un 68 % de los encuestados no saben que en Venezuela

hubo otros partidos políticos antes de Acción Democrática. Contra

toda evidencia histórica, el primer Artículo de Fe parece ser ampliamente

aceptado.

*6.1.2. Acción Democrática convoca las primeras*

*elecciones que hubo en Venezuela*

En consecuencia, las elecciones promovidas por Acción Democrática

en 1947 son presentadas como la “primera vez” que el pueblo

interviene en la vida política venezolana:

El 27 de octubre de 1946, por primera vez, la nación entera —en

términos de la casi absoluta totalidad de sus ciudadanos, hombres y

mujeres mayores de 18 años, de la ciudad y del campo, sin restricción

ninguna— se deja oír.23

Expertos en cuestiones electorales, como Nerio Rausseo, repiten

el tópico: “En Venezuela, desde las primeras elecciones, ampliamente

democráticas, ocurridos (sic) en 1946, hasta las celebradas el

4 de junio de 1984”.24

Ello no impide que también las de 1947 sean las primeras elecciones.

Según Salcedo Bastardo, en ese año “Venezuela celebra sus

22. Delpino, Juan José. “Discurso ante el Congreso Nacional”. *El Nacional*. 27/12/1986, p. D- 1.

23. Salcedo Bastardo, José Luis. *Op. Cit*, p. 586.

24. Rausseo, Nerio, *et al. Simposio Sistemas electorales comparados*, p. 12.

**280 281**

primeros comicios realmente universales, libres y secretos, con una

seriedad que asombra a propios y extraños”. En la microbiografía que

aparece en todas las obras de Betancourt se dice que éste “presidió las

primeras elecciones hechas en Venezuela por sufragio directo, universal

y secreto”. El calificativo de “primeras” termina por borrar las precisiones

restantes. Así, Betancourt cita al periodista Harry Murkland,

que en el Newsweek del 20 de diciembre de 1947, dice: “Por primera

vez en su historia, el pueblo de Venezuela, hombres y mujeres, ricos y

pobres, letrados e iletrados, sin distinción de credo o de color, estaban

escogiendo su propio presidente, sus senadores, sus diputados”.25

Y finalmente, el “primera vez” deviene estribillo que repiten acríticamente

los historiadores en los textos de enseñanza, tal como sucede

en el de Freddy Domínguez y Napoleón Franceschi:

En 1946, por primera vez el pueblo venezolano participa

de manera directa, secreta, universal y libre de unas

elecciones donde se decide la soberanía nacional cuando

es convocado para elegir a los diputados en los que

depositó el poder de foruntar una nueva Constitución,

un nuevo contrato político-social.26

En fin, se prescinde de toda otra precisión, y en diversas oportunidades

se dice que “la Constitución de 1946 es, pues, la que consagra

el sufragio universal”.

Lo cierto es que durante el siglo y medio de historia republicana

anterior a 1945, no sólo hubo elecciones y presidentes democráticamente

elegidos, sino que se instauró el voto secreto, universal y

directo. Tal es la fuerza del mito adeco, que muchas personas, incluso

cultas, demuestran sorpresa ante la noticia.

La primera Constitución Republicana de 1811 —sancionada

por representantes de Margarita, Cumaná, Barinas, Barcelona, Mérida,

Trujillo y Caracas— establece el sufragio como base para la deno-

25. Citado a su vez por Betancourt en *El 18 de octubre de 1945*, p. 371.

26. Domínguez, Freddy, *et al. Historia de Venezuela contemporánea*, p. 384.

minación de los cuerpos legislativos y el Poder Ejecutivo. Las elecciones

son de segundo grado: pueden votar en primer grado todos los

hombres libres, ciudadanos, y con un mínimo de rentas de doscientos

pesos o que, en su defecto, “tuviere grado o aprobación pública en una

ciencia, o arte liberal, o mecánico”. Sus sufragios eligen a los electores

de segundo grado; quienes han de tener rentas mínimas de tres mil

pesos.27

Es una constitución censitaria —que exige cierta propiedad para

ejercer el voto— pero casi todas las europeas de la época, salvo la jacobina

de 1792, también lo fueron. Establece un voto de segundo grado,

pero el sistema electoral estadounidense todavía hoy contempla

tal mecanismo. No por ello es considerado menos democrático.

Seguirá a este modelo la Constitución de 1830: la elección es

indirecta, y para gozar de derechos ciudadanos se exige

ser dueño de una propiedad raíz, cuya renta anual sea de

cincuenta pesos, o tener una profesión, oficio, o industria

útil que produzca cien pesos anuales, sin dependencia

de otro en clase de sirviente doméstico, o gozar de un

sueldo anual de ciento cincuenta pesos.28

De acuerdo a estas constituciones de voto censitario e indirecto

fueron elegidos democráticamente —esto es, conforme a las normas

vigentes en la época para la representación de la soberanía popular—

los presidentes José Antonio Páez (1831-1835), José María Vargas

(1835-1836), quien es sucedido por el vicepresidente Andrés Narvarte

(1836-1839); nuevamente José Antonio Páez (1839-1843), y

Carlos Soublette (1843-1847).

Las constituciones posteriores superaron tales limitaciones. La

del 31 de diciembre de 1858 consagra el sufragio universal en su artículo

11: tienen el derecho de elegir todos los ciudadanos mayores

de 21 años. De acuerdo al artículo 81 *ejusdem*, Presidente y Vicepre-

27. Picón Rivas, Ulises. *Índice constitucional de Venezuela*, p. 194.

28. *Constitución de 1830*. Artículo 14, p. 226.

**282 283**

sidente “serán elegidos por votación directa y secreta de los venezolanos

que estén en goce de la ciudadanía”. El artículo 124 establece

asimismo la elección por voto secreto y directo de los diputados a las

legislaturas provinciales; el 137, pauta la elección de los gobernadores

“por mayoría absoluta de los ciudadanos, que sufraguen en la provincia

en votación directa y secreta”.

Como se puede advertir, el sufragio en esta Constitución es, no

sólo universal, directo y secreto, sino que además tiene un alcance

muy superior al sufragio actual: se eligen de manera directa representantes

al poder estadal y gobernadores. De acuerdo con dicha carta

fundamental es elegido presidente el doctor Manuel Felipe Tovar, por

voto directo, universal y secreto.

Triunfantes las fuerzas federales, la Constitución del 22 de

abril de 1864 mantiene el sufragio universal al garantizar, en el

numeral 11 de su artículo 14, “La libertad de sufragio para las

elecciones populares, sin más restricciones que la menor edad de

dieciocho años”. De acuerdo al artículo 63, “la elección de Presidentes

se hará por los ciudadanos de todos los Estados en votación

directa y secreta, de manera que cada Estado tenga un voto,

que será el de la mayoría relativa de sus electores”. Conforme a

esta Constitución, en 1865 será elegido Presidente —también por

sufragio universal, directo y secreto— Juan Crisóstomo Falcón; y,

en 1869, José Tadeo Monagas.

La Constitución de 1874 establece la votación pública, pero el

sufragio continúa siendo directo y universal. Mediante él se eligen

presidente, diputados y senadores. En virtud de esta Carta Fundamental

se realizan elecciones en 1877, y como ninguno de los candidatos

alcanza la mayoría, el congreso perfecciona el proceso designando

presidente a Francisco Linares Alcántara.

La inmediata Constitución de 1881 consagra asimismo el sufragio

universal en su artículo 5, numeral 7. El numeral 22 del artículo 13

hace al voto no sólo directo y público, sino además obligatorio.

La autocracia guzmancista impone un retroceso en lo atinente al

sufragio de los presidentes inmediatos. La Constitución de 1893 vuelve

a consagrar, en el artículo 14, numeral 11, “La libertad del sufragio sin

más restricción que la menor edad de veintiún años, y la intervención

declarada por sentencia ejecutoriada de los tribunales competentes”.

Es decir, el sufragio es universal, también directo y secreto para la elección

de diputados de acuerdo al numeral 24 del artículo 13. Conforme

al artículo 63 *ejusdem*, la elección de presidente “se hará por todos los

ciudadanos de todos los Estados y del Distrito Federal en votación directa

y secreta”. De acuerdo con esta Constitución es elegido democráticamente

en 1894 el Presidente Joaquín Crespo, por 349.447 votos; y

posteriormente, en 1897, Ignacio Andrade, con 406.610 votos. Era su

oponente el general J. Manuel Hernández, “el Mocho”, quien recorre el

país en campaña, influido, según Arellano Moreno, por “las prácticas

republicanas que vio en los Estados Unidos”.29

El general José Manuel Hernández, conforme señala Velásquez,

iba a inaugurar el año de 1897 los modernos métodos de agitación

electoral, “tocando a la puerta de las casas, escribiendo a miles de venezolanos,

distribuyendo su retrato en carteles, tarjetas y fotografías”.

Y Hernández

recorre el país de pueblo a pueblo, realizando una

campaña electoral de tipo moderno (...). Cuando “el

Mocho” regresa a Caracas, el 7 de junio, una alegre

multitud lo recibe y aclama en la estación de Caño

Amarillo. Y lo llevan como santo en procesión hasta

su casita de la Plaza de la Misericordia. Bandas de

música, pólvora, discursos.30

La campaña no se funda solamente en la aclamación del candidato.

Se constituyen lo que podríamos llamar “maquinarias electora-

29. Arellano Moreno, Antonio. *Compendio de Historia de Venezuela*, p. 98.

30. *Loc. Cit*.

**284 285**

les”: Juntas Parroquiales compuestas de diez amigos probados, cada

uno de los cuales se compromete a convocar otros diez amigos, con

los cuales se constituye el organismo.

La violencia con la cual se impidió a los partidarios de “el Mocho”

concurrir a las urnas electorales en 1897 desacreditó enteramente al

Partido Liberal y al candidato proclamado como ganador y permitió

el fulminante avance de Cipriano Castro, quien se alzó en armas para

“restaurar” al movimiento liberal.31 No fue entonces la ausencia de

cultura política y de interés de la ciudadanía por el voto lo que posibilitó

el avance de la autocracia andina, fue esta misma cultura política

la que creó un vacío para el partido que violó sus propias reglas del

juego y quiso gobernar legitimándose con un fraude.

Las autocracias regionalistas de Cipriano Castro y de Juan

Vicente Gómez favorecerán Constituciones en las cuales la designación

del Presidente es hecha en segundo grado por el Congreso.

Para ello, Cipriano Castro hace sancionar la Constitución de 1901.

Los cuerpos deliberantes a su vez elegirán a ambos autócratas y a

sus testaferros en la sucesión de presidencias hasta 1935. Pero el

mismo Congreso gomecista elegirá posteriormente a Eleazar López

Contreras en 1935 y a Isaías Medina Angarita en 1941, designaciones

que la oposición acepta como constitucionales, aunque a regañadientes.

Durante la presidencia de Medina Angarita se acuerda el

voto a la mujer y se hacen elecciones municipales, de manera nominal

y directa.

Ciertamente, los políticos de la época y los historiadores han

puesto en duda algunos aspectos de las mencionadas elecciones. Es

lo que también ha sucedido con respecto a las elecciones posteriores

a 1946.32 ¿Por qué habrían de quedar automáticamente en entredicho

todas las anteriores a esa fecha, y no menos automáticamente validadas

las posteriores?

31. Sánchez Roa, Francisco. “El Mocho Hernández, precursor y modelo”. *Proletariado*, p. 6, 7.

32. Bunimov Parra, Boris. *Introducción a la sociología electoral venezolana*, pp. 52-54.

También, durante algunos de esos procesos electorales se ejerció

el voto para la elección directa y nominal de diputados y de gobernadores

de los estados, ampliaciones de la participación política

por las cuales todavía se esperaba tras medio siglo de populismo.

Los ideólogos accióndemocratistas niegan esas reformas esgrimiendo

los mismos argumentos con los que antaño se esquivó el voto

directo (V. 6.IX).

La evidencia histórica citada es punto menos que abrumadora, y

enteramente accesible. La reiteración del aparato de propaganda populista

ha terminado por taparla.

Así, en la encuesta sobre “actitudes, valores y creencias políticas”,

la afirmación “Las primeras elecciones se realizaron en Venezuela en

1946” fue considerada como “falsa” por el 45 % de los interrogados,

como “verdadera” por el 40 % de los encuestados, y no la contestó el 15

%. Si sumamos estas dos últimas cifras, tenemos que un 55 % de los encuestados

ignoran que en Venezuela sí hubo elecciones antes de 1946.

Sobre esta ignorancia, Acción Democrática aparece como inventora

de la democracia en Venezuela. No se podía imaginar argumento

más legitimador de la denominación de un partido ni más falaz al

mismo tiempo.

*6.1.3. Rómulo Gallegos es el primer presidente electo*

*por el pueblo*

La prueba absoluta de que Acción Democrática es la primera que

instaura la democracia consistiría en que inaugura la elección directa para

Presidente de la República. En efecto, Acción Democrática elevó a la primera

magistratura a Rómulo Gallegos, y éste sería “Maestro de la Juventud

Venezolana y primer presidente Electo por el voto del pueblo”.33

Refriéndose a tal elección, dicen los historiadores Freddy Domínguez

y Napoleón Franceschi:

33. Cartel difundido en agosto de 1984, en el centenario del nacimiento del escritor.

**286 287**

Así se iniciaba, con la participación soberana del pueblo,

el primer experimento de un gobierno que surgía

de la clara decisión de la sociedad venezolana. De esta

manera se iniciaba un nuevo hito en la historia de Venezuela,

nacía con todo su esplendor el Régimen Democrático

(…) elecciones que vienen a ser como la

partida de bautismo de nuestra democracia.

Según los mismos autores, Gallegos es electo “como Presidente

Constitucional mediante sufragio universal, directo y secreto por vez

primera en Venezuela”.34

En fin, el lugar común es repetido normalmente por la prensa:

“El 14 de diciembre de 1947, por primera vez en la historia, los venezolanos

eligen un Presidente en forma directa y secreta”.35

Por lo expuesto en la sección anterior, ya sabe el elector que en

Venezuela hubo elecciones durante casi toda su historia republicana,

y que en ellas fueron elegidos, antes de los comicios de 1947, seis presidentes

por diversos sistemas de voto indirecto o censitario, y ocho

presidentes por voto directo, universal y secreto.

En efecto, antes de 1947 fueron elegidos presidentes por voto

universal y directo: Manuel Felipe Tovar, en 1860, con 35.000 votos;

Juan Crisóstomo Falcón, en 1865, con mayoría en diecinueve estados;

José Tadeo Monagas, en 1868, con mayoría de once estados; José

Ruperto Monagas en 1870 (aunque el Congreso no lo proclamó por

falta de algunos registros electorales); Guzmán Blanco, en 1873, con

239.700; Joaquín Crespo, en 1893, con 249.473; e Ignacio Andrade,

en 1897, con 406.600.

Y si tomamos en cuenta para tal enumeración a los otros seis

presidentes que pudiéramos llamar democráticamente elegidos, es

decir, a través del sufragio constitucionalmente previsto (fuera este

censitario, o de segundo grado), la lista debería aumentar de manera

sensible. Habría que incluir, en efecto, las elecciones de José Antonio

34. Domínguez, Freddy, *et al. Op. cit*, p. 40.

35. Linares, Leopoldo. “Gallegos, el primero de los elegidos”. *El Nacional*. 22/8/1988, p. D-8.

Páez para el período de 1831-1835; de José María Vargas para 1836;

la reelección de Páez para el período de 1839-1843; y la de Soublette

para 1843-1847. Todos por procedimientos de sufragio censitario y

de segundo grado, que eran usuales en las constituciones del mundo

en aquella época. Finalmente, habría de incluir las elecciones de

segundo grado de Eleazar López Contreras y de Medina Angarita.36

Antes de Gallegos, hubo catorce presidentes elegidos por el pueblo.

Sin embargo, en la misma “Encuesta sobre Creencias, Actitudes y

Valores Políticos”, la afirmación de que “Rómulo Gallegos fue el primer

Presidente elegido por el pueblo” fue considerada “verdadera” por el

70.83 % del total encuestado; como “falsa” por el 16.66 %. Apenas el

12.5 % se abstuvo de contestar. Para medir la totalidad del error, sumemos

de nuevo la primera y última cifra: Un 83.33 % de los encuestados

no saben de la existencia de presidentes elegidos por el pueblo antes de

Rómulo Gallegos.

El escamoteo histórico es total. Si, según una aseveración no necesariamente

cierta del populismo, sólo el voto directo, universal y

secreto es democrático, resultaría entonces, de acuerdo con la falsa

creencia de que Gallegos fue el primer elegido de tal forma, que sólo

a partir de él existiría en Venezuela la democracia.

El Artículo de Fe se apoya asimismo en una triple leyenda tejida

al rededor de Gallegos: la de que su elección presidencial consagra

sus méritos como antigomecista consecuente, como maestro de la

Generación del 28 y como civilista a ultranza. No se podría pedir mayor

contraste entre un pasado uniformemente oscuro y un presente

incorruptible y fulgurante. Examinemos detenidamente los hilos de

la trama.

El antigomecismo es postulado por su biógrafo oficial, Lowell

Dunham, al decir que *Alborada* desaparece porque “la libertad de

prensa era algo que pertenecía ya al pasado, y no quedaba lugar para

que unos jóvenes y tercos intelectuales publicaran lo que ellos creían

36. Arellano Moreno, Antonio. *Op. Cit*, pp. 185-195.

**288 289**

ser mejor para la Nación”.37 Gallegos, sin embargo, colabora con Aldo

Baroni en el importantísimo semanario gráfico *Actualidades* entre

1917 y 1919; y luego lo dirige personalmente entre 1920 y 1921.

La publicación difunde la obra de la plana mayor de la intelectualidad

gomecista: Manuel Díaz Rodríguez, Andrés Mata, Pedro Cesar

Domínguez, Pedro Emilio Coll, Antonio Álamo, la mayoría de ellos

ministros o embajadores del régimen.38 En el número extraordinario

dedicado al estado Aragua, el editorial —redactado, o por lo menos

aceptado por el director Rómulo Gallegos— dice:

Sitio de honor y muy señalado toman en ella las páginas

que *Actualidades* ha querido consagrar a la personalidad

del Sr. General Vicente Gómez, presidente

electo de la República y comandante en jefe del Ejército

Nacional, y al encomio de la labor progresista que

viene haciendo en aquellas feraces comarcas con alto

ejemplo de su laboriosidad y de su iniciativa, siempre

vigilante, dispuesta a implantar cuanto sea progreso

efectivo y perdurable. Modernas y prósperas industrias

concebidas o perfeccionadas por él, obras de utilidad

pública, tales como el Puerto de Ocumare, los baños de

San Juan y las carreteras que atraviesan toda la región y

se prolongan por todo el país, son las obras cumplidas

que hacen que, con justicia, sea considerado como factor

principalísimo en el desarrollo y bienestar que hoy

disfruta la tierra aragüeña, tanto por lo que en positivos

beneficios ha aportado con las industrias implantadas

y mantenidas allí por él, como por la saludable influencia

que ejerce ejemplo de su moral trabajo y su espíritu

de orden y progreso.39

37. Dunham, Lowell. *Rómulo Gallegos*, p. 45.

38. Segnini, Yolanda. *Las luces del gomecismo*, p. 116.

39. “Editorial”. *Actualidades*, No. 1. Noviembre de 1920.

Se clarifican así las disyuntivas planteadas en *Alborada*: Gómez

era la civilización; sus enemigos, la barbarie (V. 4.1).

Para redactar este editorial, Gallegos se documenta visitando la

corte de Gómez en Las Delicias. Luego, le referirá a Lowell Dunham

que el dictador, al verlo lejos del grupo pensó que “era evidente que

Gallegos no era amigo suyo”.40 Si tal pensó el déspota, diferentes fueron

sus actos. Inmediatamente facilitó al escritor un chofer, un fotógrafo

y mil bolívares.41 Gallegos fue director del Colegio Federal de

Barcelona, en 1912; subdirector del Colegio Federal de Caracas entre

1913 y 1918; director del Liceo Caracas entre 1922 y 1930; senador

por el estado Apure en 1930, y —de nuevo según Lowell Dunhan—

el déspota le reservaba el Ministro de Educación porque “ése me va

a arreglar eso”.42 Bajo una dictadura personalista como la de Gómez,

tales puestos directivos no eran por lo regular confiados a notorios

enemigos del gobernante.

Durante esos años, la correspondencia del escritor con el tirano

es frecuente y cordial. El 18 de enero de 1921, manifiesta su deseo de

contribuir, dentro del campo de mi actividad, a la

obra patriótica que el gobierno del General Gómez

viene haciendo (…); este contingente mío que he

querido prestar al empeño patriótico, perfectamente

realizado por el gobierno nacional de dejar bien

puesto el nombre de Venezuela como nación culta

y próspera.43

Viaja en 1927 a Europa financiado por la “generosa y espontánea

ayuda del respetado General y amigo”. En 1927 inicia la redacción

de *Doña Bárbara*, tras una estadía en el hato “La Candelaria”,

que, según testifica el mismo Lowell Dunham, “para la época ha-

40. Dunham, Lowell. *Op. Cit*, p. 55.

41. Liscano, Juan. *Rómulo Gallegos y su tiempo*, p. 88.

42. Dunham, Lowell. *Op. Cit*, p. 65.

43. Cartas transcritas en *Las luces del gomecismo*, pp. 311-315.

**290 291**

bía ido a dar a las manos de Gómez”.44 Nadie se introducía subrepticiamente

en los hatos del tirano sin riesgo de su vida. Gallegos lo

hizo, obviamente, como invitado de éste.

En 1928 viaja con su esposa a Europa, con pasajes pagados por

el gobierno gomecista,45 y allí concluye la versión definitiva de *Doña*

*Bárbara*. Lowell Dunham ha tejido al respecto la leyenda de que el

tirano, angustiado por la idea del “oculto sentido y del simbolismo”

de la novela, se la habría hecho leer públicamente entre un círculo de

áulicos.46 Nadie hace leer públicamente un texto del cual espera agravios.

Tampoco favorece al autor con altos cargos educativos y viajes.

Por el contrario, Gómez concluyó que “Gallegos debía ser premiado”,

esta vez como senador por Apure y, posiblemente, como Ministro de

Educación.47

Para entonces, como bien apuntó Jesús Sanoja Hernández, Gallegos

lleva ya 21 años soportando una dictadura a puro gesto,

sin acudir a la desesperación opositora de Pocaterra, al

periodismo acuciante de Leoncio Martínez, al sacrificio

de Torres Abandero o Eliseo López, a la prosa panfletaria

de Blanco Fombona, a la decisión apostolar de

Arévalo González.48

Ante los hechos mencionados, parece poco plausible atribuir

a Gallegos la ductoría intelectual de la protesta estudiantil de 1928.

Lowell Dunham la insinúa al reseñar entre los revoltosos: “Muchos

de los antiguos discípulos: Jóvito Villalba, Betancourt, Juan José Palacios

y otros. Ellos habían aprendido bien las lecciones del maestro,

a quien conocían”.49

44. *Loc. Cit.*

45. Recibo transcrito en *Las luces del gomecismo*, p. 315.

46. *Loc. Cit.*

47. *Loc. Cit.*

48. Sanoja Hernández, Jesús. “El hombre ético y el hombre político”. *El Nacional*, Papel Literario*.*

29/7/1984, p. 6.

49. Dunham, Lowell. *Op. Cit*, p. 85.

Algunos de esos discípulos fueron a la cárcel, otros al exilio,

sin que Gallegos hiciera pronunciamiento o gesto solidario alguno.

Como bien lo señala Jesús Sanoja Hernández, los expulsados:

Organizaron los grupos o partidos en el exterior, buscaron

maestro más ardoroso y lo encontraron en Pocaterra

(¡la generación predestinada!) y abandonaron

definitivamente a Tolstoi y a la moral política de la

ejemplaridad. Se fueron hacia Marx, Lenin y Trostky

(...), y Gallegos estaba en España, más ausente que

presente en esta polémica, en cultivo lento pero seguro,

del civismo que en 1936 se haría tormenta democrática.

50

También Manuel Caballero desautoriza la proclamada influencia

de Gallegos en la generación del 28:

Hay quienes señalan, desde antes de entrar al Castillo,

otra influencia notable: la de Rómulo Gallegos. Pero

es muy dudoso que esa influencia pudiera llegar hasta

la prédica doctrinaria socialista hacia la cual nunca pareció

muy permeable. J. Oropeza es tajante: la generación

del 28 no tuvo maestros.51

Al respecto, Juan Liscano refiere la anécdota de Ricardo Montilla

según la cual, el mismo día que los estudiantes se entregaron presos

en solidaridad con los compañeros anteriormente detenidos, Gallegos

afirmó: “La lección de hoy es sobre moral cívica”.

Y a continuación, calló durante una hora seguida. Liscano encuentra

ese silencio “grávido de enseñanza, de sentido espiritual, de

intensidad anímica, de protesta entrañable”.52

50. *Loc. Cit.*

51. Caballero, Manuel. *Op. Cit*, p. 59.

52. Liscano, Juan. *Op. Cit*, pp. 73, 74.

**292 293**

Pocos días después, el pedagogo partía para Europa en el ya citado

viaje financiado por Gómez. El silencio, en realidad, duró 23 años,

hasta que Gallegos se declaró por fin como inequívoco antigomecista

en su carta al Presidente de la Cámara del Senado el 21 de mayo de

1931, cuatro años antes de que el tirano falleciera a los 78 años de

edad. Fue un gesto ético y correcto, pero no apresurado.

Restaría, entonces, el prestigio del civismo. Gallegos saludó el

golpe de Estado de 1908 como un “milagro político”. Fue ministro

durante el régimen de López Contreras, al que Betancourt calificó

de “albaceazgo del gomecismo”. Apoyó el golpe militar de octubre

de 1945. El único de sus personajes intelectuales que no fracasa es

Santos Luzardo, porque no teme a la “gloria roja del homicida”, y

arregla sus pleitos de linderos a balazos, y no en los tribunales. Coincidimos

con Clemy Machado de Acedo en la “discrepancia con

quienes intentan vincular la figura del Gallegos ensayista con el proceso

de general apertura que comienza a desarrollarse en Venezuela

después de la muerte de Gómez y encontrar en *Alborada* un prólogo

de tal hecho”.53

*6.1.4. Acción Democrática inicia la participación*

*política en Venezuela*

Si Acción Democrática puede aparecer en plena mitad del siglo

XX como “primer” partido fundado en el país, si convoca las “primeras”

elecciones venezolanas, si su candidato es el “primer” presidente

elegido por el pueblo, si este “primer” partido es el “origen de todos

los demás”, si con él “nacía el régimen democrático”, también ha de ser

entonces, el “primer” organizador de la participación política.

Tal es la versión de Siso Martínez:

53. Machado de Acedo, Clemy. *El positivismo en las ideas políticas de Rómulo Gallegos*, p.161.

Y es indudable que el movimiento del 18 de octubre

permitió la incorporación del pueblo a la vida política

(...). El pueblo se sintió siempre sujeto activo a partir

del momento cuando se dictó el Estatuto Electoral por

la Junta Revolucionaria de 1945.54

Posteriormente, afirma Manuel Caballero que, a partir de ese

momento (18 de octubre) “entra el pueblo en forma tumultuosa a

participar en el debate político”. Esta participación no sería meramente

formal, ya que “si la participación popular —a través de mítines,

manifestaciones y finalmente del voto— es un asunto puramente formal,

de qué otra forma calificar la participación popular, a lomos de

caballo en guerras civiles que al final no dirigían”.55

La reiteración de estas apreciaciones termina convenciendo a

quien se aproxima al fenómeno de manera superficial. Así, Ramón

J. Velásquez narra el caso de un periodista y politólogo francés para

quien “la tarea de Betancourt y la presencia de un partido de masas en

la vida venezolana era un fenómeno reciente, sin antecedentes en la

tumultuosa historia venezolana”. Velásquez añade:

Lo contradije para señalarle a Antonio Leocadio Guzmán

y a José Manuel Hernández, creadores de dos movimientos

populares de honda raigambre y dramática

historia en el siglo XIX, como antecesores de Betancourt

en el empeño de organizar al país en partidos

con la lógica aspiración de ejercer el control del poder.

No puede discutirse la importancia revolucionaria del

Partido Liberal fundado en 1841 por Guzmán y el papel

que cumplió como factor de la agitación social a

lo largo y ancho de un país sin caminos, ni razones de

vecindad entre unas y otras provincias.56

54. Siso Martínez, José Manuel. *Op. Cit*, p. 674.

55. Caballero, Manuel. *El 18 de octubre de 1945*, p. 20.

56. Velásquez, Ramón J. *Betancourt en la historia de Venezuela del siglo XX*, p. 11.

**294 295**

Es imposible, en efecto, borrar más de un siglo de participación

popular en la historia de Venezuela. La Guerra de Independencia y

la Federal, por no citar más que las contiendas cumbres, se mantuvieron

gracias a dicha participación. Cierto que el pueblo no las dirigía,

pero las decidía con su incorporación o su rechazo. Todos los

historiadores coinciden en que los realistas pudieron al principio

batir a los republicanos gracias al apoyo de las “castas viles”, y que

cuando éstas se incorporaron a las huestes de Páez, decidieron la

lucha a favor de los autonomistas.

La participación no fue sólo en las guerrillas rurales. Hemos visto

que, en repetidas oportunidades, asonadas callejeras defendieron a

personeros del Partido Liberal (como sucedió con Antonio Leocadio

Guzmán en 1844) o protagonizaron motines como el de 1848 contra

el Congreso oligarca, o protestaron contra la autocracia guzmancista.

Esta movilización política urbana no se limita a la defensa de tribunos

amenazados o a la violencia contra congresantes oligarcas. En

1895, como narra Ramón J. Velásquez:

comienza el año con manifestaciones de artesanos y

obreros que recorren las calles de Caracas pidiendo trabajo.

Hay más de tres mil cesantes en la pequeña capital

del país. El 20 de enero se reúnen en la Plaza de Las

Mercedes y en número de centenares marchan hacia la

Plaza Bolívar. A la cabeza de la manifestación van dos

trabajadores que levantan un gran cartel que en grandes

letras dice “Pedimos protección para el Gremio de

Artesanos”, “El pueblo perece”. La policía los dispersó

con la amenaza de abrir fuego. El gobernador Castillo

dice que “no se trata de una manifestación, sino de un

motín”, y lo adscribe a “la onda del socialismo que invade

el Viejo Mundo”.57

57. Velásquez, Ramón J. *Op. Cit*, p. 109.

Arellano Moreno señala, además, la reunión en Caracas, en

1896, de un primer Congreso de Obreros, “con el objeto de fundar

un Partido Popular que implante el civismo, la instrucción popular, el

mejoramiento de las clases obreras, el cooperativismo”.58

La férrea dictadura gomecista no pudo impedir actos como las

manifestaciones callejeras de 1918 —que tomaron por pretexto la

simpatía hacia los aliados para oponerse al dictador prusianófilo— o

el movimiento del 28, del cual empieza a olvidarse que fue, no sólo

una algarada estudiantil, sino además una huelga general, protagonizada

por la clase obrera caraqueña.

La muerte de Gómez dio la señal para un nuevo estallido de

agitación urbana, en parte espontánea, en parte azuzada por dirigentes

radicales, que obligó al gobierno de López Contreras a torcer

su rumbo. El 14 de febrero de 1936, una combativa manifestación lo

obligó a derogar impopulares medidas contra la libertad de prensa.

En junio de ese año, una huelga general urbana sacudió al régimen.

A fines del mismo, la huelga petrolera aglutinó a 45.000 obreros durante

mes y medio.

El populismo, por lo tanto, no crea la participación política, ni

la movilización de las masas: simplemente, a partir de 1958, asume el

relevo de las fuerzas represivas que contuvieron históricamente dicha

participación, y la reprime violentamente de manera continua durante

una década, y con intermitencias cada vez que la misma intenta exceder

de la adhesión electoral.

Hemos sondeado el grado en el que sujetos dotados de cierta

cultura aprecian la participación social en lo político antes de 1945,

valiéndonos de dos variables: creencia en la existencia de sindicatos,

y la creencia en la existencia de una libertad de prensa.

En la “Encuesta sobre Actitudes, Valores y Creencias Políticas”,

la afirmación de que los “primeros sindicatos venezolanos se crearon

hace 40 años”, (es decir, hacia 1946) fue considerada como “verdadera”

por el 45,83 % de los encuestados, y “falsa” por el 21,66%. El 32,5 % se

58. Arellano Moreno, Antonio. *Op. Cit*, p. 97.

**296 297**

abstuvo de contestar. Sumemos de nuevo el primer y último porcentaje:

un 78,33 % de los encuestados no sabe de la existencia de sindicatos

antes de 1946.

Es significativo, además de la magnitud del error, el alto índice

de encuestados que se abstienen de contestar: un 32,5 %; el más

alto de toda la encuesta. Los mecanismos difusores de la “Leyenda

Blanca” han tenido éxito en crear falsas certidumbres sobre el pasado

meramente político (“primer” presidente elegido por el pueblo).

Sobre los aspectos sociales de dicho pasado (organización de los

trabajadores en sindicatos) han dejado subsistir un amplísimo margen

de incertidumbre.

En la misma encuesta, la afirmación según la cual “Antes de 1945,

no había libertad de prensa en Venezuela”, fue considerada “verdadera”

por el 64,16 %, “falsa” por el 24,16 %. Apenas el 11,66 % dejó de

contestarla.

Un 75,82 % de los encuestados ignoran, por tanto, que durante

gran parte de su historia republicana Venezuela disfrutó de

libertad de prensa.

Esta libertad aparece entonces, para la mayoría, como una creación

única y exclusiva de Acción Democrática a partir de 1945. El

mito sugiere que, a partir de esa fecha, aparecen todas las restantes

formas de participación.

Se preguntará el lector entonces ¿cómo puede desaparecer de la

conciencia histórica de un pueblo más de un siglo de vida republicana,

durante el cual hubo formas de participación política tan resaltantes

como la contienda entre numerosas organizaciones partidistas, la

elección de catorce mandatarios, el ejercicio de formas de sufragio

universal y directo no sólo para elegir presidentes, sino además para

parlamentarios y gobernadores locales, masivas movilizaciones campesinas

y urbanas, agitación obrera, campañas electorales de estilo

moderno y vivo debate periodístico? La respuesta es obvia. No conocemos

el pasado histórico de forma automática y directa. Conocemos

la versión de ese pasado que nos trasmiten los aparatos ideológicos de

Estado. Basta que sean declarados textos oficiales educativos las obras

de un grupo de historiadores adscritos al mito populista para que éste

se implante y perdure.

La versión mítica es reforzada en los programas educativos

desde los niveles más elementales. Así, el Ministerio de Educación,

conjuntamente con el Ministerio del Ambiente y de los Recursos

Naturales y la Organización de los Estados Americanos,

publican en 1987 el folleto *Hagamos todos una mejor Educación: Aspectos*

*Generales de Educación Básica*. En el programa de Historia de

Venezuela, para “comprender y relacionar el pasado, el presente y el

futuro”, proponen una periodización de la misma que comprende: 1)

Primeros habitantes, 2) Descubrimiento, 3) Conquista, 4) Colonia,

5) Independencia, 6) Economía agropecuaria, 7) Economía petrolera,

8) Dictadura y 9) Democracia. Tal esquema (y las ilustraciones

que lo acompañan) sugiere que entre independencia y democracia

sólo hubo dictadura; y que la democracia se instaura sólo después de

la economía petrolera. Es decir, bastante entrado el siglo veinte.

El mito pasa luego de los programas educativos a los mismos

textos. Los analfabetos venezolanos aprenden a leer en el libro *Tú*

*y tu Historia*; escrito por Aurelio Yépez Castillo para la Asociación

Cultural para el Desarrollo (Acude). El mismo afirma que “Venezuela

es una democracia desde 1958”. Con respecto a la historia anterior,

se limita a decir que “entre 1830 y 1958 se repitieron los gobiernos

militares”, añadiendo luego que “los gobiernos dictatoriales o dictaduras

son gobiernos personalistas”. Equiparando de tal manera dictadura,

personalismo y militares, omite decir que durante ese lapso,

como hemos visto, fueron designados catorce presidentes por votación

popular, y de ellos ocho por voto directo, universal y secreto. El

citado libro, previsiblemente, omite también mencionar la existencia

de partidos anteriores a Acción Democrática. De Antonio Leocadio

Guzmán sólo dice que “por sus ideas se le llamó liberal y a sus seguidores

liberales”, pero evita aclarar que los mismos constituyeron un

partido, y no una mera opinión filosófica o moral.59 También men-

59. Yépez Castillo, Aurelio. *Tú y tu historia*, pp. 18, 19.

**298 299**

ciona a los conservadores, pero no se explica que fueran un partido.

El mito queda doblemente consagrado: ¡Ni partidos, ni elecciones

en Venezuela antes de 1958! Los educandos pasan así del analfabetismo

instrumental al histórico.

La leyenda deviene así verdad oficial, sin la cual no hay grado

posible. Los exámenes de reválida aplicados por el Ministerio

de Educación en 1988, tras preguntar cuál fue el primer presidente

electo en Venezuela, dan a elegir entre: a) Wolfgang Larrazábal,

b) Rómulo Gallegos, c) Rómulo Betancourt. Meramente

verifican que la inexactitud que han enseñado se ha convertido

en certidumbre.

*6.1.5. Rómulo Betancourt es el creador del bipartidismo*

Así, Rómulo Betancourt sería, además, el creador personal del

bipartidismo. Para la esclarecida mente del líder, el propio poderío de

su partido habría devenido alarmante y procedió a limitarlo, aun por

medios desviados e inconfesables.

En tal sentido, afirma Manuel Caballero de Betancourt que “el

gigantismo de AD en los años de 1945 a 1948, fue su ‘túnica de Neso’

que la cubrió para matarla: el temor de que Venezuela se encaminase

hacia un régimen de partido único”.60

A la luz de este pertinaz desconsuelo de Betancourt por el poder

alcanzado por su partido, resulta explicable que el líder provoque una

división interna que le haga perder el mando, ya que “el liderazgo del

país debe ser compartido, o si se quiere, alternativo”. Al efecto, sostiene

Manuel Caballero:

Esa regla de oro tiene como todas, una excepción: la

famosa carta escrita desde Europa para incidir sobre

la decisión interna de AD en materia de candidaturas

para 1968. Es que lo que se estaba peleando entonces

60. Caballero, Manuel. *El 18 de octubre de 1945*, p. 50.

no era tanto quién iba a ceñir la banda presidencial

como quién iba a controlar el partido. Y en esa materia

Betancourt ha sido toda su vida absolutamente

intratable. Comprende que el liderazgo del país tiene

que ser compartido o, si se quiere, alternativo. Pero el

liderazgo del partido tiene que ser uno solo, o entonces

no habrá partido, y Betancourt habría definitivamente

arado en el mar.61

En el mismo sentido, afirma Francisco Herrera Luque:

Nadie me lo ha dicho y mucho menos él, pero

presiento que si el resultado de las próximas elecciones

no llegase a beneficiar a su partido, Rómulo

Betancourt, antes de lamentarlo amargamente

como suponen sus correligionarios y detractores,

lo celebraría en su intimidad. Su lucha no ha sido

para la entronización de un partido. Su objetivo es

la consolidación de la democracia en Venezuela. El

triunfo de su adversario dentro del mismo sistema,

antes de representar la derrota de sus ideales, los reafirmaría,

pues la democracia como sistema político

no es cuestión a corto plazo. Es obra de siglos, y si

el mayor peligro para ella es la transformación de

un grupo político en un partido dominante (según

el modelo azteca), sólo la alternatividad de grupos

complementarios, en su antagonismo, es capaz de

impedir que la democracia degenere en una dictadura

de partido. Betancourt es un hombre que mira

más allá del horizonte.62

61. *Rómulo Betancourt*. *Op. Cit*, p. 42.

62. Herrera Luque, Francisco. *Bolívar de carne y hueso*, p. 74.

**300 301**

Dentro de la misma línea de ideas, Caballero expresó en conferencia

de fecha 17 de octubre de 1986,63 que Betancourt “seguramente

no se había sentido triste” ante la derrota de Acción Democrática

a manos de los socialcristianos en los comicios de 1968. En el mismo

sentido, afirma José Ignacio Cabrujas:

Por eso, duélale a quien le duela, Betancourt no es sólo

el fundador de Acción Democrática, sino el artífice supremo,

el gran constructor del partido socialcristiano.

Betancourt fue el gran empresario del partido Copei

en esa especie de *“trust”* democrático que se construyó

durante su gobierno. Cuando Gonzalo Barrios perdió

las terceras elecciones presidenciales de la democracia,

Betancourt debe haber puesto una fiesta, porque,

muy por encima de las aspiraciones hegemónicas de

su partido, aparecería un concepto de alternabilidad

democrática. El caudillo no sólo había inventado el

gobierno, había inventado nada menos que la oposición.

Cuando Pérez perdió, todos vimos a Betancourt

diciendo “*We will come back*”. ¿Alguien vio amargura en

su rostro? Por el contrario, yo diría que el hombre que

nos hablaba era un hombre feliz.64

Obviamente no podía estar triste: el conjunto de textos citados

pretende penetrar en un complejo Plan de Betancourt: dividir el partido

a fin de que éste pierda las elecciones, a fin de que Copei gane y

el liderazgo “sea compartido”. La primera derrota electoral accióndemocratista

aparece así, como un generoso obsequio de Betancourt a

Caldera. Hasta los reveses del partido resultan, pues, de un acertado

cálculo de sus dirigentes para entregar el poder en bandeja de plata a

sus adversarios.

63. Foro sobre Rómulo Betancourt dentro de las “Jornadas para celebrar el 40° aniversario de la Facultad

de Humanidades de la UCV”.

64. Cabrujas, José Ignacio. *El Estado del disimulo*, p. 157.

No existen teorías semejantes para explicar la pérdida del poder

en 1948. Tampoco hemos encontrado ningún accióndemocratista

que comparta esta tesis de un Betancourt regocijado por la derrota

de su partido y hasta cierto punto lúcido planificador de la misma.

Tal hipótesis sería irrespetuosa para Gonzalo Barrios, a quien Betancourt

habría entonces hecho elegir candidato en la certidumbre de

que ello significaría perder las elecciones. Más aun, la misma lógica

llevaría a suponer que Betancourt, nuevamente consternado por el

exceso de poder de Acción Democrática al ganar las elecciones de

1973, habría promovido al deslucido candidato Luís Piñerúa Ordaz

para que éste fuera derrotado en los comicios de 1978. Betancourt

sería, así, el agente directo, voluntario y consciente de las dos derrotas

electorales de su partido. Con dirigentes de tal altura, ninguna

organización necesitaría enemigos.

Inútil es hacer hipótesis sobre estos eficaces planes de Betancourt

para sacar del poder a su propia organización. No sólo carecen

de lógica: carecen de pruebas. Pero ningún mito las necesita.

Lo único que trasciende es que, en ambos casos, el líder impuso a

su candidato —Barrios en 1968, Piñerúa en 1978— aun en contra

de la voluntad de importantes sectores del partido, y siendo el

elegido visiblemente desprovisto de un prestigio propio ante el

electorado. Tales injerencias en los procesos de selección interna

de las candidaturas hablan más de la soberbia del poder que de

la preocupación por su exceso. Confirman los rasgos de personalismo,

particularismo y continuismo tan criticados en el estilo de

mando caudillesco, y que ni los triunfos ni las derrotas electorales

consiguen borrar.

**302 303**

*6.1.6. Acción Democrática crea la identidad*

*del pueblo venezolano*

El justicialismo es el resultado de un conjunto de ideas y valores

que no se postulan: se deducen y se obtienen del ser de nuestro

propio pueblo.

Juan Domingo Peron,

*El Proyecto Nacional.*

Hemos ya visto, en las secciones 5.1, 5.2 y 5.3 de nuestro libro

*La máscara del poder*, y en la introducción del presente estudio, que la

afirmación central del discurso populista consiste en que *el venezolano*

*es igual al adeco.*

Tal afirmación es reiterada de manera persistente y a todo nivel

por la propaganda populista: tras la victoria de Carlos Andrés Pérez

en 1988, todos sus afiches incorporan una franja que dice: “Venezuela

Ganó”. Luego, Venezuela es igual al candidato populista. La continua

repetición de la especie desde la fundación del partido hace que incluso

no accióndemocratistas la acepten acríticamente.

Así, cuarenta y cuatro años más tarde, Nelson Acosta Espinoza

y Heinrich Gorodeckas descubrirán de nuevo lo que diariamente repiten

las dirigencias populistas, y se aventuran a “proponer, a manera

de hipótesis, la existencia de una adequidad inscrita en el interior de

nuestra venezolanidad”.

Lo tardío del descubrimiento no modera sus alcances. Mientras los

líderes populistas se limitan a afirmar que el partido *amalgama* el alma del

pueblo, o la *expresa*, o cuando más *es* ella, Acosta y Gorodeckas invierten

la relación de casualidad: el partido es quien *constituye* al pueblo:

En Venezuela, a partir de la muerte de Juan Vicente Gómez,

se generó un conjunto de condiciones (discursivas

y no discursivas) que permitió la constitución de un

nuevo sujeto; el pueblo. Su constitución se realizó en

oposición a la dominación particularizada en los regímenes

políticos de los generales López Contreras y Medina

Angarita. En otras palabras, la identidad del sujeto pueblo

fue constituida en torno a un conjunto de símbolos

(Juan Bimba) y valores articulados al discurso político

de Acción Democrática. Es ésta una de las razones que

explica la hegemonía política que Acción Democrática

ha ejercicio durante las últimas cuatro décadas y media

(...). La adequidad evoca un ‘otro’: Juan Bimba, que es

reconocido por el ‘otro’ el pueblo. Acción Democrática

pudo desarrollar un equivalente general a través del cual

constituyó al sujeto pueblo.65

O, para mayor claridad:

Juan Bimba entra en el escenario político de manos

de Acción Democrática. Este partido otorgó, por vez

primera, un principio de identidad al sujeto pueblo.

Constituyó al sujeto pueblo. Es en este sentido que afirmamos

la existencia de una adequidad en el interior de

nuestra venezolanidad. Resumiendo, Acción Democrática

articuló lo nacional popular al discurso político. (...)

Acción Democrática estableció una relación entre intelectuales

y pueblo que fue capaz de producir un nuevo

sujeto —Juan Bimba— que desarrolló, no tan sólo un

espíritu de escisión frente al poder, sino que también

generó una identidad propia que al mismo tiempo que

lo afirmaba, negaba al bloque de poder.66

Disentimos cordialmente de lo anterior. Un claro antecedente

le disputa la primacía a Acción Democrática en la constitución del

pueblo como sujeto del discurso político. Dice el Himno Nacional,

compuesto hacia 1810:

65. Acosta, Nelson, *et al. Op. Cit*, pp. 93, 98-100.

66. *Ibídem*, p. 39.

**304 305**

*¡Gloria al bravo pueblo*

*que el yugo lanzó!*

Para destruir cualquier suposición de que este “pueblo” se refiere

sólo a las castas adineradas a las cuales la Constitución de 1810 otorga

el derecho al sufragio censitario, prosigue Vicente Salias:

*¡Abajo cadenas!*

*Gritaba el señor;*

*y el pobre en su choza,*

*libertad pidió.*

*(…)*

*Y desde el Empíreo*

*El Supremo Autor*

*un sublime aliento*

*al pueblo infundió.*

“Pueblo” es, para el poeta, tanto “el señor”, como el “pobre”. A

ambos infunde por igual su aliento el Supremo Autor.

¿Es acaso Vicente Salias el único empeñado en *constituir al pueblo*

*como sujeto político*, quitándole así al populismo por siglo y medio

la primicia del descubrimiento de ese sujeto? No tal. Hacia la misma

época de la Independencia, el pueblo corea una “Canción Americana”

que interpela como sujetos de la liberación a las “castas viles”:

*Todos en esta empresa*

*somos interesados.*

*Unámonos al punto*

*como buenos hermanos.*

*Fraternidad amable*

*estrecha entre tus brazos*

*los nuevos pobladores:*

*indios, negros y pardos.*

*Viva tan sólo el pueblo,*

*el pueblo soberano;*

*mueran los opresores*

*mueran sus partidarios.*

Le contestan los coros de la “Carmañola Americana” que también

postula como protagonista a un “pueblo” que no es precisamente

la oligarquía:

*Yo que soy sin camisa*

*un baile tengo que dar.*

*Y en lugar de guitarras,*

*cañones sonarán.*

*Bailen los sin camisa*

*y viva el son del cañón.*

*(...)*

*Seremos todos iguales,*

*y no habrá otras distinciones*

*que el talento y virtud*

*y las grandes acciones.*

*Bailen los sin camisas.67*

La versión que todos los escolares conocen de la Declaración de

Independencia el 19 de abril de 1810, coloca al pueblo no sólo como

interpelado, sino además como sujeto decisorio del fin del mando español.

Transcribimos, por más difundida, la que da el hermano Nectario

María, que coincide en lo fundamental con la de los demás textos

primarios. Los regidores, miembros del Cabildo, no logran convencer

al Capitán General Emparan de que renuncie. Un tercer actor decidirá

en la pugna de las instituciones:

Emparan se dirigió a la ventana y apeló al pueblo aglomerado

en al plaza: “*¿Os satisface mi gobierno?*”, pregunta.

Madariaga, que se había colocado detrás del Capitán,

hace señales al pueblo que conteste que no.

67. Cortes, Santos Rodolfo. *Op. Cit*, pp. 212.

**306 307**

*“¡Fuera!, ¡fuera!, ¡muera!... Ya no lo queremos a Ud.”,* grita

el pueblo. *“Está bien, señores,* —dice Emparan volviéndose

hacia los regidores— *no quieren que gobierne,*

*pues tampoco quiero mando”*.68

Según esta narración, nace la patria con motivo de la manifestación

colectiva y multitudinaria de rechazo del “pueblo”, como masa

anónima, hacia el representante del Rey. Validan su rol protagónico,

tanto la actitud del Capitán General de consultarlo, como la de obedecerlo

cuando su veredicto le es desfavorable. Tres veces es mencionado

explícitamente el pueblo en el breve párrafo; y dos veces de

manera implícita (pregunta, “*no quieren que gobierne*”); en dos de las

cinco menciones es sujeto activo (grita, “*no quieren*”).

Desde entonces, todos los discursos políticos —con la probable

excepción del de la oligarquía conservadora— constituyen al pueblo

como sujeto. E insistimos en que no se trata de un *pueblo* abstracto,

jurídico, oligárquico. En tales discursos, como en los precedentes, aparece

bien clara la condición de *pobreza* la integración por *indios*, *negros*

*y pardos*, el ser *sin camisa*, su calidad de *masa* o de *aglomerado*. Será definido

también como *trabajador*; *populacho*, *pardaje* o *pueblo soberano*.

Así, Antonio Leocadio Guzmán, en los editoriales de *El Venezolano*,

a partir de 1840, lanza diatribas como las siguientes: “Harto

recientes son, asaz escandalosas, harto sensibles al pueblo venezolano,

los excesos de poder, y más que crueles los padecimientos de la

nación. Leyes que destruyen la propiedad, leyes que hacen espantosa

la suerte del trabajador”.69

Nótese de nuevo que pueblo es, no solamente aquél que ve destruida

“su propiedad”, sino además el simple “trabajador”. En todo

caso, éste se siente “interpelado” por *El Venezolano* y por la nube de

pasquines de la prensa liberal. El 9 de febrero de 1844 protagoniza

una verdadera poblada que intimida al tribunal que juzgaba a Antonio

68. Hno. Nectario Maria. *Op. Cit*, p. 104.

69. Citado a su vez por Brito Figueroa, Federico. *Tiempo de Ezequiel Zamora*, pp. 47-48.

Leocadio Guzmán por ofensas periodísticas a un banquero. José Antonio

Páez escribirá de esa fecha que con ella comienza “la era de los

desórdenes, del derecho del populacho armado a derrocar las leyes e

ingerirse en las deliberaciones del poder judicial”.70

Poco después, por vía de la lectura de la prensa en las pulperías

y de la prédica de viva voz, se sentirán interpelados como

“populacho” no sólo las clases dominadas urbanas sino también las

rurales. El resultado serán las sublevaciones campesinas en 1846.

El pueblo se alza en armas, mientras Antonio Leocadio Guzmán,

aterrorizado, marcha a Valencia a entrevistarse con Páez, buscando

una conciliación.

Zamora subleva medio país presentándose como “General del

pueblo soberano”. Esta convocatoria atrae de manera irresistible a las

clases dominadas, que saben distinguir en ella una precisa apelación

clasista, y no un llamamiento abstracto a una ciudadanía definida sólo

en términos jurídicos o constitucionales.

Pero no es sólo que el pueblo preexiste a toda “constitución como

sujeto”, sino que además sobrevive a ella y quiere llevarla a sus últimas

consecuencias. Así intentará hacer en la Guerra de Independencia,

en la Federal y en la Lucha Armada de los sesenta. Para detenerle el

exceso de identidad espontánea —y no para dársela—, se producen

todo tipo de componendas y masacres y se consolidan sucesivas oligarquías:

la conservadora, la liberal y la del dinero.

En resumen, para sustentar la tesis de que Acción Democrática

constituye “por primera vez” al pueblo como sujeto político, habría que

borrar casi siglo y medio de historia republicana. Es, justamente lo que

los cultores de la “Leyenda Blanca” como hemos visto, intentan hacer.

Más aceptable es el criterio de Acosta y Gorodeckas conforme

al cual, a partir de 1959, “Acción Democrática diseñó una política

cuyo objetivo fue satisfacer las demandas de la constelación de poder

existentes en la Venezuela postperezjimenista”, al mismo tiempo

que “los elementos de corte populista que significaban resistencia a la

70. Citado en Brito Figueroa, Federico. *Tiempo de Ezequiel Zamora*, p. 51.

**308 309**

opresión serán resignificados en el interior de un discurso vagamente

nacionalista que tendrá su asiento en el realce de los rasgos más conservadores

de la tradición popular”.71

Tal etapa “postperezjimenista” cubre tres décadas, de las cuales

ya veinticinco años corresponden a gobiernos accióndemocratistas.

El “discurso vagamente nacionalista” y los “rasgos más conservadores

de la tradición popular” habrían acompañado esta dilatada hegemonía

electoral. La supuesta “constitución del sujeto pueblo” habría

requerido del golpe de Estado de 1945 para lograr un poder del cual

apenas ocho meses estuvieron legitimados por el sufragio. Sospechamos

que dicho sujeto existía bastante antes de esa fecha.

*6.1.7. El pueblo venezolano es igual a Acción Democrática*

En todo caso, el populismo accióndemocratista ha producido un estilo,

un modo de vida, una manera de ser perfectamente identificables, que

van más allá del mensaje explícito, y que se traduce ante todo en prácticas.

Los ribetes de esta totalidad fueron captadas, ante todo, por los

humoristas. Aquiles y Aníbal Nazoa confeccionaron listas de cosas

“adecas” como redactores de *La Pava Macha*. Por tal motivo, figuras

connotadas de la izquierda han querido hacer creer que la equiparación

entre adeco y pueblo es obra de los humoristas radicales.

Manuel Caballero apunta que el rechazo al “recuerdo del apasionado

demagogo” no provenía

solamente de la derecha, de la oligarquía, durante muchos

años, la izquierda intelectual ejercitó lo mejor de

su ironía en componer el retrato hablado del militante

“adeco”. Tardo, recién vestido e ignorante, no era muy

difícil reconocer en él al campesino frescamente instalado

en la ciudad, al obrero que acababa de cobrar su

primer aumento.72

71. Acosta, Nelson, *et al. Op. Cit*, p. 142.

72. Caballero, Manuel. *Op. Cit,* p. 48.

César Miguel Rondón, por su parte, condena a *El Sádico Ilustrado*

por el humor que “gira en tomo a la condición ‘adeca’ de cierta

mayoría de la población nacional”, ya que “una de las víctimas favoritas

de *El Sádico*, a la hora de fabricar un chiste fácil y convencional, es

esa manera de ser y actuar que muy torpemente se le ha adjudicado a

los ‘adecos’”. Con ello “lo que se cuestiona y se hace víctima de chistes

poco afortunados es el quehacer de una inmensa mayoría venezolana

al margen de cualquier consideración política propiamente dicha”. En

fin, “extraña, sin embargo, este manejo tan insistente del humor antiadeco

en *El Sádico*”.73 Luego, burlarse de los adecos, es burlarse del

pueblo. Ver Artículo de Fe N° VI.

En realidad, estas “listas de cosas adecas” que tan profunda impresión

dejaron en ambos escritores como una tarea en que se empeñó

la intelectualidad “durante años”, no pasaron de dos pequeños

artículos en el semanario humorístico *La Pava Macha*: “Cosas que no

se les ocurren sino a los adecos”, en el N° 10 del 29 de septiembre

de 1962, p. 7. Y “algunas de las costumbres más características que

distinguen al adeco típico”, en el N° 61 del 5 de mayo de 1964, p. 8.

Escritos por Aníbal y Aquiles Nazoa, respectivamente. Los transcribimos

para su análisis:

Cosas que no se le ocurren sino a los adecos

• Mandar a un muchachito todos los días al kinder en Cadillac

negro con chofer uniformado, mosca y sirena.

• Ponerse frac con zapatos balatá y sombrero diplomático.

• Usar elásticas y correas al mismo tiempo.

• Llamar ‘Juan Bimba’ al pueblo venezolano y usar palabras obsoletas

como “hipanola”, “churupo” y “chipilín”.

• Beber con pitillo en su casa.

• Mandar a poner preso al papá de un muchachito que peleó con

su hijo en la escuela.

73. *Comunicación*, “El Sádico Ilustrado”, No. 22, pp. 78-83.

**310 311**

• Cargar el juego de pluma fuente y lapicero en el bolsillo del paltó.

• Ponerse el reloj pulsera al revés, es decir, hacia la palma de la

mano.

• Tener un hermano que es doctor y contestar “¿ah, el doctor?”

cuando alguien pregunta por él.

• Tener una gaveta de la mesita de noche llena de balas y dejarla

siempre abierta para que todo el mundo la vea.

• Hacer trampa para que su hijo gane un concurso de disfraces

infantiles.

• Salir todos los días a lavar el carro en pijamas y bata de casa.

• Pegarse a preguntarle a un muchachito que viene a pedirle una

locha por qué pide limosna, qué dónde está su papá y que si él

no sabe lavá carro pá que se gane una peseta.

• Hablar inglés en su casa.

• Obsequiar a los invitados a un grado casabe con caviar.

• Cazar con revólver.

• Coger las rascas por decir “yo soy marxista”.

• Meterse en cuanto pleito hay y mandar a buscar a la policía.

• Amenazar con la sanidad a los vendedores de parrilla.

• Tener una muchachita llamada Ingrid Coromoto.

• Instruir a sus hijos para que no se dejen vacunar porque ellos

son del gobierno.

• Preguntarle a uno si leyó la última Memoria del Banco Central.

• Creer que el traje deportivo es un flux amarillo crema con paltó

cruzado.

• Decir “cuando se nos fue Andrés Eloy” y llamar a Rómulo Gallegos

“el viejo Gallegos”.

• Fumar en pipa llenándola con cigarrillos desbaratados.

• Comprarse una quinta y mandarle a poner tres o cuatro excusados

más.

• Saber lo que simbolizan los tres colores de la bandera.

*Aníbal Nazoa*

Algunas de las costumbres más características que distinguen

al adeco típico

• Andar dentro de la casa en piyama con el sombrero puesto.

• Tener una pimpina de agua dentro del cuarto.

• Sentarse a jugar dominó, también con el sombrero puesto, en

mangas de camisa y con un cigarro detrás de la oreja.

• Ser compadre de un oficial de policía.

• Recortarse las uñas de los pies con hojilla.

• Purgarse y andar con unos tapones de algodón en los oídos mientras

estén purgados.

• Tomarse un café tinto con huevo batido. (Y también decirle al

café negro, café tinto).

• Decir que fulano murió tísico.

• Llevarles los sombreros en los entierros a los que van cargando

el muerto.

• Limpiar las prendas con ceniza.

• Ponerse una mano en el cogote, tirar la cabeza hacia atrás y decir

que nos duele el cerebro.

• Andar de camisa blanca y corbata manejando un camión de volteo.

Más típico si el tercio se ha puesto un pañuelo por encima del cuello

de la camisa para que no se le ensucie con el roce del cogote.

• Retratarse agachado.

• Estar de visita en una casa y al enterarse de que no hay aguardiente

mandar a uno de los muchachitos de la casa a comprarlo.

• Llegar a un matrimonio con una guitarra grande y pedir después

que le guarden la guitarra.

• Creer que los doctores y los curas se han quemado las pestañas.

• Tomar la palabra en una conversación para decir que la milicia es

una carrera muy bonita.

• Estar siempre quejándose de enfermedades caseras que ya no se

usan, como uñeros, orzuelos, empeines, corrimientos, golondrinos,

burbujitas y secas.

*Aquiles Nazoa*

**312 313**

Evidentemente, las caracterizaciones no son ni un retrato del

“pueblo” ni del “campesino tardo”, mucho menos del “obrero”, ni de

una “inmensa mayoría venezolana”. Diecinueve se pueden calificar

como “fingimiento de un estatus elevado”, bien por uso de artículos

ostentosos (“ponerse frac con zapatos de balatá y sombrero diplomático”),

o de prácticas que afilian a él (“hablar inglés en su casa”). El uso

de artículos ostentosos recurre trece veces; las prácticas recurren seis.

En tres instancias hay ostentación abusiva de autoridad (“Mandar

a un muchachito todos los días al kinder en Cadillac negro con chofer

uniformado, mosca y sirena”, “ser compadre de un oficial de policía).

Siete rasgos delatan amaneramiento (“Decir que fulano murió

tísico”, “retratarse agachado”, decir que le “duele el cerebro”), en cuanto

se refieren a expresiones o poses rebuscadas.

Siete rasgos apenas delatan arcaísmos o costumbres pasadas de

moda (“tener una pimpina de agua dentro del cuarto”, “recortarse las

uñas de los pies con hojilla”), pero los mismos son más asociables

con amaneramientos que con costumbres populares (“estar siempre

quejándose de enfermedades caseras que ya no se usan”, “llamar Juan

Bimba al pueblo venezolano”).

En fin, un número insignificante de rasgos vincula con un patriotismo

ingenuo (“saber lo que simbolizan los tres colores de la bandera”).

Todos los niños están obligados a aprenderlo. O con el intento

de volver objetos de culto patriótico a personalidades del partido:

“Decir ‘cuando se nos fue Andrés Eloy’ y llamar a Rómulo Gallegos

‘el viejo Gallegos’ ”.

Cada uno de ellos define en una cápsula al populismo. En ellos

hay un intento de franquear la barrera clasista, pero no para destruirla,

sino para colocarse en un escalón superior. Son, en otro nivel, la traducción

en costumbres del discurso populista: símbolos de status mal

aplicados y refinamientos cursis cumplen la misma función de fingimiento

del dominio de un código elevado que en el discurso juegan

los arcaísmos rebuscados, los neologismos absurdos, los anglicismos

y las redundancias enfáticas (V. 2.5).

Si ninguno de estos rasgos alude de manera ni siquiera remota

a las clases dominadas en Venezuela, por el contrario, sí refiere a otra

realidad social, así como la sátira de Quevedo sobre los pícaros, con

toda su exageración estrafalaria, informaba fidedignamente sobre la

España de su tiempo. Las “cosas adecas” aluden a la apresurada intentona

de una dirigencia de clase media de revestir los modos y símbolos

del status de las clases dominantes, usando como vehículo la

ostentación del poder político arbitrario.

Que estas modestas listas, elaboradas por dos de nuestros más

grandes humoristas, tienen un valor que va más allá de la comprensible

sorna de escritores radicales hacia sus adversarios, lo demuestra la

posteridad que han tenido. A partir de ellas, cualquiera puede detectar

“cosas adecas” o inventar algunas que tengan aire de tales.

Como en el caso del *kitsch*, hay en juego en esta operación un

conjunto de reglas claramente discernibles. Boris Izaguirre advertirá

que es adeco usar Centurys con placas del estado Aragua,74 y José Ignacio

Cabrujas que lo es brindar con Grand Marnier en el desayuno.

Pero lo más adeco de todo es confundir estas prácticas arribistas con

“lo popular” y lo “venezolano”.

En la encuesta sobre “Actitudes, Valores y Creencias Políticas”, la

afirmación: “La mayoría de los dirigentes accióndemocratistas tienen

origen pobre” fue considerada verdadera por 61 encuestados (56,83

%), falsa por 50 (41,66 %); se abstuvieron de contestar nueve encuestados

(7,5 %).

La creencia, en líneas generales, puede considerarse como notablemente

arraigada: sólo el 41,66 % la rechaza de manera explícita. Es

probable que, a través de ella, se llegue a la conclusión de que burlarse

de los corrompidos magnates populistas es burlarse de los pobres, y,

por interpuesta persona, del pueblo. Como si quemar a Judas fuera

quemar a Cristo.

74. Izaguirre, Boris. “El chic adeco”, 14/11/1987. *Feriado*, p. 12.

**314 315**

*6.1.8. Rómulo Betancourt es el padre de la democracia*

Si durante un siglo de proceso político no hubo voluntad popular

debido a la interposición del personalismo, tal voluntad debe al fin

ser creada también por el acto providencial de un solo hombre. La democracia

ha de tener un *padre*, que no es el pueblo, sino Betancourt.

Por ello, Juan Liscano escribe en una hoja de su poemario *Nuevo*

*Mundo Orinoco*: “A Rómulo Betancourt, padre y partero de la democracia

venezolana cuyos orígenes cuya historia y cuyos mitos formadores

de la nacionalidad, se evoca aquí.”75

“Padre de la democracia, lo ha llamado el pueblo”, dice Gonzalo

Barrios, asimilando a Juan Liscano con la totalidad de la nación.

76 Jaime Lusinchi varía el mismo tema, hablando de la “última

y definitiva etapa de su patriarcado democrático”.77 El cronista social

Samuel Robinson repite sin más el elogio de Barrios, pero en

mayúsculas: el líder es “PADRE DE LA DEMOCRACIA”.78

Progresivamente, el título va quedando pequeño, a juzgar por la

opinión de Alberto Finol, miembro del CEN del partido:

Así es Rómulo Betancourt, se le llamará el padre de la

democracia venezolana (...), se le señalará que fue el

inspirador fundamental de la democracia en nuestro

continente, y sin embargo aún le quedan actividades

que por sí solas lo encumbran en la historia.79

Betancourt, por lo tanto, habría no sólo creado los partidos y la democracia

en Venezuela, sino además, por su sólo ejemplo, en toda América.

De tal modo, el proceso de modernización por el cual un elemento

jurídico impersonal (la mayoría) legitima al gobierno, queda

inscrito simbólicamente dentro de las relaciones arcaicas y autorita-

75. Nota de Luís García Morales en: “Juan Liscano, un poeta y un político”. *Multimagen de Rómulo.* s, p.

76. Citado a su vez por Robinson, Samuel, en *op. Cit*, p. 144.

77. *Ibídem*, p. 166.

78. *Ibídem*, p. 37.

79. Citado por Coromoto Álvarez en, “Betancourt político, hombre y amigo”. *Últimas Noticias*. 1/3/1987, p. 7.

rias del patriarcado. Se completa así el cuadro de apropiación simbólica

de una forma de gobierno, primero por un partido, luego por un

hombre. Si AD es “la democracia” y Betancourt es el padre de la misma,

los opositores quedan excluidos del campo así definido: son la no

democracia, o, por lo menos, no son parientes ni compadres de ella. O

son malos hijos, que al oponerse a Betancourt le pegan a su familia.

La atribución, desde luego, puede ser aceptada o rechazada desde

el punto de vista subjetivo, pero en el nivel histórico no se sostiene:

la democracia ha tenido demasiados padres, muchos de ellos verdaderamente

insólitos. Juan Vicente González llamó a Boves “el primer

caudillo de la democracia venezolana”. Juan Uslar Pietri extiende el

honor de tal denominación a José Félix Ribas, ardiente patriota de

origen aristocrático que movilizó a pardos y esclavos.80

Asdrúbal González se acerca a atribuir tal carácter a Piar, ejecutado,

en su opinión, no por la alegada insubordinación sino por sus

proyectos de llevar la guerra de colores al campo patriota. De acuerdo

a Asdrúbal González, “Bolívar recogió banderas de las manos ensangrentadas

de Manuel Piar, y luchó al lado de los esclavos por la libertad

de estos, con los pardos por eliminar definitivamente las barreras

de las castas, con el pueblo para que tuviera una patria, y un ideal, y

una bandera”.81 Es el mismo punto de vista de Francisco Herrera Luque

en su novela *Piar, Caudillo de dos colores.*

En cuanto a Bolívar, en todos sus proyectos constitucionales

sentó la soberanía popular como base del gobierno. Ello había sido

una constante en los anteriores pronunciamientos independentistas.

José Antonio Páez tuvo, además del modesto título oficial de

“padre de Venezuela”, los no menos modestos y oficiales de “sostenedor

del poder civil” y de “fundador de la República”, conceptos ambos

afines a la democracia.

Como bien señala Ramón J. Velázquez, ya en 1877:

80. Uslar Pietri, Juan. *Historia de la rebelión popular de 1814*, pp. 91-197.

81. González, Asdrúbal. *Manuel Piar*, p. 206.

**316 317**

El Congreso regala a Alcántara el título de “GRAN

DEMOCRATA” y a poco en los documentos políticos

que el Presidente y los ministros publican se hacen referencias

reiteradas a la necesidad nacional y a la decisión

presidencial de fundar la REPUBLICA DEMOCRÁTICA,

así, con mayúsculas en todas las ocasiones,

tal vez para dar a entender que en esta oportunidad el

término tiene que ver más con el título dado a Alcántara,

que con la orientación política del régimen. Es

DEMOCRATICA la república en cuanto pertenece al

GRAN DEMOCRATA.82

Para quien entendiere por democracia la interacción entre partidos,

podría encontrar numerosos padres de la misma entre los fundadores

del Partido Liberal: Tomás Lander, Antonio Leocadio Guzmán.

Como hemos dicho, fundaron un partido en toda regla; recurrieron a

la opinión impresa y a la movilización popular urbana como medios

ordinarios de lucha; propusieron el sufragio universal como medio

de expresión de la soberanía del pueblo y lograron imponerlo –tras

cruenta guerra civil– a partir de la Constitución de 1864.

La actuación de este partido fue generalizando –con las limitaciones

de la época y de la pobreza imperante– las bases de una praxis

democrática formal durante el siglo diecinueve. En el presente, tal

práctica fue interrumpida por las dictaduras de Gómez y de Pérez

Jiménez. Betancourt no fue factor determinante del fin de ninguna

de ellas. Por el contrario, protagonizó un golpe de mano contra un

gobierno legítimo, liberal, respetuoso de todo tipo de derechos y que

daba pasos hacia la reinstauración del sufragio universal. De dicho

golpe habrían de nacer un breve ensayo electoral de tres años, y otra

dictadura de una década.

Alfredo Tarre Murzi, quizá para contrarrestar la naciente sacralización

de Betancourt, afirma en su biografía del sucesor de Gómez:

“A López Contreras le corresponde, sin duda alguna, el papel históri-

82. Velázquez, Ramón J. *Op. Cit*, p. 22.

co de haber iniciado en el siglo XX el proceso de la moderna democracia

venezolana”.83 Medina Angarita estuvo a punto de completar

dicho proceso.

Opinará el lector que son inconvenientes tantos padres para

una sola democracia. Por el contrario, por su esencia, la democracia

ha de tener tantos padres como ciudadanos. No puede, por

definición, ser la obra de un sólo individuo. En cuanto consiste

en participación de todos y cada uno, otro no puede hacerla por

nosotros.

Bien lo ha señalado el historiador Ramón J. Velásquez:

El pueblo venezolano siempre ha estado animado de

un profundo sentido democrático. La democracia venezolana

tiene una voz en la conciencia popular. Es una

conquista del pueblo, no una invención de los partidos.

Se trata de un largo proceso de luchas por la libertad.84

Más aun, como lo indica Herrera Luque:

a Betancourt le incomoda el papel de ortopeda o de

preceptor de esa niña difícil que se llama democracia

y que lo será plenamente –y estas son sus palabras– en

la medida en que pueda funcionar y vivir sin hombres

providenciales.85

Lo cierto es que esta custodia no cesa. Porque, como lo veremos

en la sección inmediata, la meta última del populismo no está

en lograr la democracia, sino en asumir con mayor eficiencia la tarea

histórica tradicionalmente reservada a las dictaduras.

En todo caso, la repetición de la consigna ha terminado por

darle una cierta aceptación. En la “Encuesta sobre Actitudes, Creen-

83. López Sanin. *López Contreras, de la tiranía a la libertad*, p. 414.

84. Velásquez, Ramón J. “La vieja Venezuela caudillista y viciada sobrevive en la democracia”. *El Nacional*.

29/6/1984, p. D-48.

85. Herrera Luque, Francisco. *Bolívar de carne y hueso*, p. 73.

**318 319**

cias, y Valores Políticos”; la afirmación conforme a la cual “Rómulo

Betancourt es el padre de la democracia”, suscitó los siguientes grados

de adhesión o rechazo:

Completo acuerdo 7,5 %

De acuerdo 25 %

Mediano acuerdo 21,25 %

Ni acuerdo ni desacuerdo 10 %

Mediano desacuerdo 7,5 %

En desacuerdo 11,25 %

Completo desacuerdo 6,25 %

No saben, no contestan 11,25 %

Como se puede observar, los tres primeros rubros de personas

que expresan diversos grados de acuerdo con la idea totalizan el 53,75

% de los encuestados. La rechazan en diversos grados el 25 %. Entre

los que son neutrales y los que no contestan, se llega al 21,25 %.

La propaganda populista progresivamente va relegando al olvido

la gloria, y quizá hasta la memoria, de siglo y medio de forjadores

de la patria y de la democracia.

**6.1.9. El pueblo no está preparado para la democracia**

Hemos visto que según la “Leyenda Blanca”, el populismo toma

el poder violentamente para darle al pueblo el sufragio universal,

secreto y directo. Este sufragio tiene sus limitaciones: sólo permite

elegir cada cinco años un candidato presidencial y una lista de representantes

al Poder Legislativo, preseleccionada en bloque por las altas

dirigencias del partido.

Todo intento de ampliar la participación política más allá de esos

límites ha sido categóricamente rechazado por Acción Democrática.

En tal sentido, afirma Enrique Tejera París:

Así se habla mucho de que sería mejor votar individualmente

por cada candidato. Que así los parlamentarios

responderían directamente ante sus electores.

Pero este sistema es muy criticado donde existe (como

en Estados Unidos) porque facilita la influencia o soborno

por parte de intereses privados. En cambio las

planchas permiten que el partido ejerza un control ético

y lo que debemos tratar es de refinar ese mecanismo

interno de control (...). En todo caso, debiera estudiarse

bien la reforma para que no se pierda el control partidista

y la disciplina de la Fracción Parlamentaria.86

La preocupación por el control del partido es reiterada tres veces

en el breve párrafo. El representante ha de deberle su condición al

partido, y no al elector: rendirá cuentas a aquél y no a éste. Quizá el

elector no las merece.

O quizá sea simplemente inepto para decidir. Expertos en cuestiones

electorales como Nerio Rausseo coinciden en presentar la ampliación

de la democracia como proceso erizado de dificultades insalvables

para “la masa”:

De cambiarse el sistema por otro donde el voto no sea

por partido, sino por nombre de personas, se crearía

al venezolano la necesidad de un aprendizaje que no

será fácil ni rápido (...). Se trata de un sistema adecuado

para la masa, aún cuando para la élite no lo sea; no

valen la pena modificaciones sustanciales del sistema

electoral.87

86. Tejera París, Enrique. *Contribución a la tesis organizativa de Acción Democrática*, p. 19.

87. Rausseo, Nerio. *Op. Cit*, p. 28.

**320 321**

Al comentar la tesis de ciertos politólogos quienes querrían canales

más amplios que “informarían al gobierno de los deseos de todos

los conciudadanos”, Enrique Tejera París advierte que están en

los “límites de la ciencia ficción”; al mismo tiempo que “conduciría

—de hacerse realidad— a sistemas obsoletos y reaccionarios del siglo

XIX”.88 Quien pide la ampliación de la participación política, por tanto,

se coloca fuera del campo histórico, y sobre todo del ocupado por

AD: habita simultáneamente “la ciencia ficción” y “el siglo XIX”.

A similar peregrinación hacia el pasado condena el presidente

Jaime Lusinchi a quienes piden la elección de representantes mediante

el voto uninominal: resucitarían los supuestamente enterrados

“caudillismo” y “personalismo”:

Porque podrían inducir al caudillismo, el personalismo

en Venezuela. Es evidente que hay que avanzar. Es evidente

que hay que perfeccionar el sistema electoral. Es

evidente que nuestro pueblo es hoy más culto que antes

y que en tal sentido se corresponde una evolución

de la manifestación de su sentimiento electoral, pero,

desde luego, las cosas no se pueden dejar a la buena de

Dios y permitir que puedan resucitar al caudillismo, el

personalismo que tanto daño han hecho al país.89

Quienes piden la ampliación de la participación política no sólo

están fuera del campo histórico: están asimismo descolocados geográfica

y nacionalmente. El secretario general de Acción Democrática

para la época, Manuel Peñalver, rechazó categóricamente tales reformas

argumentando que “no somos suizos”.90 En el mismo sentido, Tejera

París dice de los reformistas que son: “formados muchos de ellos

en Estados Unidos”. El discurso populista coloca fuera de la venezolanidad

a todo aquello que no es accióndemocratista.

88. Tejera París, Enrique. *Op. Cit*, p. 19.

89. Lusinchi, Jaime. *El Nacional*. 15/3/1987, p. D-1.

90. Citado en *El Nacional*, 9/2/1987, p. D-2.

Enrique Tejera París recurre en esta práctica, y dice que “no debemos

dejarnos influenciar por modelos extranjeros anticuados y

menos seguros”; que el voto directo “facilita la influencia o soborno

por parte de los intereses privados”; lo llama “falacia de la democracia

directa”, y termina equiparándolo, sin razón alguna, “a volver al voto

múltiple del siglo pasado, en el que los ciudadanos más ricos, más instruidos

y más nobles tenían cada uno varios votos para contrapesar

el voto único que tenía cada campesino, cada proletario”.91 Aparte de

que la equiparación entre democracia directa y voto múltiple es inconsistente,

hay que anotar que dicho sistema jamás existió en Venezuela.

El sufragio censitario simplemente excluía a los que tenían

menos de cierto nivel de renta; no le atribuía varios votos a quienes

sí lo tenían. Gonzalo Barrios, el presidente de AD, cierra todo debate

sobre las reformas arguyendo a principios de 1988 que la elección directa

de gobernadores sería “democracia infantil”. Y en las elecciones

de ese año, el pueblo no tiene derecho a elegir gobernadores, ni alcaldes,

ni a elegir nominalmente senadores o diputados.

Como bien lo ha hecho notar Arturo Uslar Pietri, argumentaciones

por el estilo de la frase de Peñalver revisten un preciso significado:

“si la frase tiene todo el sentido que hay que darle, quiere decir que el

secretario de Acción Democrática cree que el pueblo venezolano no

está maduro para la democracia, y eso es grave”.92

¿Exagera Uslar? Quien examinó cuidadosamente los análisis que

hemos efectuado sobre la forma en que los líderes populistas califican

al pueblo, notará que la tesis no está desviada. Para ellos, el pueblo

es, ante todo, sujeto pasivo, definido por sus carencias. Dirigente y

partido tendrían un poder legítimo, porque lo usan para abastecer al

pueblo de lo que éste no podría procurarse (V. 4.1). La interferencia

del pueblo en los mecanismos de esa relación podría destruirla.

Son los mismos argumentos con los cuales se negaba el sufragio

directo durante el gobierno de Medina. Pero también son

91. Tejera París, Enrique, *Op. Cit*, p. 18-20.

92. Uslar Pietri, Arturo. “AD se opone a la Reforma Electoral”. *El Nacional*, 9/3/1987, p. D-2.

**322 323**

los viejos argumentos mediante los cuales exaltaba Laureano Vallenilla

Lanz el poder personal del “gendarme necesario” contra el

de las leyes escritas, oposición que producía “este divorcio fatal

entre el derecho escrito y el derecho efectivo; entre el que nuestra

juventud estudia en los libros y el que ve practicar necesariamente

en la vida pública”.93

El gendarme, dueño e intérprete exclusivo (encarnación incluso)

de este “derecho efectivo”, no ha concluido entonces su tarea.

*6.1.10. El demócrata necesario se justifica por su eficacia*

*para detener la explosión social: Acción Democrática*

*es el demócrata necesario*

Si los partidos populistas no tienen por meta final ampliar la democracia,

su legitimación viene de otra tarea: Es la misma que justificaba

al “gendarme necesario” presentado como paradigma por los

positivistas contra la supuesta anarquía y ferocidad populares.

Así, frente a “un pueblo semibárbaro y militarizado en el cual el

nómada, el llanero, el beduino prepondera por el número y la fuerza

poderosa de su brazo”, según predicó Vallenilla Lanz, “sólo la acción

del caudillo, del “Gendarme Necesario”, podía ser eficaz para mantener

el orden”. En abono de su opinión, cita Vallenilla la carta de don

Fernando de Peñalver al Libertador en 1826, según la cual

…la tranquilidad de que ha disfrutado Venezuela desde

que la conquistaron nuestras armas, se ha debido

exclusivamente al General Páez, y también lo es que

si se alejase de su suelo, quedaría expuesto a que se

hiciese la explosión, pues sólo falta para que suceda

esta desgracia que se apliquen las mechas a la mina.94

93. Vallenilla Lanz, Laureano, *Op. Cit*, p. 3.

94. *Ibídem*, p. 122.

La misma función es encomendada hoy a un nuevo actor: el

“Demócrata necesario”. Es el remedio más seguro contra el fantasma

que tradicionalmente espanta a las clases dominantes del país: el

de la explosión social. Apenas añade un nuevo matiz terrorífico al

fantasma: a menos que el “Demócrata necesario” esté allí para impedir

que ocurra, la explosión social podría transformarse en régimen

comunista.

En esa tarea de contención, el “Demócrata Necesario” no puede

ser a esta altura sustituido por el tirano militar. La razón es obvia: al

no dar ningún cauce a las inquietudes del pueblo, el dictador aumenta

la presión que llevará a la temida explosión social.

En tal sentido, refiriéndose al comunismo, Betancourt afirma

que “a partir de 1945, una firme política democrática y de justicia social,

realizada por un gobierno adversador del comunismo, pero empeñado

en reformas beneficiosas para los trabajadores, le arrebató al

partido en mención auditorio y clientela”. En abono de tal opinión,

cita al *Washington Post*, “el diario más leído y más influyente de la capital

de los Estados Unidos”, el cual en su entrega del 17 de diciembre

de 1947 dice:

Algunos han visto en las simpatías del régimen de

Betancourt en pro de los trabajadores una indicación

de que estaba inspirado en el comunismo. La mejor

respuesta son las realizaciones cumplidas. Con los recursos

de la renta petrolera promovió muchas de las

reformas tendientes a mejorar el nivel de vida y vencer

al analfabetismo, medidas que en sí son un antídoto

contra el comunismo.95

Refiriéndose a “esa densa población marginal no absorbida por

las grandes ciudades de los más importantes países latinoamericanos”,

Betancourt advierte:

95. Betancourt, Rómulo. *El 18 de octubre de 1945,* p. 371.

**324 325**

Esos ejércitos de gentes irritadas por lo poco que les

ofrece la vida en las zonas urbanas donde se exhiben

también las ostentosas riquezas de los grupos privilegiados

pueden irrumpir un día sobre las urbes “alegres y

confiadas”. La levadura del descontento incuba motines.

Y experiencias hay favorecedoras de que esa población

irredenta no responde al llamado sedicioso cuando los

gobiernos se interesan por su suerte y destino. Fallaron

los comunistas venezolanos en hacer bajar de los cerros

habitados que circundan a Caracas a las 300.000 personas

que en ellos viven, para producir algaradas callejeras,

porque el gobierno iniciado en 1959 llevó escuelas,

centros de salud pública y programas de remodelación

a ese cinturón de pobreza que rodea a la ciudad latinoamericana

con mayor despliegue de luces neón y con

evidentes alardes de ostentoso nuevorriquismo.96

Pasemos por alto la falsedad histórica del párrafo (los marginales

caraqueños sí protagonizaron frecuentes motines durante el quinquenio

de 1959-64). Más interesante es el hecho de que Betancourt mismo

reconoce que las medidas que hicieron ineficaz el *llamado sedicioso*

habrían tenido única y exclusivamente tal efecto, ya que:

En Caracas, como en las otras ciudades capitales de la

región sigue planteada la cuestión de cómo incorporar

realmente a esta vasta población marginal a la vida de

la ciudad, a sus organismos de producción, a sus centros

de cultura, a sus asociaciones cívicas. El tiempo

apremia. Algo debe hacerse y con esfuerzo sostenido

y continuado, para transformar en entes socialmente

útiles a los centenares de millares de desempleados y

subempleados que se amontonan en las barriadas miserables

que circundan el casco de las grandes urbes

96. Betancourt, Rómulo. “La Carta de Punta del Este”. *América Latina, democracia e integración*, p. 93.

latinoamericanas. En esas zonas de pobreza extrema

están sembradas de TNT. Si en un día cualquiera la

tensión social acumulada llegare a estallar, en cualquiera

de esas ciudades podría repetirse la espantosa experiencia

de Bogotá, que ardió por los cuatro costados en

las trágicas horas del 9 de abril de 1948.97

La cuestión, por tanto, sigue planteada. El régimen, ni ha “incorporado

realmente”, ni “transformado en seres socialmente útiles”

a desempleados y subempleados: meramente los habría insensibilizado

mediante paliativos al “llamado sedicioso”. Este tarea,

por ser la primera que se emprende, parecería ser la más urgente;

por ser la única, parecería la más vital (las medidas que exceden del

paliativo son englobadas en un impreciso e impersonal “algo debe

hacerse”). En todo caso, mientras no llegue a hacerse “algo” (¿qué

y por quién?) la tarea paliativa ha de ser continua, puesto que esos

seres “no incorporados realmente” y “socialmente inútiles” podrían

protagonizar la temida explosión social. (Razones tiene Betancourt

para temerla: como delegado a la IX Conferencia Internacional en

1948, presenció personalmente algunas de las escenas de la conflagración

del “bogotazo”).

Si la democracia, en definitiva, ni integra realmente, ni hace “socialmente

útiles” a los marginados desempleados, o a los subempleados,

resulta en todo caso superior a los gobiernos de facto por su mayor

utilidad para detener el comunismo. Así lo explica Betancourt el

21 de abril de 1964 durante un almuerzo que le ofrece la comisión de

Relaciones Exteriores del Senado estadounidense:

En todos los países de América Latina que en la última

década fueron gobernados por dictaduras —me

refiero especialmente a Venezuela, Colombia y Perú—

cuando esas dictaduras desaparecieron en 1957 y 1958

se apreció cómo en esos años el movimiento comunis-

97. *Loc. Cit.*

**326 327**

ta había crecido en forma alarmante (…). En 1959,

cuando tomé posesión de la Presidencia de la República,

cargo para el cual había sido electo, encontré

un apreciable número de comunistas infiltrados en la

prensa, la radio, la televisión, las universidades y las escuelas.

En otras palabras, los instrumentos para orientar

y modelar la opinión habían sido infiltrados por los

comunistas durante la dictadura (…). Debe tenerse

muy presente que la extrema pobreza es un excelente

caldo de cultivo para el desarrollo de ideas extremistas,

para el comunismo y el fascismo.98

Por lo tanto, el defecto de las dictaduras consiste en que no

serían suficientemente implacables con el comunismo. El demócrata

necesario es el único muro de contención eficaz contra el comunismo

y el fascismo. Estas dos expresiones son, según la costumbre

de Betancourt, asociadas por lo menos tres veces en el breve texto,

y por lo tanto parece que fueran la misma cosa. El demócrata necesario

debe, entonces, democráticamente, impedir la infiltración

en “la radio, la televisión, las universidades y las escuelas”. En otras

palabras, en “los instrumentos para modelar la opinión”, con mayor

rigor que las dictaduras de derecha. Para que haya democracia, se

debe impedir el debate público; para que exista opinión, se debe

censurar sus instrumentos.

Si el debate político no se amplía, e incluso debe mantenerse cerrado

contra “infiltraciones” con un mayor rigor que el usualmente

aplicado por las dictaduras, el demócrata necesario se justifica entonces

porque “con los recursos de la renta petrolera promovió muchas

de las mejores tendientes a mejorar el nivel de vida y a vencer el analfabetismo,

medidas que en sí mismas son un antídoto contra el comunismo”.

Es decir, el demócrata necesario distribuye dádivas a partir

de un excedente no ganado con el trabajo. Estas dádivas son bien calificadas

de antídotos contra el comunismo: en tres décadas, no han

98. *Ibídem,* pp. 230, 231.

vencido la extrema desigualdad social ni el analfabetismo. No estaban

destinadas a ello, sino a “inmunizar” contra el adversario.

El demócrata necesario, por tanto, no sólo retrasa la explosión

social en el orden interno, sino que, en el orden externo, es la opción

frente a gobiernos comunistas y frente a dictaduras derechistas

que no destruyen eficazmente el comunismo. Es la opción preferida

frente a gobiernos que, por acción o por omisión, resultan ingratos

para Washington, y que por tanto, son la misma cosa o deben ser

tratados igualmente.

Esta confusión de los adversarios es lo que Roland Barthes ha llamado

*ninismo*, para acordarle un sitial dentro de los mitos de la derecha:

“esa figura mitológica que permite plantear dos contrarios y equiparar el

uno con el otro a fin de rechazarlos a ambos (no quiero ni esto ni aquello)”.

Ello equivaldría a… “una conducta mágica: cuando es incómodo

elegir, no se da la razón a ninguna de las dos partes; se huye de lo real, que

resulta intolerable, reduciéndolo a dos contrarios que se equilibran por el

solo hecho de haberlos vuelto formas, aliviados de su peso específico”.99

Así, de tanto intentar confundir en el mismo saco a sus dos antagonistas

(el comunismo y la dictadura de derecha) el populismo termina

por asimilarse a uno de ellos en su tarea histórica: ni redención

social ni debate político abierto están en sus objetivos finales. Contra

explosión social, paz populista.

En este momento, habrá el lector advertido un inquietante paralelismo.

Los actores positivistas —que hemos citado más de una vez—

postulan la existencia de un pueblo bárbaro, ajeno a toda vida civilizada

e institucional, y propenso a salvajes explosiones destructivas.

Por su carácter inadecuado para acceder a formas altas de civilización

ese pueblo debía ser refrenado por “regulos”, “césares” o “gendarmes

necesarios”, conocedores de su manera de ser por haber surgido

del mismo pueblo que debían reprimir. Este conocimiento directo

e intuitivo se opone al principismo abstracto.

99. Barthes, Roland. *Op. Cit*, p. 250.

**328 329**

Tal desdén de la teoría se justifica porque al lado de ella —y contra

ella— existe una “constitución efectiva” que de manera real regirá

la conducta del pueblo. Como lo dice Vallenilla Lanz:

Los ideólogos de toda la América, preconizando la panacea

de las constituciones escritas, han contrariado la

obra de la naturaleza; y considerando como un crimen

de lesa democracia todo cuanto no se ciñe a los dogmas

abstractos de los jacobinos teorizantes del derecho político,

nos han alejado por mucho tiempo de la posibilidad

de acordar los preceptos escritos con las realidades

gubernativas, estableciendo esa constante y fatal contradicción

entre la ley y el hecho, entre la teoría que se

enseña en nuestras universidades y las realidades de la

vida pública, entre la forma importada del extranjero y

las modalidades prácticas de nuestro derecho político

consuetudinario: en una palabra, entre la constitución

escrita y la constitución efectiva.100

Por su parte, Pedro M. Arcaya dice que “no necesita el candidato

proclamar ideas; le basta obrar, encariñarse las multitudes, no a sus

ideas, porque muchas veces nuestros candidatos no las tienen sino a

su personalidad misma”.101 “Constitución efectiva” y “personalidad” (en

otras palabras, “carisma”) serían los burdos talismanes ideológicos útiles

para apaciguar a un pueblo al cual se supone incapaz de tener ideas.

Sólo a través de tal freno, se podrá crear un espacio para la

acción del interlocutor oculto del discurso positivista: el civilizado,

vale decir, el hombre de las ciudades, aliado a la técnica y al capital de

los países más desarrollados. En otras palabras, la burguesía nacional

y el capital extranjero, dispuestos a poner entre paréntesis los medios

de evitar la explosión social (la dictadura) mientras ésta les garantice

crecimiento y existencia.

100. Vallenilla Lanz, Laureano. *Op. Cit*, p. 98.

101. Arcaya, Pedro Manuel. *Estudios de sociología venezolana*, p. 15.

Paralelamente a ese discurso, hemos visto desarrollarse otro, que

también describe a un pueblo compuesto de masas “tardas e ignaras”,

víctima de los “vicios”, pasivo (V. 2 y 4), hambriento y enfermo, inepto

para acceder a formas superiores de institucionalidad, ya que durante

siglo y medio de vida republicana supuestamente habría sido incapaz

de crear partidos, prensa libre ni participación política. Tampoco es previsible

su superación inmediata: tales proyectos serían “ciencia ficción”

“suizos” “no venezolanistas”. Este pueblo, en fin, sería todavía propenso a

“estallidos” o a prestar oídos a proyectos radicales de renovación social.

Ese pueblo empieza a existir como tal desde el momento en que

hombres “de origen modesto” (V. 6. VIII), conocedores de la “vibración

del alma nacional” (nuevo nombre de la constitución efectiva)

consiguen dominarlo para hacerlo desistir de las explosiones sociales

y de las revoluciones. Porque el nuevo gendarme, como hemos visto,

controla no sólo la *represión* y la *redistribución*, sino asimismo la *retórica*:

controla la Historia —su historia— y a través de ella la conciencia.

Mediante esta operación disuasiva, el demócrata necesario crea

el espacio de acción para sus interlocutores más o menos obvios: burguesía

nacional y capital extranjero. Estos están transitoriamente dispuestos

a poner entre paréntesis los medios (la demagogia, el populismo)

mientras los mismos les aseguran explotación y hegemonía.

Después de un siglo vacío, la historia habría sido puesta en marcha

para que el pueblo consintiera con su voto en detenerla. Del gendarme

necesario hemos pasado al demócrata necesario.

**6.2. El mito populista como aniquilación del sujeto**

**político: el hombre sin rostro**

Una nueva leyenda, un nuevo mito se ha superpuesto entonces a

nuestra historia. Como todo mito utilizado de herramienta de poder,

invade, falsifica y suplanta, no sólo el pasado, sino también el presente

y hasta el mismo ser del presente del sujeto político.

**330 331**

En lo relativo al pasado, hemos visto que el mensaje populista

desvanece casi toda la historia republicana de nuestro país en una sola

noche, durante cuya oscuridad no habrían supuestamente existido

partidos, sufragios, presidentes electos por votación directa ni participación

política (V. 6. I). Esta noche acaba, según el mito, por la aparición

providencial de Acción Democrática y de su líder máximo, a

partir del cual existen “por primera vez” tales prácticas e instituciones,

y se inaugura el presente.

En cuanto a éste, el populismo postula un campo político en el

cual —gracias al policlasismo— van desapareciendo los antagonismos,

y por tanto terminan disolviéndose los actores políticos. Nuestro

adversario nos define: un campo político del cual están apriorísticamente

excluidos los conflictos, termina anulándonos como participantes

(V. 4). Colocado en un campo neutro, el sujeto político termina

neutralizado.

El discurso populista propone como valores máximos del sistema

político que actúa en ese presente, los de *poder del Estado* y

*abastecimiento* (V. 5). Estos encuentran su perfecta contrapartida en

las atribuciones de Pasividad y de Carencia hechas al ciudadano. De

este último no se esperan, ni creatividad, ni transformación de la

realidad. Apenas, el voto que el cliente deposita para procurarse la

dádiva, la cual estimulara el nuevo voto. Este círculo es repetitivo,

vale decir, vicioso.

Pues el mito se nutre no sólo de la anulación del pasado, sino

de la simétrica nulificación del porvenir. Por lo mismo que no viene

de ningún ayer, el hombre populista no se encamina hacia mañana

alguno. Privados por el enmascaramiento mítico de los dos polos del

devenir, el tiempo y los procesos sociales se detienen. La mitología

del populismo carece de posteridad. Las utopías quiliásticas, las socialistas

y las comunistas, como indicó Karl Mannheim,102 son postuladas

en función de una meta suprema por alcanzar —revolución,

advenimiento del milenio o reino de la libertad— mientras que el po-

102. Mannheim, Karl. *Ideología y utopía*, pp. 289-347.

pulismo agota su sentido en la toma del poder y en el disfrute de los

bienes de consumo que éste procura. Parafraseando a George Orwell,

podemos decir que quien destruye el pasado destruye el futuro, y que

quien destruye el futuro aniquila el presente. El hombre populista tiene

sólo una inmediatez, que el propio mensaje político al que adhiere

le describe como de nulidad en la acción y en la satisfacción. Asediado

por un discurso que lo define como carencial e inactivo, el ciudadano

debe borrarse para dejar lugar a la mágica munificencia del poder

político personalista, arbitrario y dadivoso. El ciudadano existe sólo

en cuanto ser dependiente, en cuanto clientela. El sujeto del discurso

populista ha devenido inevitablemente un hombre sin rostro. Lejos

de “constituirle una identidad”, el populismo se la ha borrado.

La máscara del poder es también una venda: sólo arrancándola

podrá en definitiva el sujeto político conocer su propio rostro.

**333**

**7. La explosión social: el crepúsculo de los mitos**

**7.1. Fin del mito del populismo como freno**

**de la explosión social**

La continua repetición puede difundir un mito, pero no convertirlo

en verdad. El mito legitimador por excelencia del populismo

—su carácter de demócrata necesario capaz de refrenar al

pueblo— cayó hecho añicos a principios de 1989 por la previsible

explosión social. Lo cierto es que justamente las dos grandes

conmociones sociales de la historia contemporánea de Venezuela

ocurrieron bajo gobiernos populistas y, más claramente, contra

ellos. La primera se desató contra las medidas económicas de reducción

de salarios que estableció Betancourt en 1959, y le costó

al país una década de violencia.

La segunda se desató después de que Carlos Andrés Pérez asumió

el mando con una fastuosa toma de posesión. El 14 de febrero, en

la segunda semana de su mandato, anunció un paquete de medidas

económicas que eran, en sustancia, las mismas ofrecidas en su programa

*Acción de gobierno para una Venezuela moderna*, y las recomendadas

en el “recetario” del Fondo Monetario Internacional: Liberación

de tasas de interés activas y pasivas; revisión de la Ley de regulación

de alquileres; eliminación de restricciones arancelarias; alza en las tarifas

de los servicios públicos; alza en los precios del combustible;

privatización de las empresas públicas y de la industria petrolera; liberación

de precios. Frente a estas draconianas medidas en obvio interés

del gran capital nacional e internacional, apenas ofreció a los trabajadores

un treinta por ciento de aumento para los empleados públicos,

el mantenimiento de una canasta básica regulada, y la creación de una

pintoresca Comisión de Lucha contra la Pobreza. Al mismo tiempo

reconoció la existencia de una *Carta de Intención* con el Fondo Mone**334**

**335**

tario Internacional, que se negó a mostrar al Congreso. Posteriormente,

se revelaría que el contenido de la misma era en sustancia idéntico

al *Programa* y el subsiguiente *Paquete.*103

Las medidas eran anunciadas a un país que acababa de sufrir una

inflación de 40 % en 1987, y otra de 38 % en 1988, sin aumento de salarios.

Ello había llevado hasta su límite la crítica situación de desnutrición

de los venezolanos (V. 5.3). Desde meses antes, la población

sufría desabastecimientos de harina, sal, café, pastas, detergentes, jabón,

aceite, papel higiénico y otros artículos de primera necesidad.

En las semanas inmediatas estalló una huelga del Poder Judicial y otra

de educadores de enseñanza media: enérgicas protestas estudiantiles

fueron reprimidas con saldo de un estudiante y un empleado universitarios

muertos. La policía municipal había amenazado con una

huelga, y llevaba un mes sin cobrar. Numerosos artículos de opinión

vaticinaban la inminencia de una respuesta conflictiva.104

La irritación condujo a la violencia, y el hambre al saqueo:

Una ola de violencia y agitación sacudió ayer al país,

en protesta por el alza de las tarifas de pasajes, gasolina

y alimentos. Los focos de mayor perturbación fueron

Caracas, Guarenas y Los Teques, donde se registraron

saqueos de comercios, vehículos incendiados, varios

muertos, más de un centenar de heridos, detenidos y

pérdidas multimillonarias. En Mérida, San Cristóbal,

Maracaibo, Puerto La Cruz, Ciudad Guayana, Ciudad

Bolívar, Cumaná, Barquisimeto, Valencia y Barinas, se

repitieron los hechos de violencia con saqueos a supermercados

y transporte de alimentos. En la región

capital, la fuerza metropolitana de policía no pudo

103. *Últimas Noticias*, “Carta de Intención del FMI entregó Min-Hacienda”, 3/3/1989, p. 14.

104. Entre otros, José Ignacio Cabrujas: “La verídica historia del sapito concertador”, 14/2/1989;

Earle Herrera: “Electro-Shoch”, 16/2/1989; Luis Britto García: “María Cristina me quiere concertar”,

12/2/1989, y “Cazadores de la concertación perdida”, 17/2/1989. Todos en *El Nacional*, p. C-1. En un foro

del mismo diario, declaró Teodoro Petkoff el 12 de febrero de ese año que “Vamos a enfrentar un período

de turbulencias, no porque haya ‘agentes siniestros’ que inspiren y produzcan la rebelión, sino porque

sencillamente así lo impone el mecanismo de autodefensa del ser humano ante las agresiones”, p. D-2.

controlar a millares de personas que se lanzaron a la

calle y asaltaron negocios en El Silencio, Parque Central,

Avenida Lecuna, Baralt, Libertador, Catia, Petare

y otros sectores. Los disturbios se mantuvieron hasta

entrada la noche y en varias ciudades fue necesario sacar

a la calle a la Guardia Nacional.105

La protesta continuó durante toda una semana, a pesar de la

frontal represión de las Fuerzas Armadas. El gobierno suspendió las

garantías constitucionales, quitó la libertad de información, declaró

el toque de queda. Al final de ese lapso, las estimaciones llegaban a

más del millar de muertos, cinco mil heridos, más de un millar de detenidos

y 6.000 millones de bolívares en pérdidas, sólo en Caracas.106

Los hospitales quedaron copados; las reservas de ataúdes agotadas; se

concluyó por enterrar a las víctimas en fosas comunes.107

**7.2. Fin del mito de la representatividad populista**

Los hechos confirmaban, a escala nacional, una tendencia que

habíamos señalado anteriormente con motivo de la explosión social

de Mérida en 1987: “La conmoción rebasó las supuestas dirigencias

oficialistas. (...) Se corrobora de nuevo que las cúpulas de poder tienen

cada vez menor arraigo entre sus gobernados”.108

La afirmación de que el cociente electoral representa un voluntario

apoyo político perdía autoridad. La encuesta “Datos”, realizada seis meses

antes de las elecciones de 1988, reveló que un 48 % no votaría si ello no

fuera obligatorio. Veinte días antes de los comicios todavía llegaba a un 45

% la abstención potencial.109

105. *El Nacional*, “Saqueos y disturbios en el país en contra de las medidas económicas”, 28/3/1989, p. A-1.

106. *Últimas Noticias*, 5/3/1986, p. 12.

107. *El Nacional*, 4/3/1989, p. D-16.

108. *Proletariado*, “El Meridazo y la UCV”. Marzo de 1987, p. 3.

109. Encuesta “Datos”, publicada en el *Diario de Caracas*, 27/11/1988, p. 7.

**336 337**

Hoy, ello es evidente hasta para los observadores más moderados.

Así, señala Fausto Masó:

Hay una desconfianza total por el sistema judicial y la

representación política. Para el país los cogollos no representan

más que a ellos mismos. (...) En la misma página

donde se anunciaban los disturbios se leía que el

CEN de AD había pasado el día discutiendo el apoyo

a la carta de Jaime Lusinchi. Hay, pues, dos países. El

de los cogollos, con sus intereses, y el otro, el país real.

Uno no tiene nada que ver con el otro.1

El segundo día de ira popular, el equipo negociador de Venezuela

firmaba la célebre Carta de Intención con el Fondo Monetario

Internacional. Días después, Carlos Blanco, alto directivo de la Comisión

Presidencial para la Reforma del Estado, puntualizaba:

Rebasamiento de partidos e instituciones: En medio

de estos hechos se evidenció que la función dirigente

fue gruesamente rebasada por la insurgencia. Ningún

partido o grupo pudo controlar o dirigir nada sustancial.

Nunca se había visto una separación tan clara entre

el mundo de la política y el resto.2

Juan José Delpino, presidente de la CTV, se encontraba mientras

tanto en Ginebra, “concertando en el panorama del sindicalismo

internacional”, según expresión del periodista Omar Lugo. A

éste declaró:

A veces los venezolanos somos un poco tercos y no

aprendemos las lecciones. Pero esto debe servirnos de

experiencia, fue un aviso, una clarinada de alerta de un

1. Masó, Fausto. “Paraíso de tontos”. *Diario de Caracas*. 4/3/1989, p. 7.

2. Blanco, Carlos. “Pesadilla”. *Diario de Caracas*. 6/3/1989, p. A-6.

pueblo que se cansó de estar sumiso. Por eso esta reacción

no pudo ser controlada ni liderizada por el Gobierno,

ni por los partidos, ni por los sindicatos.3

A confesión de parte, relevo de mitos.

**7.3. Fin del mito de la pasividad popular**

Con la franca admisión de Delpino, caía otro de los mitos fundadores

del populismo: el de la pasividad de las masas, repetido hasta

la saciedad, como hemos visto, en todos los códigos y los canales del

discurso.

La conmoción nacional de febrero de 1989, en efecto, fuerza a

dirigir la mirada retrospectivamente hacia las tres décadas de dominación

populista, y a concluir que tal pasividad era un espejismo sostenido

por la fuerza de una retórica omnipresente. Por el contrario,

desde el mismo día del anuncio de la victoria electoral de Betancourt,

en diciembre de 1958, comienza un continuo movimiento de protestas

de las formas más variadas, que culmina en la actualidad. Leoni se

vio forzado a mantener campos de concentración militares; Caldera,

a cercar la Universidad Central con tanques y fraguar una reforma

legislativa para despojarla de su autonomía; Carlos Andrés Pérez, a

mantener grupos especiales de comandos homicidas; Herrera Campíns,

a cohonestar masacres como la cometida por el ejército en Cantaura;

Lusinchi, a mantener a la ciudadanía en un virtual estado de

sitio mediante la política de “operativos” militares que se traducían en

la detención masiva de todos los habitantes de una zona determinada,

y mediante el fallido encubrimiento de masacres como las de Yumare

y El Amparo. *Retórica y redistribución* no fueron nunca suficientes para

reducir a la pasividad a las masas: siempre fue necesario el recurso

supremo de la represión.

3. Lugo, Omar. “Delpino, ni la CTV hubiese canalizado la protesta”. *El Nacional*. 7/3/1989, p. D-1.

**338 339**

Bajo tal perspectiva se explica que toda organización, iniciativa,

movimiento o proyecto que intentara exceder de los límites del Pacto

de Punto Fijo, debiera ser clandestino o inconspicuo. En tales condiciones

se fue gestando una gama heterogénea, persistente y amplia

de organizaciones populares, al margen y alrededor de las áreas de

influencia populista. Como relator en el “I Seminario de las Organizaciones

Populares del Poder Paralelo”, realizado en Jesús Obrero, Catia,

en febrero de 1983, me cupo resumir las conclusiones del mismo

en los términos siguientes:

El deterioro de las maquinarias partidistas que se han

repartido el poder durante el último cuarto de siglo,

y la naturaleza de sus relaciones de complicidad con

el capitalismo predador, hacen necesario que las estrategias,

las políticas y las organizaciones destinadas

a cumplir con estos objetivos, sean generadas a partir

de la reserva vital por excelencia de todo país: el poder

popular. A efectos de restablecer la armonía de lo

político con el resto de los sectores de la nación, la sociedad

debe generar progresivamente formas de organización

para la preservación, defensa y gestión de sus

intereses, tales como la cooperativa, la unión de vecinos,

los medios de comunicación alternativos, el grupo

de defensa de la ecología, el equipo de educación no

formal, el grupo de intervención sociológica, la unidad

de defensa de la salud, la asociación cultural, el sindicato

clasista, y, en última instancia, el partido progresista,

cuya acción no se descarta siempre y cuando canalice,

exprese y defienda de manera integral los legítimos intereses

de la sociedad, y no los de élites burocráticas

o grupos financieros. En la medida en que la *corruptocracia*

cierra su ciclo histórico en el país al no poder

disponer en lo sucesivo de crecientes botines para la

compra de las conciencias y para el mantenimiento de

maquinarias centralizadas custodias de la paz laboral y

la paz intelectual, el nuevo protagonista de nuestra historia

es el hombre, convertido en artífice de su destino

por la armónica, cotidiana, creativa y directa relación

con su sociedad.

Significativamente, muchas de esas organizaciones están próximas

a la Iglesia de la Teología de la Liberación o forman parte de ella:

por algún tiempo, al menos, el respeto a la jerarquía eclesiástica impuso

algunos miramientos a la represión. Pues había un costo por pagar

al entrar en estas “tierras de nadie” fuera del orden populista. A la integración

de organismos alternativos debía seguir, en muchos casos,

la de grupos de defensa de los derechos humanos, y la de comités del

luto activo.

Pocos años más tarde, Luis Gómez Calcaño sentó como conclusiones

preliminares sobre estos movimientos sociales:

1. Puede distinguirse una clara separación entre las grandes

organizaciones tradicionales de encauzamiento de las bases:

partidos políticos y movimiento sindical, y los movimientos

sociales de nuevo tipo. Los primeros han sido

casi totalmente absorbidos por el sistema hegemónico

y funcionan como sus legitimadores y realimentadores;

los segundos se constituyen al margen de los partidos

políticos y en relaciones conflictivas con el Estado.

(…)

3. Las relaciones entre los movimientos sociales y el Estado

apoyan la hipótesis de una pérdida de eficacia de los mecanismos

del sistema político para procesar demandas y

tomar decisiones.

4. Los efectos de la coyuntura crítica han generado respuestas

específicas en los movimientos sociales que son

coherentes con sus proyectos estratégicos, demostran**340**

**341**

do una mayor vitalidad y creatividad que los partidos y

sindicatos, incapaces hasta ahora de generar respuestas

adecuadas y novedosas.4

Frente a la magnitud de la respuesta social, resulta ahora más que

obvia la pérdida de eficacia de los mecanismos del sistema político

para procesar demandas, tomar decisiones y generar respuestas distintas

de la mera y brutal represión.

Milagrosamente, desapareció de los medios de comunicación el

dogma de que “éste es un pueblo adeco”. La confianza del populismo

en el mismo mito que él había creado lo llevó al error fatal, conforme

diagnostica lúcidamente José Vicente Rangel:

Los gobiernos se daban el lujo de hacer lo que le viniera

en gana sin que le produjera mayores protestas.

El gobierno de CAP, en base a esa tradición elaboró

un paquete de medidas pero no se preparó para la reacción

que provocarían. Este fue un error importante.

El gobierno calculó mal. Pensó que el tratamiento de

*shock* no despertaría reacción en base a esa tradición

de pasividad.5

La presencia espontánea de las masas en la calle, como indica

Manuel Caballero, tuvo un preciso significado:

La lección 27-F no es la explosión ni la violencia, sino

la voluntad de participación. (...) Así como el pueblo

sacudido en violencias ha hecho reflexionar mucho en

estos treinta años a quienes tendrían ganas de volver

a un régimen autoritario, de igual manera el recuerdo

de la violencia de estos días puede hacer reflexionar a

quienes creían que todo iba a resolverse en un combate

teórico entre el estado omnipotente y la libre empresa

4. Gómez Calcaño, Luis. *Crisis y movimientos sociales en Venezuela*, pp. 37.

5. Rangel, José Vicente. “La oposición: el Presidente dijo una verdad a medias”. *El Nacional*. 5/3/1989, p. D-4.

salvadora. El 27-F recordó que hay un tercer hombre

en el ring. Y su papel no es precisamente el de árbitro.

(...) A lo plebeyo, a lo pobre, con gritos palos y piedras,

la sociedad civil mostró su presencia.6

**7.4. El fin del mito de la izquierda populista**

Se dice que el movimiento revolucionario de los sesenta terminó

convertido en una vanguardia sin masas. El de los ochenta, avanza

como una masa sin vanguardias.

Pues así como la explosión social rebasó todos los frenos de las

organizaciones del status, no encontró tampoco un movimiento radical

que pudiera encauzarlo hacia objetivos precisos. Entre infinidad

de testimonios, lo comprueba el del dirigente sindical y diputado Andrés

Velásquez:

Estoy convencido de que no hubo orientación de nadie

en particular. Es más, durante la protesta yo recorrí

las calles del centro, y noté que la gente estaba ávida de

guía y la deformación final del asunto se redujo a pillaje

y pillerías.

No se puede negar que grupos de activistas populares o

luchadores de determinadas organizaciones, en el momento

de la revuelta sacaron su papelito e intentaron

hacer creer que la promovieron. Ninguna organización

que se considere seria puede decir que se puso al frente

de estos acontecimientos.7

Ello era lamentablemente cierto. Durante décadas, toda una

izquierda fue internalizando progresivamente el discurso populista,

hasta no admitir otro camino que el remedo de los métodos, la retó-

6. Caballero, Manuel. “Un 23 de Enero social”. *El Nacional*. 10/3/1989, p. C-1.

7. Velásquez, Andrés, *El Nacional*, 11/3/1989, p. D-13.

**342 343**

rica y los objetivos del mismo. Fue aquella izquierda a la cual Moisés

Moleiro apostrofó indicando que hay que “impugnar la leyenda según

la cual es necesario *parecerse* a los adecos para atrapar así una esencia

o extracto del modo de ser venezolano y tener expedito el triunfo”.8

O la que, según dicen Acosta y Gorodeckas, pensó “como alternativa

un nuevo populismo”.9 Ningún papel le correspondió en las nuevas

confrontaciones: cayó en el limbo político.

**7.5. Fin del mito de la colaboración de clases**

Con la presencia visible de las masas activas en el campo político,

rodó por tierra la doctrina de la colaboración de clases sostenida

desde el primer hasta el último documento populistas: el ilusorio

dogma de que no hay contradicciones entre las clases sociales, y de

que el gobierno puede por sí solo “crear un vínculo orgánico entre la

economía pública, la economía privada y la sociedad civil”.10

Tal engañifa pudo ser mantenida mientras la disposición de una

inagotable fuente de ingresos dio oportunidad para un saqueo también

ilimitado, y para aplacar las más graves tensiones sociales mediante

dádivas. Al disminuir el excedente, se arrojó todo el peso de

los sacrificios sobre las clases trabajadoras. La ira popular es el único

límite que reconoce el sistema. A partir de allí, se pierden los buenos

modales y comienzan a revelarse las inevitables tensiones entre los

sectores en pugna.

Para comenzar, el gobierno se *desolidarizó* públicamente de la

oligarquía nacional a la cual transfirió durante décadas la riqueza pública,

y cuyos intereses defendió masacrando al pueblo en las calles.

Así, el presidente Carlos Andrés Pérez declaró que el estallido popular

“fue una acción de los pobres contra los ricos, contra las riquezas,

y no contra el gobierno”.

8. Moleiro, Moisés. *El partido del pueblo*, p. 12.

9. Acosta, Nelson, *et al. La adequidad*, p. 142.

10. Pérez, Carlos Andrés. *Acción de gobierno para una Venezuela moderna.*

Este sutil lavatorio de manos fue coreado por los más diversos

personeros de la clase política. Al día siguiente, el congresista Canache

Mata localizó asimismo el origen de la perturbación exclusivamente

en la clase gerencial:

Mientras la inflación ha erosionado la capacidad adquisitiva

de los trabajadores y de la clase media, el

sólo sector bancario obtuvo, en términos globales,

en 1988, una ganancia de 8.200 millones de bolívares,

de los cuales 6.200 corresponden a la banca y los

otros 2.000 millones a las sociedades financieras y la

Banca Hipotecaria.11

La tecnocracia planificadora asumió asimismo esta orientación:

Miguel Rodríguez, ministro de Cordiplán, dijo ante la Cámara de

Diputados: “La insurrección popular ocurrida la semana pasada fue

consecuencia de la caída brutal registrada por el ingreso real desde

1979, mas no una derivación del programa de ajustes que viene aplicando

el Presidente”.12

Gonzalo Barrios, ideólogo y presidente de Acción Democrática,

sostuvo ante el senado que el pueblo había protestado ante los “nuevos

ricos”, que mostraban sus riquezas de una manera “indiscreta”:

Hemos presenciado en Caracas, según las crónicas

sociales, unos verdaderos pugilatos de uso y empleo

de caviar, de champañas y otras mercancías muy costosas;

y por supuesto que esa operación en presencia

(y teniendo como telón de fondo la gran pobreza de

las clases populares en el país y la pobreza crítica que

golpea buenos sectores de nuestra población), es, por

lo menos, una causa visible, aparente, justa de resentimiento

de parte de los que tienen poco.13

11. Mata, Canache. “Las medidas económicas fueron el pretexto del estallido social”. *El Nacional*.

5/3/1989, p. D-5.

12. Rodríguez, Miguel. *El Nacional*, 7/3/1989, p. D-14.

13. Barrios, Gonzalo. *El Nacional*, 8/3/1989, p. A-1.

**344 345**

El ministro de la Defensa, general Italo del Valle Alliegro, hizo un

alto en la conducción del poder de fuego del ejército contra compatriotas,

para llamar a los empresarios a la moderación en las ganancias:

Todos los sectores deben entender que el poder adquisitivo

del salario se ha desmejorado. Y los sectores de la

producción, especialmente el capital, deben entender

que la situación del país y de la economía mundial en

general, impelen a una moderación en los márgenes de

ganancias y que para mantenerlos, en una lógica y sana

aspiración de su incremento, tenemos forzosamente

que aumentar la productividad y la producción pero

en un sentido sano y equilibrado.14

Estos reproches eran válidos, pero intentaban escamotear la

responsabilidad de la clase política, perenne cómplice de la clase

dominante. Porque, si era una simple lucha de pobres contra ricos,

¿a quién defendía la fuerza pública? ¿A quién había subsidiado el

gobierno durante un tercio de siglo con la política de sustitución

de importaciones, los préstamos condonados, la evasión tributaria

tolerada, la franquicia para la exportación de divisas y los regímenes

de cambio preferencial? ¿Y cómo podía criticar las alzas de los precios

que él mismo había “liberado”?

La respuesta de los organismos patronales no se hizo esperar. En

la semana anterior a la insurrección, y después de administrar alzas de

precios que trajeron casi un 80 % de inflación en dos años, la oferta de

aumento de salarios regateada por Fedecámaras ante la CTV no pasaba

de un magro 6 %. El lunes 27 de febrero, según publicó *el Nacional* al

día siguiente, “un grupo de motorizados enardecidos rodeó el edificio

y amenazó con quemarlo, armados con botellas de kerosene”. Quizá

motivada por tan enérgico estímulo, Fedecamáras convino con la CTV

un aumento de 2.000 bolívares sobre el salario mínimo de cada trabaja-

14. Brando, Jesús Eduardo. “Alliegro: se impone moderación en las ganancias empresariales”. *El Nacional*,

5/3/1989, p. D- 1.

dor, que fue hecho público mediante el Decreto No. 54, vigente a partir

del primero de marzo. Una semana más tarde, el organismo patronal se

desvinculó públicamente del gobierno que defendía a tiros al empresariado,

señalando en forma clara al pueblo —motorizados incluidos—

quien debía ser el apropiado objeto de la “sanción social”:

Han sido los gobiernos quienes han tenido el poder y los

recursos, pero no han sabido hacerlo satisfactoriamente,

según indican los niveles de pobreza existente.Cuando

esta verdad sea entendida por los venezolanos, las reacciones

no se dirigirán contra los que no han tenido responsabilidad

en la malversación y mala utilización de los

recursos públicos, sino que se pedirá cuenta a quienes

pudieron administrar mejor nuestras riquezas y no lo hicieron.

Afortunadamente, existen en Venezuela personas

que han dedicado su talento, su creatividad, su capacidad

de organización, su audacia y su visión, para generar riquezas,

empleos, bienes y servicios para la sociedad. Han

corrido riesgos y han tenido confianza en el país. Ellos

merecen el estímulo y el reconocimiento nacional.

Sin embargo, existen otros que se han enriquecido a través

de procedimientos o actividades ilícitas, y en consecuencia

condenables, amparados en el encubrimiento

cómplice o en la falta de una justicia que haga honor a

su nombre. Estos deben ser objeto de sanción y aislamiento

social, que por otra parte, no se produce.15

Los empresarios no estaban dispuestos a hundirse con el barco

del populismo. El Presidente contestó a esta carta —que el Jefe de la

fracción parlamentaria acciondemocratista consideró irrespetuosa—

afirmando que “por culpa de todos, se está generando un descreimiento

progresivo en la capacidad de los regímenes democráticos para enfrentar

las situaciones de pobreza crítica y la injusticia social”.16

15. Comunicado de Fedecámaras publicado en *El Nacional*, 8/3/1989, p. D-12.

16. Pérez, Carlos Andrés. *El Nacional*, 9/3/1989, p. D-1.

**346 347**

El asombroso espectáculo de un presidente populista y un dirigente

empresarial azuzando las masas el uno contra el otro se debía a que

Fedecámaras, al igual que el Gobierno, no había aprendido ni olvidado

nada. Quería continuar con precios liberados y salarios congelados,

como si no hubiera protesta social; quería continuar con sus mercados

cautivos gracias a la protección arancelaria, y con sus importaciones

subsidiadas con regímenes de cambio preferencial, como si no existiera

Fondo Monetario Internacional. Y el gobierno no ejercía control, ni

sobre éste último ni sobre el pueblo. Quizá tenía razón el presidente

al recriminar que “entre los sectores económicos aquí, sucede lo que

es una realidad mundial: aunque aceptan la realidad, no quieren verse

sometidos a los sacrificios que hoy están obligados a hacer”.17

La riña entre cómplices concluyó con el presidente de Fedecámaras

leyendo por la televisión un comunicado con el que reprochaba

con acritud al gobierno el fracaso en sus funciones de gendarme:

“Hacemos un llamado muy especial a las organizaciones políticas para

que ejerzan su liderazgo de conducción social, el cual, evidentemente,

estuvo ausente en el desarrollo de los acontecimientos”.18

¿Divorcio definitivo? Como parte interesada, el líder socialcristiano,

Rafael Caldera, recordó los buenos tiempos pasados: “No ha habido

presidentes o altos directivos de Fedecámaras que no hayan participado

en una responsabilidad en estos treinta años”.19 Mientras que

el presidente de Acción Democrática, Gonzalo Barrios, volvió a izar el

estandarte de la colaboración entre patronos y políticos, restando importancia

al incidente: “Me resulta una actitud natural en este juego de

intereses que hay actualmente, pero tampoco creo que con ello se esté

rompiendo la unidad nacional”.20

Pues la unidad nacional populista ha sido, y debe ser, la de empresario

y gobierno. Esta incómoda solidaridad de cómplices, o “juego

de intereses” durará mientras rinda mutuos beneficios. El proble-

17. Sánchez, Alba. “CAP a Fonseca Viso: desafiar la pobreza es peligroso”. *El Nacional*. 9/3/1989, p. D-1.

18. Publicado en *El Nacional*, 9/3/1989, p. D-12.

19. Caldera, Rafael. *El Nacional*, 11/3/1989, p. D-1.

20. Barrios, Gonzalo. *El Nacional*, 10/3/1989, p. D-1.

ma es, justamente, que éstos han ido disminuyendo. Ninguna retórica

encubre desde ahora que trabajadores, gobierno, capital nacional

y banca internacional son sectores antagónicos entre sí, y cada uno

de ellos está consciente del hecho.

**7.6. Fin del mito de la vitrina de exhibición**

Venezuela fue presentada durante décadas como un país modelo

del Tercer Mundo. En efecto, se lo mostraba como ejemplo

de que, dentro del subdesarrollo y de la dependencia, era posible

mantener al mismo tiempo democracia formal, colaboración de

clases, apertura al capital extranjero y pago de la deuda. Que este

precario equilibrio se debía a la predación de un Estado y de una

burguesía rentistas sobre una riqueza mineral, y a crecientes grados

de represión, era menos enfatizado. Así, podía decir Robert

Glass, de la Associated Press: “Venezuela, el octavo productor

mundial de petróleo, fue por mucho tiempo considerado como

un oasis de prosperidad y estabilidad en una región de pobreza e

intranquilidad política”.21

Durante la crisis, las dirigencias rebasadas se condolieron, más

que por las realidades destruidas, por las apariencias desvirtuadas. En

las primeras declaraciones a la televisión, el presidente Pérez lamentó

ante todo la impresión que causarían las noticias de la conmoción a

los ilustres visitantes que habían concurrido a la transmisión del mando.

Rafael Caldera, en su intervención del primero de marzo ante el

Senado, asimismo, destacó que

Venezuela ha sido una especie de país piloto. En este

momento es lo que los norteamericanos llaman *“showwindow”*,

“el escaparate de la democracia en América

Latina”. Ese escaparate lo rompieron a puñetazos, a

21. Glass, Robert. *El Nacional*, “La gravedad en la crisis”. 5/3/1989, p. A-6.

**348 349**

patadas y a palos, los hambrientos de los barrios de Caracas

a quienes se quiere someter a los moldes férreos

que impone el Fondo Monetario Internacional, directa

o indirectamente.22

Como toda vitrina, ésta estaba aderezada para ser vista desde el

exterior. Bien lo revela el presidente de Fedecámaras cuando deplora,

en su carta al Presidente de la República, la interpretación conforme

a la cual la protesta “se debió a una acción contra la riqueza, contra

los ricos”: “¿Qué respuesta le podremos dar entonces a los potenciales

inversionistas extranjeros o nacionales que nos pregunten sobre el

destino futuro de Venezuela y el de sus propiedades en el país?”.23

Durante la crisis, los medios de comunicación insistieron en

las nocivas consecuencias de la pérdida de “imagen”: “Afectados hoteles

y aerolíneas por suspensión de las garantías”; “las pérdidas son

cuantiosas, tanto para los hoteles como para las operadoras de turismo,

así como para las líneas aéreas, ratificaron algunos voceros del

aeropuerto”.24 Mientras que el servicio exterior desmentía informes

y rumores que empañaban la costosa imagen de “buen pagador” del

país: “Canciller Tejera París niega moratoria en pago de la deuda”.25

¿A qué esta obsesión por las apariencias? El buen parecer es el

único patrimonio que le queda a un sablista. A partir de los enormes

endeudamientos contraídos por los gobiernos de Carlos Andrés Pérez

y Luis Herrera Campíns,26 las finanzas venezolanas entraron en un

círculo vicioso en el cual el único medio de conseguir recursos para

pagar la deuda originaria de 36.000 millones de dólares y sus intereses,

consiste en contraer más deuda, en condiciones más gravosas.

Así, Jaime Lusinchi contrató el mejor “refinanciamiento del mundo”;

erogó cerca del 60 % de la renta petrolera y agotó las reservas financieras

cancelando los vencimientos. Al no obtener por ello nuevos prés-

22. Caldera, Rafael. *El Nacional*, 7/3/1989, D- 15.

23. Ver nota 187.

24. *El Nacional*, 6/3/1989, p. D-4.

25. *Ibídem*.

26. Comision de estudio y reforma fiscal. *La reforma del Sistema Fiscal Venezolano, crédito público*. pp. 48-55.

tamos de la banca internacional, alegó “haber sido engañado”. En frase

célebre de su adversario Luis Herrera Campíns, se había comportado

ante la banca como un “niño modosito”, sin premio alguno por sus

buenos modales.

Este comportamiento empujó al sucesor a una situación aun

más incómoda. Conforme indica Alfredo Peña,

Carlos Andrés Pérez ha denunciado reiteradamente,

de manera indirecta, la culpa que tiene el gobierno anterior

por haber acabado con las reservas internacionales

y haber pagado la banca, sin compensación alguna,

26.000 millones de dólares. (...) La denuncia de la realidad

compromete al CEN y al actual Jefe del Estado,

que aprobaron ‘el mejor refinanciamiento del mundo’

y otros desatinos económicos de Lusinchi.27

En la responsabilidad por la coautoría de tales “desatinos” influyeron

los estilos populistas de manejo de la cosa pública. Conforme

denuncia públicamente José Vicente Rangel:

Y así como la corrupción influyó en el proceso de endeudamiento

del país, también marcó su huella en el

refinanciamiento. El favor que le hicieron Lusinchi y

sus asesores a la banca internacional, legitimando una

deuda ilegal, no es producto de engaño alguno sino de

un consciente acto de gobierno. ¿Cuántos se enriquecieron

a la sombra del refinanciamiento? Las versiones

que circulan son impresionantes. Acerca de cheques,

cuentas cifradas en bancos del exterior, de fortunas hechas

de la noche a la mañana.28

27. Peña, Alfredo. “Conversaciones”, *El Nacional*. 11/3/1989, p. D-2.

28. Rangel, José Vicente. “Sobre Engaños”. *Diario de Caracas*. 5/3/1989, p. 2.

**350 351**

Cerradas las puertas de la banca extranjera, Pérez recurrió al

Fondo Monetario Internacional, del cual había declarado antes: “he

sido y soy adversario”. Ante este “adversario” implacable debió reconocer

que

tiene usted razón cuando afirma que las medidas que

originaron la violencia no fueron dictadas por el Fondo,

porque el FMI no puede *dictar medidas a un país*

*soberano*. También la tiene cuando dice que “en el Fondo

Monetario Internacional hemos tratado de ayudar

a las autoridades venezolanas con asesoramiento para

diseñar un programa económico”.29

La confesión era impresionante. Era por ello que su programa

*Acción de gobierno para una Venezuela moderna,* y el texto de la *Carta*

*de Intención*, traducían fielmente el llamado “Recetario del Fondo”:

Eliminación de subsidios y gasto social; liberación de precios e intereses;

liberación de trabas para la inversión extranjera. La bella cara de la

vitrina al exterior, requería una cara amarga hacia el interior. (V.4.9).

Ningún sentido tenía entonces que el Presidente sostuviera un

intercambio retórico lleno de reproches con Camdessus, dirigente del

Fondo Monetario Internacional, intentando desplazar la responsabilidad

de los sucesos hacia quien le había dado “asesoramiento para diseñar un

programa económico”. El discurso de Teodoro Petkoff ante el Congreso,

de fecha seis de marzo de 1989 evalúa acertadamente la maniobra:

Carlos Andrés Pérez dirige la carta de estos días al presidente

del Fondo Monetario Internacional, en la cual

señala sólo la parte de la responsabilidad del Fondo,

pero deja en el tintero su responsabilidad y la de su gobierno

y el diseño y la aplicación del plan de medidas

económicas.30

29. *Diario de Caracas*, “CAP envió carta al presidente del FMI”. 5/3/1989, p. 2.

30. Publicado en *El Nacional*, 12/3/1989, p. D-23.

Y así es, en efecto. Mientras la clase política se *desolidariza* retóricamente

del Fondo, firma la *Carta de Intención* que se acomoda a las

políticas de éste y gobierna de acuerdo con ellas.

La prensa anuncia la disposición de nuevos préstamos externos:

“Estados Unidos puede dar crédito a Venezuela de 450 millones de

dólares”.31 España y otros países ofrecen más financiamientos. Nuevos

eslabones en la misma cadena.

**7.7. Fin del mito de la flexibilidad del sistema**

Durante la crisis los medios de comunicación estuvieron llenos

de llamados a la reflexión. “Convocamos a todos los venezolanos a la

reflexión”, dijo el ministro de Relaciones Interiores en discurso televisado

la noche del primer día de revueltas. Por el mismo medio, el

presidente de Fedecámaras pedía *cordura*. El ministro de Fomento,

visiblemente angustiado, pedía *serenidad*. Rafael Caldera solicitó “encender

la luz de la razón”.

Como de costumbre, el sistema pedía al pueblo lo que él no estaba

dispuesto a hacer. Tras tanto golpe de pecho y rasgar de vestiduras,

tras la ingente pérdida de vidas y de bienes, el gobierno no echó atrás

una sola de las medidas anunciadas. Fuera de un aumento salarial del

30 % para los empleados públicos, del insignificante aumento de Bs.

2.000 que la presión popular arrancó a Fedecámaras y del anuncio

de una “cesta básica” de productos de primera necesidad (cuyos precios,

de acuerdo con la *Carta de Intención*, sufrirían alzas periódicas),

el gobierno, que se había comportado como si la explosión social no

hubiera de producirse nunca, seguía actuando como si ésta no hubiera

tenido lugar.

En un sistema, existen tres posibilidades de desarrollo: *evolución*,

cuando el sistema capta las señales de peligro, modifica su conducta y

su estructura de acuerdo a ella y sobrevive; *revolución*, cuando falsifica

31. *El Nacional* (Agencia EFE), 6/3/1989, p. D-2.

**352 353**

estas señales, se niega a modificar comportamiento o estructuras hasta

que las señales se hacen muy perentorias, y sólo puede reaccionar

positivamente tras una grave confrontación destructiva; y *decadencia*,

cuando la habilidad para ignorar o falsificar toda señal de peligro

sume al sistema en la parálisis y lo pone a merced de cualquier violenta

modificación de las condiciones previas. El populismo venezolano,

definitivamente, ha dejado atrás toda posibilidad de evolución.

Pues, ante el desbordamiento popular, no ha hecho otra cosa

que comprobar el sucesivo desgaste de sus tres clásicos recursos de

poder: *retórica, redistribución, represión*.

El desgaste de la *retórica* queda patente en el contrito llamado

de Rafael Caldera para que las masas acudan a los partidos políticos

como instrumento de participación:

Es necesario para esto que el pueblo, invitado a militar

en sus organizaciones políticas para expresar sus inquietudes,

sus dolores, sus anhelos, sus sufrimientos,

sus necesidades, tenga también la idea de que las autoridades

no son indiferentes ante sus reclamos, y que

sus planteamientos se atienden y se oyen; y temo mucho

que actitudes dogmáticas, fáciles de adoptar en la

teoría pero difíciles de llevar a cabo en la realidad, mellen

en el pueblo para que deje la violencia y se encauce

hacia la resistencia, hacia la presencia cívica. No podría

realizarse esto si no existiera en ello la sensación cabal

de que su actitud, su posición tiene oído, tiene acogida,

tiene eco dentro de la conducta de las autoridades.32

Pero las masas sólo encontraron una hueca promesa de *redistribución*,

y una muralla de fuego cerrado. Por la televisión se anunciaba la

llegada de “productos alimenticios” al aeropuerto de La Carlota, mientras

las pantallas sólo mostraban pelotones de soldados saliendo de los

aviones con equipos de guerra. También presentaron como “distribu-

32. Discurso ante el Senado del 1/3/1989, publicado en *El Nacional*, 7/3/1989, p. D-13.

ción” de bienes la filmación de largas colas de consumidores famélicos

que acudían a comprar alimentos a los nuevos precios liberados bajo

estrecha vigilancia militar. El momento más afligente de esta farsa fue el

anuncio de la elaboración de un “pan concertado” que se hornearía en

el Zulia, “más barato que cualquier otro”.33

Sin embargo, la eucaristía populista ya sólo repartía hostias de

represión. Mientras el Gobierno suspendía las garantías, la liberación

de precios quedó en vigor por decreto vigente desde el 10 de marzo.

Mientras se combatía en las calles, comenzó una oleada de 10 mil

despidos que suscitó protestas de la Federación de Trabajadores del

Estado Bolívar. Gonzalo Barrios, presidente de Acción Democrática,

se opuso a medidas gubernamentales en pro de la estabilidad laboral

porque “si una empresa va a quebrar porque la obligan a tener más

empleados de los que debe tener, ello redundará en perjuicio de quienes

se quiere proteger”.34 Pero, ¿a quiénes quería proteger el Gobierno?

¿A los trabajadores, o a los patronos?

El pueblo se debatía en las calles sin otro interlocutor que la policía,

y luego, ante la insuficiencia de ésta, el ejército.

Al décimo día de suspensión de garantías, la mayoría accióndemocratista

y copeyana del Congreso aprobó la prórroga indefinida de

la misma. Tras haberse injuriado durante décadas, apenas tardaron

instantes en ponerse de acuerdo para reprimir al pueblo y despojarlo

de sus derechos constitucionales.

Vale la pena recapacitar sobre el orden de cosas del cual se hacían

con ello corresponsables los dos grandes partidos populistas

del sistema.

Toda confrontación violenta es brutal. La represión populista

contra civiles, en su casi totalidad desarmados, sobrepasó la ferocidad

de las contiendas internacionales. Ante todo, utilizó cortinas de

fuego contra áreas pobladas por no combatientes. Como denunció

Teodoro Petkoff:

33. *El Nacional*, 7/3/1989, p. A-1.

34. Barrios, Gonzalo. *El Nacional*, 13/3/1989, p. D- 1.

**354 355**

En ningún manual de estrategia militar se establece

que la reducción de francotiradores debe hacerse disparando

indiscriminada y masivamente durante horas

y horas, contra superbloques y barriadas populares.

“Peinar” se llama, en la jerga militar, el acto de barrer

a tiros de arriba a abajo y de lado a lado, las fachadas

de los bloques y las laderas de los cerros. “Peinado” fue

como cayó el 90 % de los muertos y heridos.35

Esta operación de exterminio produjo inevitables tragedias a lo

largo y ancho del país: “Sin darles tiempo para comprender lo que

pasaba, veinte personas murieron en Nueva Tacagua bajo las armas de

quienes debían sofocar un motín que nunca existió”.36

Ni la represión gomecista, ni la perezjimenista, recurrieron jamás a

estas tácticas. Tras ellas, vinieron las detenciones en masa y las torturas:

En un mensaje al presidente Pérez, el grupo defensor

de los derechos humanos dijo que la violencia de los

disturbios no era excusa para muertes de civiles o tormentos

físicos de presos. Amnistía Internacional dice

que ha habido informes sobre personas baleadas en sus

casas durante las requisas policiales, y que crecen los

temores por la seguridad de personas de las que no ha

tenido noticias desde que fueron detenidas.

A pesar de la suspensión de garantías, la evidencia de las torturas

llegó a las comisiones del Poder Legislativo: “Así como Suárez,

desfilaron otros torturados por el Congreso con su carga de horror

y miedo a cuestas”.37 La detención de inocentes llegó al extremo más

absurdo con la de la plana mayor de los jesuítas, entre ellos Luis Ugalde,

vicerrector académico de la Universidad Católica Andrés Bello,

Javier Duplas, director de la Facultad de Humanidades de la misma,

35. Peña, Alfredo. “Conversaciones”. *El Nacional*, 11/3/1989, p. D-2.

36. Araujo, Elizabeth. “Me lo mataron hija, ahí… y era el sostén de la casa”, *El Nacional*, 11/3/1989, p. D-14.

37. *El Nacional*, “Venezuela debe investigar Violaciones”, 11/3/1989, p. D-1.

y Jean Pier Wyssebach, profesor de ella.38 El testimonio digno de

toda fe de los detenidos documentó que a los restantes atropellos se

había añadido el del pillaje por parte de los cuerpos de seguridad: al

allanar viviendas, decomisaban lo que les venía en gana en nombre

de una hipotética “recuperación” de bienes saqueados. “Me consta

que es cierto”, ratificó el ex candidato adeco Piñerúa Ordaz en programa

televisado el 12 de marzo por el oficialista Canal 5.

Sobre la condición de los detenidos en la Dirección de Inteligencia

Militar, declaró Naty Vásquez que “los presos allí han recibido torturas

con electricidad y también torturas sicológicas hasta el punto que

muchos han intentado suicidarse”. Nelson Rodríguez coincidió en que

“sí se ha torturado en la DIM”. Aristóbulo Isturiz, diputado de la Causa

R, “pudo comprobar en compañía de una subcomisión de la Cámara

de Diputados que allí sí se mantuvo incomunicados, e irrespetó la integridad

física de los detenidos mediante maltratos físicos y presiones

sicológicas”.39 Fundándose en testimonios directos como los antes citados,

denunció José Vicente Rangel:

Sí hay torturas. Yo lo afirmo categóricamente. Tengo

la convicción de que ha habido torturas. Tengo la convicción

de que se ha asesinado a gente que no estaba

involucrada en los saqueos y actos de pillaje. Tengo la

convicción, en base a informaciones veraces (y yo manejo

información desde hace muchos años sobre este

material), de que ha habido infinidad de allanamientos

arbitrarios; y tengo también información de que ha

habido mucho ajuste de cuentas aprovechando el clima

y la suspensión de garantías, a nivel de barrios, por

ejemplo, en relación con agentes del orden público con

problemas personales o políticos con ciudadanos, que

aprovecharon la circunstancia para pasarle recibos.40

38. *Últimas Noticias*, “Detenida Plana Mayor de los Jesuítas”. 6/3/1989, p. 14.

39. *El Nacional*, 12/3/1989, p. D-23.

40. Rangel, José Vicente. *El Nacional*, 14/3/1989, p. D-10.

**356 357**

El populismo se ha legitimado siempre por una alegada diferencia

en métodos con los “gendarmes necesarios”. El valor instrumental

más reiterado en su discurso es el de *Ley*. (V. 5.2). Carlos Blanco reseña

su sustitución por un antivalor intranquilizante:

Se instaló el miedo. Ha comenzado un tiempo de miedo

que puede perdurar por mucho rato, hasta que en el

país se modifiquen las condiciones estructurales que

produjeron estos hechos. Después de dos días de violentísima

e ilegal redistribución del ingreso, entramos

en una súbita postguerra.41

Esta voluntaria abdicación de los partidos políticos en favor de la

*represión*, tiene un significado preciso, que apuntó Manuel Caballero:

Como en 1936, como en 1945, como en 1958, dos

actores se hicieron presentes en el escenario: la calle y

el ejército. Apenas el año pasado, nos era posible proponer

la caracterización del actual venezolano como

un sistema político producto de un equilibrio entre el

ejército y la calle. Esta última a través, representada,

por la mediación de los partidos políticos. En los sucesos

del 27-F, esa mediación estaba ausente: de nuevo

fueron dueños de la escena el pueblo (llámesele como

se quiera: la calle, la anarquía, la democracia) y el ejército.

Para los partidos políticos, como para quienes se

la pasan echando pestes contra su existencia, éste debería

ser un motivo de honda reflexión. Aquél equilibrio

institucional ha asegurado treinta años de estabilidad

democrática. La alternativa es un país instalado por los

siglos de los siglos en 27-F.42

41. Blanco, Carlos. “La Pesadilla”. *El Nacional*. 5/3/1987, p. A-6.

42. Caballero, Manuel. “Un 23 de Enero social”. *El Nacional*. 10/3/1989, p. C-1.

Por nuestra parte, hemos indicado que el gendarme necesario, y

su sucesor, el demócrata necesario, se han presentado como los diques

de contención que frenan la explosión social, en defensa de las clases

dominantes. Si la falta de audiencia para su *retórica* y el agotamiento

de las dádivas para la *redistribución* lo obligan a abdicar sus funciones

de manera cada vez más decisiva en la *represión*, el papel del populismo

habrá concluido.

El diagnóstico ha sido hecho, con lenguaje inequívoco, por el

presidente de Fedecámaras, el máximo organismo empresarial:

Es sumamente grave para un país que se llegue a la

conclusión de que existe una minoría de la sociedad

incontrolable, y por lo tanto, que puede actuar al margen

de la ley para destruir bienes y propiedades, lo cual

demuestra que el Gobierno puede ser desbordado, no

estando en condiciones de asegurar el derecho a la

vida y a la propiedad. “A confesión de parte relevo de

pruebas”, dice la antigua máxima jurídica.43

Devenido inútil el demócrata necesario desbordado, las clases

dominantes llaman de nuevo al gendarme necesario, que con cortinas

de fuego y sin embarazo de garantías constitucionales defiende para

unos pocos el derecho “a la vida y a la propiedad”. Y el populismo no

podrá convocar en su auxilio a las mismas masas a las cuales reprimió

y sacrificó en aras de la banca internacional.

Con las mismas medidas con que midieron, serán medidos.

Caracas, 1989.

43. Ver nota 190.

**359**

**Fuentes bibliográficas**

Acción Democrática. *Un pacto para la democracia social*. Caracas: Sin pie de imprenta,

1983.

— *El camino para salir de la crisis: Lusinchi presidente*. Caracas: Sin pie de imprenta,

1983.

Acosta, Nelson y Heinrich Gorodeckas. *La adequidad, análisis de una gramática política*.

Caracas: Centauro, 1985.

Aguirre, Jesús María y Marcelino Bisbal. *La ideología como mensaje y masaje*. Caracas:

Monte Ávila, 1981.

Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Caracas: Movimiento,

1973.

Ansart, Pierre. *Les Ideologies Politiques*. Vendôme: Presses Universitaries de France,

1974.

Arcaya, Pedro Manuel. *Estudios de sociología venezolana*. Caracas: Editorial Cecilio

Acosta, 1941.

Arellano Moreno, Antonio. *Compendio de historia de Venezuela*. Caracas: Síntesis

2000, 1975.

Armas Chitty, José Antonio de. *El Mocho Hernández, Papeles de su archivo*. Caracas:

Facultad de Humanidades y Educación, UCV, 1978.

Baechler, Jean. *Qu’est-ce que l’ideologie?* París: Gailimard, 1976.

Baloyra, Enrique. *Venezuela, the Democratic Experience*. Nueva York: Praeger, 1977.

— y J. D. Martz. *Electoral Mobilization and Public Opinion*. Carolina del Norte:

The University of North Carolina Press, 1976.

Barthes, Roland. *Elementos de semiología*. Madrid: Alberto Corazón, 1971.

— *Mitologías*. México: Siglo XXI, 1980.

**360 361**

Bearn, Georges. *La décade peronista*. París: Gallimard-Juillard, 1975.

Bernstein, Basil. *Langage et classes sociales*. París: Editions de Minuit, 1975.

Betancourt, Rómulo. *América Latina, democracia e integración*. Barcelona: Seix Barral,

1969.

— *El 18 de octubre de 1945*. Barcelona: Seix Barral, 1979.

— *Acción Democrática, un partido para hacer historia*. Caracas: Secretaría General

de Acción Democrática, 1976.

— *La revolución democrática en Venezuela*. Caracas: Imprenta Nacional,

1968.

— *Tres años de gobierno democrático*. *1959-1962*. Caracas: Imprenta Nacional,

1962.

— “Plan de Barranquilla”. *El Libro Rojo* (edición facsimilar limitada y a partir

de la original de 1936). Caracas, 1972.

— *Venezuela, política y petróleo*. Bogotá: Senderos, 1969.

Blank, David Eugene. *Politics in Venezuela*. Toronto: Little, Brown & Company, 1973.

Bonilla, Frank. *El fracaso de las élites*. Caracas: Cendes, 1972.

Bourdieu, Pierre. *La Distinction, critique sociale du jugement*. París: Minuit*,*1979.

Brewer Carias, Allan. *Venezuela Moderna*. Caracas: Ariel, 1979.

Brito Figueroa, Federico. *Tiempo de Ezequiel Zamora*. Caracas: Centauro, 1975.

— *Historia económica y social de Venezuela*. Tomos I y II. Caracas: UCV,

1966.

Bruni Celli, Marco Tulio (compilador). *Acción Democrática y los primeros programas*

*políticos*. Caracas: Centauro, 1980.

Bruni Celli, Blas, Juan Sucre Figarella y Ramón Velasquez. *Betancourt en la historia de*

*Venezuela del siglo XX*. Caracas: Centauro, 1980.

Caballero, Manuel. *El 18 de octubre de 1945*. Caracas: Ediciones Diario de Caracas, 1979.

Carreño, Eduardo. *Vida anecdótica de venezolanos*. Caracas: Biblioteca Popular Venezolana,

1952.

Carpio Castillo, Rubén. *Acción Democrática, bosquejo histórico de un partido*. Caracas:

Centauro, 1983.

Carrera Damas, Germán. *Boves: Aspectos socioeconómicos de la Guerra de Independencia*.

Caracas: EBUC, 1972.

Cartay Ramírez, Gehard. *Caldera y Betancourt, constructores de la democracia*. Caracas:

Centauro, 1987.

Cassirer, Ernst. *El mito del Estado*. México: FCE, 1947.

Castellanos, Rafael Ramón. *Guzmán Blanco en la intimidad*. Caracas: Seleven, 1981.

Catalá, José Agustín (Compilador). *Documentos para la historia de Acción Democrática*.

Caracas: Centauro, 1981.

Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Labor, 1978.

Cordero Velásquez, Luis. *Gómez y las fuerzas vivas*. Caracas: Editorial Doneme, 1971.

Cortés, Santos Rodolfo. *Antología documental de Venezuela*. Caracas: Pregón, 1971.

Croes, Hemmy. *El movimiento obrero venezolano*. Caracas: Ediciones Movimiento

Obrero, 1973.

Chevalier, Jean, y Alain Gheerbrant. *Dictionnaire des symboles*. París: Seghers, 1973.

Chossudovski, Michel. *La miseria en Venezuela*. Caracas: Vadell, 1960.

Debert, Guita Grin. *Ideología e populismo*. Sao Paulo: Queiroz Editor, 1979.

Díaz Sánchez, Ramón. *Guzmán, elipse de una ambición de poder*. Caracas: Edime, 1969.

Dichter Ernst. *Las motivaciones del consumidor*. Buenos Aires: Sudamericana, 1970.

Domínguez, Freddy y Napoleón Franceschi. *Historia de Venezuela contemporánea*.

Caracas: Ediciones CO-BO, 1984.

Dorfles, Guillo. *Nuevos mitos, nuevos ritos*. Barcelona: Lumen, 1969.

Dorronsoro, Josune. *Torito Martínez, un espontáneo de la fotografía*. Caracas: Ediciones

del Diario de Caracas, 1979.

— *Crónica fotográfica de una época*, 67 Publicidad, Caracas, 1987.

Dumont, Ferdinand. *Les ideologies*. Vendome: Presses Universitaires de France, 1974.

Dunham, Lowell. *Rómulo Gallegos*. México: Ediciones de Andrea, 1957.

Duno, Pedro y Domingo Alberto Rangel. *La pipa rota: las elecciones de 1978*. Caracas:

Vadell, 1979.

Eco, Humberto. *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen, 1981.

— *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen, 1981.

Eisenstadt, S. N. *Modernización, movimientos de protesta y cambio social*. Buenos Aires:

Amorrortu, 1972.

Feo Calcaño, Guillermo. *Un hombre llamado Betancourt*. Caracas: Centauro, 1975.

Freilich de Segal, Alicia. *La venedemocracia*. Caracas: Monte Ávila, 1978.

Freud, Sigmund. *La interpretación de los sueños*. Tomo I de las obras completas. Madrid:

Biblioteca Nueva, 1948.

Fundación Venezolana para el Desarrollo de Actividades Socioeconómicas. *Informe*

*sobre el perfil motivacional observado en Venezuela*. Caracas: Mimeo, 1977.

Gallegos, Rómulo. *Una posición en la vida*. México: Humanismo, 1954.

García Pelayo, Manuel. *Los mitos políticos*. Madrid: Alianza, 1981.

**362 363**

Germani, Gino, Torcuato di Tella y Octavio Ianni. *Populismo y contradicciones de clase*

*en Latinoamérica*. México: Era, 1977.

Gil, Pío. *El Cabito.* Caracas: Élite, 1936.

— *Los felicitadores*. Caracas: Centauro, 1974.

Gil Fortoul, José. *Historia constitucional de Venezuela*. Caracas: Bohemia.

Goethe, Wolfgang von. *Fausto*. Obras completas, tomo III. Madrid: Aguilar, 1958.

Gómez, Alejandro. *Rómulo Betancourt y el Partido Comunista de Costa Rica*. *1931-*

*1935*. Caracas: Facultad de Humanidades y Educación, UCV, 1985.

Gómez Calcaño, Luis. *Crisis y movimientos sociales en Venezuela*. Caracas: Tropykos, 1987.

González, Asdrúbal. *Manuel Piar*. Caracas: Vadell, 1979.

Gourevitch, Jean Paul. *L´imaginerie politique*. París: Flammarion, 1980.

Greimas, Algirdas Julián. *Semántica estructural*. Madrid: Gredos, 1973.

— y Joseph Courtes. *Semiotique: Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*.

París: Hacchette, 1979.

Guthrie, Dale. *Body Hot Spots*. Nueva York: Van Nostrand, 1976.

Hartmann, Renée. *Rómulo y yo*. México: Grijalbo, 1984.

Hermano Nectario María. *Historia de Venezuela*. Caracas: Librería Escolar, 1949.

Herrera Luque, Francisco. *Bolívar de carne y hueso y otros ensayos*. Caracas: Ateneo

de Caracas, 1983.

Hollander, Edwin. *Principios y métodos de psicología social*. Buenos Aires: Amorrortu,

1978.

Ianni, Octavio. *El colapso del populismo en Brasil*. México: UNAM, 1974.

— *La formación del Estado populista en América Latina. México: Era, 1980.*

*— Populismo y contradicciones de clase en América Latina*. Madrid: Alianza

Editorial, 1977.

Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales. *La dependencia de Venezuela*. Volumen

III. Caracas: UCV, 1986.

Ionescu, Ghita y Ernest Gellner. *Populismo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1970.

Irigaray, Luce. *Parler n’est jamais neutre*. París: Minui, 1985.

Jung, Carl Gustav. *Símbolos de la transformación*. Barcelona: Paidós, 1982.

Karner, Hartmut, Volkmar Kohler y Norbert Schmidt Relemberg. *Los pobres de Venezuela*.

Caracas: El Cid, 1979.

Keyes, Wilson Bryan. *Media Sexploitation*. Nueva York: Signet, 1977.

— *Seducción subliminal*. México: Diana, 1980.

Levine, Daniel. *Conflict and Political Change in Venezuela*. New Jersey: Princeton

University Press, 1973.

*Ley de Partidos Políticos, Reuniones Públicas y Manifestaciones*. Gaceta Oficial N°

27.725, del 30/04/1965.

Liscano, Juan. *Rómulo Gallegos y su tiempo*. Caracas: Monte Ávila, 1980.

— y Carlos Gottberg. *Multimagen de Rómulo*. Caracas: Orbeca, 1978.

Machado de Acedo, Clemy; Plaza, Elena y Pacheco, Emilio. *Estado y grupos económicos*

*en Venezuela*. Caracas: Ateneo de Caracas, 1981.

McClelland, David. *La sociedad ambiciosa*. Madrid: Guadarrama, 1968.

Maingueneau, Dominique. *L ‘analyse du discours*. París: Hachette, 1976.

Malavé Mata, Héctor. *Los extravíos del poder*. Caracas: EBUCV, 1987.

Maquiavelo, Nicolás. *El Príncipe*. Barcelona: Salvat, 1945.

Márquez Cañizales, José. *Así somos los venezolanos*. Caracas: Gráficas León, 1985.

Marx, Karl y Federico Engels. *La ideología alemana*. Montevideo: Pueblos Unidos,

1959.

— *Manifiesto comunista*. Moscú: Academia de Ciencias de la URSS, 1978.

Mazzei, Milena. *Estado actual de los estudios de la población en Venezuela*. Caracas:

UCAB, 1987.

Moleiro, Moisés. *El partido del pueblo*. Valencia: Hermanos Vadell, 1975.

Moles, Abraham. *L ‘image, communication fonctionnelle*. París: Casterman, 1981.

— *Psicologie du Kitsch*. Paris: Maison Maime, 1971.

Montero, Maritza. *Ideología, alienación e identidad nacional*. Caracas: EBUCV, 1984.

Moragas Spa, Miguel de. *Teoría de la comunicación*. Barcelona: Gustavo Gili, 1984.

Morales Bello, David. “Acción Democrática, hoy, ayer y mañana” (Conferencia dictada

el 26/3/1976 en la Universidad del Zulia). Sin más datos.

Morris, Charles. *La significación y lo significativo*. Madrid: Alberto Corazón, 1974.

Morris, Desmond. *The Pocket Guide to Manwatching*. Londres: Triad-Granada, 1982.

Mounin, Georges. *Claves para la lingüística*. Barcelona: Anagrama, 1970.

Nazoa, Aquiles. *Los humoristas de Caracas*. Tomo II. Caracas: Monte Ávila, 1972.

Ovalles, Caupolicán. *Antología de la literatura marginal*. Caracas: Monte Ávila, 1977.

Padrón, Paciano. *1958 en la caricatura política*. Caracas: Ediciones del Congreso de

la República, 1983.

Paz, Octavio. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la Fe*. Barcelona: Barral, 1982.

Pasquali, Antonio. *Comunicación y cultura de masas*. Caracas: Monte Ávila, 1980.

Péninou, Georges. *Semiótica de la publicidad*. Barcelona: Gustavo Gili, 1978.

**364 365**

Peña, Alfredo. *Conversaciones con Carlos Andrés Pérez*. Caracas: Ateneo de Caracas,

1979.

Pérez, Carlos Andrés. AD es la imagen y destino del pueblo venezolano. (Discurso

ante la Asamblea de Fundadores y Veteranos de AD, 6/3/1985, Maracaibo.

Sin más datos.

— Ya ha llegado la hora, Discurso pronunciado ante el IESA, 19/1/1986. Sin

más datos.

— *Acción de gobierno para una Venezuela moderna*. Caracas: Sin pie de imprenta,

1988.

Pérez Huggins, Argenis. *Betancourt y Caldera, discurso e ideología*. Caracas:

UCV, 1982.

Perón, Juan Domingo. *El proyecto nacional*. Buenos Aires: El Cid, 1982.

Pocaterra, José Rafael. *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Dos tomos. Caracas:

Monte Ávila, 1979.

Picón Rivas, Ulises. *Índice constitucional de Venezuela*. Caracas: Élite, 1944.

Picón Salas, Mariano. *Comprensión de Venezuela*. Caracas: Biblioteca Popular Venezolana,

1949.

— *Los días de Cipriano Castro*. Caracas: Primer Festival del Libro Popular

Venezolano, (sin fecha).

Quintero, Rodolfo. *Antropología del petróleo*. México: Siglo XXI, 1972.

Rangel, Domingo Alberto. *Gómez, el amo del poder*. Valencia: Hermanos Vadell, 1975.

— *La oligarquía del dinero*. Caracas: Domingo Fuentes, 1971.

Rausseo, Nerio, *et al. Simposio sistemas electorales comparados*. Caracas: Consejo Supremo

Electoral, 1984.

Reboul, Olivier: *Langage et ideologie*. París: Presses Universitaries de France, 1980.

Reich, Wilhem. *La psicología de masas del fascismo*. México: Roca, 1973.

Reinoso, Víctor. *Leoni, una condición humana*. Caracas: Catalá, 1972.

Reszler, André. *Mitos políticos modernos*. México: FCE, 1984.

Robinson, Samuel. *Los últimos días de Rómulo Betancourt*. Caracas: Zeta, 1982.

Robinson, William Peter. *Lenguaje y conducta social*. México: Trillas, 1978.

Rojas, Juan Bautista. *Los adecos*. Tomos I y II. Valencia: Hermanos Vadell, 1973.

Rokeach, Milton. *The nature of human values*. San Francisco: Joey Bass Inc., 1973.

Romero, Aníbal. *Miseria del populismo*. Caracas: Centauro, 1986.

Rosa, Diógenes de la. *Un hombre llamado Betancourt*. Caracas: Centauro, 1975.

Rosenblat, Ángel. *Buenas y malas palabras*. Tomo IV. Madrid: Edime, 1974.

Salazar, José Miguel, *et al. Psicología social*. México: Trillas, 1984.

Salazar Martínez, Francisco. *Tiempo de compadres*. Caracas: Piñango, 1972.

Sanin, López. *López Contreras, de la tiranía a la libertad*. Caracas: Ateneo de Caracas,

1982.

— *Rómulo*. Valencia: Hermanos Vadell, 1984.

Saussure, Ferdinand de. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 1945.

Secretaría General de Propaganda de Accion Democrática. *Doctrina y programa.* Sin

pie de imprenta, 1962.

Segnini, Yolanda (ed.), *et al. Los hombres del Benemérito*. Dos tomos. Caracas: Instituto

de Estudios Hispanoamericanos y Fondo Editorial Acta Científica Venezolana,

1985-1986.

— *La consolidación del régimen de Juan Vicente Gómez*. Caracas: Academia

Nacional de la Historia, 1982.

— *Las luces del gomecismo*. Caracas: Alfadil, 1987.

Servicio Secreto de Investigación. *La verdad de las actividades comunistas en Venezuela*.

(*El Libro Rojo*). Edición facsimilar limitada y a partir de la original de 1936.

Caracas, sin pie de imprenta, 1972.

Silva Michelena, José Agustín y Heinz Rudolf Sonntag. *El Proceso Electoral de 1978*.

Caracas: Ateneo de Caracas, 1979.

Siso Martínez, José Manuel. *Historia de Venezuela*. Caracas: Yocoima, 1971.

— *Un hombre llamado Betancourt*. Caracas: Centauro, 1975.

Sosa, Arturo y Eloi Lengrand. *Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla*. Caracas:

Centauro, 1981.

Soto Tamayo, Carlos. *Democracia con garra*. Caracas: Editorial Texto, 1986.

Stambouli, Andrés. *Crisis política, Venezuela 1945-1958*. Caracas: Ateneo de Caracas,

1980.

Stavenhagen, Rodolfo. *El futuro de América Latina*. Buenos Aires: Nueva Visión,

1975.

Tacca, Oscar. *Las voces de la novela*. Madrid: Gredos, 1978.

Tejera París, Enrique. *Contribución a la tesis organizativa de Acción Democrática*. Caracas:

Fundación Nacional Gonzalo Barrios, 1982.

Tocqueville, Alexis de. *La democracia en América*. México: FCE, 1960.

Valle Inclán, Ramón del. *Tirano Banderas*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1945.

Vallenillla Lanz, Laureano. *Cesarismo democrático*. Caracas: Bohemia, 1985.

Varios. *El golpe contra el Presidente Gallegos*. Caracas: Centauro, 1982.

**366**

— *Vigencia y Proyecto de Rómulo: 50 años de vida política*. Caracas: Armitano,

1978.

Velásquez, Ramón J. *La caída del liberalismo amarillo*. Caracas: Ediciones de la Contraloría

de la República, 1972.

Weber, Max. *Economía y sociedad*. México: FCE, 1974.

Weffort, Francisco. *O populismo na política, paz e terra*. Río de

Janeiro, sin pie de imprenta, 1980.

**Fuentes hemerográficas**

Achábal, Juana. *Cuadernos de Educación*, “Lenguaje y cultura popular”. N° 47. Caracas:

Cooperativa Laboratorio Educativo, 1985.

Álvarez, Alfredo. *El Nacional*, “Eduardo Fernández en La Dolorita”. Caracas,

30/8/1988, p. D-2.

Álvarez, Coromoto. *Últimas Noticias*, “Betancourt, político, hombre y amigo”. Caracas,

1/3/1987.

Bisbal, Marcelino. *Comunicación*, “El *american way of life* en las elecciones venezolanas”.

N° 44. Caracas, enero de 1984.

Blanco, Carlos. *El Nacional*, “Pesadilla”. Caracas, 6/3/1989, p. A-6.

Britto García, Luis. *El Nacional*, “El retomo de los brujos”. Caracas, 15/11/1983, p. A-6.

Caballero, Manuel. *El Nacional*, “Un 23 de Enero social”. Caracas, 10/3/1989, p. C-1.

Cabrujas, José Ignacio. *Estado Reforma*, “El Estado del disimulo”. Nº 1. Caracas, enero

de 1988.

Caldera, Rosita. *El Nacional*, “La cesta familiar es inalcanzable”. Caracas, 24/8/1987,

p. D-15.

Cardozo, Elsa. *Argos*, “El populismo en América Latina: Marco para un estudio desde

la perspectiva internacional”. Caracas, 1980.

Crespo, Luis Alberto, *et al. Feriado*, “Yo merezco el cielo”. Caracas, 31/12/1986.

Delpino, Juan José. *El Nacional*, “Discurso ante el Congreso Nacional”. Caracas,

27/12/1986, p. D-1.

Delpretti, Eduardo. *El Nacional*, “Un millón de familias venezolanas bajo el nivel de

pobreza crítica”. Caracas, 14/7/1987, p. C-1.

Faría, Jesús. *La Esfera*, “El Pacto de Punto Fijo”. Caracas, 4/11/1958, p. 4.

Freilich, Miriam. *El Nacional*, “A la salud de los niños”. Caracas, 28/10/1986, p. C-2.

Godelier, Maurice. *Communication*, “Pouvoir et Langage”. N° 28. E.H.S.S. París, 1978.

Guerrero, Ciro. *Bohemia*, “La Campaña Formidable”. 11/3/1974.

Lepage, Octavio. *Últimas Noticias*, “Discurso pronunciado en el Consejo Municipal

de Caracas el 22 de febrero de 1987”. Caracas, 1/3/1987, p. 45.

Linares, Leopoldo. *El Nacional*, “La ideología quedó atrás”. Caracas, 14/4/1985,

p. D-1.

— *El Nacional*, “Gallegos, el primero de los elegidos”, Caracas, 22/8/1988, p.D-8.

Liscano, Juan. *El Nacional*, “Carisma”. Caracas, 5/9/1985, p. A-4.

Luque, Fermín. *El Nacional*, “La brujería en Barlovento”. Caracas, 26/12/1986, p. C-9.

Nazoa, Aquiles y Aníbal Nazoa. *La Pava Macha*, “Algunas de las costumbres más características

que distinguen al adeco típico”. N° 61. Caracas, 05/05/1964, p. 8.

Njaim, Humberto. *Politeia,* “Las prioridades de los candidatos presidenciales en la

campaña electoral”. UCV, Caracas, 1980. pp.133-216.

De la Nuez, Sebastián. *Comunicación*, “La campaña electoral en eslóganes reflejo del

caos”. N° 44. Caracas, enero de 1984.

Peña, Alfredo. *El Nacional*, “Conversaciones”. Caracas, 11/3/1989, p. D-2.

Peñalver, Manuel. “Informe de la XXIII Convención Nacional de AD”. Encartado en

*Últimas Noticias*. Caracas, 19/1/1986.

Páez Urdaneta, Iraset. *Comunicación*. N° 44, “El castellano electoral”. Caracas, enero

de 1984.

Prieto Oliveira, Luis. *El Nacional*, “26.000.000.000 de bolívares gastan los partidos

en cada campaña electoral”. Caracas, 23/12/1986, p. D-10.

Rincón, Oscar. *Comunicación*. N° 19-20, “Análisis motivacional de la propaganda

política en prensa y televisión”. Caracas, octubre de 1978.

Rodríguez, Imperio. *El Nacional*, “La estrategia de una campaña”. Caracas,

10/11/1986, p. D-4.

Sáez Mérida, Simón. *Al Margen*. N° 47, “Blanca Ibáñez es un problema político”. Caracas,

enero de 1987. pp. 16, 17.

Sánchez, Alba. *El Nacional*, “CAP a Fonseca Viso”. Caracas, 09/03/1989, p. D-1.

Sánchez-Roa, Francisco. *Proletariado*. N° 3, “El Mocho Hernández, precursor y modelo”.

Enero de 1987, p. 7.

Sanoja Hernández, Jesús. *Papel Literario* de *El Nacional*, “El hombre ético y el hombre

político”. Caracas, 29/7/1984, p. 6.

Serrano, Josefina. *Pandora*, “Y Clement llegó a Venezuela”. Caracas, 11/10/1986, p. l3.

Tarre Murzi, Alfredo. *El Nacional*, “Una voluntad de poder”. Caracas, 12/3/1974, p. C-1.

Úslar Pietri, Arturo. *El Nacional*, “AD se opone a la reforma electoral”. Caracas,

9/3/1981, p. D-2.

Úslar Pietri, Arturo. *El Heraldo*, “Carta a Rómulo Betancourt”. Caracas, 26/3/1946, p. 3.

Velásquez, Ramón J. *El Nacional*, “La vieja Venezuela caudillista y viciada sobrevive

en la Democracia”. Caracas, 29/6/1984, p. D-18.

— Entrevista realizada por Luis Buitrago Segura en *El Nacional*. Caracas,

20/12/1985, p. D-25.

Vinogradoff, Ludmila. *El Nacional*, “Lusinchi es un negligente”. Caracas, 20/8/1988,

p. D-1.

Villegas, Mario. “Me quieren poner contra la pared”. Entrevista a Rafael Caldera publicada

en *El Nacional*. Caracas, 28/5/1987, p. D-1.

Weffort, Francisco. *Revista Latinoamericana de Sociología*.“Estado y masas en el Brasil”.

Zavarce, Omar. *Élite*, “¿Quién será el sucesor de Rómulo Betancourt?”. Caracas,

06/10/1981. pp. 14, 15.

**Sin mención de redactores**

*Actualidades*, “Editorial”, N° 1. Caracas, noviembre de 1920, p.1.

*El Heraldo*, “Triunfo de la Revolución”. Caracas, 22/10/1945, p. l.

*El Nacional*, “AD en el mitin de ayer”. Caracas, 16/10/1948, p. 2.

*El Universal*, “Prieto Figueroa triunfó en 16 de las 25 seccionales de AD”. Caracas,

26/9/1967.

*Páginas*, “Juntos hasta la muerte”. 16/7/1972.

*Comunicación*. N° 22, “Promesas de las candidatos de AD y Copei como armas de

motivación electoral”. Caracas, julio de 1979.

*El Nacional*, “El futuro no es tan negro”. Caracas, 05/4/1987, p. D-1.

**ÍNDICE**

Introducción ............................................................................................................ 3

**PRIMERA PARTE**

**Los códigos del mensaje populista** ............................................................... **9**

1. **El mensaje icónico: las imágenes en el populismo** ...................... **11**

1.1. Colores ............................................................................................... **14**

1.2. Escudos y emblemas ....................................................................... **23**

1.3. La efigie del dirigente y del elector ................................................ **33**

*1.3.1. Efigie sacralizada del líder, caricatura del pueblo* .............. **34**

*1.3.2. La efigie y sus acompañantes* ................................................ **47**

*1.3.3. Composiciones y manipulación subliminal*

*de la efigie del líder* ................................................................ **50**

1.4. Tarjetas electorales ........................................................................... **51**

2. **Códigos linguisticos: las palabras en el populismo** ...................... **63**

2.1. Nombre de los partidos ................................................................... **63**

2.2. Consignas o eslóganes ................................................................... **67**

2.3. Himnos ............................................................................................... **77**

2.4. Jingles .................................................................................................. **84**

2.5. Discurso populista y habla popular:

Código amplio y código restringido ..............................................**91**

*2.5.1. Oración simple y coordinación de oraciones* ........................**94**

*2.5.2. Formas verbales: predominio de la acción* .......................... **95**

*2.5.3. Personas verbales: el discurso soy yo* .................................... **98**

*2.5.4. LLamadas al consenso:*

*la subjetividad como connivencia* ......................................... **99**

*2.5.5. Verbalización explícita de las impresiones subjetivas* ...... **100**

*2.5.6. Previsibilidad lexical: la reiteración como argumento* .... **104**

*2.5.7. Interferencias lexicales* ........................................................ **109**

*2.5.8. Estilo narrativo: el relato como demostración* .................. **116**

3. **Los rituales del populismo** ................................................................ **121**

3.1. Rituales individuales ...................................................................... **122**

3.2. Rituales colectivos .......................................................................... **134**

3.3. Rituales y agregación de códigos:

el mensaje político audiovisual ..................................................... **139**

**SEGUNDA PARTE**

**La ideología populista** .................................................................................. **153**

4. **El mensaje populista** ............................................................................ **155**

4.1. Los actores en el campo político ................................................ **155**

4.2. Rómulo Gallegos: artículos de Alborada

(1909): Civismo contra Militarismo ..........................................**162**

4.3. El Plan de Barranquilla (1931):

Lenguaje izquierdizante, práctica reformista ........................... **167**

4.4. Manifiesto-programa de ORVE (1936):

hacia el Estado moderno .............................................................. **177**

4.5. El programa del PDN (1939): El Estado equilibrista ........... **181**

4.6. Respuestas al cuestionario para la legalización de Acción

Demacrática (1941): Los límites del reformismo .................. **187**

4.7. Doctrina y programa de Acción Democrática (1958):

Vocero del pueblo: instrumento de la burguesía .................... **192**

4.8. Pacto de Punto Fijo (1958):

tres partidos distintos y un populismo verdadero ................... **202**

4.9. “Un pacto para la Democracia Social” (1983):

el campo político sin actores ........................................................ **206**

4.10. Acción de gobierno para una Venezuela moderna (1988):

la concertación populista con la bamca internacional ............ **213**

4.11. El campo político sin actores: las constantes

del discurso populista......................................................................**224**

5. **El fin y los medios: los valores en el mensaje populista** ............ **233**

5.1. Los fines del populismo: valores terminales ............................. **233**

5.2. Los medios del populismo; valores Instrumentales ................ **242**

5.3. Abastecimiento y desnutrición: El medio justifica Los fines . **256**

6. **El mito adeco: la leyenda blanca** ...................................................... **267**

6.1. Historia y mito político ................................................................. **267**

*6.1.1. Acción Democrática fue el primer partido que se creó*

*en Venezuela, y los demás derivarían de ella* .................... **273**

*6.1.2. Acción Democrática convoca las primeras elecciones*

*que hubo en Venezuela* ....................................................... **279**

*6.1.3. Rómulo Gallegos es el primer presidente electo*

*por el pueblo* ......................................................................... **285**

*6.1.4. Acción Democrática inicia la participación*

*política en Venezuela* ........................................................... **292**

*6.1.5. Rómulo Betancourt es el creador del bipartidismo* .......... **298**

*6.1.6. Acción Democrática crea la identidad*

*del pueblo venezolano* ......................................................... **302**

*6.1.7. El pueblo venezolano es igual a Acción Democrática* ...... **308**

*6.1.8. Rómulo Betancourt es el padre de la democracia* ............ **314**

*6.1.9. El pueblo no está preparado para la democracia* ............. **318**

*6.1.10. El demócrata necesario se justifica*

*por su eficacia para detener la explosión social* ................ **322**

6.2. El mito populista como aniquilación del sujeto político:

el hombre sin rostro ....................................................................... **329**

7. **La explosión social: el crepúsculo de los mitos** ........................... **333**

7.1. Fin del mito del pipulismo como freno

de la explosión social ..................................................................... **333**

7.2. Fin del mito de la representatividad populista ......................... **335**

7.3. Fin del mito de la pasividad popular ........................................... **337**

7.4. El fin del mito de la izquierda populista ..................................... **341**

7.5. Fin del mito de la colaboración de clases .................................. **342**

7.6. Fin del mito de la vitrina de exhibición ..................................... **347**

7.7. Fin del mito de la flexibilidad del sistema .................................. **351**

Bibliografía y fuentes ........................................................................................ **359**